

HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES/10

I.S.B.N.: 978-84-15910-85-5

CARLOS JUNCO EZQUERRA

**El movimiento contra la Guerra de Vietnam
en Estados Unidos: reconstrucción histórica
frente a recreación literaria**

Director

JUAN JOSÉ CRUZ HERNÁNDEZ



SOPORTES AUDIOVISUALES E INFORMÁTICOS
Serie Tesis Doctorales

*A Salud, M^a Teresa, Gema,
y al resto de la tropa resistente.*

Bordeando el río de amazacotadas formas de amapolas,

van los detractores de la Geografía.

Y en los muelles plenos de ausencias crecientes,

los acorazados con su sangre fría.

José Luis Junco

Vivir es más que un derecho,

es el deber de no claudicar.

Luis Eduardo Aute

AGRADECIMIENTOS

Quisiera que en estas palabras de agradecimiento se reconocieran todas las personas que, de una u otra manera, están presentes en las páginas de este trabajo. Gracias por las ideas aportadas y los ánimos infundidos. Mi primera deuda quiero saldarla con Juan José Cruz, de quien he recibido un apoyo constante. Aun a riesgo de que retire su visto bueno si sabe de estas notas, debo dejar constancia de que ha sido un lujo trabajar con uno de los observadores más lúcidos de la realidad norteamericana de estos tiempos. Haber podido compartir su excelencia hace que esta aventura investigadora haya merecido la pena.

Con otras muchas personas he intercambiado pareceres sobre distintos aspectos relacionados con el tema de mi investigación. Aunque no siempre hayamos estado de acuerdo, su visión ha enriquecido la mía. Desde las conversaciones casuales hasta los debates más sesudos, todas estas reflexiones han encontrado su hueco en este trabajo. Debo agradecer, igualmente, las muchas sugerencias bibliográficas que me han facilitado mis compañeros de facultad. Hago extensible mi gratitud al Departamento de Filología Moderna y a la Facultad de Filología de la ULPG a los que pertenezco. Pero quiero particularizar mi agradecimiento en los compañeros a los que me une algo más que una relación laboral: Francisco Ponce, Pedro Arbona, Dan Fyfe, Gina Oxbrow y Juanma Vigaray. A mi compañero y hermano Víctor le debo lo indecible. Con él comparto espacio físico (despacho) y, sobre todo, espacio emocional. Tampoco olvido mis años de formación en la Universidad de La Laguna, a la que, sobra decirlo, me unen aún muchos vínculos.

En el terreno más personal, gracias, por encima de todo, a la familia. Deben saber que han sido fuente de inspiración. El pudor me impide ahondar en lo que significan

para mí. Espero que también lo sepan. A todo el equipillo (V́ctor, Miguel, Paco, Isidro, Toni, Gema, Pepe, Luis, M^a Teresa, Pepe Luis), mil gracias por su sentido de la honestidad y coherencia. Por ́ltimo, gracias a la familia majorera por el cariño con el que me acogen. Y gracias a Salud por venir del sur para ser mi norte. Sin ella, estas ṕginas no se habrían escrito.

ÍNDICE

Abreviaturas.....	vi
Introducción.....	1
1. <i>¿Dónde queda la guerra?:</i> Inicios del movimiento de protesta contra la intervención norteamericana en Vietnam.....	17
2. Hijos del amor y de la guerra: <i>Sons</i> y la reacción del movimiento a la escalada militar en 1965.....	46
3. <i>¿Buenos tiempos para la protesta?: Better Times Than These, Fields of Fire</i> y el activismo en 1966.....	80
4. Del jardín de infancia a los jardines del Pentágono: <i>A Country Such as This, The Armies of the Night</i> y la radicalización de la protesta en 1967.....	110
5. <i>Haz el amor, ¿y también la guerra?:</i> La literatura norteamericana sobre Vietnam y 1968.....	150
6. <i>Con tres heridas viene: Vida, muerte y resurrección del movimiento contra la Guerra de Vietnam, 1969-1975</i>	207
7. Conclusión.....	245
Bibliografía.....	256

ABREVIATURAS

ADA	<i>Americans for a Democratic Action</i>
AFSC	<i>American Friends Service Committee</i>
AMP	<i>Another Mother for Peace</i>
BPP	<i>Black Panther Party for Self Defense</i>
CALCAV	<i>Clergymen and Laymen Concerned About Vietnam</i>
CAPAC	<i>Cleveland Area Peace Action Council</i>
CCAV	<i>Clergymen Concerned About Vietnam</i>
CNVA	<i>Committee for a NonViolent Action</i>
Co-Aim	<i>Coalition for an Anti-Imperialist Movement</i>
CORE	<i>Congress of Racial Equality</i>
CPA	<i>Communist Party of America</i>
FSM	<i>The Free Speech Movement</i>
LID	<i>League of Industrial Democracy</i>
M2M	<i>May Second Movement</i>
NAACP	<i>National Association for the Advancement of Colored People</i>
NCAWRR	<i>National Coalition Against War, Racism and Repression</i>
NCC	<i>National Coordinating Committee to End the War in Vietnam</i>
NCNP	<i>National Conference for New Politics</i>
New MC	<i>New Mobilization Committee to End the War in Vietnam</i>
NLF	<i>National Liberation Front</i>
NMC	<i>National Mobilization Committee to End the War in Vietnam</i>
NPAC	<i>National Peace Action Coalition</i>
NVA	<i>North Vietnam Army</i>
PAC	<i>Peace Action Council</i>
PCPJ	<i>People's Coalition for Peace and Justice</i>
PLP	<i>Progressive Labor Party</i>
RATF	<i>Revolutionary Armed Task Force</i>
RYM	<i>Revolutionary Youth Movement</i>
SANE	<i>Committee for a Sane Nuclear Policy</i>
SCLC	<i>Southern Christian Leadership Conference</i>
SDS	<i>Students for a Democratic Society</i>
SMC	<i>Student Mobilization Committee</i>

SNCC	<i>Students Non-Violent Coordinating Committee</i>
Spring MC	<i>Spring Mobilization Committee to End the War in Vietnam</i>
SPU	<i>Students Peace Union</i>
SWP	<i>Socialist Workers Party</i>
TTP	<i>Turn Towards Peace</i>
VDC	<i>Vietnam Day Committee</i>
VFP	<i>Veterans for Peace in Vietnam</i>
VMC	<i>Vietnam Moratorium Committee</i>
VVAW	<i>Vietnam Veterans Against the War</i>
WILPF	<i>Women International League for Peace and Freedom</i>
WIN	<i>Workshop in Nonviolence</i>
WRL	<i>War Resisters League</i>
WSP	<i>Women Strike for Peace</i>
WUO	<i>Weather Underground Organization</i>
YAF	<i>Young Americans for Freedom</i>
YAWF	<i>Youth Against War and Fascism</i>
YSA	<i>Young Socialist Alliance</i>

Introducción

Como cada año, el último lunes de mayo de 2012 los estadounidenses celebraron el Día de los Caídos para honrar la memoria de los compatriotas fallecidos en las distintas guerras. El día 28 Barack Obama pronunció un emotivo discurso en Washington, D.C. junto al monumento en conmemoración de los militares norteamericanos muertos en Vietnam. Algunos sectores reaccionarios del país denunciaron el gesto propagandístico del presidente de Estados Unidos, ya inmerso en la campaña por la reelección. En distintos foros de Internet, se repetía la idea de que las fuertes medidas de seguridad habían privado a excombatientes y familiares de los fallecidos de la posibilidad de celebrar su tradicional homenaje en fecha tan señalada. Lo que no sabían los que criticaban el oportunismo político de Obama era que la iniciativa materializaba un proyecto aprobado durante la presidencia de George W. Bush. La Ley 110-181, en la que se incluía el Programa para Conmemorar el 50 Aniversario de la Guerra de Vietnam, recibió un apoyo amplísimo de republicanos y demócratas y entró en vigor el 28 de enero de 2008.¹

Obama formalizó el mandato previo de las cámaras parlamentarias con la firma de una proclamación en la que rendía homenaje a los 3 millones de soldados que sirvieron en Vietnam “to protect the ideals we hold dear as Americans.”² Por un período de trece años, el plan (fruto también de un importante consenso bipartidista) contempla la celebración a nivel local, regional, estatal y nacional de actos continuados de reivindicación del papel desempeñado por el ejército de los Estados Unidos en el Sudeste asiático. Se cumple, de esta manera, escrupulosamente con los dos objetivos principales delimitados en la ley:

¹ Ver el texto en <http://www.gpo.gov/fdsys/pkg/PLAW-110publ181/pdf/PLAW-110publ181.pdf> (visita 21 octubre 2012). La referencia al programa está en la sección 598.

² Ver en http://www.vietnamwar50th.com/about/presidential_proclamation/ (visita 21 octubre 2012).

(1) To thank and honor veterans of the Vietnam War, including personnel who were held as prisoners of war or listed as missing in action, for their service and sacrifice on behalf of the United States and to thank and honor the families of these veterans.

(2) To highlight the service of the Armed Forces during the Vietnam War and the contributions of Federal agencies and governmental and non-governmental organizations that served with, or in support of, the Armed forces.³

El acto del 28 de marzo junto a la Pared Conmemorativa de Maya Lin dice mucho sobre la capacidad que conservan las estructuras de poder en el siglo XXI para tratar de imponer su discurso hegemónico. La de Obama fue la primera declaración pública sobre la Guerra de Vietnam en muchos años proveniente de tan alta instancia. No cabía esperar que un acto de aquella naturaleza fuera la ocasión para cuestionar la intervención militar norteamericana en Vietnam. En realidad, el marco elegido para la alocución era propicio para reproducir y validar la mitología de la que en su día se sirvió el complejo militar-industrial para justificar la guerra. No encontramos en su discurso el más mínimo atisbo de reprobación a los motivos que el poder político adujo por aquel entonces.⁴ Según se desprende de sus palabras, Vietnam es “one of the most painful chapters in our history” (04:14) no por la arrogancia e inmoralidad implícitas en el desempeño político y militar de las distintas administraciones, sino por el mal trato que se dispensó a las tropas. El motivo de “national shame” no es el abuso de poder de Estados Unidos, ni la “disgrace that should have never happened” (05:07) se refiere a la muerte de millones de ciudadanos vietnamitas, sino al hecho de no haber sabido valorar el sacrificio de los soldados norteamericanos. Finalmente, Obama emplazaba a los ciudadanos a reconocer “the true legacy” de la guerra: “Because of the hard lessons of

³ <http://www.gpo.gov/fdsys/pkg/PLAW-110publ181/pdf/PLAW-110publ181.pdf>, p. 141 (visita 30 mayo 2012).

⁴ Para escuchar el discurso en su integridad, ver <http://www.youtube.com/watch?v=4k3p31Wj08w> (visita 30 mayo 2012). En lo sucesivo, la reproducción de algunos extractos del discurso irá acompañada en el texto principal de una referencia con el minutaje donde localizarlos.

Vietnam, because of you [veterans], America is even stronger than before.” (18:45-19:04)

La versión del conflicto ofrecida por Obama ni siquiera encaja con la exégesis liberal de la posguerra que coincidió en señalar la inoportunidad de la intervención y los errores políticos y militares cometidos. Parece más propia del *revival* conservador que se vivió durante la presidencia de Ronald Reagan en los años ochenta. En la segunda década del siglo XXI, asistimos a una renegociación del significado de la Guerra de Vietnam en la que la ideología dominante trata de imponer una revisión patriótica. Y a ese lado de la mesa negociadora se ofrece un discurso cohesionado que no conoce de fisuras partidistas. La intervención del actual presidente de Estados Unidos no pasaría de ser una simple anécdota de no estar entrelazada con el programa aprobado en 2008 y el proyecto que le dará forma hasta noviembre de 2025.⁵

La presente investigación no se centra específicamente en el aún hoy espinoso tema de la intervención militar de Estados Unidos en Vietnam. Por lo general, la actuación norteamericana se interpreta como un episodio traumático con heridas aún por cicatrizar. Sin embargo, en la realidad posterior al 11 de septiembre de 2001 Norteamérica parece haber encontrado de forma definitiva la vacuna para aquel “síndrome” post-Vietnam que impedía al país ejercer sin complejos el liderazgo mundial del que presume. Uno de los objetivos de este trabajo es rescatar la historia de la oposición a la intervención militar en Vietnam del olvido en el que han pretendido sumirla los poderes político, militar y financiero en Estados Unidos.

⁵ Los dos últimos objetivos que persigue el Plan de Conmemoración aluden al reconocimiento de los avances tecnológicos, científicos y médicos derivados de la investigación militar durante los años de la guerra, y al agradecimiento a los países que se aliaron con Estados Unidos. La ley en la que se enmarca el plan resultó polémica, pues Bush no quedó satisfecho con la redacción de algunos de sus preceptos. La Casa Blanca emitió un comunicado en el que instaba al poder ejecutivo a implementar la ley de manera tal que no limitara el poder de maniobra del comandante en jefe.

La administración Demócrata podría haber encontrado un resquicio en la redacción de la ley para complementar un plan menos aséptico. El tercer objetivo que persigue el programa reza así: (3) To pay tribute to the contributions made on the home front by the people of the United States during the Vietnam War.⁶ Parece obvio que las contribuciones que se quieren reconocer en el frente doméstico son las de quienes apoyaron la intervención. En cualquier caso, la presentación del plan por parte de Obama no invita a pensar que haya sitio en el proyecto para recordar el empeño de quienes trataron de parar la guerra. En una intervención de más de veintitrés minutos, se dedican sólo unos segundos a constatar la existencia de un movimiento de oposición a la guerra que es legítimo en la democracia norteamericana “even in a time of war” (15:40). Pese a reclamar unidad para superar las viejas diferencias, Obama reproduce algunos de los habituales comentarios despectivos sobre la disidencia antimilitarista cuando se refiere a que los soldados “were often blamed...and sometimes were denigrated” cuando regresaron a casa (04:30-05:02), y a que “some Americans turned their back on you, [even though] you never turned your back on America.” (09:07)

No parece, pues, que el Programa de Conmemoración vaya a hacer otra cosa que ignorar la respuesta organizada de miles de ciudadanos que denunciaron la intervención militar de múltiples maneras. La oportunidad para poner las cosas en su sitio a la que se aludía en la presentación del programa no incluye la realidad de los movimientos alternativos de los años sesenta y setenta. La comisión encargada de administrar los fondos públicos y privados con los que se financiará el proyecto y de supervisar las propuestas que no provengan directamente del Ministerio de Defensa a buen seguro velará para que se cumpla este último objetivo de la empresa: el movimiento contra la Guerra de Vietnam debe pasar al olvido. Obama admitía que las futuras

⁶ <http://www.gpo.gov/fdsys/pkg/PLAW-110publ181/pdf/PLAW-110publ181.pdf>, p. 141 (visita 30 mayo 2012).

administraciones deben corregir los errores del pasado: ser más cuidadosas a la hora de elegir el momento y el lugar de las próximas guerras, proporcionar una estrategia sólida, dar instrucciones claras a los soldados y equiparlos convenientemente para cumplir la misión con éxito. Y habrá próximas guerras porque, a fin de cuentas, “when we fight, we do so to protect ourselves because it’s necessary.” (15:28) Está por ver si las futuras campañas bélicas irán acompañadas de expresiones antimilitaristas que actúen de diques de contención.

Este trabajo indaga en la conformación y evolución del movimiento de contestación a la guerra que surgió en la década de los sesenta. Frente a los "olvidos" que advertíamos en el discurso de Obama, los documentos publicados recientemente sobre la participación de agentes antiterroristas del FBI en el seguimiento y control del grupo *Occupy Wall Street* revelan el interés real del poder por la potencialidad del discurso subversivo. Como veremos en el desarrollo del presente estudio, las distintas agencias de seguridad incumplieron varios preceptos constitucionales en la monitorización y represión de los distintos movimientos sociales de los años sesenta y setenta del siglo pasado. Hoy se sabe que la labor de vigilancia y hostigamiento se extendió a decenas de miles de ciudadanos que se opusieron a la guerra. Pero, en última instancia, el poder político no comprendió la compleja naturaleza del movimiento contestatario. Entre otras cosas, en las próximas páginas me propongo iniciar ese análisis por el que nunca mostraron interés las distintas administraciones.

Son muy pocas las investigaciones rigurosas al respecto publicadas en España. Por fortuna, la bibliografía norteamericana sobre el tema es bastante extensa y son varios los títulos que merecen ser destacados. Una tendencia historiográfica se ha especializado en reconstruir la trayectoria de grupos específicos y su labor de oposición. Entre otras, las monografías de David Cortright (*Soldiers in Revolt: GI Resistance during the Vietnam*

War), Michael Foley (*Confronting the War Machine: Draft Resistance during the Vietnam War*), Marc Gilbert (ed.) (*The Vietnam War on Campus: Other Voices, More Distant Drums*), Mitchel Hall (*Because of Their Faith: the CALCAV and Religious Opposition to the Vietnam War*), Andrew Hunt (*The Turning Point: A History of Vietnam Veterans Against the War*), y Kirpatrick Sale (SDS) me han resultado especialmente útiles. Sin embargo, el enfoque que ha primado en este trabajo me ha dirigido a investigaciones que abordaron el tema de una manera más integral, toda vez que quiere resaltarse el carácter heterogéneo de nuestro objeto de estudio. La línea reduccionista de las obras mencionadas se complementa con una tendencia más interesada en aproximarse a la oposición a la guerra desde su globalidad. Uno de los trabajos pioneros en esta línea fue el de Nancy Zaroulis y Gerald Sullivan (*Who Spoke Up? American Protest Against the War in Vietnam, 1963-1975*), aunque ya habían sido publicados trabajos meritorios como el de Thomas Powers en 1973 (*Vietnam: The War at Home. Vietnam and the American People 1964-1968*) que se topaban con la dificultad de la escasa perspectiva histórica. Creo que también es justo reconocer el valor de *Out Now! A Participant's Account of the Movement in the United States against the War in Vietnam*, de Fred Halstead. Activista destacado de *Socialist Workers Party*, a menudo se desestima su contribución con el argumento de que su reconstrucción está viciada por su filiación política. Pero sobre todo la edición revisada de 1991 es muy profusa en datos que luego han sido provechosos para historiadores posteriores. Cualquier lista sobre los investigadores más sobresalientes en este campo incurriría en olvidos imperdonables, así que haré sólo una simbólica mención a un pequeño grupo de autores destacados: Terry Anderson, Charles Chatfield, Charles DeBenedetti, Adam Garfinkle, Melvin Small y Tom Wells entre otros muchos.

Desde el punto de vista de la historia política en sentido estricto, este trabajo no pretende aportar datos novedosos, pero sí hacer un compendio de los hechos que me resultan más relevantes a la hora de reflejar los cambios que considero decisivos en la evolución de la protesta. Espero que la metodología aplicada contribuya a solventar algunas de las deficiencias que observo en la mayoría de los tratados que han versado sobre el tema. El enfoque meramente historicista está, en mi opinión, lastrado por la necesidad de adaptarse a una dinámica científica que dictamina la búsqueda de datos concluyentes. La práctica totalidad de los textos históricos consultados parece condicionada por la autoexigencia de dar respuesta a algunas preguntas claves: ¿cuál fue el grado real de eficacia del movimiento contrario a la guerra en la resolución del conflicto?, ¿constituyó un factor determinante en la retirada de las tropas estadounidenses?, ¿por qué no se pudo conformar un partido o un bloque progresista con incidencia real en la vida política de la posguerra? Siendo estos interrogantes interesantes, confío en que tras la lectura de este estudio quede claro por qué no los considero los más trascendentes.

Quisiera volver, por un momento, sobre la obra de Tom Wells (*The War Within: America's Battle over Vietnam*). El texto, publicado en 1994, comparte la división cronológica que se advierte en la mayoría de sus colegas, pero es el que, a mi juicio, ofrece una narración más cohesionada y permite una lectura que invita a establecer conexiones entre sus apartados y encontrar matices no siempre perceptibles en otros documentos. Como es natural, la reconstrucción histórica de Wells depende de las fuentes oficiales, pero me parece que estima la necesidad de alternar entre estos datos y documentos y los testimonios de otros protagonistas conocidos o anónimos para ofrecer una narración alternativa. El resultado no es sólo una lectura amena, sino un esfuerzo por librarse de los corsés que atenazan a menudo a la ciencia histórica.

Esta reflexión me permite entroncar con otro objetivo de mi estudio. Lo que pretendo es hacer acompañar a la reconstrucción histórica de la recreación narrativa que la literatura norteamericana sobre la Guerra de Vietnam haya podido articular sobre el movimiento pacifista. Como es sabido, el deseo de relacionar historia y ficción ha chocado tradicionalmente con ciertos planteamientos academicistas que se sienten más cómodos en el manejo de parámetros jerárquicos con los que delimitar las funciones de cada disciplina. Por fortuna, la irrupción de los estudios culturales ha servido para sortear estos prejuicios. La fusión que aquí se plantea es en términos de interdependencia. En ocasiones, la información que extraigamos de las novelas y memorias confirmará lo ya apuntado por las fuentes bibliográficas y en otros casos entrará en contradicción o ayudará a matizar los datos o comentarios historiográficos. En este sentido, Norman Mailer recurrió a una fórmula híbrida para relatar uno de los episodios más conocidos de aquellos años, la protesta del movimiento antibelicista ante el Pentágono en octubre de 1967. En *The Armies of the Night*, el novelista aclara por qué es necesario novelar la historia e historiar la novela cuando se trata de relatar sucesos “whose essential value or absurdity may not be established for ten or twenty years, or indeed ever”:⁷

[...] explanation of the mystery of the events at the Pentagon cannot be developed by the methods of history -only by the instincts of the novelist. The reasons are several, but reduce to one. Forget that the journalistic information available from both sides is so incoherent, inaccurate, contradictory, malicious, even based on error that no accurate history is conceivable. [...] No, the difficulty is that history is interior -no documents can give sufficient intimation: the novel must replace history at precisely that point where experience is sufficiently emotional, spiritual, physical, moral, existential, or supernatural to expose the fact that the historian in pursuing the experience would be obliged to quit the clearly demarcated limits of historic inquiry.⁸

Mailer no reniega del valor de la historia, y existen pasajes en su obra en los que cede el testigo de la narración a un reportero periodístico para que transmita una

⁷ Norman Mailer, *The Armies of the Night: History as a Novel, the Novel as History* (New York: Plume, 1968), p. 53.

⁸ *Ibid.*, p. 255.

información más fiable que la suya propia. Lo que apunta Mailer en esta cita es que su método es necesario para que la literatura ofrezca un discurso complementario en el momento en el que la historia ve limitada su capacidad para aprehender ciertos significados. La necesidad de un discurso alternativo se hizo más apremiante en los años de la guerra. El poder político se vio fuertemente mermado como canal de comunicación fidedigno. No sólo los hechos le restaban credibilidad, sino que a medida que avanzaba la guerra era más patente su manipulación de la realidad. Por eso, la información que ofrecen los narradores se contrapone a la que emanaba desde los órganos de poder. Pero no se trata de explorar estos textos a fin de localizar las verdades que nos niegan las instancias oficiales. No se pretende que la literatura ocupe el lugar tradicionalmente reservado a la historia. En estas páginas se explora un espacio compartido en el que ambas disciplinas discuten y se interrogan. En un tono más filosófico que el de Mailer, Tim O'Brien apunta en qué medida puede contribuir la novela al esclarecimiento de la "verdad":

Four guys go down a trail. A grenade sails out. One guy jumps on it and takes the blast and saves his three buddies.

Is it true?

The answer matters.

You'd feel cheated if it never happened. Without the grounding reality, it's just a trite bit of puffery, pure Hollywood, untrue in the way all such stories are untrue. Yet even if it did happen -and maybe it did, anything's possible- even then you know it can't be true, because a true war story does not depend upon that kind of truth. Happeningness is irrelevant. A thing may happen and be a total lie; another thing may not happen and be truer than the truth.⁹

Pudiera entenderse que O'Brien está más interesado en marcar distancias que en propiciar el acercamiento entre ambos tipos de discurso. Pero no es en términos de incompatibilidad en los que se expresa la mayor parte de la literatura norteamericana surgida de la guerra. Muchos de estos autores son conscientes del complejo vínculo que los ata a la historia. Como es lógico, los novelistas reclaman que se les dispense el

⁹ Tim O'Brien, "How to Tell a True War Story", p. 9. El relato fue publicado por primera vez en 1987, aunque posteriormente fue incluido en la novela *The Things They Carried*. Para consultar el relato, ver http://files.meetup.com/423109/How%20to%20Tell%20A%20True%20War%20Story_Tim%20O'Brien.pdf (visita 10 enero 2011).

mismo tratamiento que el que se da a cualquier otro tipo de ficción. Pero es frecuente encontrarnos en estos textos la reproducción de mapas, declaraciones oficiales o informaciones periodísticas, la inclusión de introducciones o notas de autor acerca de la veracidad de los hechos narrados, o incluso un glosario para clarificar conceptos propios del mundo militar. La proliferación de estas prácticas evidencia que estos autores experimentan el binomio realidad-ficción con mucha más tensión que otros escritores. En cualquier caso, no es competencia suya, sino de los críticos, abordar la problemática.

Esta investigación se sitúa en un punto equidistante entre la metodología propuesta por el nuevo historicismo y la que ha elaborado el materialismo cultural. Comparto con ambas prácticas la necesidad de relacionar los problemas de interpretación con aspectos históricos y culturales. De entrada, esta afirmación nos aparta conscientemente tanto de los modelos formalistas como de los estructuralistas. Las pretensiones formalistas y neoformalistas de desvincular el hecho literario del contexto sociohistórico en el que se fabrica y en el que se interpreta me resulta desatinada. Pero aplicar este modelo a una narrativa sobre la guerra seguramente merecería otro tipo de descalificativo. Esto no quiere decir que renuncie de forma tajante a todas las prácticas de análisis propuestas por estas teorías literarias. Por ejemplo, el concepto mismo de *close reading* es verdad que propicia la idea de que el objeto literario puede y debe ser analizado de forma aislada, como denuncia Eagleton.¹⁰ Pero desprovista de su pretendida asepsia política, la fórmula resulta de gran utilidad para comprender la multiplicidad significativa de un texto. De hecho, la *thick description*¹¹ que proviene de la antropología es una técnica similar al *close reading* que ha resultado provechosa para muchos valedores del nuevo historicismo. Tampoco desaprebo el interés de los estructuralistas por identificar patrones de conducta, pero su búsqueda de una unidad narrativa es contraria a nuestro

¹⁰ Terry Eagleton, *Literary Theory: An Introduction* (Oxford: Blackwell, 1983, 1994), p. 44.

¹¹ Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures: Selected Essays* (New York: Basic Books, 1973), cap. 1. Geertz adjudica el término al filósofo británico Gilbert Ryle.

deseo de incidir en la construcción de un discurso que no está exento de las complejidades y contradicciones de todo constructo ideológico.

La indefinición metodológica que se pueda presuponer por lo dicho hasta ahora no se explica por una cuestión de comodidad. Más bien, la lectura de las novelas y memorias sobre la Guerra de Vietnam me ha revelado la ventaja de trabajar principalmente desde los dos parámetros que he apuntado. No cabe duda de que si no existieran importantes concomitancias entre materialismo histórico y nuevo historicismo sería imposible trabajar con un modelo coherente. En no pocas ocasiones se ha afirmado que ambas teorías son idénticas, sólo que la primera surgió en Gran Bretaña y el origen de la segunda está en Estados Unidos. Los impulsores de los dos métodos coinciden en destacar el carácter agencial de los textos culturales en la conformación de un sentido de la realidad por parte de una comunidad. Pero difieren, principalmente, en el potencial subversivo que le presuponen a dichos textos. Se trata, en definitiva, de calibrar la capacidad de los discursos contrahegemónicos (en el sentido gramsciano) para revelar y/o modificar los comportamientos de la ideología dominante (en la terminología de Raymond Williams).

Siguiendo el antimilitarismo propio de la literatura bélica norteamericana, las novelas y memorias sobre la guerra cuestionan en su mayoría el armazón ideológico y cultural sobre el que se sustentó la intervención militar. Comparto con Juan José Cruz la idea de que “eso no quiere decir que el texto alternativo necesariamente tenga que subvertir la instancia oficial. Puede rechazarla o sólo modificarla parcialmente; pero siempre la descompone.”¹² Sin embargo, la proporción es otra en lo que se refiere a la representación iconográfica que estimulan estos mismos textos acerca del movimiento de oposición a la guerra. Algunas de las narraciones que debemos incluir en el grupo de

¹² Juan José Cruz, *Desnudos, muertos y ofendidos* (La Laguna: Servicio de Publicaciones Universidad de La Laguna, 1999), vol. I, p. 21.

la ficción más contraria a la guerra no difieren tanto como cabría imaginar del discurso oficial con el que las distintas administraciones trataron de estigmatizar al movimiento pacifista. No me atrevo a cuantificarlo de manera precisa, pero estimo que es mayor el número de novelas que ofrecen una imagen negativa sobre la disidencia en el frente doméstico. El método analítico que sustenta este trabajo nos permite explicar esta aparente contradicción.

En ocasiones, para poder alcanzar los canales de difusión a los que no tienen fácil acceso por su condición de textos disidentes, algunas novelas comparten (en muchos casos, de forma inconsciente) premisas fundamentales del discurso oficial. Siguiendo la argumentación de nuevos historicistas como Stephen Greenblatt y Louis Monrose, estaríamos asistiendo al proceso a través del cual el texto literario es cooptado como herramienta para afianzar la ideología en el poder. La novela vería limitada de esta manera su capacidad de subversión por la acción de un sistema que es capaz de preverla y controlarla. Siguiendo las explicaciones de Louis Althusser, el nuevo historicismo determina que el poder dispone de múltiples resortes para identificar, contrarrestar y finalmente anular el potencial disidente de la ideología emergente.¹³ De esta forma, un texto puede adoptar la apariencia de construcción ideológica alternativa, pero estaría, en última instancia, legitimando el poder al que cree estar subvirtiendo. Esta formulación me resulta sugerente para el análisis de una parte importante de la narrativa sobre Vietnam.

Así, una novela como *In Country* ofrece lecturas contrapuestas. Por un lado, el texto de Bobbie Ann Mason, publicado en 1985, ha sido valorado como respuesta literaria al

¹³ Althusser definió en 1970 los dos mecanismos que permitían el control del Estado: el aparato represivo y el aparato ideológico (RSA e ISA, por sus siglas en inglés). Ver el ensayo "Ideology and Ideological State Apparatuses" en <http://www.marxists.org/reference/archive/althusser/1970/ideology.htm> (visita 14 marzo 2011).

militarismo reaganiano que culminó con la invasión de Grenada en 1984.¹⁴ Desde esta perspectiva, Mason estaría advirtiéndole a la generación de los años ochenta acerca de la necesidad de renovar una visión crítica sobre la guerra. El viaje iniciático de la protagonista, Sam Hughes, es un aviso a navegantes para quienes han tardado tan poco tiempo en desaprender las lecciones de Vietnam. Pero sorprende, por otro lado, que en esta propuesta literaria haya tanta desatención a un movimiento contestatario tan destacable como el de la era Vietnam. Sólo hay una breve mención a que Emmett (tío de Sam), al poco de regresar de Vietnam, inició un período indeterminado de activismo político. Junto a un grupo de estética hippy, Emmett protagoniza episodios que escandalizan en Hopewell, lugar de escasa tradición contestataria. Siendo este personaje el único referente antiguerra de la novela, *In Country* narrativiza el activismo de aquellos años como un hecho radical, enfermizo e inconsistente. Mason aboga por un ejercicio de reconciliación nacional que exige también expurgar las culpas de la protesta, como comprende Sam en conversación con su madre:

Everything's confusing now, looking back, but in a way everything seemed clear back then. Dwayne [Sam's father] thought he was doing the right thing, and then Emmett went over there and thought *he* was doing the right thing, but then Emmett got soured on it and got in the anti-war movement and thought that was right and got involved with those hippies. Most of those guys escaped the draft somehow. [...] Everybody always thinks they're doing the right thing, you know?¹⁵

El nuevo historicismo no nos permitiría, sin embargo, apreciar la complejidad de muchos otros textos sobre la guerra. Es sabido que el género bélico ha proporcionado varios ejemplos de difícil categorización ideológica. Son muchos los *films* y novelas que han suscitado lecturas contradictorias, unas caracterizando las narraciones como antimilitaristas y otras como apologías de la guerra. Además, un buen número de novelas y memorias recrean el imaginario sobre el movimiento de protesta en términos

¹⁴ Jim Neilson, *Warring Fictions: American Literary Culture and the Vietnam War Narrative* (Jackson, Ms: University Press of Mississippi, 1998), pp. 166-190.

¹⁵ Bobbie Ann Mason, *In Country* (London: Flamingo, 1985), p. 235.

bastante más amables que *In Country*. En algunas de ellas se articula un discurso alternativo con el que confrontar la información maniquea de los medios de comunicación y las fuentes gubernamentales. Desestimar, sin más, el potencial disidente de una narrativa que ha subvertido algunos de los mitos más negativos sobre la protesta me parece desacertado. En los casos en los que he identificado esta situación, he preferido la mayor ductilidad que permiten las aportaciones de teóricos como Alan Sinfield, Jonathan Dollimore o Catherine Belsey, todos ellos adscritos al materialismo cultural británico. Esta corriente no le confiere al poder una capacidad tan disuasoria como la que describen sus colegas norteamericanos. Tras la estela de promotores de los estudios culturales como Raymond Williams o Stuart Hall, estos investigadores defienden que el poder es una estructura compleja también sometida a contradicciones. Los discursos alternativos pueden aprovechar estos resquicios para al menos obligar a la ideología hegemónica a someterse a un proceso de redefinición. A priori, nada garantiza que de este flujo dialéctico el poder salga siempre fortalecido.

Debo aclarar, en este punto, los criterios de selección de los textos literarios que forman la base de este estudio. Cabe señalar, en primer lugar, que no ha primado una consideración estética como expresión aislada de su tiempo; antes al contrario, el valor que le asigno a la obra recae en su importancia como texto cultural. Aun así, me interesaba centrarme en las novelas y memorias sobre la Guerra de Vietnam que han recibido mayor atención por parte de la crítica especializada para contrastar su parecer con mis propias conclusiones. La mayoría de los autores analizados serán fácilmente reconocibles para quienes gusten de esta temática. Algunas de estas narraciones han recibido premios de prestigio y críticas muy elogiosas. Pero lo que a mí me ocupaba era saber cómo abordaron el tema ancillar de la protesta (con unas pocas excepciones que lo convierten en asunto central) unos textos que están entre los más exitosos en lo que se

refiere a la expresión del significado de la guerra. He buscado, también, acotar temporalmente las obras objeto de estudio. Por una parte, creía necesario comprobar si los textos publicados durante el conflicto difieren en su tratamiento al movimiento disidente de los que se redactaron en la posguerra. Por otra parte, para mayor concreción, deseaba centrar el estudio en la reacción de la literatura norteamericana en el período que abarca desde la caída de Saigón hasta los años ochenta. Finalmente, espero que el análisis de textos narrativos de signos ideológicos muy diversos nos permita desglosar las diferentes aproximaciones al fenómeno que ha proporcionado la literatura norteamericana. La elección de autores que se sitúan claramente en el espectro político conservador y de novelistas de reconocida tendencia liberal o progresista tiene el propósito de abarcar la amplia gama de respuestas que ha ofrecido esta narrativa. La variedad de representaciones también nos ayudará a establecer las comparaciones pertinentes en las conclusiones de investigadores de signos ideológicos igualmente diferenciados.

En el desarrollo de mi investigación, he apostado por mantener una distribución cronológica tradicional. En el capítulo 1 he indagado en los orígenes del movimiento de protesta contra la intervención norteamericana en Vietnam. Existen al respecto dos versiones no necesariamente contrapuestas: la reacción ciudadana surgió de forma espontánea por la virulencia con la que se desató el conflicto, o bien Vietnam sólo aceleró la organización de los muchos movimientos sociales que ya expresaban su inconformismo. Ambas visiones son complementarias. Ciertamente, la guerra sirvió de catalizador de la desafección, pero ésta no se hubiese desarrollado de la manera en que lo hizo de no estar respaldada por un sentimiento de oposición que adoptó distintas expresiones desde al menos los años cincuenta. He constatado, por otra parte, las dificultades de las narraciones para advertir esta tradición disidente.

En los cuatro capítulos siguientes se analiza la evolución de la protesta, desde su sorprendente reacción tras el desembarco de los primeros marines norteamericanos en 1965 hasta su radicalización en 1967 y 1968. En los capítulos 2, 3 y 4 he optado por organizar la información tomando uno o dos títulos como centro de referencia. En el capítulo 3 estos ejemplos se complementan para reflejar la aparición de un equivalente literario al revisionismo conservador del reaganismo. En el capítulo 4 los dos textos se contradicen acerca del carácter simbólico de la marcha al Pentágono. En el capítulo 5, el año 1968 ha merecido, por su importancia histórica y cultural, la inclusión de referencias a la mayoría de novelas que se incluyen en este estudio. Finalmente, en el capítulo 6 hago referencias al fenómeno terrorista de los *Weathermen* y reflexiono sobre la realidad contestataria en los últimos años de la guerra y su recreación literaria.

Espero que el presente trabajo estimule la intensificación de estudios que se propongan una mejor comprensión del fenómeno de la protesta ciudadana. La literatura, que a lo largo de los tiempos ha sido útil para revelar nuestra relación con la realidad, puede contribuir de forma decisiva en esa tarea. En tiempos inciertos como el presente, no estaría de más una mirada al pasado que nos pusiera en contacto con la realidad política y cultural de otras gentes que en su día decidieron que protestar contra una guerra aberrante era su obligación como ciudadanos comprometidos.

1. ¿Dónde queda la guerra?: Inicios del movimiento de protesta contra la intervención norteamericana en Vietnam.

El público norteamericano empezó a reconocer la trascendencia de Vietnam en 1964. El conflicto que se había originado en el Sudeste asiático se convirtió en un tema recurrente de la campaña electoral de Barry Goldwater, aspirante a ocupar la Casa Blanca como candidato del partido Republicano.¹⁶ Los temores que expresaba en sus discursos quedaron validados cuando a principios de agosto se aprobó en las dos cámaras parlamentarias la conocida como Resolución de Tonkín.¹⁷ Estados Unidos estaba de nuevo a las puertas de una guerra, aunque por entonces la mayoría creía que sería de baja intensidad. Sin embargo, el camino que llevó al país a la experiencia bélica con mayor contestación popular en el siglo XX se había empezado a andar con anterioridad a la década de los sesenta. El final de la II Guerra Mundial supuso la primera disyuntiva para el gobierno norteamericano: promover el proceso de independencia de la antigua colonia francesa que intentaba liderar Ho Chi Minh o apoyar a un viejo aliado que trataba de recuperar prestigio internacional. Pese a los esfuerzos de los nacionalistas vietnamitas por granjearse las simpatías de Harry

¹⁶ Goldwater aspiraba a reducir la distancia que lo separaba de Johnson en las encuestas insistiendo en sus críticas a la política exterior de los demócratas. Inicialmente, las continuas referencias a Vietnam incomodaron mucho a Johnson, que se había propuesto no aludir en exceso a la guerra durante la campaña. A la larga, sin embargo, fue el presidente quien obtuvo más rédito político. El electorado valoró la combinación de cautela y firmeza mostrada por Johnson, mientras que el senador republicano inspiraba miedo con algunas de sus declaraciones: "extremism in the defense of liberty is no vice! And let me remind you also that moderation in the pursuit of justice is no virtue!" Para el análisis de la influencia del discurso sobre Vietnam en los resultados electorales de Goldwater, véase, por ejemplo, Jeffrey J. Matthews, "The Defeat of a Maverick: The Goldwater Candidacy Revisited, 1963-1964", *Presidential Studies Quarterly*, vol. 27, 1997: 662-678.

¹⁷ La resolución equivalía a una declaración de guerra, pues autorizaba la intervención militar estadounidense en ayuda de cualquier aliado del Sudeste asiático que la solicitara. Algunos congresistas y senadores discrepaban de la política que la administración Johnson aplicaba en la zona, pero la resolución fue unánimemente aprobada en el Congreso y contó con dos únicos votos negativos en el Senado. Ernest Gruening, senador demócrata por Alaska, se mostró muy crítico con la política intervencionista de su partido, pero sólo se atrajo el apoyo de su colega de Oregón Wayne L. Morse. Para seguir la evolución política de Gruening, véase Robert D. Johnson, "The Progressive Dissent: Ernest Gruening and Vietnam" en Randall B. Woods (ed.), *Vietnam and the American Political Tradition: The Politics of Dissent* (New York: Cambridge University Press, 2003), pp.58-81.

Truman, Estados Unidos interpretó que la ayuda a Francia encajaba mejor en el complejo entramado geopolítico que se preparaba para la posguerra.¹⁸ Durante la guerra entre franceses y vietnamitas, Estados Unidos asumió un mayor compromiso al reconocer el régimen del emperador Bao Dai y subvencionar hasta en un ochenta por ciento el esfuerzo militar del ejército galo. Incluso antes de la rendición de Francia en 1954, Estados Unidos ya había dado los pasos que determinarían su relación con el país asiático.¹⁹ Para Eisenhower, Vietnam constituía uno de los emplazamientos donde se escenificaría parte del pulso estratégico entre el Mundo Libre y las potencias comunistas. Para demostrar la firmeza con la que el país estaba dispuesto a librar la batalla, saludó en 1955 la constitución de la República de Vietnam del Sur y elogió la figura de su hombre fuerte, Ngo Dinh Diem. El nuevo presidente fue el elegido por Washington como garante de que no se produciría la “pérdida” de ningún otro país de la zona, o ésa era al menos la esperanza que se depositaba en “el hombre milagro de Asia”.²⁰

Pero los ciudadanos estadounidenses de los años cincuenta estaban lejos de advertir la relevancia de las decisiones adoptadas por las administraciones de Truman e Eisenhower con respecto a Vietnam. La exigua protesta popular ante la progresiva

¹⁸ Durante años, Estados Unidos justificó su intervención militar por la necesidad de impedir la expansión comunista en el continente asiático. Sin embargo, el apoyo inicial a Francia tuvo más que ver con el interés por construir una realidad europea estratégicamente favorable. Véanse Brian Van De Mark, *Into the Quagmire: Lyndon Johnson and the Escalation of the Vietnam War* (New York: Oxford University Press, 1995), pp. 4-5; Timothy J. Lomperis, *From People's War to People's Rule: Insurgency, Intervention, and the Lessons of Vietnam* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1996), p. 44; Robert D. Schulzinger, *A Time for War: The United States and Vietnam, 1941-1975* (New York: Oxford University Press, 1997), pp. 20-22.

¹⁹ Elizabeth J. Errington (ed.), *The Vietnam War as History* (New York: Praeger, 1990), pp. 31-33; Schulzinger, *A Time for War*, pp. 41-43, 48, 54-58; Gareth Porter, *Vietnam: A History in Documents* (New York: New American Library, 1981), pp. 133-134; James Olson and Randy Roberts, *Where the Domino Fell: America and Vietnam, 1945 to 1990* (New York: St Martin's, 1991), p. 36.

²⁰ De esta manera se refirió Eisenhower a Diem durante la visita que éste último le dispensó en mayo de 1957. Seth Jacobs contradice la tesis de que Washington apostó por Diem a regañadientes a sabiendas de que su educación católica podía generar animosidad en un país de práctica budista mayoritaria. Frente a esta idea, Jacobs sostiene que la religión y el carácter autoritario del personaje le valieron las simpatías de Eisenhower. En *America's Miracle Man in Vietnam: Ngo Dinh Diem, Religion, Race, and U.S. Intervention in Southeast Asia* (Durham, NC: Duke University Press, 2005).

consolidación de las posiciones estadounidenses en el Sur de Vietnam se explica por el desconocimiento de los entresijos políticos del conflicto. La prensa no le había conferido aún a Vietnam el rango de noticia de portada y los portavoces gubernamentales tampoco hacían demasiadas declaraciones al respecto. Pero hay otros motivos sociológicos que ayudan a entender la escasa protesta en esta fase inicial.

La bonanza económica iniciada tras la II Guerra Mundial fue un factor determinante en la configuración de las “silenciosas” generaciones de mediados de los cuarenta y de los cincuenta. La sensación de que los peores años habían quedado atrás con el fin de la Depresión y la victoria aliada en la contienda mundial no invitaba a expresar disconformidad. Es verdad que el nuevo fervor consumista daba a entender que millones de estadounidenses medían su felicidad en función de los bienes de consumo que inundaban sus “little boxes”.²¹ Pero estos mismos ciudadanos recordaban bien tiempos no muy lejanos de penurias, lo que no hacía fácil renegar de su nueva forma de vida. Además, el nuevo *statu quo* adquirido tras la guerra predispuso al pueblo norteamericano a participar de la histeria anticomunista desatada por el senador Joseph McCarthy. La Guerra Fría que irremediablemente siguió al fin de la II Guerra Mundial alertó a los estadounidenses de la presencia de una ideología antagónica que ponía en peligro el bienestar recién conquistado. Poco a poco se fue gestando el conformismo característico de los años cincuenta, y no abundaban las muestras de desafecto que en alguna medida pudieran alterar la imagen de consenso.

²¹ En 1961, el sociólogo y urbanista Lewis Mumford criticaba la filosofía de vida impuesta por el modelo Levittown: “A multitude of uniform, unidentifiable houses, lined up inflexible, at uniform distances on uniform roads, in a treeless command waste, inhabited by people of the same class, the same incomes, the same age group, witnessing the same television performances, eating the same tasteless prefabricated foods, from the same freezers, conforming in every outward and inward respect to a common mold manufactured in the same central metropolis.” En Kevin M. Kruse and Thomas J. Sugrue (eds.), *The New Suburban History* (Chicago: University Press, 2006), p. 10. Un año después del comentario de Mumford, Pete Seeger popularizó con “Little Boxes” la canción de Malvina Reynolds que parodiaba el estilo de vida de la clase media norteamericana en los barrios residenciales.

La decisión de forzar la rendición japonesa con el lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki había contado con la aprobación de la mayoría del pueblo norteamericano,²² pero la eventual nuclearización de futuros conflictos bélicos desató una ansiedad que se apoderó de todo el país. La inmediata rivalidad con la Unión Soviética y las noticias de que para finales de 1949 los científicos rusos ya habían confirmado el éxito de sus experimentos nucleares abrían las puertas a una guerra de riesgos incalculables. Además, el presidente Truman reaccionó con la aprobación de la producción de la bomba de hidrógeno pocos meses antes de proceder al envío de fuerzas aéreas y navales a Corea. La neurosis provocada por el miedo al cataclismo nuclear se convirtió en seña de identidad de la década de los cincuenta y principios de los sesenta, y no faltaban quienes animaban a la fabricación casera de refugios antinucleares.²³ Los años posteriores a Corea reforzaron la paranoia con episodios como el lanzamiento del primer satélite artificial por parte de la Unión Soviética en 1957, las primeras pruebas nucleares de Francia en el desierto del Sahara en febrero de 1960 o el desarrollo estadounidense del misil *Minuteman I* en 1961.

En la literatura norteamericana sobre la Guerra de Vietnam, Tim O'Brien es el autor que más ha insistido en contextualizar el conflicto a partir de la psicosis colectiva generada por la bomba. En *Northern Lights*, el desencuentro entre dos hermanos (el mayor de ellos veterano de Vietnam y viviendo su particular penitencia) tiene como

²² Laura Hein and Mark Selden (eds.), *Living with the Bomb: American and Japanese Cultural Conflicts in the Nuclear Age* (New York: M.E. Sharpe, 1997), p. 177. En este texto, Sadao Asada desvela que, según una encuesta de Gallup, el respaldo a la iniciativa de Truman había disminuido desde el 80% de 1945 hasta el 55% en 1994 (pp. 191-192). Una encuesta elaborada en la Universidad de Quinnipiac (Handen, Connecticut) en el 69 aniversario de la utilización de la bomba atómica apuntaba que en 2009 el nivel de apoyo se elevaba al 61%, mientras que un 22% mostraba su rechazo. Véase en <http://www.quinnipiac.edu/institutes-and-centers/polling-institute/national/release-detail?ReleaseID=1356> (visita 10 octubre 2011).

²³ Allen M. Winkler, *Life Under a Cloud: American Anxiety About the Atom* (New York: Oxford University Press, 1993); Laura McEnaney, *"Civil Defense Begins at Home": Militarization Meets Everyday Life in the Fifties* (Princeton: University Press, 2000); Kenneth D. Rose, *One Nation Underground: The Fallout Shelter in American Culture* (New York: University Press, 2001).

telón de fondo un episodio de la infancia que rememora la construcción de un *bunker* familiar fruto de la angustia que experimenta su padre ante el horror nuclear:

The bomb shelter arose from its hole. The walls were standard two feet thick. The great body of the shelter hulked underground and only its flat top actually emerged, the roof coming just to Harvey's breast. A stainless-steel air filter climbed like a chimney from the center of the roof. In the sunlight, the shelter was bright wide and in the shade it turned gray. It was a center of gravity in the yard, with the grass sloping towards it from all directions.²⁴

Cuatro años más tarde, O'Brien recuperó en *The Nuclear Age* el tema de la ansiedad nuclear como explicación a la violencia ejercida por los *Weathermen* a partir de 1969. El protagonista de la novela, William Cowling, vive en el futurible 1995 un estado paranoico que comenzó a gestarse en episodios traumáticos de su niñez:

When I was a kid, about Melinda's age, I converted my Ping-Pong table into a fallout shelter. Funny? Poignant? A nifty comment on the modern age? Well, let me tell you something. The year was 1958, and I was scared. Maybe it was all that CONELRAD stuff on the radio, tests on the Emergency Broadcast System, pictures of H-bombs in *Life* magazine, strontium 90 in the milk, the times in school when we'd crawl under our desks and cover our heads in practice for the real thing.²⁵

Pero la narrativa estadounidense sobre Vietnam se ha hecho eco, sobre todo, de la puesta en órbita del *Sputnik I* y el inicio de la carrera espacial. Algunas memorias de la guerra, como *Born on the Fourth of July* y *Vietnam, Perkasie*, ponen el énfasis en el daño moral que para la psique colectiva norteamericana supuso saber que el enemigo partía con ventaja. En el primer texto, Ron Kovic llega a esa conclusión tras la fracasada demostración de fuerza con la que Estados Unidos trataba de plantar cara:

We were still trying to catch up with the Russians when I heard on the radio that the United States was going to try and launch its first satellite, called Vanguard, into outer space. [...] It lifted off slowly at first. And then, almost as if in slow motion, it exploded into a tremendous fireball on the launching pad. It had barely gotten off the ground, and I cried that night in my living room. [...] It was a sad day for our country, I thought, it was a sad day for America. [...] We were losing, I thought, we were losing the space race, and America wasn't first anymore.²⁶

²⁴ Tim O'Brien, *Northern Lights* (New York: Broadway Books, 1975), pp. 211-212.

²⁵ Tim O'Brien, *The Nuclear Age* (New York: Alfred A. Knopf, Inc., 1979), p. 9.

²⁶ Ron Kovic, *Born on the Fourth of July* (London: Corgi Books, 1976), p. 46.

Por su parte, William Ehrhart recuerda también las persistentes pesadillas sobre el satélite ruso que perturbaban el idilio con su país de un niño de nueve años: “Life in America was good, and came as the direct result of the bounty and blessing of God, the wisdom of our Revolutionary Fathers, and the sacrifices of preceeding generations.[...] Every Memorial Day, I decorated my bycicle with red, white and blue crepe paper and rode in the town parade”.²⁷ Mientras, James Webb se refiere en *A Country Such as This* a los inicios de la carrera espacial en el contexto de su defensa de la estrategia militar norteamericana. Joe Dingenfelder, técnico aeronáutico, muestra su regocijo ante la recuperación del prestigio de su país a comienzos del año siguiente al lanzamiento del *Sputnik*, pero también alude a las consecuencias psicológicas:

“In January 1958, an Army team from Huntsville, Alabama [...] successfully launched Explorer I, a thirty-pound payload that achieved orbit. It was good news, but for the first time since World War II the country was truly afraid. America was gearing up for the space war, no holds barred, no costs spared”.²⁸

Todas estas construcciones literarias reconocen en sus protagonistas una firme adhesión a la ideología de la Guerra Fría hasta que la experiencia en Vietnam rebajó sus convicciones. Pero no todo el país tardó tanto tiempo en expresar su desengaño. Para algunos individuos, la consolidación de Estados Unidos como superpotencia militar no sólo implicaba riesgos como la amenaza nuclear, sino que obligaba al país a asumir nuevos objetivos para cuya consecución no siempre se recurría a prácticas honorables. Las manifestaciones críticas y augurios pesimistas expresados desde sectores progresistas y en la actitud irreverente de los jóvenes *beat* nada tenían que ver con la situación en Vietnam; sin embargo, el movimiento de oposición a la guerra que surgiría en los años sesenta es, en mayor o menor medida, deudor de aquellas expresiones de descontento.

²⁷ William Ehrhart, *Vietnam, Perkasio: A Combat Marine Memoir* (Jefferson, NC: McFarland, 1983), p.7.

²⁸ James Webb, *A Country Such as This* (London: Granada, 1983), p. 247.

Desde mediados de los años cincuenta algunos grupos pacifistas tradicionales y nuevas plataformas de ciudadanos recuperaron el discurso antibelicista. La mayoría de estas organizaciones adoptaron, en principio, una actitud moderada que trabajaba por la firma de un tratado entre las dos superpotencias que frenara la carrera armamentística. *Committee for a Sane Nuclear Policy* (SANE) se creó en 1957 con la intención de popularizar la causa del desarme nuclear entre los sectores más liberales del partido Demócrata. Destacados dirigentes de SANE como Norman Cousins abogaron desde el principio por mecanismos de control que evitaran la afiliación de elementos radicales – estos es, comunistas.²⁹ Con el tiempo, la organización apostó por canalizar la protesta a través del sistema electoral de partidos.

Frente a la fórmula excluyente adoptada por SANE, otras agrupaciones facilitaron la filiación estableciendo como único requisito para la admisión un compromiso personal de trabajo en favor de la paz. El mismo año en que se fundó SANE se puso en marcha *Committee for a NonViolent Action* (CNVA), fundado por miembros de la tradicional *War Resisters League* (WRL). La Liga, activa desde 1923, creía asumir las enseñanzas de Mahatma Gandhi acerca de la estrategia de acción directa y desobediencia civil no violentas. Puesto que los partidos políticos tradicionales no eran el cauce idóneo para propagar su ideario, veteranos pacifistas como Bayard Rustin o Abraham J. Muste participaron en este nuevo proyecto con la intención de ejecutar distintas actividades pacifistas contra la proliferación de armas nucleares.

Es fácil deducir que la relación entre SANE y CNVA no estaba exenta de tensiones. En estos grupos embrionarios de la ulterior respuesta organizada contra la Guerra de Vietnam ya se atisbaban algunas de las diferencias que se hicieron tan ostensibles a

²⁹ Milton S. Katz, *Ban the Bomb: A History of SANE, the Committee for a Sane Nuclear Policy* (New York: Praeger, 1987), pp. 45-48.

partir de 1967.³⁰ Mientras SANE orquestaba campañas publicitarias y presionaba a los representantes políticos, los activistas de CNVA desafiaban la ley irrumpiendo en complejos militares o zonas de acceso restringido donde se realizaban ensayos nucleares. Sin embargo, durante un tiempo las actividades de ambas agrupaciones se complementaron con éxito para popularizar la campaña antinuclear. Las dos tendencias solían colaborar, además, en las concentraciones que –en especial, con motivo de la conmemoración de los bombardeos sobre Hiroshima y Nagasaki— se organizaban en el mes de agosto en algunas ciudades norteamericanas. La labor conjunta de estas organizaciones revitalizó el movimiento pacifista y movilizó, en torno a su protesta, a un número ya significativo de ciudadanos.

Son muy pocas las novelas en torno a la Guerra de Vietnam que se retrotraen a estas primigenias muestras populares de descontento. *A Country Such as This* constituye una notable excepción al reproducir los incidentes ocurridos durante una protesta organizada en 1960 frente a una base nuclear en California:

Then shortly after the turn of the year [1960] the beatniks came [...] At least that was what everyone had said they were, beatniks, the word new, full-tongued and entrancing at the same time, like the first taste of spicy foreign food [...] They had to be from somewhere else, and the mystery of their origins, as well as their dramatic appearance, this bedraggled group shambling along a road that came from nowhere, caused fear and rumours to ripple through the housing area as they passed.³¹

La actitud de desacato que se observa en los pacifistas en su intento por invadir el complejo militar podría ajustarse a las tácticas de CNVA. Pero la novela no busca

³⁰ Los dos grupos habían surgido de una misma reunión organizada por Lawrence Scott, un veterano pacifista que acababa de abandonar *American Friends Service Committee*, desencantado con su inmovilismo. Tras constatar la disparidad de criterios entre los asistentes al encuentro, se sugirió la creación de al menos dos organizaciones. A SANE se adscribieron quienes estaban más en la línea de los antiguos *World Federalists*, partidarios de que algún tipo de organismo internacional mediara en los conflictos entre naciones e intercediera en favor de la paz mundial. Por su parte, CNVA dio cabida a pacifistas radicales que habían hecho su aportación más destacada en la defensa de la objeción de conciencia durante las guerras mundiales. Aunque Scott insistió en la necesidad de una estrecha colaboración, poco después se produjo el distanciamiento. Para los detalles de la iniciativa de Scott, véase Milton S. Katz, *Ban the Bomb*, pp. 21-22. Para el análisis del origen ideológico de SANE y CNVA, véase Charles Chatfield, *The American Peace Movement: Ideals and Activism* (New York: Twayne Publishers, 1992), pp. 100-107.

³¹ Webb, *A Country Such as This*, pp. 285-286.

documentar la génesis del pacifismo radical, tan notorio a finales de los sesenta. El texto de Webb se encuadra en el revisionismo de los años ochenta que en una medida importante culpabilizaba a los grupos contestatarios de la derrota de Estados Unidos en la guerra. Su percepción sobre el activismo contra la guerra reproduce, a menudo, el discurso anticomunista más elemental de los años de la Guerra Fría. De ahí que la descripción del suceso en la novela remarque el carácter antinorteamericano de la actividad, desacreditando al movimiento de protesta en su conjunto desde el momento mismo de su gestación. Por eso *A Country Such as This* le otorga a la disidencia de estos primeros momentos un radicalismo que resulta prematuro en exceso.

En los inicios de la década, la influencia comunista o de grupos radicales dentro de la protesta era marginal. Actos como el descrito en la novela de Webb no constituían la tónica habitual en aquellos años, y SANE, que gozaba de mucho crédito entre sectores liberales, se esmeraba en no contrariar en demasía al *establishment* político.³² SANE era la formación antibelicista más influyente de la época, y se cuidaba mucho de no secundar los actos organizados por CNVA y otras agrupaciones minoritarias que pudieran comprometer su reputación como organización moderada. Pero, al mismo tiempo, los activistas más jóvenes (en menor deuda histórica con la ideología de la Guerra Fría) se impacientaron con la actitud comedida de SANE.

La alienación estudiantil se constató tras episodios como el control parlamentario de las organizaciones pacifistas. En 1960, el Senado, a través de Thomas Dodd, instó a SANE a depurar los elementos subversivos entre sus filas. Pese a las protestas de las bases, la dirección nacional decidió que lo mejor para su prestigio era acceder a la destitución de Henry Abrams, joven copresidente de la organización en la zona oeste de Nueva York. Muchos militantes de la rama juvenil de SANE se dieron de baja ante lo

³² Robert Kleidman, *Organizing for Peace: Neutrality, the Test Ban, and the Freeze* (Syracuse, NY: University Press, 1993), pp. 99, 105.

que interpretaron como inadmisibles concesiones a la histeria anticomunista.³³ Agrupaciones nuevas como *Students Peace Union* (SPU), creada por miembros del Partido Socialista de Chicago en 1959, y *Students for a Democratic Society* (SDS), que en 1960 abandonó su antigua denominación de *Student League of Industrial Democracy*, acogieron a los jóvenes desafectos de SANE. SDS, que luego lideró la revuelta estudiantil contra la Guerra de Vietnam, plasmó en 1962 la ruptura parcial con el liberalismo y la socialdemocracia de SANE y *League of Industrial Democracy* (LID) en la redacción de la Declaración de Port Huron.³⁴

Como ha quedado señalado, las organizaciones pacifistas de finales de los cincuenta y principios de los sesenta no se interesaron en criticar el papel que Estados Unidos ya estaba jugando en Indochina. Pese a esta negligencia, su labor sirvió para canalizar la protesta de un segmento importante del futuro movimiento contra la Guerra de Vietnam. Pero, en aquellos años de amplio consenso, hubo otras expresiones de disconformidad que trascendían la búsqueda de unas relaciones internacionales más seguras. Determinados miembros de la intelectualidad del país alertaban de los efectos dañinos que iban a derivarse de la aceptación sin más del nuevo *statu quo* asumido por

³³ El FBI había iniciado sus investigaciones sobre la infiltración comunista en SANE desde 1958. A la acusación del senador Dodd sobre Abrams, siguieron otras muchas citaciones de miembros de SANE ante el Subcomité del Senado sobre Seguridad Interna. Además de los estudiantes, otros destacados militantes abandonaron SANE como protesta por la docilidad mostrada por la dirección nacional. Para empeorar las cosas, muchos daban credibilidad a la teoría de que Norman Cousin (amigo de Dodd) era el auténtico instigador de la purga. El análisis más detallado sobre el episodio y sus nefastas consecuencias para el movimiento antibelicista lo ofrece Katz en *Ban the Bomb*, pp. 48-63.

³⁴ El documento se convirtió de inmediato en emblema de la ideología de la Nueva Izquierda. Aunque prevalecía un enfoque reformista, el texto utilizaba un lenguaje mordaz contra las estructuras políticas, económicas y socioculturales en las que se sustentaba el país. Para superar las deficiencias del sistema, SDS apostaba por una regeneración democrática que propiciara la participación ciudadana. Pero lo que más irritó a LID fue que el análisis de la Guerra Fría que ofrecía el documento era excesivamente sesgado en contra de Estados Unidos. Además, en la convención que dio origen a la declaración se permitió la intervención de militantes comunistas, lo que contravenía la política de la organización. Para un análisis de la formulación y contenidos de la declaración, véase Kirpatrick Sale, *SDS* (New York: Vintage Books, 1974), cap. 4; Terry H. Anderson, *The Movement and the Sixties* (New York: Oxford University Press, 1996), pp. 62-66; Charles DeBenedetti and Charles Chatfield, *An American Ordeal: The Antiwar Movement of the Vietnam Era* (Syracuse, NY: University Press, 1990), pp. 56-57. Para detallar el desencuentro entre LID y SDS, véase Sale, *SDS*, cap. 5; Joseph Conlin, *The Troubles: A Jaundiced Glance Back at the Movement of the Sixties* (New York: Watts, 1982), pp. 99-104; Todd Gitlin, *The Sixties. Years of Hope, Days of Rage* (New York: Bantam Books, 1987, 1993), cap. 5.

Norteamérica tras la II Guerra Mundial. El sociólogo C. Wright Mills consideraba que durante la posguerra la democracia estadounidense se había visto perjudicada por la concentración de poder en torno a un complejo entramado militar-industrial.³⁵ Conforme con esta teoría, el historiador William Appleman Williams denunciaba la incapacidad política de Estados Unidos como primera potencia mundial y sus excesos expansionistas.³⁶ Otros autores centraban su atención en los cambios socioculturales que había experimentado el país en menos de veinte años. Lo que tienen en común las investigaciones de David Riesman (*The Lonely Crowd*, 1951), C. Wright Mills (*White Collar*, 1951), William H. Whyte, Jr. (*The Organization Man*, 1956), Paul Goodman (*Growing Up Absurd*, 1960) y Herbert Marcuse (*One-Dimensional Man*, 1964) es que ponen de relieve el impacto que las transformaciones en el estilo de vida habían provocado en el carácter tradicional norteamericano. Desde una crítica mordaz, sus escritos inciden en la alienación de un individuo de escasa capacidad crítica, que ha renunciado a sus valores o los ha canjeado por su bienestar económico. También el economista británico John Kenneth Galbraith, al tiempo que destacaba las excelencias del nuevo sistema, dudaba de la capacidad del individuo para preservar su libertad de elección frente a la tiranía del consumismo.³⁷ Por su parte, Betty Friedan recordaba que, tras el exilio temporal a las fábricas en los años de la guerra, el retorno de la mujer al hogar -ahora repleto de electrodomésticos- no implicaba otra cosa que su anulación personal.³⁸

No es fácil determinar con exactitud la influencia que pudieron ejercer estos autores en el conjunto de la disidencia de los años sesenta. En su estudio sobre el movimiento

³⁵ C. Wright Mills, *The Power Elite* (New York: Oxford University Press, 1956, 2000), cap. 9.

³⁶ William Appleman Williams (ed.), *The Shaping of American Diplomacy* (Chicago: Rand McNally, 1956). William Appleman Williams, *The Tragedy of American Diplomacy* (New York: W.W. Norton & Company, Inc., 1959, 1962, 1972).

³⁷ John Kenneth Galbraith, *The Affluent Society* (New York: Mariner Books, 1958, 1969, 1976, 1998), cap. 11.

³⁸ Betty Friedan, *The Feminine Mystique* (New York: W.W. Norton & Company, 1963, 1997), cap. 8.

contra la Guerra de Vietnam, Terry Anderson apunta que a menudo se ha exagerado su trascendencia, ya que sólo un pequeño grupo de estudiantes y profesores de universidades de elite conocían y trataban de aplicar las teorías de algunas de estas obras.³⁹ Pero la imagen de una Nueva Izquierda carente por completo de referentes ideológicos también desvirtúa la realidad. Algunos destacados miembros en los inicios de SDS heredaron la cultura política de la que habían participado sus padres en los años veinte y treinta. Otra cosa es que, en virtud del desencuentro generacional, las nuevas voces críticas en Estados Unidos recelaran de las herméticas teorías de sus progenitores. El estudiantado más progresista de la época estaba más cerca del humanismo anarquista de Albert Camus y los “alaridos” de Allen Ginsberg que de la ortodoxia marxista. Cabe recordar, por otra parte, que Tom Hayden se encontraba preparando una tesis doctoral sobre C. Wright Mills durante su redacción de la Declaración de Port Huron.⁴⁰ Mills se ha convertido en paradigma del intelectual idolatrado por los jóvenes durante la primera fase de la protesta. Sin subestimar la importancia de sus escritos,⁴¹ la admiración que se le profesaba tenía también mucho que ver con la imagen poco convencional de un profesor universitario que acudía a impartir sus clases en moto y con chupa de cuero.⁴²

La narrativa sobre Vietnam que nos remite a épocas anteriores a 1965 es minoritaria, y, por lo tanto, no abundan los testimonios ajenos al consenso de los cincuenta. No hay demasiadas novelas cuyas tramas abarquen períodos muy amplios del conflicto. Por lo

³⁹ Anderson, *The Movement and the Sixties*, p. 38.

⁴⁰ Tom Hayden, *Radical Nomad: C. Wright Mills and His Times* (Boulder, CO: Paradigm Publishers, 2006).

⁴¹ Van Goose lamenta que la crítica haya silenciado la repercusión que tuvo una de las últimas obras de Mills, *Listen, Yankee*, un libelo sobre la revolución castrista en Cuba que se convirtió en uno de los documentos más consultados por la disidencia estudiantil de los años sesenta. Según Goose, lo que más habría molestado de la obra no fue su contenido político, sino la crítica explícita de Mills a la falta de compromiso de sus colegas de profesión. En *Where the Boys Are: Cuba, Cold War America and the Making of a New Left* (London: Verso, 1993), pp. 176-183.

⁴² Doug Rossinow, *The Politics of Authenticity: Liberalism, Christianity, and the New Left in America* (New York: Columbia University Press, 1998), p. 161; James Miller, *Democracy is in the Streets: From Port Huron to the Siege of Chicago* (New York: Simon and Schuster, 1987), pp. 79 y sig.; Alice Echols, *Shaky Ground: The '60s and Its Aftershocks* (New York: Columbia University Press, 2002), p. 67.

general, los argumentos se ciñen a momentos muy concretos que casi siempre se desarrollan en años posteriores a 1966. Pero también contamos con casos como *Sons*, de Evan Hunter, y la ya mencionada *A Country Such as This*, de James Webb. *Sons* es la historia de tres generaciones de una saga familiar que se enfrenta a la encrucijada de la guerra. La novela estimula una sugerente reflexión en torno a la dicotomía entre patriotismo y traición. En diciembre de 1943, el mayor de los Tyler (veterano de la I Guerra Mundial) contrarresta el ímpetu patrio de su hijo con un desalentador alegato pacifista que refuta el mesianismo que se le presupone a la causa estadounidense:

That's exactly what America's been for as long as I can remember –an impulsive, emotional, inexperienced adolescent, who, I'm beginning to suspect more and more, enjoys action, enjoys violence, enjoys, yes, murder. It's murder, son, don't look so outraged.⁴³

La acritud de Bertram Tyler parece doblemente mediatizada. Por un lado, responde a la aprensión de un padre ante los deseos de su hijo de participar en la guerra, una experiencia cuyos horrores y futilidad ya ha experimentado en carne propia el progenitor. Por otra parte, en los años veinte, una injustificada acusación de filiación comunista le privó de estabilidad laboral. Mitigados estos condicionantes por el paso del tiempo, el discurso radical del personaje se torna más conciliador en los años de Vietnam.

Mayor consistencia ideológica parece arropar el pensamiento político de la antagonista de *A Country Such as This*. Aunque, como más adelante veremos, el relato deslegitima al personaje en función de su inestabilidad emocional, en 1951 Dorothy Dingenfelder enfatiza aún más que Tyler su crítica al *American way of life*:

No other country had such a combination of racism and fundamentalist religious sects. No other country so celebrated war [...] No other country claimed violence as a national ethos; frontier violence, war violence, swaggering, fistfighting violence, football violence, fast-car violence.⁴⁴

⁴³ Evan Hunter, *Sons* (New York: New American Library, Inc., 1969), p. 142.

⁴⁴ Webb, *A Country Such as This*, p. 143.

Pero los casos de Bertram y Dorothy constituyen una excepción a la ausencia casi completa en las novelas sobre Vietnam de personajes críticos con la conducta de su país durante las décadas anteriores a 1960. La escasez de voces fictivas discrepantes en esta etapa histórica coincide, de alguna manera, con el espíritu conformista de la ciudadanía norteamericana en los años cincuenta.

Resulta difícil sintetizar el proceso que, partiendo de esta apatía, desembocó en una de las épocas más contestatarias en la historia de Estados Unidos. El compromiso de cambio que adquirieron algunos sectores de la juventud norteamericana supuso un elemento clave en el fenómeno de la disidencia de los años sesenta y setenta. En los campus universitarios se desarrolló una parte importante de la protesta contra la guerra y a favor de los derechos civiles. Sin embargo, esta afirmación no contradice la realidad de un alumnado mayoritariamente conformista y poco interesado en asuntos sociales ajenos a sus estudios. El protagonista de *The Nuclear Age* se refiere a la indolencia y apatía reinantes en 1964 en una universidad estatal de Montana, donde sus compañeros de facultad observan, en el mejor de los casos, un peculiar sentido de la rebeldía:

To be sure, Pevee [Peveerson State Collage] was not a distinguished institution. [...] Mostly ranch kids-hicks and dullards. Even after my experience at Fort Derry High, I had to admire the way my new classmates so daringly refined the meaning of mediocrity. A dense, immobile apathy. Ignorance on a colossal scale. [...] In a note to my parents, composed near the end of the freshman orientation, I outlined the major difficulties. Stereos that blew out at 3 a.m. Coeds who pondered the spelling of indefinite articles. Elaborate farting contests in the school library, with referees and formal regulations and large galleries of appreciative spectators.⁴⁵

Cabe reseñar, además, que, incluso durante los años de mayor activismo, los estudiantes afines a SDS a menudo tuvieron que hacer frente a la contraprotuesta organizada por grupos universitarios de derecha que apoyaban la intervención de Estados Unidos.⁴⁶ *Young Americans for Freedom* (YAF) ejerció el liderazgo entre las

⁴⁵ O'Brien, *The Nuclear Age*, pp. 66-67.

⁴⁶ John Andrew, "Pro-War and Anti-Draft: Young Americans for Freedom and the War in Vietnam", en Marc Jason Gilbert (ed.), *The Vietnam War on Campus: Other Voices, More Distant Drums* (Westport, CT: Praeger, 2001), pp. 11-12; Fred Halstead, *Out Now! A Participant's Account of the Movement in the*

agrupaciones de tendencia ultraconservadora, llegando en ocasiones a contabilizar más militantes entre sus filas que la propia SDS.⁴⁷ La administración Johnson había intentado mediar en los debates universitarios sobre la guerra (*teach-ins*) que se popularizaron a partir de 1965. Su fracaso precipitó el activismo de YAF y asociaciones satélites como *Student Committee for Victory in Vietnam* y *Student Coordinating Committee for Freedom in Vietnam*, encargadas desde entonces de contrarrestar con sus soflamas patrióticas las protestas pacifistas.⁴⁸ En cualquier caso, en la mayor parte de las universidades norteamericanas, ni el extremismo de izquierdas ni el de derechas fueron significativamente predominantes. Durante los años de la guerra, las opiniones del alumnado difirieron poco de las expresadas por el conjunto de la población, y las encuestas revelan una tendencia ligeramente favorable a las decisiones del presidente del gobierno y una animadversión apenas contenida hacia sus compañeros de aula más politizados.⁴⁹

Algunos estudios sobre la implicación del ámbito universitario en la protesta de los sesenta han detectado un escaso interés historiográfico por la situación en los centros universitarios menos mediáticos. Desde este punto de vista, la excesiva atención sobre los episodios acaecidos en unas cuantas universidades privadas o públicas de elite (léase, Columbia o California) habría distorsionado las conclusiones sobre el impacto y el carácter de la protesta en el conjunto de la enseñanza superior norteamericana.⁵⁰ La

United States Against the Vietnam War (New York: Pathfinder, 1978, 1991), p. 35; Kenneth J. Heineman, *Put Your Bodies Upon the Wheels. Student Revolt in the 1960s* (Chicago: Ivan R. Dee, 2001), pp. 151, 160; Kenneth J. Heineman, “‘Look Out Kid, You’re Gonna Get Hit’: Kent State and the Vietnam Antiwar Movement”, en Melvin Small and William D. Hoover, *Give Peace a Chance: Exploring the Vietnam Antiwar Movement. Essays from the Charles DeBenedetti Memorial Conference* (Syracuse, NY: University Press, 1992), pp. 205-206, 210, 214; Tom Wells, *The War Within: America’s Battle over Vietnam* (New York: Henry Holt and Company, Inc., 1994), p. 20.

⁴⁷ Anderson, *The Movement and the Sixties*, p. 109.

⁴⁸ Joseph G. Morgan, *The Vietnam Lobby: The American Friends of Vietnam, 1955-1975* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1997), p. 130.

⁴⁹ Heineman, *Put Your Bodies Upon the Wheels*, pp. 116, 155; Wells, *The War Within*, pp. 258, 299.

⁵⁰ Kenneth J. Heineman, *Campus Wars: The Peace Movement at American State Universities in the Vietnam Era* (New York: University Press, 1993), p. 2; Clyde Brown and Gayle K. Pluta Brown, “Moo U and the Cambodian Invasion: Nonviolent Anti-Vietnam War Protest at Iowa State University”, p. 120, y

propensión al mito ha contribuido a difundir la imagen de una universidad tremendamente activa y participativa desde 1964, espoleada por la experiencia de los jóvenes voluntarios del Norte que en el verano de aquel año participaron en la campaña antisegregacionista organizada en Misisipí por *Students Non-Violent Coordinating Committee* (SNCC). En la ficción, el menor de la saga de los Tyler en *Sons*, Wat, ha participado en ese Proyecto por la Libertad (*Mississippi Freedom Summer Project*), no sin antes mantener un acalorado diálogo con su padre, que constata el desencuentro generacional de aquellos años:

“Ok,” I said, “I want to go south this summer and help with voter registration. Negro voter registration.” [...] “You can help right here. If you want to do something for the Negro, why don’t you get a job in Harlem this summer? At a playground or youth center.” [...] “I’m not asking for your permission because I *need* it, Pop.” “No? Then why are you asking?” “As a goddamn courtesy.”⁵¹

Entre los jóvenes que emularon la iniciativa del fictivo Wat Tyler se encontraban 21 estudiantes de Berkeley.⁵² Pocos meses después, algunos de aquellos voluntarios se implicaron activamente en el nacimiento de *The Free Speech Movement* (FSM), episodio que ha sido señalado como la primera demostración de fuerza del radicalismo universitario. Tras el descanso estival, la actividad académica se había reanudado en septiembre con el anuncio de que una ordenanza prohibía la realización de actividades políticas en un espacio tradicionalmente reservado para ello. La nueva disposición provocó el rechazo unánime de todas las asociaciones de estudiantes, que constituyeron un “frente unido” en favor de la libertad de expresión en el que se integraron incluso los

Anthony O. Edmonds and Joel Shrock, “Fighting the War in the Heart of the Country: Anti-War Protest at Ball State University”, p. 142; ambos en Gilbert, *The Vietnam War on Campus*.

⁵¹ Hunter, *Sons*, pp. 72-74.

⁵² Waldo Martin, “Holding One Another: Mario Savio and the Freedom Struggle in Mississippi and Berkeley”, en Robert Cohen and Reginald E. Zelnik, *The Free Speech Movement: Reflections on Berkeley in the 1960s* (Berkeley, CA: University of California Press, 2002), pp. 96-97.

republicanos y los grupos de derecha.⁵³ El prestigio académico de la Universidad de California (CAL) había aumentado con los años en paralelo a su notoriedad como institución liberal. Las medidas restrictivas recién adoptadas contradecían aquella tradición, lo que hizo sospechar a muchos que las autoridades académicas estaban cediendo a presiones externas. En la ciudad de Berkeley, el problema racial se había hecho visible sólo unos años antes. Frente al exiguo 4% representado por la población negra en 1940, la cifra se multiplicó por cinco en el primer año de la década de los sesenta.⁵⁴ Con el cambio demográfico, se reprodujeron en la ciudad las prácticas discriminatorias tan manifiestas en otros lugares del país. Los grupos pro derechos civiles iniciaron en otoño de 1963 una intensa campaña consistente en sabotear a entidades y comercios cuyas políticas de contratación imposibilitaban la integración de la minoría negra.⁵⁵ En particular, las oficinas del *Oakland Tribune* fueron objetivo reiterado de estas protestas. El editor del periódico era el ex senador por California William F. Knowland, en otros tiempos firme partidario de Joe McCarthy. Representante del ala más derechista del partido Republicano, Knowland denunció las tácticas “chantajistas” de *Ad Hoc Committee to End Discrimination* y se negó a negociar cualquier tipo de concesiones. Aunque no se ha determinado con exactitud su grado de influencia en las decisiones adoptadas por el Consejo de Gobierno de CAL⁵⁶, desde el rotativo se hizo saber que, contra lo que muchos suponían, la titularidad de la “zona política” objeto de discordia recaía en la propia universidad. Las autoridades académicas sabían que esto era así desde que en 1959 la ciudad les cedió el lugar en

⁵³ Max Heirich, *The Spiral of Conflict: Berkeley, 1964* (New York: Columbia University Press, 1971), pp. 103-105; Conlin, *The Troubles*, p. 119; Jackie Goldberg, “*War Is Declared*” en Cohen, *The Free Speech Movement*, p. 108.

⁵⁴ W. J. Rorabaugh, *Berkeley at War: The 1960s* (New York: Oxford University Press, 1990), pp. 5-6, 50.

⁵⁵ Jo Freeman, “From Freedom Now! to Free Speech: The FSM’s Roots in the Bay Area Civil Rights Movement”, en Cohen, *The Free Speech Movement*, pp. 75-77. Rorabaugh, *Berkeley at War*, p. 72.

⁵⁶ En realidad, Knowland andaba preocupado por el apoyo que estaban recibiendo Nelson Rockefeller y William Scranton en el campus como posibles candidatos presidenciales del partido Republicano para 1964. Por tanto, la estrategia del editorialista hay que enmarcarla, también, en su decidida apuesta por Barry Goldwater.

propiedad.⁵⁷ Por tanto, CAL llevaba 5 años incumpliendo su propia normativa (que impedía la distribución en la universidad de propaganda política ajena a la actividad académica), pero en ese tiempo no consideró que fuera necesario legislar nada al respecto. Los estudiantes interpretaron el cambio de rumbo como un intento por neutralizar la actitud de protesta que, en torno a los derechos civiles, se estaba instalando entre algunos jóvenes.

Otras universidades habían protagonizado protestas similares, pero la campaña por la libertad de expresión en la Universidad de Berkeley concitó el mayor interés de los medios de comunicación. Algunos de los episodios acaecidos alcanzaron cotas casi míticas, incluyendo la retención estudiantil durante 32 horas de un coche policial que había entrado en el recinto universitario para detener a un activista de *Congress of Racial Equality* (CORE) que había desafiado la nueva normativa. Especialmente intuitivos y clarividentes resultaron también los apasionados discursos del estudiante de filosofía Mario Savio, quien pronto se erigió en cabeza visible de la protesta, para convertirse después en un discutido icono de los sesenta.⁵⁸ Finalmente, la resolución del conflicto fue inusitada: los estudiantes recuperaron su derecho a la expresión política y precipitaron el declive de sus máximos detractores, el presidente de CAL Clark Kerr y el rector Edward Strong.

Pero volvamos a matizar el cariz radical del activismo estudiantil en 1964. En su conjunto, FSM responde con más exactitud a un ejemplo clásico de movimiento reformista. Nos volveremos a apoyar en la literatura y, en concreto, en la evolución del

⁵⁷ Conlin, *The Troubles*, pp. 115-117.

⁵⁸ Los 6 artículos correspondientes a la última sección (pp. 531-570) de Cohen, *The Free Speech Movement*, versan sobre distintos aspectos de la vida pública y privada de Mario Savio. En general, los articulistas trazan una trayectoria errática del personaje después de FSM, con autoexilio a Inglaterra incluido. También coinciden en destacar la constante tergiversación sobre su persona, proveniente tanto de admiradores como de detractores. Al parecer, la hipnótica retórica del agitador social ocultaba una personalidad tímida y recatada marcada por cierta tartamudez. Frente al intolerante radical, emerge en lo privado una persona conciliadora y con un profundo sentido de lo religioso. En sus discursos se distinguía, además, una compleja ideología en la que cabían desde Karl Marx hasta Henry David Thoreau.

joven Tyler en *Sons* para desmentir la idea de una mayoría estudiantil rápidamente movilizada. Su ya referida iniciativa en favor de los derechos civiles no se traduce, de inmediato, en un mayor compromiso político. Al contrario, Wat emplea buena parte de sus energías en el cortejo a una chica, Dana, a la que ha conocido en uno de sus viajes de fin de semana a casa, y lejos de su interés quedan campañas candentes como la que por entonces organizaba FSM.

Evidentemente, este personaje dista mucho de parecerse a Savio, pero sí es fiel reflejo del liberalismo en las costumbres y el idealismo que empezaban a caracterizar a importantes segmentos de la juventud estadounidense de principios de los sesenta. La enseñanza superior cambió su fisonomía en Estados Unidos cuando la *baby boom generation* empezó a llenar los aularios de las universidades.⁵⁹ La nueva situación comportó mayores esfuerzos presupuestarios y la potenciación de disciplinas hasta entonces muy descuidadas. Las carreras de humanidades fueron las más demandadas por jóvenes con mayor propensión a actitudes críticas.

Muchos de estos adolescentes interpretaron la victoria de John Kennedy en las elecciones de 1960 como la constatación de que Norteamérica iniciaba un período de importantes cambios. En el plano personal, contraponían el carisma del nuevo presidente a la línea continuista que representaba el candidato republicano Richard Nixon. Kennedy era un mandatario moderno y atractivo que encandilaba a jóvenes

⁵⁹ Basten dos datos para imaginar el cambio que el aumento demográfico provocó en los estudios universitarios: a partir de 1964, el número de nuevas matriculaciones se incrementó a razón de medio millón por año; así, si en 1946 había algo más de dos millones de estudiantes y unos 165.000 profesores universitarios en Estados Unidos, al final de la década de los sesenta se contabilizaban unos ocho millones de alumnos y más de medio millón de profesores. El primer cálculo lo ofrece Louise B. Russell, *The Baby Boom Generation and the Economy* (Washington, DC: Brookings Institution, 1982), p. 41. El segundo dato lo aportan Russell M. Cooper and Margaret B. Fisher, *The Vision of a Contemporary University. A Case Study of Expansion and Development in American Higher Education 1950-1975* (Tampa, FL: University Press of Florida, 1982), p. 183.

como Dana⁶⁰, quien piensa en el ya difunto presidente en términos de *sex symbol* cuando lo compara con la sensación de decadencia que le inspira su sucesor en el cargo:

Like a lot of girls, she had accepted Kennedy as a sort of father-image with whom incest was not only thinkable but perfectly acceptable. And then, cut out of all cuts, this positively groovy guy had been replaced by a real father-type who had a stern demeanour and a disapproving down-turned mouth, [...] and who spoke in a lazy Texas way designed to alienate every kid on the eastern seaboard, if not the entire world.⁶¹

Pero no sólo su encanto personal explica que desde su llegada a la Casa Blanca Kennedy se convirtiera en un símbolo del nuevo idealismo estadounidense. Su programa político auguraba una agenda social progresista y comprometida con sectores desfavorecidos. Y para garantizar el éxito ante los nuevos retos, el presidente solicitaba la colaboración de los jóvenes. Éstos respondieron a las expectativas con un mayor activismo, y tres meses después de la creación de los Cuerpos de Paz (*Peace Corps*) el 1 de Marzo de 1961, más de 10.000 norteamericanos –la inmensa mayoría universitarios– habían solicitado su inscripción como voluntarios para prestar asistencia en países subdesarrollados.⁶² Éste es el tipo de respuestas que induce a Lynda Van Devanter en *Home Before Morning* a pensar en la extraordinaria influencia que ejerció John Kennedy sobre su generación:

I was part of a generation of Americans who were “chosen” to change the World. We were sure of that. It was only a matter of waiting until we all grew up [...] It was a feeling that had taken root during talks with my father and had started to sprout on January, 20 1961, when another Catholic, a young, vigorous man, told us that no dream was unattainable.⁶³

⁶⁰ Durante la campaña por las presidenciales de 1960, Kennedy cultivó con más insistencia que Nixon la imagen de candidato próximo a la juventud. Aun cuando este segmento de población era menos proclive a la participación, la previsión de unos resultados reñidos hizo que Kennedy concediera mayor importancia a los potenciales casi ocho millones de nuevos votantes. Así, un mes antes de las elecciones, emitió una declaración dirigida específicamente a los votantes más jóvenes que no escatimaba en elogios como el siguiente: “We do live in a fantastically revolutionary era, but one of the biggest and most significant revolutions is the revolution of young people throughout the world, and the new frontiers which they are establishing. [...] They are the ones who are dreaming of new worlds and new frontiers of opportunity, whose hearts beat with the fervor of dedication to a great cause, whose impatience to achieve tomorrow is today shaking the world.” El texto completo de la declaración se puede consultar en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=60424#axzz1rpGq1Gxq> (visita 15 octubre 2011).

⁶¹ Hunter, *Sons*, p. 154.

⁶² Los datos sobre la respuesta inicial a la iniciativa de Kennedy se recogen en el *Primer Informe Anual sobre los Cuerpos de Paz* publicado en 1962 (pp. 11, 20, 68). El documento completo se puede consultar en http://files.peacecorps.gov/manuals/cbj/annualreport_1962.pdf (visita 8 septiembre 2011).

⁶³ Lynda Van Devanter, *Home Before Morning: The Story of an Army Nurse in Vietnam* (Boston: University of Massachusetts Press, 1983, 2001), p. 29.

Muchos de los desafíos a los que aludía Kennedy no eran en realidad novedosos. Los discursos presidenciales reproducían, a menudo, las consignas anticomunistas de sus predecesores en el cargo y animaban al país a hacer frente a la amenaza que en forma de luchas de liberación en países subdesarrollados se cernía sobre el Mundo Libre. Algunos grupos estudiantiles se mostraron descontentos con la primera aventura exterior del gobierno Kennedy en la fallida invasión de Bahía de Cochinos en Cuba. Y algunos otros se impacientaban por su temeridad a la hora de implementar las medidas antisegregacionistas que propugnaba. Pero, en general, la mayoría de la población confiaba en que el hombre que, según creían, había evitado una catástrofe nuclear en 1962 combinando templanza y autoridad fuera el líder que necesitaba Estados Unidos. Los discursos televisados del presidente, sobre todo los referidos a los problemas de integración racial en el Sur, ayudaron a encumbrar la figura de Kennedy. Su muerte en 1963 durante su visita a Dallas no hizo sino completar su glorificación.

Por lo general, las ficciones y memorias en torno a la Guerra de Vietnam que se refieren a los primeros años del conflicto ofrecen una imagen positiva de Kennedy. En ocasiones, los narradores asumen la idea de que la catástrofe en el Sudeste asiático no se hubiese consumado de haber permanecido Kennedy en el cargo. Robert Roth expresa de forma muy explícita en *Sand in the Wind* las dificultades para desmarcarse del mito kennediano:

Suddenly Chalice had doubts. He saw the man before him, his overwhelming sincerity. Again he wanted to believe, was willing to sacrifice everything to the myth. 'He *couldn't* have...He too believed it, his own *goddamn myth*', but this thought was equally hard to accept. [...] He felt he understood why the radicals could deride things Kennedy had done and everything he represented, yet still squirm to avoid the mention of his name. They too had believed [...] knowing, without admitting, that if he failed nobody could succeed.⁶⁴

⁶⁴ Robert Roth, *Sand in the Wind* (New York: Pinnacle Books, 1974), p. 567.

Con el agravamiento de la situación del ejército norteamericano en las junglas del Sudeste asiático se inició el proceso de desmitificación de Kennedy, que se acentuó durante la posguerra. Aun cuando la reflexión del cabo Mark Chalice en *Sand in the Wind* es fiel reflejo de la capacidad de resistencia del mito, algunas narraciones publicadas después de la guerra sí abjuran abiertamente de la figura de Kennedy. Philip Caputo proporciona en *A Rumor of War* uno de los ejemplos más tajantes:

It wasn't the VC who were threatening to rob me of my liberty, but the United States government, in whose service I had enlisted. Well, I was through with that. I was finished with governments and their abstract causes, and I would never again allow myself to fall under the charms and spells of political witch doctors like John F. Kennedy.⁶⁵

Sin llegar en muchos casos a la acritud de este narrador, la denuncia de otras memorias sobre el conflicto en Vietnam alcanza al presidente Kennedy. Tras experimentar los horrores de la guerra, estos narradores reevalúan el momento en el que se alistaron o fueron reclutados. Cuando reconocen la ingenuidad con la que aceptaron las razones que esgrimían sus gobernantes se sienten cómplices de una tradición belicista a la que en su momento no pusieron pega. Y había sido precisamente John Kennedy quien, participando de esta tradición, había empezado a convencer a jóvenes compatriotas de que en el Sudeste asiático había mucho en juego para Norteamérica.

Como se acaba de destacar, los más desencantados con la política del presidente señalaban su moderación en la lucha por los derechos civiles como uno de sus mayores defectos. Durante la campaña electoral, Kennedy se había comprometido con la causa y había generado un cierto entusiasmo entre la población negra que se tradujo luego en un número de votos quizás decisivo para auparle a la presidencia.⁶⁶ En sus múltiples

⁶⁵ Philip Caputo, *A Rumor of War* (New York: Niagara, 1977), p. 444.

⁶⁶ Según los datos de *Joint Center for Political and Economic Studies* en su informe *Blacks & the 2008 Democratic National Convention* (p. 8), el voto afroamericano se repartió entre el 68% que recibió Kennedy y el 32% que fue a parar a la candidatura de Nixon. Pero estos datos confirmaban una tendencia ya observable en elecciones anteriores, y la diferencia a favor del candidato demócrata puede considerarse hasta moderada si se compara con los resultados de todas las presidenciales posteriores. Ver datos en http://www.jointcenter.org/publications_recent_publications/political_participation/blacks_and_the_2008_democratic_national_convention (visita 8 septiembre 2011).

alusiones al problema racial, el candidato demócrata había advertido que algunas prácticas discriminatorias podían desaparecer de un plumazo. Pero ya en la Casa Blanca, quedó patente su falta de sintonía real con el movimiento por la igualdad. Los líderes de las principales organizaciones negras reprocharon al presidente que en sus primeros años de gobierno se decantara por una política de gestos simbólicos en detrimento de una legislación efectiva contra la segregación.⁶⁷ Emprendieron, por ello, una campaña de presión que sorteara el recato inicial de la administración demócrata.

Desde finales de los años cincuenta, para algunos sectores progresistas la continuidad de la discriminación racial empezaba a resultar un lastre. No se podía presumir de una democracia exportable al resto del mundo mientras en muchos lugares del país a ciudadanos norteamericanos, por razón de su raza, se les seguía negando entrar a un restaurante o alquilar una habitación de hotel. Estas prácticas contradecían la ética democrática, y algunos advirtieron la incompatibilidad cuando en 1960 cuatro estudiantes negros iniciaron una protesta en los comedores de los almacenes Woolworth en Greensboro (Carolina del Norte) con la que popularizaron el fenómeno de las “sentadas”. Kennedy respondió con algunos guiños como la creación de la Comisión para la Igualdad de Oportunidades Laborales y predicó con el ejemplo asignando puestos en su administración a asesores y funcionarios negros en un número sin precedentes. Pero los promotores de la causa por la igualdad exigían medidas más estructurales. Poco a poco, la situación adquirió una dinámica de la que difícilmente podía abstraerse el presidente: las protestas organizadas por CORE, SNCC o *Southern Christian Leadership Conference* (SCLC) se topaban con la violenta respuesta de las autoridades locales sureñas, atraían la atención de los medios de comunicación y forzaban al gobierno federal a actuar con más determinación. La táctica del movimiento

⁶⁷ Robert Weisbrot, *Freedom Bound: A History of America's Civil Rights Movement* (New York: W.W. Norton, 1990), pp. 53-54; Glenn T. Eskew, *But for Birmingham: The Local and National Movements in the Civil Rights Struggle* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1997), pp. 50, 213.

por los derechos civiles de los negros (puesta en práctica en lugares como Misisipi o Alabama) contribuyó a apuntalar el apoyo de los hermanos Kennedy. Aun así, y pese a que sus discursos televisados a la nación en momentos de crisis apuntaban hacia un compromiso total, el presidente calculó siempre los costes políticos de sus decisiones y en la medida de lo posible evitó riesgos personales. Convencido, al fin, de que la crisis racial exigía la aprobación de una ley de derechos civiles, su propuesta seguía sin colmar las expectativas de *Leadership Conference on Civil Rights*, el grupo de asociaciones religiosas y sindicalistas que con más ímpetu presionaba a Washington. La redacción final de la ley firmada por Johnson en 1964 recogía, tras arduas negociaciones, la mayor parte de las sugerencias de las organizaciones por la igualdad; pero esto fue así, en cierta medida, en contra de las opiniones de Kennedy, que procuraba atenuar algunas disposiciones a fin de no agravar a la coalición de republicanos y demócratas del Sur cuya colaboración estimaba imprescindible para algunas otras reformas.⁶⁸

En realidad, la importancia de la lucha contra la discriminación racial trasciende las conquistas parciales de la comunidad negra. La persistencia de la práctica racista en la era de la Nueva Frontera reveló a muchos estudiantes que Estados Unidos no era inmune a las injusticias sociales y prácticas inmorales. Algunos jóvenes blancos participaron activamente en los *Freedom Rides* organizados por CORE y SNCC en 1961, el *Voter Registration Project* del verano de 1962 o el *Mississippi Freedom Summer Project* de 1964. SDS, que asumía de manera explícita en su Declaración de Port Huron su compromiso en la lucha contra el racismo institucional del Sur al tiempo que denunciaba la existencia de otro más sutil en el Norte, había promovido la

⁶⁸ Para hacer un seguimiento del trámite parlamentario de la ley y de la actitud de Kennedy durante las negociaciones, véase Joseph L. Rauh Jr., "The Role of the Leadership Conference on Civil Rights in the Civil Rights Struggle of 1963-1964", en Robert D. Loevy, *The Civil Rights Act of 1964: The Passage of the Law that Ended Racial Segregation* (Albany, NY: State University of New York Press, 1997), cap. 2.

implicación de los estudiantes en muchos de estos proyectos. Las experiencias vividas de primera mano en los estados sureños condicionaron poco después su respuesta a la intervención militar en el Sudeste asiático. O dicho de forma más tajante: resulta difícil imaginar que la Guerra de Vietnam hubiese sido contestada de la manera y en las proporciones en que lo fue de no haber mediado los eventos que tuvieron lugar en el Sur de Estados Unidos entre 1960 y 1964.

Las novelas sobre Vietnam que narran episodios próximos a aquellos años constituyen una fuente reveladora de las conexiones entre el movimiento por los derechos civiles y el movimiento contrario a la guerra. Dos textos tan divergentes desde el punto de vista ideológico como *Sons* y *A Country Such as This* coinciden en resaltar la lucha contra la segregación racial como origen de la concienciación política de dos futuros activistas contra la intervención militar de Estados Unidos. Por un lado, el menor de los Tyler se une en agosto de 1964 a un pequeño contingente que participa en una campaña para registrar votantes negros en Misisipí. Por su parte, Dorothy Dingenfelder, que en sus años de instituto ya había participado como voluntaria en una fundación para la defensa de un negro acusado de violación,⁶⁹ acude a la gran marcha en Washington de 1963 como miembro de *American Civil Liberties Union* de Los Ángeles.

Evan Hunter rastrea a través de su novela los orígenes y evolución del pacifismo y la Nueva Izquierda de los años sesenta. Wat Tyler representa a otros muchos jóvenes que fueron abandonando su inicial ingenuidad en favor de una actitud cada vez más crítica con la administración Johnson. No es casual, en este sentido, que la narración arranque

⁶⁹ El caso de Willie McGee concitó mucha atención mediática en los años cuarenta. En la campaña por su liberación se involucraron personalidades como Albert Einstein, William Faulkner o Paul Robeson. Acusado de la violación de una mujer blanca en 1945, McGee fue finalmente electrocutado en 1951 tras la celebración de varios juicios. Aunque su participación parece fuera de toda duda, el rumor más extendido se refiere a la posibilidad de que fueran amantes. Pero no es eso lo que más interesa en este punto. La alusión a este caso sirve a Webb para establecer el temprano radicalismo de Dorothy, que tiene como modelo a Bella Abzug, la abogada más popular del *Civil Rights Congress* (de filiación comunista) encargado de la defensa de McGee.

en noviembre de 1963; adolescente en una ciudad que ha votado tradicionalmente al partido Republicano, Wat experimenta como una pérdida personal el asesinato de Kennedy. El muchacho ha encajado la retórica kennediana y ha decidido que lo mejor que puede hacer por su país es combatir el racismo allí donde se manifiesta de manera más flagrante. Como vimos, la discusión con su padre que precede a su viaje a Misisipí dramatiza el divorcio entre liberales y radicales que se consumó a mediados de los sesenta:

“No, I think it’s important that some *white* people go over there.”

“Why?”

“To show them we’re interested. I mean, Pop, this isn’t just *their* problem, it’s *our* problem too. If we care enough about what the hell’s going *on* in this country.”

[...]

“I’m telling you that’s a foreign country down there. I was there during the war, and it’s worse now. You’ll need a passport to get in, it’s a foreign country.”

“It’s America,” I said.

“Don’t give me any of that patriotic bullshit,” my father said.⁷⁰

Para que la imagen idílica de Norteamérica que aún conserva Wat se desmorone, Hunter coloca al personaje en la piel de muchos de los *freedom riders* que fueron encarcelados o incluso encontraron la muerte en sus incursiones al Sur. El grupo con el que viaja el protagonista recrea la ruta que siguieron los tres voluntarios a favor de los derechos civiles hallados muertos el 4 de agosto de 1964. Mientras son acosados por los adjuntos del sheriff que han interceptado su coche, Wat se reconoce tan vulnerable como debieron de haberse sentido James Chaney, Mickey Schwerner y Andrew Goodman:

(Another jagged lance of fear. Wat Tyler remembers the farm where the bodies of the three workers were discovered, bitterweed and scrub pine, the hole left by the dragline in the earthen dam, the men buried in shallow graves while the dam was still in construction...)⁷¹

Pero debemos recordar que la conversión de Wat es progresiva. Cuando durante su breve encarcelamiento escucha en un televisor las palabras de Johnson que anuncian los

⁷⁰ Hunter, *Sons*, pp. 73-75.

⁷¹ *Ibid.*, p. 95.

primeros ataques contra Vietnam, Tyler no acierta a comprender lo que ocurre. Es Larry Peters, su compañero negro de viaje y de celda, quien lo pone al corriente sobre lo acontecido en la bahía de Tonkín unos días antes y quien es capaz de entrever en el mensaje presidencial una declaración de guerra. Recordemos, igualmente, que al reanudarse la actividad académica en septiembre Wat tiene otras preocupaciones más prosaicas. Habrán de transcurrir varios meses para que observemos una actitud más militante en el comportamiento de este personaje. Pero su decisión de abandonar los estudios (y la prórroga militar) para centrar sus esfuerzos en las actividades contra la guerra está determinada, sugiere la novela, por su experiencia previa en Misisipí, aun cuando su escala de prioridades fuera distinta hasta el verano de 1964:

Elsewhere, though, July had also started in June with the resignation of Ambassador Lodge in Saigon, and the disappearance of Goodman, Chaney, and Schwerner in Mississippi. Of the two events, the one unquestionably most important was the disappearance of the rights workers.⁷²

Por contra, la teoría que se desprende de la novela de James Webb parte de una premisa totalmente diferente: la Guerra de Vietnam proporcionó a la disidencia política una coartada para fomentar su propensión al antinorteamericanismo.⁷³ Según esta línea argumental, la “cultura adversaria” (a la que pertenece Dorothy Dingenfelder) andaría agazapada a la espera de un nuevo *leitmotiv* con el que sustituir el obsoleto argumento de la explotación obrera. Las reivindicaciones raciales proporcionaron la excusa para denostar de nuevo a Estados Unidos. En el texto, como quedó señalado, Dorothy inició su carrera política en la defensa de los derechos civiles de los negros. Ferviente seguidora de Kennedy, la defensa elaborada que hace de la firma de la Ley de Derechos Civiles de julio de 1964 la sitúan en un plano intelectual superior al del personaje de

⁷² Ibid., p. 89.

⁷³ Para una amplia comprensión de lo que la derecha estadounidense entiende por “adversary culture” y sus estrategias para preservar su influencia, véase Paul Hollander, *Anti-Americanism: Critiques at Home and Abroad 1965-1990* (New York: Oxford University Press, 1992).

Wat en *Sons*. Pero, pese a su mayor articulación política, no hay nada, de momento, que la aleje en demasía de las motivaciones y las aspiraciones suprapolíticas del joven Tyler. Lo que ocurre es que si nos fijamos en la caracterización narratológica de Dorothy, advertiremos que el personaje está marcado por infinidad de rasgos negativos que a larga sirven para desautorizar su discurso. Para cuando la joven abogada empieza a consolidar sus opiniones sobre Vietnam a finales de 1965, Webb espera que el lector la analice no sólo como un personaje antipático sino de escasa credibilidad. Así, Dorothy es presentada como una mujer histérica, antojadiza, poco femenina y ambiciosa que ha forzado la salida de su marido de las Fuerzas Aéreas, le ha sido infiel con un congresista, ha desatendido sus tareas domésticas y se ha autolesionado para provocar un aborto. Su personalidad inestable queda completa con la referencia a la traumática experiencia infantil que la obligó a exiliarse de su Austria natal tras la invasión alemana:

They [the Nazis] had taken her father's business, a bicycle factory in Viena, and with it the right to grow up among the tall buildings and electric trams and art galleries, the right to enjoy a European inheritance that her whole family lamented in a way that some mourn lost loved ones.⁷⁴

De esta manera, *A Country Such as This* relativiza la influencia real que pudo tener la lucha por los derechos civiles en la gestación del movimiento de contestación a la guerra. El texto apunta en otra dirección: es la tradición disidente representada por Dorothy la que explica su adhesión a la causa de los negros. En su imparable carrera al Congreso, Dorothy tiene a bien hacer suyas cuantas causas puedan proporcionarle una buena plataforma de promoción, sin que nunca se desprenda de su actitud el compromiso altruista que advertíamos en Wat. Si a su ambición desmedida le añadimos los traumas de su niñez, parece sugerirnos la novela, Dorothy descubrirá fascistas en el Sur profundo de Estados Unidos con la misma facilidad con que los hallará en la Casa

⁷⁴ Webb, *A Country Such as This*, pp. 141-142.

Blanca.⁷⁵ Dorothy Dingenfelder se convierte, finalmente, en un personaje comodín, pues su procedencia austríaca sirve para que Webb esboce también su crítica contra la intelectualidad europea que de la mano de la Escuela de Francfort (y, en especial, de Herbert Marcuse) revitalizó a la izquierda norteamericana con la introducción de sus ideas en los centros educativos desde mediados de los años cincuenta.

Al contrario de lo que ocurre en *Sons*, no se advierte en *A Country Such as This* el menor interés en explorar la tradición disidente en Estados Unidos y la resistencia mostrada por parte de sus intelectuales en conflictos bélicos anteriores. Pero, al mismo tiempo, las notorias diferencias entre ambos textos dan un mayor realce al hecho de que sus protagonistas (aunque insistimos en el carácter antagónico de Dorothy) inauguren su compromiso político defendiendo la igualdad de la población afroamericana. Otros muchos jóvenes estadounidenses hicieron lo propio, y en ese proceso descubrieron que con una apuesta decidida y una organización eficaz se podían conseguir logros verdaderos. La experiencia en aquel campo les preparó para responder con sorprendente rapidez cuando Estados Unidos “oficializó” su intervención militar en Vietnam en 1965.⁷⁶

⁷⁵ Webb se adhiere, de esta forma, a las teorías revisionistas de Rothman y Lichter que concluyen que en la base del comportamiento rebelde de los jóvenes de los sesenta (y otros grupos) se encuentran las disfunciones psicológicas y familiares de sus protagonistas. Véase Stanley Rothman and S. Robert Lichter, *Roots of Radicalism: Jews, Christians and the New Left* (New York: Oxford University Press, 1982).

⁷⁶ Pese a ser potestad del Congreso, nunca se aprobó una declaración formal de guerra. A todos los efectos, bastaba con la Declaración de Tonkín de agosto de 1964. Desde el envío de marines en marzo de 1965, perdió fuerza el argumento sobre la ilegalidad del conflicto.

2. Hijos del amor y de la guerra: Sons y la reacción del movimiento a la escalada militar en 1965.

Tras asegurar su permanencia en la Casa Blanca con una holgada victoria sobre Goldwater, Lyndon Johnson abordó el conflicto en Vietnam de manera más decidida. Pocos días antes de las elecciones, el ataque a la base aérea de Bien Hoa por parte del Vietcong había sido poco divulgado por la administración demócrata para no dañar los buenos resultados electorales que auguraban las encuestas.⁷⁷ Por el contrario, una incursión guerrillera en febrero de 1965 de similares características en el complejo aeroportuario de Pleiku fue interpretada como el momento oportuno para endurecer la actitud de Estados Unidos: a la muerte de ocho militares norteamericanos Johnson respondió con el inicio de lo que sería una campaña de más de cuatro años de bombardeos aéreos.⁷⁸ Aunque se mostraba preocupado por la repercusión de la noticia, Johnson no preveía una inmediata oposición a la intervención militar de parte de un movimiento de contestación a la guerra que por entonces estaba todavía en ciernes.

En realidad, las asociaciones pacifistas menos moderadas habían incluido algunas referencias a Vietnam en sus discursos públicos desde la época de Kennedy. Siguiendo la tónica habitual de aquellos tiempos, SANE procuraba controlar, por lo general con

⁷⁷ Johnson parecía obsesionado con las encuestas y contrató los servicios de Oliver Quayle y Alex Louis para que elaboraran consultas semanales sobre diversos aspectos. Eric Goldman describió así el culto del presidente a los datos estadísticos: “Lyndon Johnson was not only converted but close to transfixed. He went on around with his pockets stuffed with polls, always ready to pull them out for a stentorian reading.” Con respecto a Vietnam, los datos indicaban que, después de aprobada la Declaración de Tonkin, le era más rentable no hacer nuevas referencias al conflicto. Véase Bruce E. Altschuler: *LBJ and the Polls* (Gainesville, FL: University Press of Florida, 1990), pp. 3-8, 38, 40. La cita de Goldman (*The Tragedy of Lyndon Johnson*, 1969) en la misma obra, p. 4.

⁷⁸ Es evidente que la proximidad de la cita electoral desaconsejaba actuar tras el ataque en Bien Hoa, pero por entonces Johnson ya barajaba la opción de una campaña aérea o el envío de marines. Pleiku ofreció la coartada para implementar aquellos planes. La prensa se refirió a la clara disparidad de criterios a la hora de afrontar ambos incidentes, y el *New York Times* citó una fuente oficial que a modo de explicación confirmaba que al presidente simplemente “se le había agotado la paciencia” (*NYT*, Max Frankel, “Administration Regarded Raids as a Test of Will”, Feb. 8, 1965, p. 15, col. 4). La respuesta del consejero de seguridad nacional McGeorge Bundy a la pregunta de en qué sentido lo ocurrido en febrero difería de episodios anteriores revela, igualmente, que la administración buscaba una excusa: “Pleikus are like streetcars”; en John Prados, *Vietnam. The History of an Unwinnable War, 1945-1977* (Lawrence, Kansas: University Press of Kansas, 2009), p. 114.

éxito, los desmanes de adalides del pacifismo como David Dellinger o Abraham J. Muste. Ambos habían contravenido las órdenes de Bayard Rustin en abril de 1963 al centrar sus intervenciones en la situación en el Sudeste asiático durante la celebración de la *Easter Peace Walk* en la plaza de las Naciones Unidas en Nueva York.⁷⁹ Por su parte, SDS y SPU dirigieron las primeras protestas universitarias contra la guerra con motivo de la visita a Estados Unidos de la cuñada del presidente Diem.⁸⁰ Pero las manifestaciones de descontento de éstos y otros grupos como *The Catholic Worker* no alteraron la percepción mayoritaria de que Vietnam era un tema marginal.

La situación empezó a cambiar con el inicio de las operaciones *Flaming Dart I* y *Flaming Dart II* a principios de febrero de 1965. El uso de bombarderos para atacar posiciones del ejército norvietnamita parecía confirmar que no era necesario esperar a una declaración oficial para saber que el país estaba de nuevo en guerra. El desencanto entre quienes de manera pública o privada ya habían encontrado motivos de preocupación está bien expresado por Mary McCarthy en *The Seventeenth Degree*:

I saw the headlines at the newspaper kiosk by the Métro station on my way probably to the bakery (or am I confusing it with Hiroshima? [...]) and just stood there, swallowing and doing deep breathing, before I bought the papers. We had done it. I turned around and slowly walked home, wanting to be alone to think the unthinkable.⁸¹

Durante todo el mes, *Women Strike for Peace* (WSP), *Women International League for Peace and Freedom* (WILPF), SDS y SPU organizaron piquetes frente a la Casa Blanca o bloqueos informativos ante la misión norteamericana de Naciones Unidas.

⁷⁹ Melvin Small, *Antiwarriors: The Vietnam War and the Battle for America's Hearts and Minds* (Wilmington, DE: SR Books, 2002), p. 12; Andrew E. Hunt, *David Dellinger: The Life and Times of a Nonviolent Revolutionary* (New York: University Press, 2006), p. 132.

⁸⁰ La visita de la señora Nhu buscaba recabar apoyo internacional para el régimen de Diem. Su participación en distintos foros universitarios fue a menudo contestada por unos pocos simpatizantes de SDS y SPU. Pero la gira de Nhu hubiese pasado desapercibida de no ser por unas desafortunadas declaraciones en las que se refería a las recientes inmolaciones budistas en su país como “una agradable barbacoa”. Nancy Zaroulis and Gerald Sullivan, *Who Spoke Up? American Protest Against the War in Vietnam 1963-1975* (New York: Doubleday & Company Inc., 1984), p. 15; Halstead, *Out Now!*, pp. 21-22.

⁸¹ Mary McCarthy, *The Seventeenth Degree* (New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1967), p. 8.

Pero la escasa participación que registraban estas actividades (con suerte llegando a unos pocos centenares) no hacía presagiar un cambio sustancial con respecto a la situación de años anteriores. Además, el grupo con mayor capacidad de convocatoria, SANE, seguía reacio a la protesta callejera y prefería expresar sus quejas a través de anuncios en la prensa apostando por negociaciones.⁸² Con todo, es conveniente resaltar la importancia de los acontecimientos de febrero en la gestación del movimiento contestatario que iría adquiriendo más significación en los meses posteriores.

Como se ha señalado, las novelas y memorias sobre la guerra ofrecen pocos ejemplos de un activismo tan temprano. En *A Country Such as This*, Joe Dingenfelder describe a su esposa a finales de 1965 como “a radical who wants to disarm America”.⁸³ Incluso un mes antes de la Resolución de Tonkín de 1964 Dorothy se muestra dispuesta a rebatir la versión oficial sobre el papel de Estados Unidos en Vietnam. El narrador fuerza la prematura politización de la futura congresista demócrata para dar consistencia al argumento de la pujanza de la cultura adversaria anterior a la guerra. En realidad, el personaje no responde a los modelos ideológicos de las primeras voces discrepantes a las que ya me he referido. En mi opinión, una vez más, Hunter proporciona en *Sons* una dramatización mucho más acertada sobre el impacto que el inicio de las hostilidades tuvo en parte de la juventud norteamericana. Con independencia de su participación en el *Freedom Summer* de 1964, el joven Tyler anterior a la ofensiva aérea es un muchacho seguro de sí mismo y de su país. Con motivo de su inscripción para el servicio militar,

⁸² Al poco de iniciarse la campaña de bombardeos sobre el Norte, SANE publicó un anuncio en periódicos locales y el *New York Times* en el que abogaba por una salida negociada al conflicto. Véanse Adam Garfinkle, *Telltale Hearts: The Origins and Impact of the Vietnam Antiwar Movement* (Hampshire: Macmillan, 1995), p. 72; Katz, *Ban the Bomb*, p. 96. Ver anuncio en la edición del *Albany Times* en http://trptych.brynmawr.edu/cdm4/item_viewer.php?CISOROOT=%2FSC_Ephemera&CISOPTR=1481&DMSCALE=16.56543&DMWIDTH=600&DMHEIGHT=600&DMMODE=viewer&DMFULL=0&DMOLDSCALE=4.06174&DMX=0&DMY=0&DMTEXT=&DMTHUMB=1&REC=1&DMROTATE=0&x=93&y=69 (visita 10 febrero 2011).

⁸³ Webb, *A Country Such as This*, p. 396.

Wat asume sin reservas los inconvenientes que se puedan derivar del *destino manifiesto* de Estados Unidos:

But I *believed* in freedom, you see, I *believed* in the concept of self-government, and I recognized that a great nation *did* have responsibilities to the rest of the world, and I was committed to sharing those responsibilities.⁸⁴

Al resaltar el compromiso patriótico del personaje, Hunter aspira a que los lectores asistan a su posterior muerte con un cierto sentido de pérdida de inocencia colectiva. Pero, además, la narración propicia un retrato bastante creíble de un amplio segmento del estudiantado universitario de principios de 1965. Pese a las discrepancias de su novia, Wat aún se muestra partidario de las iniciativas de Johnson: “When I told her that he was a good administrator who could goose Congress into giving us some much-needed legislation, Dana said, ‘Oh, crap, Wat.’”⁸⁵ Sin embargo, la lealtad que el personaje le profesa a su presidente resultará ser mucho más endeble que la que siente por sus dos grandes pasiones: Dana y su banda de rock. A medida que aumentan los despegues de los cazas norteamericanos de la base de Danang, Wat va perdiendo la fe en los dirigentes del país:

But in February the confusion began.
Me, assuming the role of the President’s Press Secretary: Today’s joint response was carefully limited to military areas which are supplying men and arms for attacks in South Vietnam. [...] I honestly did not know how appropriate or fitting it was because I honestly did not know just what was going on over there. Nor did anyone seem anxious to tell me.⁸⁶

Las reservas de Wat son equiparables a las de otros muchos jóvenes que aún dudaban de la naturaleza del conflicto. La llegada de 3.000 marines al puerto de Danang el 8 de marzo emulaba el desembarco en Normandía de una manera muy artificiosa, pero era igualmente la señal de que Vietnam ahora sí constituía un problema de primer orden. El cambio de actitud que advertiremos en Wat Tyler constituye el equivalente literario del que se va a producir de manera progresiva entre los grupos estudiantiles en

⁸⁴ Hunter, *Sons*, p. 154.

⁸⁵ *Ibid.*

⁸⁶ *Ibid.*, pp. 158-159.

torno a la izquierda del partido Demócrata. La organización de la primera manifestación de carácter nacional contra la guerra revela la trascendencia de los sucesos de febrero y marzo de 1965.

Durante su convención en los últimos días del año anterior, SDS había decidido convocar para la siguiente primavera una marcha de protesta por la situación en Vietnam. Respetando el espíritu de la letra de la Declaración de Port Huron, la agrupación buscaba las más diversas alianzas. Pero su propuesta suscitó escaso interés de parte de la mayoría de los grupos a los que se dirigió, lo que ha recibido distintas explicaciones. Los adeptos a SANE observaban con consternación la posible participación de grupos de izquierda como *May Second Movement* (M2M) o Du Bois Clubs, filial juvenil del partido Comunista. Incluso otras asociaciones más proclives a la colaboración entre distintos sectores justificaron en esta ocasión su negativa a cooperar por la obcecación de SDS en mantenerse como único promotor oficial del evento. Pero, en realidad, la falta inicial de entendimiento respondía más al desconocimiento generalizado de lo que ocurría en Indochina y la prevalencia de los derechos civiles como principal centro de atención. Los acontecimientos de principios de año provocaron un vuelco en la situación. El interés en torno a Vietnam aumentó incluso entre los propios afiliados de SDS.

La historiografía sobre el movimiento ha expresado su extrañeza ante la indecisa trayectoria de SDS,⁸⁷ pues tras el éxito de la manifestación de abril la agrupación estudiantil decidió no asumir el liderazgo que se le suponía en la lucha contra la guerra. Pero su actitud no resulta tan sorprendente cuando se conocen los detalles de la reunión de diciembre.⁸⁸ La mayor preocupación se centraba entonces en dirimir las

⁸⁷ Anderson, *The Movement*, pp. 148-149; Halstead, *Out Now!*, pp. 62-65; Garfinkle, *Telltale Hearts*, pp. 78-79; Kirpatrick, *SDS*, pp. 213-215; Wells, *The War Within*, pp. 44-45; Zaroulis, *Who Spoke Up?*, p. 47.

⁸⁸ El boletín de SDS correspondiente a enero de 1965 da cuenta de las dificultades a las que tuvo que hacer frente la organización durante la convención nacional del 28 al 31 de diciembre. La lectura del

diferencias entre quienes apostaban por la continuidad de los proyectos educativos en las comunidades negras del Norte y quienes repudiaban el excesivo “culto al gueto” al que obedecían estas iniciativas. Los partidarios de devolver la acción a los aularios de las universidades tuvieron muchas dificultades para que se aprobara la organización de una protesta nacional contra la guerra. Tras descartar de forma rotunda otras propuestas más radicales como la donación de sangre para las huestes del *Frente de Liberación Nacional* (NLF), la convención apostó sin mucha convicción por la marcha después de tres votaciones. Los impulsores del evento no auguraban al principio una alta participación, incluso después de que el senador Ernest Gruening hubiese comprometido su firma para la lista de oradores. Pero las expectativas cambiaron tras el envío de los primeros marines a Vietnam: desde mediados de marzo, el número de adhesiones a la convocatoria fue aumentando de manera vertiginosa.

La colaboración entre los distintos sectores de lo que por entonces ya pasó a denominarse movimiento contra la guerra no resultó fácil. En lo que sería la tónica habitual en los años venideros, la preparación de este tipo de eventos sacaba a relucir importantes discrepancias entre las diversas tendencias. El mismo día de la manifestación, el *New York Post* se hizo eco de la desaprobación pública de eminentes pacifistas que repudiaban la participación de organizaciones comunistas. Las críticas de Rustin, Muste, Norman Thomas, Robert Gilmore y H. Stuart Hughes entre otros se convirtieron en un anticipo de las continuas luchas internas en el movimiento.⁸⁹ La difícil cohabitación pareció desde el principio una consecuencia lógica del carácter heterogéneo del movimiento contestatario.

informe deja claro que Vietnam era, por entonces, un asunto tangencial que no suscitaba excesivo debate (<http://archive.lib.msu.edu/AFS/dmc/radicalism/public/all/sdsbulletin/ALZ-3.pdf>) (visita 8 diciembre 2010).

⁸⁹ Halstead, *Out Now!*, pp. 37-39; Hunt, *David Dellinger*, p. 137; Daniel Levine, *Bayard Rustin and the Civil Rights Movement* (New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 2000), p. 195; Zaroulis, *Who Spoke Up?*, p. 40.

Este matiz apenas encuentra cabida en las novelas sobre Vietnam. Las ficciones y memorias presentan un reduccionismo que agudiza la imagen distorsionada que por lo general se tiene de la oposición a la guerra. Parece lógico concluir que esto se debe al afán por sintetizar una cuestión muy compleja en la que, al fin y al cabo, la protesta es tratada como tema secundario. Los textos de James Webb constituyen, sin embargo, un caso peculiar. Por ejemplo, *A Country Such as This* emplea una perspectiva panorámica mucho más amplia que la que podamos encontrar en la mayoría de las otras novelas sobre la guerra. Esta técnica permitiría ahondar en el fenómeno de la disidencia. Pero, como vimos, su interpretación revisionista de la guerra hace que Webb supedita casi todo en sus textos a la denuncia anticomunista. Es por eso por lo que las desavenencias entre las distintas tendencias dentro del movimiento contestatario en 1967 le parecen una sutileza que no viene al caso: “Opposition to the War in Vietnam was the first issue that the entire American left had been able to agree on in decades, and they were feasting on each other’s enthusiasm.”⁹⁰

En 1965, la repentina incorporación de numerosos grupos a la marcha de abril sí fue producto del entusiasmo generado en torno a la respuesta de parte de la comunidad universitaria. Las primeras muestras de desaprobación que alcanzaron un amplio eco en la prensa nacional fueron las iniciativas organizadas por un grupo de profesores de la Universidad de Michigan. Una vez descartada la posibilidad de cancelar la actividad académica durante un día, los promotores del proyecto idearon la fórmula de las clases nocturnas en torno a la guerra. El fenómeno de los *teach-ins*, que se extendería a lo largo de la primavera por unas cincuenta universidades, surgió con marcada vocación de debate. Salvo las excepciones ya señaladas, la escalada de la intervención se había producido sin apenas oposición en las cámaras del Congreso y el Senado. Los

⁹⁰ Webb, *A Country Such as This*, p. 459.

profesores universitarios, que en su mayoría habían apoyado a Johnson en las elecciones de noviembre, trataban de contrarrestar el mutismo de la clase política. Los casi 3.000 estudiantes que se dieron cita en Ann Arbor la noche del 24 de marzo escucharon discursos de tono moderado pero críticos con la versión oficial contenida en los *White Papers* sobre la guerra.⁹¹ Podría decirse que con estos debates universitarios se inició la primera fase de la protesta.

Es en este contexto en el que debemos encuadrar la transformación de Wat Tyler desde su ingenuidad preuniversitaria hasta su inconformismo posterior. En el transcurso de un año, la percepción que tiene el personaje de lo que ocurre en Vietnam ha variado de manera sustancial. Si en agosto de 1964 Larry lo sacaba de su ignorancia con respecto a la existencia de Tonkín, doce meses más tarde Wat informa detalladamente a su padre y su abuelo sobre la realidad del momento:

Then President Johnson had said, "What we want to do is achieve the maximum deterrence with the minimum danger and cost in human lives," and announced that 50,000 *more* men would be sent there right away, bringing the total to 125,000 with the estimate for year's end now being 200,000 and the draft quota more than doubled from 17,000 to 35,000 a month.⁹²

Pero la organización de los distintos *teach-ins* no sólo obedecía a una necesidad educativa. La nueva modalidad de protesta implicaba algo más que una mera complicidad terminológica con la lucha por los derechos civiles. Como había ocurrido en los estados sureños desde 1960, los estudiantes pretendían que la protesta se tradujera en resultados concretos. SDS fue constatando su mayor influencia en un amplio número de campus universitarios y trató de consolidar un poder estudiantil

⁹¹ En su boletín del 22 de marzo, el Departamento de Estado había publicado un informe sobre la situación en Vietnam del Sur con el que contradecir los argumentos que ya empezaban a desgranarse en contra de la intervención. El libro blanco negaba la naturaleza autóctona de la insurgencia en el Sur y hacía único responsable a Hanoi. El argumento era rebatible, pero los activistas contra la guerra hicieron chanza sobre todo de la encendida defensa en favor de la libertad del país, toda vez que la corrupción había distinguido a los numerosos regímenes que había habido en Saigón desde los años cincuenta. Consultar el informe en <http://wiretap.area.com/Gopher/Gov/US-History/Vietnam/white-paper.txt> (visita 24 marzo 2011).

⁹² Hunter, *Sons*, p. 221.

independiente en el entramado del movimiento contra la guerra. Cada vez más estudiantes asumieron su rol como nuevos agentes de transformación social, y en torno a su alrededor debían articularse las propuestas de cambio. A muchos les pareció lógico que la manera más efectiva de forzar estos cambios fuera a través de manifestaciones callejeras multitudinarias.

La manifestación en Washington del 17 de abril, con más de 20.000 asistentes,⁹³ constituyó la primera concentración nutrida de la época. Aunque hoy pueda parecer una cantidad modesta, por entonces sorprendió a casi todos que SDS tuviera ya ese poder de convocatoria. Se estima que tres cuartas partes de los participantes fueron estudiantes, lo que contribuyó al carácter lúdico del evento. El optimismo con el que los activistas encararon esta primera protesta de carácter nacional era el propio de una generación que había adquirido conciencia social de la mano del idealismo kennediano. Significativamente, muchas de las recreaciones de la manifestación coinciden en destacar las excelencias climatológicas de aquel día, como si de una extensión del espíritu reinante se tratara.

No es de extrañar, pues, que el discurso de Paul Potter provocara la mayor algarabía entre los manifestantes. Las palabras del joven presidente de SDS eran las que mejor sintonizaban con una muchedumbre que se había reunido de manera festiva para denunciar con rotundidad los abusos de poder perpetrados desde el gobierno. Durante su intervención, Potter incidió en la necesidad de analizar el sistema que había propiciado la realidad de una guerra contra un pequeño país del Tercer Mundo.⁹⁴ Cuando más tarde se le preguntó por su indecisión a la hora de concretar el sistema al que se refería, el

⁹³ Las cifras de participación que se aportan responden a las estimaciones más coincidentes en la bibliografía destacada sobre el tema. Cuando el dato de participación ofrecido por alguna fuente difiere de forma significativa del resto, se ha optado por no tenerlo en cuenta. Como es de suponer, los cálculos de los organizadores tienden a exagerar el número de asistentes, mientras que las fuentes oficiales tienden a rebajarlo de manera considerable.

⁹⁴ El discurso puede leerse en http://www.antiauthoritarian.net/sds_wuo/sds_documents/paul_potter.html (visita 14 diciembre 2009).

protagonista adujo que el concepto de *capitalismo* estaba demasiado asociado a la izquierda tradicional. Por su parte, la Nueva Izquierda estaba en pleno proceso de articulación de un discurso político propio.⁹⁵ Las dificultades de Potter concuerdan con las limitaciones retóricas de Wat cuando intenta convencer a su padre de la injusticia de la guerra:

“You can’t expect violence to be self-restrictive,” my grandfather said.
“What do you mean?” my father said.
“The riots [in Watts]. Surely they’re linked to what’s happening in Vietnam.”
“I don’t see any connection.”
“He is talking about our way of life,” I said.
“I don’t understand.”
“Our way of *life*,” I repeated, knowing I still had not made myself clear, and looking to my grandfather for help.⁹⁶

Pero el discurso contrario a la guerra de los jóvenes contestatarios ganó legitimidad gracias a la aportación de otros elementos más moderados. Así, el *Inter-University Committee for a Public Hearing on Vietnam* procuró entablar un debate con la administración Johnson con motivo de la celebración en Washington de un gran *teach-in* nacional los días 15 y 16 de mayo. Para rebatir la acusación de que los encuentros de los meses anteriores habían sido monopolizados por los disidentes, los organizadores decidieron invitar al consejero de seguridad nacional McGeorge Bundy. En esta ocasión, un complejo sistema de comunicación permitiría a los alumnos y profesores de 122 universidades contrastar las habituales críticas con la visión de un miembro destacado de la administración demócrata. Los promotores de la actividad estaban realmente convencidos de la utilidad de este diálogo directo con el poder político de Washington. Algunos de ellos ya habían diseñado campañas masivas de envío de cartas a la Casa Blanca desde el inicio de los bombardeos. La idea era obligar a Johnson a reconocer la mayor consistencia de la propuesta pacifista y admitir que su decisión

⁹⁵ Jeffrey P. Drury, “Paul Potter, ‘The Incredible War’”, *Voices of Democracy*, Vol. 4, 2009: 23-40, ha ofrecido uno de los estudios más elaborados sobre el discurso de Potter, destacando la construcción del mismo pero indagando en sus ambigüedades y la multiplicidad de su significado.

⁹⁶ Hunter, *Sons*, p. 219.

había sido errónea. Si ello no fuera posible, aspiraban, al menos, a debilitar el apoyo del que disfrutaba el presidente entre los congresistas y senadores, ya que intuían que no era todo lo sólido que parecía. Había incluso noticias de que tampoco todos los hombres del presidente estaban convencidos de la necesidad de haber iniciado las operaciones militares por tierra.⁹⁷ Es la rumorología a la que alude Mary McCarthy en *The Seventeenth Degree* en relación a la posible disidencia interna:

In Paris that summer various acquaintances in the government, posted in Paris or passing through, instructed me not to worry –just give Johnson a little time. McNamara, the gossip ran, was privately against the war. He would soon swing the President around. I doubted that, but the thought that we had a secret ally in the Secretary of Defense did assuage me for a while.⁹⁸

El ala moderada del movimiento justificaba su estrategia de presión en base a las supuestas concesiones que estaba haciendo la administración Johnson. A su entender, una oposición responsable y comedida daba frutos como el cese temporal de bombardeos o el discurso del presidente el 8 de abril en la Universidad Johns Hopkins. En su alocución, Johnson reiteró el compromiso de Estados Unidos con Vietnam del Sur, pero también se mostró dispuesto a explorar la posibilidad de una salida negociada.⁹⁹ Pese a la ambigüedad del discurso, muchos interpretaron que su

⁹⁷ Durante los primeros años de la guerra, fue George Ball quien de manera más tajante se opuso a las decisiones gubernamentales. Subsecretario de Estado con Kennedy y Johnson (enero 1962-septiembre 1966), Ball restaba credibilidad al argumento de que el Sudeste de Asia fuera un área estratégica de interés. Con fama de independiente, en sus numerosos informes se mostró muy crítico durante casi todas las fases del conflicto. En el verano de 1965, trató de impulsar una fórmula negociadora que contemplaba la inclusión del NLF en un gran acuerdo multipartidista en el Sur que sería acompañado de una progresiva retirada estadounidense. Para seguir la evolución de Ball, véase David L. DiLeo, *George Ball, Vietnam and the Rethinking of Containment* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1991).

⁹⁸ McCarthy, *The Seventeenth Degree*, pp. 9-10.

⁹⁹ Distintos miembros del gabinete habían sugerido a Johnson un mayor esfuerzo diplomático con el que contrarrestar el excesivo énfasis bélico y convencer a la opinión pública de la buena disposición de Estados Unidos para iniciar conversaciones. Pero el presidente quiso también hacer una defensa cerrada de sus decisiones, culpó a Hanoi y Pekín, e insistió en la necesidad de cumplir hasta el final su compromiso con Vietnam del Sur. El discurso contó con múltiples versiones, y hasta unas horas antes se introdujeron importantes modificaciones, lo que evidencia que aún no había una estrategia clara. Jeffrey W. Helsing, *Johnson's War/Johnson's Great Society: The Guts and Butter Trap* (Westport, CT: Praeger Publishers, 2000), pp. 113-116. El discurso, pronunciado en la Universidad Johns Hopkins, puede consultarse en <http://www.lbjlib.utexas.edu/johnson/archives.hom/speeches.hom/650407.asp> (visita 10 diciembre 2009).

elaboración nacía de la voluntad de responder positivamente a las presiones nacionales e internacionales en favor de la paz.

Pero un sector cada vez más significativo del nuevo movimiento no encontró argumentos para pensar que el gobierno pudiera estar iniciando un giro real hacia una solución pacífica. Frente al optimismo de algunos activistas, las organizaciones más militantes sólo veían en las declaraciones populistas de Johnson y sus medidas de distensión gestos mediáticos con los que mitigar la imagen de una ofensiva militar total que en realidad ya estaba en marcha. La falta de veracidad de los pretendidos esfuerzos diplomáticos¹⁰⁰ era corroborada, a sus ojos, por discursos presidenciales como el del 12 de junio en el que se anunciaba el aumento de tropas y costes económicos. De este modo, la actitud colaboracionista del ala moderada del movimiento fue cayendo poco a poco en descrédito.

Es posible, sin embargo, que las iniciativas provenientes de los sectores más conservadores de la protesta no fueran tan poco productivas como parecían. Johnson estaba siendo sometido, por aquel entonces, a fuertes presiones militaristas desde dentro del Pentágono. Lo que demuestra que no comulgaba con estas tesis es que la decisión de junio de enviar más batallones descartaba, al mismo tiempo, la invasión del Norte o el sabotaje a los sistemas de irrigación con el que provocar una hambruna. Pero también es cierto que Johnson no acertaba a explicar sus decisiones con claridad, y ese defecto contribuyó en buena medida a erosionar su credibilidad.

Podría decirse que en la costa Oeste del país la protesta adquirió un carácter diferente desde casi el principio. Se reproducía allí la pugna por el control sobre el movimiento que ya hemos advertido en otros lugares. Pero a diferencia de lo que ocurría en el Este,

¹⁰⁰ Johnson declaró el 26 de julio que se habían explorado quince vías de negociación, sin frutos debido a la intransigencia de Hanoi. Pero el gobierno estadounidense también fue inflexible y no estuvo dispuesto a hacer concesiones, con lo que se desaprovecharon los momentos en los que los norvietnamitas se mostraron más receptivos. La mayor parte de las iniciativas, en suma, constituyeron operaciones de cosmética desde las que justificar la escalada. Prados, *Vietnam*, pp. 144-148.

los jóvenes más contestatarios expresaban un compromiso mucho más militante con la causa. Si Berkeley ya había dado muestras de su temprano activismo con la campaña en favor de la libertad de expresión de 1963, también allí se inició una nueva etapa en la lucha contra la guerra con la celebración del último *teach-in* de la primavera en los días 21 y 22 de mayo. La Universidad de California congregó aquellos días al mayor número de estudiantes en un evento de este tipo. La selección de participantes daba expresión a gran parte de las tendencias contrarias a la guerra: Norman Thomas, Benjamin Spock, Dick Gregory, Gruening, Isaac Deutscher y Norman Mailer entre otros. Cuando los casi 30.000 asistentes abandonaron el campus lo hicieron con la impresión de que los argumentos ya estaban definitivamente sobre la mesa. Al parecer de muchos, Johnson no había dado señales de reconsideración y los jóvenes debían adoptar una actitud más militante. Con este objetivo se creó *Vietnam Day Committee* (VDC), de Jerry Rubin y el profesor Stephen Smale. Como veremos, Rubin propició la fusión entre el movimiento contra la guerra y el movimiento contracultural procedente de los *beats*. A nivel nacional, eran pues cada vez más las expresiones que pugnaban por definir la orientación de la protesta.

SANE siguió demostrando su influencia y recuperó parte de la iniciativa que había cedido a SDS, organizando algunos de los actos más multitudinarios hasta finales de 1965. La organización aceptó tener una presencia más activa en las calles, pero siguió promoviendo una actitud moderada en la que tuviera cabida cualquier ciudadano norteamericano que abogara por una salida negociada de Vietnam, con independencia de su filiación política. Los 17.000 manifestantes que se reunieron en el Madison Square Garden de Nueva York el 8 de junio dieron el mayor apoyo al senador Wayne Morse, quien reclamaba a Naciones Unidas la celebración de una conferencia de paz. Pero los medios de comunicación ya no concedían tanto espacio a este tipo de eventos.

Puede que SANE siguiera siendo la fuerza más cohesionada, pero ya por entonces había empezado a perder la batalla mediática. Sin que se advirtiera así en aquel momento, se había iniciado ya el desgaste del sector más conservador.

Las novelas sobre la guerra también menosprecian el evento del 8 de junio en favor de las llamativas protestas organizadas por VDC y SDS durante el verano de 1965. *LBJ Brigade*, de William Wilson, se refiere, por ejemplo, a la perspectiva de un soldado destinado a Vietnam cuando observa que los activistas tratan de sabotear el paso del tren que los transporta:

Crowds begin to appear on street corners, this is more like it, the people are out to wave and shout. But we find that they are not people, they are Communists and pacifists, they hold signs, STOP THE WAR IN VIETNAM, they have come to sit in front of the train to stop the war in Vietnam, most of them are young, college-age, they wear expensive clothes.¹⁰¹

Es verdad que el sensacionalismo del texto de Wilson (publicado en 1966) es más propio de un panfleto antimilitarista, pero los promotores de actividades como las de aquel verano en Oakland sabían que también la prensa prestaría más atención a fórmulas de protesta que se apartaban de las tradicionales. Las grandes manifestaciones probaban el aumento del sentimiento contrario a la guerra, pero no parecían condicionar las decisiones del poder político. Los testimonios de muchos participantes en aquellos multitudinarios actos evocan el contraste entre la ilusión previa a la actividad y la sensación posterior de frustración ante la falta de resultados. En el terreno literario, el Wat que acude a la marcha de Washington del 27 de noviembre difiere en gran medida del muchacho inocentón de los meses anteriores:

I did not feel we were accomplishing too terribly much as we listened to the speeches. I felt a sense of helplessness, a certain knowledge that however many of us rose in protest against what Norman Thomas later called “this monstrously stupid chess game in which the pawns bleed,” no matter how many of us made our views known and our voices heard, the course had already been charted; there were empires at stake of which we had no inkling.¹⁰²

¹⁰¹ William Wilson, *The LBJ Brigade* (Novato, CA: Presidio, 1966), p. 6.

¹⁰² Hunter, Sons, p. 251.

La administración Johnson procuró contrarrestar la reacción popular contra sus decisiones sobre Vietnam. Mediante presiones, el presidente ya había conseguido apaciguar las dudas expresadas por algunos políticos en los meses posteriores a Tonkín. Para hacer frente a la disidencia callejera, el fracaso en la acogida de los *White Papers* animó al gobierno a participar en los debates universitarios durante la primavera siguiente. Para ello ideó un “equipo de la verdad” sobre la guerra que, encabezado por Thomas F. Conlon, recorrió, sin mucho éxito, distintos centros del Medio Oeste. En busca de un entorno más propicio, Bundy planificó un debate televisivo con el historiador Hans Morgenthau para el 21 de junio. La versión oficial no salió mal parada de la retransmisión de la CBS, pero ésta y otras iniciativas hicieron poco para frenar el compromiso de un mayor número de adeptos a la causa pacifista.¹⁰³

Más contraproducentes resultaron ser las medidas adoptadas desde la presidencia en política exterior. En abril, el envío de tropas estadounidenses a la República Dominicana para aplastar la insurrección de los leales a Juan Bosch provocó más descontento entre muchos jóvenes. Esta iniciativa hubiese podido pasar desapercibida en otras circunstancias, pero no en un momento donde había quienes examinaban con lupa las decisiones de la Casa Blanca. En *Sons*, Wat y Dana le reservan un lugar de privilegio a Johnson en su particular ceremonia de premios a los personajes destacados

¹⁰³ Johnson no era partidario de la intervención pública de su consejero, y de hecho había evitado su participación en el *teach-in* en Washington del mes anterior (con la excusa de que la crisis en Santo Domingo requería su presencia allí). El desencuentro entre ambos políticos ya era patente y Bundy no informó al presidente sobre su participación en el debate “The Vietnam Dialog: Mr Bundy and the Professors”. Poco después, se le hizo saber que Johnson prescindía de sus servicios. Bundy no comulgaba con las últimas medidas aprobadas por Johnson sobre la guerra, pero estas diferencias no trascendieron en su intervención televisiva. El todavía consejero de seguridad nacional pactó con la cadena una fórmula que le favorecía, y su discurso pareció más convincente que el de sus oponentes. Véanse A. J. Langguth, *Our Vietnam: The War 1954-1975* (New York: Simon & Schuster, 2000), pp. 367-388; Thomas Powers, *Vietnam: The War at Home. Vietnam and the American People 1964-1968* (Boston, Massachusetts: G.K. Hall and Co, 1973), pp. 67-70; Andrew Preston, *The War Council: McGeorge Bundy, the NSC, and Vietnam* (Harvard: University Press, 2006), pp. 197-199; Zaroulis, *Who Spoke Up?*, pp. 45-46. Sin embargo, un estudio más reciente sostiene que el discurso de Bundy fue insustancial y su actitud arrogante, mientras que Morgenthau aportó los datos más reveladores y apoyó sus ideas con argumentos más sólidos y fuentes más solventes. Desde este punto de vista, Morgenthau fue el claro ganador del debate. Véase Louis B. Zimmer, *The Vietnam War Debate: Hans J. Morgenthau and the Attempt to Hold the Drift into Disaster* (Lanham, Maryland: Lexington Books, 2011), pp. 52-63.

del momento: “and the Tyler-Castelli Award for Quick Thinking (which went to Lyndon Baines Johnson for his speedy dispatch of the United States Marines to Santo Domingo, his second such award in three months).”¹⁰⁴ En Vietnam del Sur, la administración norteamericana ambicionaba un gobierno fuerte que contribuyese a dar credibilidad a su proyecto. Desde la caída de Diem, una serie de golpes de estado consecutivos había hecho del palacio presidencial una suerte de pasarela de desfiles en la que los candidatos probaban fortuna.¹⁰⁵ El discurso mesiánico de Johnson contrasta de nuevo con el tono despectivo con el que Wat desprestigia la quimera de la defensa de la democracia en Saigón: “I had no idea what Khanh looked like because the South Vietnamese seemed to change their leaders as often as [roommate] Abner Nurse changed his underware, very often leaving *them* in little piles in the corner, too.”¹⁰⁶ La estabilidad llegó con el tándem formado por el comandante del ejército Nguyen Van Thieu y el vicemariscal del aire Nguyen Cao Ky. Pero cuando éste último se convirtió en primer ministro el 11 de junio le proporcionó a la disidencia norteamericana un argumento más para ridiculizar los esfuerzos de Estados Unidos. Ky resultaba ser un excéntrico militar que, enfundado en sus llamativos uniformes,¹⁰⁷ había cometido la torpeza de alabar públicamente a Hitler.¹⁰⁸

¹⁰⁴ Hunter, *Sons*, p. 181.

¹⁰⁵ Stanley Karnow, *Vietnam: A History* (New York: Penguin Books, 1983), pp. 378-386; Lomperis, *From People's War to People's Rule*, p. 100.

¹⁰⁶ Hunter, *Sons*, p. 159.

¹⁰⁷ Un oficial estadounidense describió de esta manera el aspecto con el que el nuevo primer ministro se presentó a una cena de bienvenida a Robert McNamara en julio de 1965: “He walked in, wearing a tight, white dinner jacket, tapered, formal trousers, pointed, patent leather shoes, and brilliant red socks. A Hollywood central casting bureau would have grabbed him for a role as a sax player in a second-rate Manila night club.” En Charles E. Neu, *America's Lost War. Vietnam: 1945-1975* (Wheeling, IL: Harlan Davidson, 2005), p. 92.

¹⁰⁸ Wells, *The War Within*, p. 39. Ky hizo estas declaraciones poco tiempo después de su nombramiento en una entrevista para el *London Sunday Mirror*. Las vagas rectificaciones posteriores no mitigaron la afrenta para la administración Johnson, sobre todo porque las palabras de Ky fueron aprovechadas por *Vietnam Day Committee* para desacreditar la intervención norteamericana en un panfleto que distribuyó en bases militares. El escrito de VDC, reproducido originalmente por Massimo Teodori, puede verse en <http://www.historyisaweapon.com/defcon1/attentionmilitary.html> (visita 30 enero 2012).

Por otro lado, la revuelta que se inició el 11 de agosto en el barrio de Watts, en Los Ángeles, significaba el incidente racial más importante desde la firma de la Ley de Derechos Civiles. Aunque la lucha por la igualdad de los negros había pasado a un segundo plano, para quienes protestaban contra la guerra episodios como el de Watts evidenciaban que en Estados Unidos se seguían conculcando los derechos fundamentales de los ciudadanos. Entre determinados sectores del movimiento ganó predicamento la definición del sistema americano que ya había sintetizado SDS en su declaración de 1962: la realidad racista en casa no era ajena a la práctica neocolonial en los países del Tercer Mundo. Ya hemos visto el enfoque globalizador con el que el abuelo de Wat se refiere al fenómeno de la violencia. También Dorothy establece conexiones entre lo ocurrido en Los Ángeles y en Vietnam:

The law is very clear. You don't arrest someone unless you have probable cause to believe he has committed a crime. Being present on the street where you live is not probable cause. It reminds me of the policies that are being used on the civilians in the war zone of Vietnam.¹⁰⁹

El pensamiento de Dorothy hay que entenderlo en el contexto de una novela que critica la aquiescencia del pensamiento liberal con el radicalismo de izquierdas. Pero otros muchos norteamericanos sí comprendieron que la coyuntura histórica exigía un mayor compromiso personal. Intereses sectoriales aparte, la Guerra de Vietnam originó un profundo rechazo moral que encontró diversas formas de expresión. En especial, los jóvenes que no habían experimentado episodios bélicos anteriores reaccionaron de manera apasionada a medida que aumentaba la cifra de víctimas. Fue en muchachos desesperanzados como Wat en *Sons* en quienes más caló la misión que les encomendaba Potter desde abril:

How do we stop a war then? [...] Do you march to Washington? Is that enough? Who will hear us? [...] The question is whether the people here are as serious about ending it. I wonder what it means for each of us to say we want to end the war in Vietnam –whether, if we accept

¹⁰⁹ Webb, *A Country Such as This*, p. 395.

the full meaning of that statement and the gravity of the situation, we can simply leave the march and go back to the routines of a society that acts as if it were not in the midst of a grave crisis.¹¹⁰

Otras formas de protesta menos convencionales reflejaban en mayor medida la idiosincrasia del nuevo movimiento contestatario. Algunos personajes prominentes trataron de encontrar una vía de “diálogo” más directa con los promotores y ejecutores de la guerra. Así, el poeta Robert Lowell expresó en junio el descontento de parte de la comunidad intelectual rechazando públicamente una invitación para participar en el Festival de las Artes que se celebraría en la Casa Blanca.¹¹¹ En las mismas fechas, Muste lideró el grupo de veteranos pacifistas y activistas por los derechos civiles que distribuyó unos 5.000 panfletos durante su *speak out* ante el Pentágono. La idea era rentabilizar la talla moral de determinadas personalidades con el fin de provocar un cambio de orientación dentro del propio partido Demócrata. En su condición de escritora, Mary McCarthy recuerda con aprensión la necesidad de idear alternativas en esta fase temprana del conflicto:

Telegrams were drafted and sent; I incessantly argued with anybody I met who was remotely near the sources of power. [...] Signing protests was just a waste of your name. [...] If I could get fifteen very well-known people (on the order of Walter Lippman) to agree to withhold a portion of their income taxes, then, with that nucleus, you could certainly get a hundred to join in a public announcement. That hundred, in turn, could rally fifteen thousand. It would snowball.¹¹²

Las iniciativas con mayor impacto mediático provinieron, sin embargo, de ciudadanos menos conocidos. En un gesto sin precedentes, las pacifistas de WSP prefirieron establecer puentes de comunicación con el supuesto enemigo, y diez de sus miembros se reunieron en el mes de julio en Yakarta con una delegación de mujeres de Vietnam del Norte y del NLF. Para los sectores más conservadores del país, la

¹¹⁰ Potter, http://www.antiauthoritarian.net/sds_wuo/sds_documents/paul_potter.html (visita 14 diciembre 2009).

¹¹¹ Lowell, que había aceptado inicialmente la invitación, se retractó mediante una carta dirigida a Johnson y publicada en primera página por el *New York Times*. Reproducida de manera íntegra en Paul Muldoon, “George III” by Robert Lowell”, *Harvard Review*, Vol. 25, Fall 2003: 113-132 (carta en p. 113).

¹¹² McCarthy, *The Seventeenth Degree*, pp. 10-11.

subversión de los disidentes llegó al extremo con la quema de varias cartillas militares durante una concentración convocada por CNVA y *Workshop in Nonviolence* (WIN) el 29 de julio. El Congreso reaccionó con la aprobación el 15 de agosto de una ley que penalizaba la destrucción de la documentación militar con 5 años de prisión y 10.000 dólares de multa.

Después de haber apuntado la adscripción sociológica de los jóvenes que se opusieron a la guerra, se hace más fácil entender que desde el principio parte del movimiento contra la guerra se planteara la quimera de que el conflicto pudiera terminar con un rechazo masivo al *draft*. Algunos sectores eran contrarios a esta estrategia, no sólo porque descartaran la posibilidad de una insumisión masiva sino porque preferían el alistamiento como herramienta para difundir las ideas pacifistas entre los soldados. Con todo, David Miller se convirtió en el primer ciudadano norteamericano en desafiar la nueva ley y ofreció con ello un argumento para la radicalización del movimiento contra el llamamiento a filas. Pero su decisión hay que entenderla más como compromiso personal con las creencias propias que como táctica. En este sentido, su actitud ofrece muchos paralelismos con la forma de proceder de Wat. El personaje de *Sons* decide renunciar a los estudios universitarios y con ello al privilegio de la prórroga militar. Tras comprobar la ineficacia de su activismo político contra la guerra, Wat opta por alistarse ante la inminencia de su incorporación obligatoria a filas. Es verdad que el irregular periplo del personaje cabe entenderlo como un forzado giro argumental del que se sirve el autor para poder trasladar la trama a Vietnam del Sur, pero cada iniciativa de Wat ha estado marcada por sus fuertes convicciones morales.

Los casos más extremos de sacrificio personal por la paz fueron protagonizados a principios de noviembre por Norman Morris y Roger A. Laporte. Cuáquero uno y católico el otro, su inmolación con gasolina imitaba las acciones de los monjes budistas

en 1963. Morris había estado barajando durante meses la posibilidad de una acción de protesta drástica. La nota en la que se despedía de su esposa es un signo inequívoco de su condena a la guerra de Johnson, y su gesto alcanzaba pleno sentido al tener lugar frente a una de las entradas al Pentágono. Pero en sus palabras se detectaba también la angustia vital de quien no encontraba alternativa más honesta para mostrar su horror.¹¹³ Cuando Laporte, miembro de *Catholic Worker*, repitió la acción siete días más tarde ante el edificio de Naciones Unidas en Nueva York, se corrió el rumor de que la práctica se generalizaría entre otros religiosos como expresión de condena. Pero la mayoría de los que se oponían a la guerra no compartía esta visión trágica de la protesta. Es por eso por lo que Wat no sabe cómo referirse a las motivaciones de Morris y Laporte: “ill-advised or otherwise.”¹¹⁴ Sin embargo, las sobrecogedoras noticias de ambos sacrificios sí atrajeron la atención de muchos ciudadanos aún indecisos a la hora de manifestar sus discrepancias. El sacerdote jesuita Daniel Berrigan recibió la amonestación de sus superiores cuando durante su homilía por la muerte de Laporte validó de alguna manera su acto: “his death was offered so that others may live”.¹¹⁵ Su traslado a Latinoamérica en represalia se revocó tres meses después tras la carta de adhesión de 1.000 católicos publicada por el *New York Times*. Como Berrigan, algunos compañeros de Morris y Laporte insistieron en la trascendencia del mensaje de los dos religiosos: actos de abnegación absoluta.

¹¹³ Sallie B. King enlaza la iniciativa de Morrison con la noción de sacrificio en las culturas budista y cuáquera en “They Who Burned Themselves for Peace: Quaker and Buddhist Self-Immolators during the Vietnam War”, *Buddhist-Christian Studies*, Vol. 20, 2000: 127-150. Por su parte, en su estudio sobre el activismo de Dorothy Day, fundadora de *Catholic Worker*, Cheyney Ryan resalta el compromiso solidario implícito en las inmolaciones en referencia a otro suicidio relacionado con la protesta contra la Guerra de Vietnam, el de Alice Herz en 1965 (“The One Who Burns Herself for Peace”, *Hypatia*, Vol. 9, 1994: 21-39).

¹¹⁴ Hunter, *Sons*, p. 250.

¹¹⁵ Michael B. Friedland, *Lift up Your Voice like a Trumpet: White Clergy and the Civil Rights and Antiwar Movements, 1954-1973* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1998), p. 162; Murray Polner and Jim O’Grady, *Disarmed and Dangerous: The Radical Lives and Times of Daniel and Philip Berrigan* (New York: Basic Books, 1997), p. 128; Zaroulis, *Who Spoke Up?*, p. 4.

Menos convencidos de la efectividad de estas acciones, pacifistas, liberales e izquierdistas seguían dirimiendo sus diferencias estratégicas. El acto más sobresaliente del verano tuvo lugar durante la conmemoración del ataque atómico a Hiroshima y Nagasaki. Ese año el evento se organizó en forma de *Assembly of Unrepresented People*. La nota novedosa de la reunión consistía en el apoyo explícito a algún tipo de desobediencia civil de carácter simbólico. La asamblea concluyó con la mayor redada en la historia de las manifestaciones pacifistas en Washington hasta ese momento; unos 350 activistas fueron arrestados en las escalinatas del Congreso después de haber dado lectura a una declaración de paz que emulaba la iniciativa de la intelectualidad francesa durante la crisis de Argelia. La concentración pacifista fue también importante porque dio lugar a la primera organización nacional con vocación de aglutinar a las distintas tendencias dentro del movimiento. *National Coordinating Committee to End the War in Vietnam* (NCC) surgió del seminario que, bajo la dirección de Rubin, trabajaba en la promoción de unas jornadas internacionales de protesta para los meses siguientes. Miembros de VDC y SDS (aunque la organización nacional se desmarcó) acudieron a la asamblea atraídos por la osadía de Muste, Eric Weinberger, Robert Parris, Staughton Lynd, Dellinger y Donna Allen entre otros. Sin embargo, los promotores originales del acto apenas pudieron participar en la creación de NCC. Estos forcejeos internos provocaron confusión y desavenencias entre las cabezas visibles del movimiento. Pero de cara al exterior la nueva coalición ofrecía una imagen de unidad que contribuyó de manera notable a la suma de nuevos participantes en las siguientes convocatorias.

Ya se ha hecho referencia al vacío de poder provocado por la indecisión de SDS después de la exitosa primera manifestación en abril. La ausencia de resoluciones específicas sobre la guerra durante la convención de junio en Kewadin, Michigan, se correspondía con la crisis de identidad por la que ya atravesaba SDS. Sin embargo,

durante mucho tiempo, una buena parte del esfuerzo antibelicista se siguió aglutinando en torno a esta formación pionera en la lucha contra la guerra. Andrew Hunt ha denunciado la habitual tendencia historiográfica de los años setenta y principios de los ochenta a centrar el análisis de la protesta en torno a la evolución de SDS.¹¹⁶ También Tom Wells insiste en destacar el papel esencial que jugaron organizaciones secundarias para mantener en auge el sentimiento pacifista durante las frecuentes disputas programáticas en la cúpula de SDS.¹¹⁷ Con todo, la organización estudiantil retuvo hasta el final de la década la supremacía en el número de afiliados.

En buena medida, la ficción también ha contribuido a que en el imaginario colectivo SDS siga ocupando el lugar central en la protesta de los años sesenta. Así, en una de las novelas que nos está sirviendo de continua referencia, durante el otoño de 1967 SDS es la única formación contraria a la guerra que tiene reservado un lugar de privilegio en el panteón de Dorothy Dingenfelder:

The Students for a Democratic Society were heroes. It enthralled her that these enlightened representatives of the coming generation, blessed with all that suburbia and postwar America could offer, could see the evils that their corporate fathers had created. Their Harvard chapter had shut down the university when Dow Chemical [...] had attempted to recruit on campus.¹¹⁸

Ciertamente, muchos jóvenes se afiliaron a la coordinadora estudiantil convencidos de que representaba una ruptura real con lo que consideraban una democracia obsoleta que con frecuencia suplantaba la voluntad popular. SDS reclamaba un sistema realmente participativo y ponía en práctica sus demandas negándose a jerarquizar sus propios órganos de representación. Pero el halo mítico que rodeó a la organización no

¹¹⁶ Andrew Hunt, "When Did the Sixties Happen? Searching for New Directions", *Journal of Social History*, Vol. 33, 1999: 147-161.

¹¹⁷ Wells, *The War Within*, pp. 40-45. En general, los estudios más prestigiosos sobre la contestación organizada a la Guerra de Vietnam destacan su marcada heterogeneidad. Desde finales de los ochenta, esta perspectiva historiográfica ha permitido ponderar la influencia de las distintas tendencias dentro del movimiento, subrayando el hecho de que ninguna organización pudo determinar por sí sola el carácter del conjunto de la protesta.

¹¹⁸ Webb, *A Country Such as This*, p. 455.

evitaba las discrepancias con otros sectores de la protesta, puestas de manifiesto con la organización de cada nuevo acto masivo.

De hecho, si las Primeras Jornadas Internacionales de Protesta del mes de octubre fueron un éxito se debió más a que aún existía una coordinadora nacional como NCC. Pero la participación total de 100.000 personas distribuidas en alrededor de 50 ciudades no ocultaba el hecho de que las divergencias en el movimiento eran cada vez más acusadas. La preparación de la marcha en Nueva York, por ejemplo, estuvo a punto de provocar una ruptura definitiva entre quienes pretendían la retirada inmediata de Estados Unidos y quienes se inclinaban por la negociación. El talante conciliador de Muste recondujo la situación a través de la coalición local más importante de la época, *Fifth Avenue Vietnam Peace Parade Committee*, que aprobó *in extremis* el eslogan oficial propuesto por Ahner Grunauer (SANE) de “Stop the War in Vietnam Now”, que de alguna manera daba cabida a las dos alternativas. Pese a las diferencias, el hecho de que por primera vez SANE no se interpusiera en la celebración del acto señalaba la constatación de un mayor apoyo popular a la causa pacifista. En la medida en que los distintos grupos pudieran consensuar un programa de mínimos, la cooperación aseguraba una mayor participación en los eventos futuros. De esta forma, la manifestación del 16 de octubre en Nueva York reunió a más participantes que la de abril en Washington, entre 25.000 y 30.000.

En octubre se constató, de nuevo, que la protesta en el Oeste del país seguía una dinámica diferente. VDC empezaba a plantear más abiertamente que el objetivo de los actos era buscar un cierto nivel de confrontación, y organizaciones moderadas como *Turn Towards Peace* (TTP) se desmarcaban por sistema de estas iniciativas. Con la preponderancia de los distintos comités locales, la protesta ganaba en participación y generaba la impresión de un movimiento más democrático. Pero como demuestra lo

ocurrido en Berkeley, también se caracterizaba por una mayor improvisación y desorganización. El 15 de octubre, entre 10.000 y 15.000 estudiantes salieron del campus universitario con destino a Oakland para finalizar su *teach-in* ante la base militar. Las autoridades locales habían denegado el permiso correspondiente y una asamblea improvisada decidió no provocar la intervención de los policías que los esperaban a la entrada de la ciudad. A la convocatoria del día siguiente para culminar el proyecto acudió sólo una tercera parte de los que iniciaron la protesta. El resto quedó disuadido ante la más que probable violencia que podría generar la acción. Los *Hell's Angels* habían estado amenazando durante días la integridad física de los cabecillas de la manifestación. Cuando irrumpieron en escena, la policía los detuvo y los estudiantes se disolvieron tras una breve sentada. La jornada dejó la sensación de que cada vez sería más complicado mantener el orden entre manifestantes, policías y contramanifestantes.¹¹⁹

Desde casi el comienzo, el movimiento contrario a la guerra encontró la oposición directa de grupos proclives a la intervención militar. Como vimos, en algunas universidades públicas las asociaciones estudiantiles derechistas se mostraron muy activas. Otros grupos más moderados también reaccionaron de forma decidida ante lo que entendían como ultraje a la patria de parte de los jóvenes disidentes. El 30 de octubre tuvo lugar la mayor muestra de apoyo público a Johnson hasta la fecha. YAF, *American Friends of Vietnam*, *American Legion*, *Veterans of Foreign Wars* y grupos similares encabezaron la marcha por Manhattan de unas 20.000 personas. Las autoridades locales facilitaron la organización del evento y la prensa informó ampliamente durante los días previos. Cuantitativamente, la movilización había atraído a un número similar al de las protestas contra la guerra, pero los medios con los que

¹¹⁹ Para entender los entresijos de estas jornadas en Berkeley, véanse Halstead, *Out Now!*, pp. 86-88 y Rorabaugh, *Berkeley at War*, pp. 94-97.

contaba habían hecho presuponer una participación mayor. La manifestación respondía a la necesidad de impedir que los sectores críticos monopolizaran la calle. Y para ello, las distintas organizaciones conservadoras recibieron apoyo, cuanto menos moral, de distintos miembros de la administración Johnson.¹²⁰ La campaña de desprestigio hacia los promotores de la causa pacifista consistía en identificarlos repetidamente como exaltados, comunistas y ajenos al *American way of life*. El objetivo de la estrategia no era desmovilizar a quienes ya se manifestaban sino evitar la implicación definitiva de otros muchos descontentos.

Sirvan, de nuevo, las palabras de Wat (ya inmerso en la lucha contra la guerra) en *Sons* para testimoniar la efectividad de la propaganda presidencial:

I did not know what to think. President Johnson had only yesterday affirmed through his Press Secretary Bill D. Moyers that the anti-war demonstrations were “a part of the freedom guaranteed all Americans.” But Moyers had gone on to say that the President was “obviously impressed also by the other kind of demonstrations taking place in South Vietnam where tens of thousands of Americans were serving their country and offering themselves in support of freedom.” Johnson [...] had delivered through Moyers what sounded ominously like a warning to those of us who were opposed to the policy there asking us again to “weigh the consequences” of our actions.¹²¹

Algunos grupos minoritarios extremistas que comulgaban con la doctrina militarista jugaron un importante papel intimidatorio. Durante estos primeros meses de protesta, el partido Nazi Norteamericano insistió en provocar situaciones de violencia que serían difundidas por los medios de manera profusa. Así, en su número de agosto, *Life* mostraba en portada los rostros de Dellinger, Lynd y Robert Moses manchados de pintura roja tras un altercado con los *Hell's Angels* durante la Asamblea de Gente sin Representación. El sabotaje constante por parte de estos grupos raras veces terminaba por reventar los actos, pero la insistencia de la prensa en destacar los incidentes

¹²⁰ DeBenedetti, *An American Ordeal*, p. 109; Morgan, *The Vietnam Lobby*, p. 128; Prados, *Vietnam*, pp. 126, 150, 164; Wells, *The War Within*, pp. 55-56.

¹²¹ Hunter, *Sons*, p. 251.

propagaba una imagen de crispación poco conveniente para la causa pacifista.¹²² Las esvásticas aparecen también en el relato que sobre la marcha de Washington organizada por SANE el 27 de noviembre ofrece un Wat cada vez más aprensivo:

I saw another Nazi rushing forward with a poster that read IN WAR, THERE IS NO SUBSTITUTE FOR VICTORY, wielding the sign like a baseball bat, Vietcong flags on poles being lowered like spears now, a minor war paradoxically about to begin on the fringes a protest *against* war. There was a lunatic aspect to the scene, ...¹²³

La paradoja a la que alude Wat también había sido resaltada por determinados sectores del movimiento, que, preocupados por el poder manipulador del gobierno y el sensacionalismo mediático, advirtieron los efectos negativos de la violencia sobre su imagen. En la edición del día anterior a la marcha en la capital, el *New York Times* se hizo eco en páginas interiores de la participación de grupos extremistas de izquierda con el siguiente titular: *Vietcong Flags are Sold in Washington as Groups Arrive for March*.¹²⁴ La mayor parte del movimiento contrario a la guerra sabía que estas noticias restaban popularidad a su causa.

Por ello, a finales de 1965 los grupos disidentes habían llegado a un pacto tácito que representaba una respuesta distinta a la de los prolegómenos de la manifestación de abril. El movimiento se entendió desde entonces como una plataforma amplia donde tenían cabida distintas opciones ideológicas. Los grupos mayoritarios buscarían minimizar las diferencias y aunar criterios cuando de organizar grandes eventos se tratara; pero cuando ello no fuera posible, no se impondría la censura a quienes portaran pancartas que pudieran resultar contraproducentes. Ni siquiera los grupos moderados, organizadores de la nueva marcha, se oponían a la participación de ciudadanos que expresaran una clara filiación comunista. Se explica, de esta manera, la reaparición

¹²² Daniel C. Hallin, *The "Uncensored War": The Media and Vietnam* (Berkeley: University of California Press, 1986), p. 194; Small, *Covering Dissent: The Media and the Anti-Vietnam War Movement* (Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1994), pp. 2, 4, 48-51.

¹²³ Hunter, *Sons*, p. 251.

¹²⁴ *NYT*, "Vietcong Flags Are Sold in Washington as Groups Arrive for March", Nov. 26, 1965, p. 4.

continuada de unas pocas banderas del Vietcong en las manifestaciones posteriores a noviembre.

Esta situación provocaba problemas de conciencia en muchos ciudadanos norteamericanos que no aprobaban la guerra, aunque resulta imposible cifrar la disidencia que nunca manifestó su descontento por miedo a la violencia o a que se le acusara de antipatriota. No parece aventurado, sin embargo, afirmar que la trayectoria personal de Wat en *Sons* es coincidente en algunos puntos con la de un sector significativo del país. El relato que hace Tyler de su participación en la manifestación de noviembre denota mucho desencanto y frustración. En alguna medida, estos sentimientos tienen que ver con los incidentes violentos antes descritos. Aunque pocos jóvenes tomaron la misma decisión que Wat, lo que resulta significativo es que desde entonces el personaje decide dejar de canalizar su firme condena a la guerra a través del movimiento.

En cualquier caso, la violencia era poco significativa en 1965. La manifestación de noviembre fue, por lo general, alabada por su alto grado de civismo. Los grupúsculos de alborotadores, en ocasiones agentes secretos del FBI, eran hábilmente controlados por los *marshals*, miembros del equipo de vigilancia que habían recibido especialización en cursos intensivos. Parece, pues, manifiesta la anacronía que observamos en la novela de Loyd Little *Parthian Shot*, cuando el soldado de primera Cranston hace su particular diagnóstico de la sociedad norteamericana a finales de 1964:

I've been giving some serious thought to staying on here after... the Army. Man, I don't want to go back to all that garbage in the States. People breaking windows, riots in the streets, strikes, shootings on campus, television, cars, dirty air. What a hassle.¹²⁵

Al menos la referencia a los incidentes en las universidades debe de estar inspirada en acontecimientos que tuvieron lugar mucho más tarde. Igualmente exagerado parece el comentario de Frank Holden en *Better Times Than These* sobre la influencia y actitud

¹²⁵ Loyd Little, *Parthian Shot* (New York: Ivy Books, 1973), p. 137.

de los estudiantes neoyorquinos a finales de 1965. La novela de Winston Groom (publicada en 1978) constituye una encendida defensa de la intervención militar en Vietnam, y su inexactitud histórica es atribuible a su tendencia a generalizar la crítica al movimiento contrario a la guerra. Como ya vimos en el caso de *A Country Such as This*, el narrador otorga a la disidencia un poder del que no gozaría hasta años más tarde. Holden, próximo a partir a Vietnam, acude a la puesta de largo de su hermana ataviado con su uniforme militar. Las miradas hostiles que cree detectar entre muchos de los invitados a la fiesta se tornan al final de la jornada en una pelea con un grupo de jóvenes que se ha apoderado de su gorra:

Several of the scraggly Amherst undergraduates were standing stiffly at mock attention while one of them, who had taken Holden's uniform cap from the bar and put it on his head, was parading up and down, his hand tucked inside the breast of his tailcoat like a German officer. He was berating his "troops" loudly with exaggerated military bearing, and the performance had commanded the interest of a few bystanders.¹²⁶

Las primeras páginas de la novela sugieren una actitud crítica mayoritaria en la clase media-alta de Nueva York sólo unos meses después del inicio de los bombardeos sobre Vietnam del Norte. Widenfield, profesor de ciencias políticas, y la futura esposa de Holden, Becky, hacen las veces de portavoces de la causa pacifista: "So am I [against the war]", Becky said, "we all are –and you should be too- we haven't got any business being there."¹²⁷ Pese a que se trata de una afirmación incierta, la marcha a Washington del 27 de noviembre sí confirmaba un aumento paulatino del número de adeptos a la lucha contra la guerra.

El director del evento, Sanford Gottlieb (SANE), había anunciado la convocatoria sólo dos días después de las jornadas de octubre. Los sectores moderados del movimiento trataban de recuperar la respetabilidad que consideraban se había perdido con los recientes desórdenes públicos, aun cuando eran conscientes de que su capacidad

¹²⁶ Winston Groom, *Better Times Than These* (Toronto: Totem Books, 1978), p. 20.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 16.

de control ya era más limitada. La participación del eminente pediatra Benjamin Spock y la confirmación casi inmediata de que el congresista demócrata George Brown, Jr. estaría entre los patrocinadores dieron un halo de legitimidad al evento. Además, durante el anuncio público, Gottlieb precisó que la presencia de la Nueva Izquierda no resultaba de su agrado (aunque cursó una invitación formal a SDS). Al admitir la imposibilidad de censurar la participación de grupos comunistas, SANE estaba de hecho abandonando la línea exclusivista que le había caracterizado. Sin la consolidación de una coalición amplia que representara las distintas tendencias, el movimiento contrario a la guerra estaría abocado al fracaso. Por su parte, también NCC había hecho coincidir su primera convención con la celebración de la marcha para facilitar la asistencia de sus afiliados. El resultado de ambas iniciativas fue la mayor manifestación de condena a la guerra desde su inicio. Pese al sabotaje de algunas compañías de autobuses que habían sido contratadas, entre 30.000 y 50.000 ciudadanos decidieron expresar su repulsa el 27 de noviembre en Washington. La mayor parte de los asistentes eran adultos moderados que no recrearon el clima de euforia del mes de abril.

Mientras espera tomar el autobús que lo traslade de Nueva York a la capital, Wat intuye el cambio de actitud con respecto a abril cuando repara en sus compañeros de viaje:

Well, octogenarians wasn't quite fair. There was, to be truthful, only a sprinkling of very old people moving quietly toward the waiting bus. The remainder belonged to that other great Indian tribe (also made famous in Dana's skit) the Cholesterol, easily recognized by balding pates and spreading seats, strings of wampum about their necks, golden tongues (never forked) spouting pledges, promises, admonitions, and advice to their less fortunate brothers, the Ute [young].¹²⁸

En efecto, el tono adoptado por la mayoría de los oradores respondía al clima de moderación que había auspiciado SANE. De hecho, la línea de desacuerdo con el

¹²⁸ Hunter, *Sons*, p. 247.

discurso gubernamental no quedó bien delimitada en muchas de las intervenciones.¹²⁹ Más críticos se mostraron Spock, Coretta King y Norman Thomas. Las voces más discrepantes del movimiento fueron marginadas en el evento, pero el nuevo presidente de SDS, Carl Oglesby, al que se reservó un pequeño espacio hacia el final del acto, puso la nota de rebeldía que arrancó los mayores aplausos entre los asistentes más jóvenes. Para entonces, la lluvia ya había hecho acto de presencia y los medios apenas se hicieron eco de su discurso, pero a Gottlieb no se le escapó la trascendencia de aquella ovación y alzó el brazo de Oglesby en señal de victoria. Los sectores menos radicales del movimiento sabían que tenían entre manos un complicado juego a dos bandas que debían manejar con cautela. Su deseo era encauzar el sentimiento contrario a la guerra a través del ala más liberal del partido Demócrata, pero no podían renunciar de manera tajante a la alianza con quienes estaban contribuyendo con un mayor número de adeptos.

Los adolescentes contestatarios no compartían las inquietudes de una generación heredera de la Depresión de los años treinta y de la II Guerra Mundial, y no estaban dispuestos a que su clara determinación moral quedara condicionada por sutiles cuestiones sociopolíticas. John Ketwig retrata en *...And a Hard Rain Fell* la ingenuidad e idealismo de la generación de finales de los cuarenta en los momentos iniciales de la guerra:

After all those years of preparation in the schools, you walked out the door, and they told you it was your duty to kill Commies in South Vietnam. If you wouldn't volunteer, they could draft you, force you to do things against your will. Put you in jail. [...] How could they do that? It was directly opposite to everything your parents had been saying, the teachers had been saying, the clergymen had been saying.¹³⁰

Como ocurriera siete meses antes, los discursos en torno a la legalidad de la guerra o la conveniencia de una salida negociada parecían, a oídos de los jóvenes, más

¹²⁹ Halstead, *Out Now!*, p. 113.

¹³⁰ John Ketwig, *...And a Hard Rain Fell* (New York: Pocket Books, 1983), p. 11.

mediatizados por el poder político que las palabras de Oglesby incriminando al liberalismo norteamericano:

We must simply observe, and quite plainly say, that this coalition, this blitzkrieg, and this demand for acquiescence are creatures, all of them, of a government that since 1932 has considered itself to be fundamentally liberal. [...] Maybe we have here two quite different liberalisms: one authentically humanist; the other not so human at all.¹³¹

Pero hacia finales de 1965, las divisiones en el conjunto del movimiento contrario a la guerra respondían a algo más que un simple desencuentro generacional. Su heterogeneidad era tan manifiesta por entonces que la coalición nacional estuvo con frecuencia al borde de la ruptura. Valga una breve descripción de los entresijos de la primera convención de NCC entre el 25 y el 28 de noviembre en Washington, D.C. para ejemplificar la existencia de posturas irreconciliables en el seno de la coordinadora. Durante el desarrollo de las sesiones, algunos grupos escenificaron las diferencias que les separaba en sucesivos altercados que terminaron en agresiones físicas. Como se ha reseñado, las discusiones solían iniciarse en torno a la aprobación de los lemas que debían ser promovidos por la plataforma. Quienes abogaban por la retirada incondicional de Estados Unidos se quejaban de que el comité central no terminaba de reconocer su representatividad. Para los que solicitaban una salida negociada de Vietnam la coordinadora enterraría el consenso si asumía de manera oficial las iniciativas más radicales. Pero ni el problema de los lemas ni las diferencias generacionales explican, por sí solos, la virulencia de las luchas internas del mes de noviembre. También la izquierda tradicional se mostró enormemente dividida.

La mayoría de las organizaciones representadas en la convención coincidieron en culpar a *Socialist Workers Party* (SWP) y su filial estudiantil *Young Socialist Alliance* (YSA) de las anomalías que se produjeron. Durante el acto de bienvenida a la asamblea,

¹³¹ Para consultar el contenido completo de la intervención, véase <http://www.sdsrebels.com/oglesby.htm> (visita 15 febrero 2010).

el destacado miembro de SWP Lew Jones anunció la celebración de un panel sobre el futuro de los comités independientes que no había sido incluido en la convocatoria oficial. La reacción de Frank Emspak, director de NCC, tratando de arrebatarse el micro a Jones anticipaba lo que iba a ocurrir durante el resto de la reunión. Este incidente era un calco de las viejas rencillas entre leninistas y trotskistas. En efecto, los dirigentes de SWP sospechaban, sin demasiado fundamento, que la premura con la que se había gestado NCC dio como resultado que su enemigo histórico, el partido Comunista de Estados Unidos (CPA), obtuviera una representatividad desmedida. Jones había convencido a Rubin para que apoyara la creación del nuevo panel, que a decir de muchos escondía la pretensión de potenciar comités independientes que en varios casos estaban casi completamente copados por simpatizantes de YSA. Estos desencuentros furibundos entre los grupos de la vieja izquierda terminaron por desestabilizar el congreso y precipitaron la enemistad entre la Nueva Izquierda (incluyendo a Rubin) y los trotskistas.¹³²

En realidad, el sectarismo de SWP/YSA lo alejó de casi todos los sectores importantes del movimiento contra la guerra. Pero las luchas políticas en la izquierda tradicional no deben minimizar la relevante contribución de estos grupos. Pese a que su carácter intransigente le granjeara no pocos enemigos, las iniciativas de SWP fueron con frecuencia apoyadas por organizaciones que admiraban la tenacidad y capacidad de trabajo de sus militantes de base. Además, frente a la actitud nihilista de SDS, SWP se mostró como uno de los más firmes impulsores de las manifestaciones populares masivas de condena a la guerra como el medio más efectivo de concienciación. Desde su óptica marxista, SWP creía honestamente que la cooptación del movimiento por parte del *establishment* pondría en serio peligro su independencia. Pero al mismo

¹³² Halstead, *Out Now!*, pp. 104-112, Wells, *The War Within*, pp. 59-60, Zaroulis, *Who Spoke Up?*, pp. 63, 76.

tiempo su resistencia a la participación de elementos del partido Demócrata contradecía, a ojos de los demás, su apuesta pública por la colaboración. Muchos dirigentes de SWP lamentaron, años después, las consecuencias derivadas de su dogmatismo. Sin abjurar de sus creencias políticas, Fred Halstead, uno de los miembros más activos, reconoció, poco antes de su muerte, que la cortedad de miras del grupo le impidió reconocer los daños provocados por las disputas entre facciones de la vieja izquierda.¹³³

Muchos jóvenes de la época han testimoniado, de manera más explícita que Wat en *Sons*, su desilusión ante la perspectiva de un movimiento cada vez más dividido.¹³⁴ Resulta muy difícil saber si la protesta hubiera alcanzado, en estos primeros compases, una mayor proporción de haber transmitido una imagen de mayor unidad. En todo caso, la dimensión que alcanzó la protesta contra la guerra en Estados Unidos durante 1965 fue notable, habida cuenta que la apatía característica de las décadas anteriores no auguraba un panorama alentador para la disidencia. Como se ha reseñado, su estallido fue resultado de una serie de factores de entre los que cabe destacar la influencia del movimiento por los derechos civiles de los negros, el sentimiento pacifista que a duras penas habían mantenido a flote algunos veteranos de la causa o la génesis de una juventud idealista y contestataria. Pese al pesimismo mostrado por muchos de sus integrantes, el movimiento había conseguido sentar las bases para que en los años siguientes se evidenciara un aumento significativo del número de simpatizantes y manifestantes contra la Guerra de Vietnam. Pero para ello aún debían contrarrestar las estrategias gubernamentales por hacerse con los “corazones y las mentes” de los norteamericanos.

¹³³ Wells, *The War Within*, p. 89.

¹³⁴ DeBenedetti, *An American Ordeal*, pp. 133-135; Spencer C. Tucker (ed.), *The Encyclopedia of the Vietnam War: A Political, Social, and Military History* (Santa Barbara, CA: ABC-CLIO, LLC, 2011), p. 793; Wells, *The War Within*, pp. 53-54, 59-60.

La literatura sobre la guerra pone de manifiesto que, hacia finales de 1965, los soldados norteamericanos desplazados a Vietnam ya eran partícipes del debate nacional. Uno de los personajes de *Chickenhawk* sabe por las revistas de las repercusiones de un movimiento disidente cada vez con mayor influencia. En el contexto de la primera gran batalla contra soldados del ejército de Vietnam del Norte en Ia Drang entre octubre y noviembre ha de entenderse su manifiesta animadversión:

“I think I’d rather kill one of those fuckheads than a goddam gook!” yelled Connors. He threw a magazine on the ground inside our tent. “Cocksuckers think they know everything! Did you read that? [...] That asshole says that Ho Chi Minh was sold out by the Americans! He says that gook was once our ally and that we let a British colonel turn South Vietnam back to the French! [...] Do you think it’s true?”¹³⁵

Pero habría que esperar a la llegada a Vietnam a partir de 1966 de muchos jóvenes que como Wat habían aprendido a repudiar la guerra para que la escala de prioridades de los soldados estadounidenses empezara a cambiar. Hasta aquel momento, aún estaban más expuestos a la propaganda que confirmaba el mesianismo de su misión:

While we were at Ia Drang [...] we even had a large cardboard box filled with letters from schoolchildren all over America delivered to our mess hall. “Dear American soldier”, said one of them. “I am very proud of you. I know you will win. Becky, Grade 5, Mrs. Lake’s class.”¹³⁶

¹³⁵ Robert Mason, *Chickenhawk* (New York: Penguin Books, 1983), p. 162.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 238.

3. ¿Buenos tiempos para la protesta?: *Better Times Than These, Fields of Fire* y el activismo en 1966.

La historiografía sobre el movimiento de protesta contra la Guerra de Vietnam ha prestado una menor atención a su evolución durante 1966.¹³⁷ Este desinterés se explica por varios motivos. En primer lugar, las distintas actividades organizadas contra la guerra pasaron a formar parte del paisaje de Estados Unidos después de un año de múltiples convocatorias. Tomando como referencia de partida las primeras protestas en marzo de 1965, prácticamente cada tres meses se celebraba una gran manifestación de repulsa en algunas de las ciudades más importantes del país.¹³⁸ Esta tónica no se alteró en 1966, y la protesta se convirtió en un fenómeno rutinario que no suscitaba el mismo interés para los medios de comunicación. Además, las manifestaciones se tomaron como termómetro para medir la popularidad de la causa pacifista, y durante 1966 resultó difícil constatar un incremento significativo en el número de adhesiones. Es verdad que, en ciudades como Nueva York, las Segundas Jornadas Internacionales de Protesta a finales de marzo pudieron incluso haber llegado a doblar la participación ciudadana en las Primeras Jornadas celebradas cinco meses antes.¹³⁹ Pero el aumento incuestionable de ciudadanos que fueron sumando sus voces en contra de la intervención militar en Vietnam no se produjo de manera espectacular. El ritmo pausado con el que se fue consolidando el apoyo exasperó incluso a muchos dirigentes, que habían previsto mucha más participación para las jornadas de marzo. Al resto de ciudadanos, la cifra de 50.000 manifestantes en Nueva York no les parecía que difiriera mucho de las que ya se

¹³⁷ Buena parte de la bibliografía sobre la que se sustenta este trabajo ha concedido a los acontecimientos de 1966 menos espacio que a los de cualquier otro año. El análisis monográfico de Halstead constituye la única excepción relevante a esta tendencia.

¹³⁸ Si repasamos las convocatorias más nutridas de 1965, debemos incluir las siguientes fechas y lugares: 17 de abril en Washington, 8 de junio en Nueva York, 16 de octubre y 27 de noviembre en Washington.

¹³⁹ La mayor parte de las monografías sobre el movimiento ofrece la cifra de 50.000 manifestantes en Nueva York, aunque Zaroulis la rebaja hasta la mitad, aunque comparte la idea de que las jornadas evidenciaron el crecimiento del movimiento contrario a la guerra. Zaroulis, *Who Spoke Up?*, p. 80.

habían apuntado para convocatorias del año anterior. Finalmente, 1966 no ocupa un lugar preferente en las monografías sobre el movimiento disidente de los años sesenta porque carece de alguno de los episodios emblemáticos de los que con frecuencia se nutren la literatura y la historia. En aquel año no hubo “gestas” como la Marcha hacia el Pentágono, las protestas contra la convención del partido Demócrata en un Chicago sitiado por las fuerzas del orden o la toma estudiantil de una Universidad como Columbia, ni dramas como el ocurrido en la Universidad de Kent State. Pero un estudio riguroso no debería pasar por alto circunstancias y episodios que acontecieron en aquel momento que se me antojan cruciales para la posterior evolución de la disidencia norteamericana.

Algunos de los grupos más activos contra la Guerra de Vietnam se fundaron en 1966. Encuadrado en el sector moderado de la protesta, *Clergymen Concerned About Vietnam* (CCAV) se creó como grupo de presión para conseguir que Johnson prorrogara el cese de hostilidades que había declarado durante las navidades de 1965. Su objetivo era convencer a los representantes políticos de los dos principales partidos de que debían interceder en favor de la paz. Cuando se reanudó el conflicto bélico sin indicios de una solución pacífica, los fundadores de CCAV, bajo el liderazgo de Richard Fernández, decidieron la continuidad de la organización, reconvertida en *Clergymen and Laymen Concerned About Vietnam* (CALCAV).¹⁴⁰ Se advertirá, luego, la evolución del grupo hacia posiciones algo más comprometidas; pero, de momento, CALCAV procuró dotar al movimiento pacifista de un mayor nivel de respetabilidad para contrarrestar las críticas de sus detractores. Esa estrategia permitió que muchos

¹⁴⁰ Los trabajos más esmerados sobre CALCAV son los de Michael B. Friedland, *Lift up Your Voice*, y, sobre todo, Mitchell K. Hall, *Because of Their Faith: CALCAV and Religious Opposition to the Vietnam War* (New York: Columbia University Press, 1990).

ciudadanos contrarios a la guerra pero temerosos de que se les asociara a los radicales exploraran con éxito esta vía para sumarse a la protesta.

Más adelante se podrá constatar la afección del personaje de Peg Mullen por este grupo en *Friendly Fire*. Pero centraremos, en este momento, la atención en Winston Groom, quien adquirió fama tras la exitosa adaptación cinematográfica de su novela homónima *Forrest Gump*. La película no recibió un aplauso unánime, pues algunos críticos que conocían la trayectoria novelística de Groom no creyeron que la cinta fuera tan ideológicamente inocente como pretendía. Ya se anticipó en el capítulo anterior el carácter patriótico de *Better Times Than These*, la primera novela de Groom. El texto pone casi tanto empeño en destacar la nobleza de los soldados y algunos oficiales que lucharon en la guerra como en desacreditar al conjunto del movimiento que surgió en su contra. Antes advertíamos una cierta precipitación a la hora de atribuir a la protesta un radicalismo del que, por lo general, carecía en 1965. Pero también es verosímil que el autor refleje con acierto la visión de los sectores más conservadores del país, a quienes debió de parecer que buena parte de las manifestaciones de descontento eran equiparables a actos de alta traición ya en 1966.

Spudhead es uno de los soldados con mayor protagonismo en la novela. Ha renunciado a los privilegios a los que podía haber tenido acceso por ser hijo de un congresista. Los horrores de la guerra y la inesperada concienciación antimilitarista de su novia lo sumen en el desconcierto, pero no renuncia a su compromiso patriótico: “Americans fought good wars. They did not lose them. For peace and freedom. They fought noble wars. This was ingrained in him and as much a part of him as his nose.”¹⁴¹ Spudhead es sólo un caso más entre los abundantes ejemplos literarios de soldados que han sacrificado su vida en una guerra sin control y no han recibido a cambio ni siquiera

¹⁴¹ Groom, *Better Times Than These*, p. 289.

un reconocimiento social. Más novedoso se nos antoja el personaje de su padre, aun cuando tiene poca presencia en la trama. Su afiliación política no se especifica, aunque sí sabemos que apoya las decisiones del presidente Johnson sobre la guerra. En la correspondencia que mantiene con su hijo expresa una firme convicción en el carácter mesiánico de la misión norteamericana: “[...] *if by chance it is the*

Almighty's will that something should happen to you, you may take with you the sure and certain knowledge that the sacrifices you have made are in the name of freedom and liberty.”¹⁴²

Su mensaje de condena a quienes protestan contra la guerra tiene la misma firmeza:

There are forces at work in this country -some of them in the Congress itself- that would destroy all America has stood for and built up for two decades. Some of these people are well meaning, others are probably subversive; [...] The seeds of dissention have appeared most visibly in the universities and among certain misguided clerics, who believe that by sticking its head in the sand, the ostrich can avoid its fate...¹⁴³

¹⁴² Ibid., p. 291. Se ha procurado preservar la grafía del texto original, que reproduce una posdata escrita a mano.

¹⁴³ Ibid., p. 290.

No es tan usual encontrar testimonios literarios que pongan el acento en la disidencia de origen religioso en los primeros años de la guerra. El congresista Miter no incluye a este colectivo entre los disidentes “subversivos”, pero el hecho de que destaque su participación pudiera estar constatando la incomodidad con la que muchos *halcones* recibían su activismo. Los integrantes de CALCAV se dirigían, a menudo, a aquellos políticos en los que reconocían profundas convicciones religiosas. Es verdad que la respuesta de la mayoría de ellos consistió, en un primer momento, en cuestionar que los líderes religiosos tuvieran autoridad para inmiscuirse en asuntos estrictamente políticos. Pero aunque no sabemos cuántas conciencias martillearon con sus persistentes admoniciones, su perseverancia sí obtuvo frutos destacados en los años siguientes.

Cuando Miter incluye a algunos colegas entre quienes ponen en peligro el futuro del país, probablemente podamos deducir que Groom está considerando la disidencia interna que se hizo visible en aquel momento de la mano de políticos con mucho prestigio. Unos días antes de que Estados Unidos reanudara los bombardeos sobre Vietnam del Norte el 1 de febrero, cerca de 100 congresistas y senadores se unieron a la petición de que el gobierno prorrogase el cese de las hostilidades. Aunque las voces críticas no se habían apagado en las calles, más molestó a Johnson que sus ecos llegaran al Senado. William Fulbright, presidente del Comité de Relaciones Exteriores, llegó a la conclusión de que el Congreso había sido víctima de las manipulaciones del presidente en 1964 para la aprobación de la Resolución de Tonkín. Puesto que la guerra ya se presumía larga, Fulbright se propuso la celebración de extensas sesiones de control televisadas con las que contrarrestar las continuas maniobras propagandísticas del gobierno. Desde su punto de vista, los intentos negociadores del gobierno eran una pantomima dirigida a predisponer a la opinión pública a su favor.¹⁴⁴ Además, la

¹⁴⁴ A lo largo de su carrera, Fulbright denunció los abusos propagandísticos de los gobiernos como uno de los elementos más dañinos para la democracia norteamericana. Véase Stacey Cone, “Pulling the Plug on

iniciativa trataba de ganar terreno a una pequeña coalición que se estaba formalizando en el Congreso al objeto de presionar al presidente para la adopción de una política más drástica en Vietnam.¹⁴⁵ Las sesiones pusieron en tela de juicio la lógica sobre la que se sustentaba la guerra con el testimonio de George Kennan, impulsor de la doctrina de la contención a finales de los años cuarenta. Fulbright mantuvo el tono propio de un moderador durante la mayoría de las jornadas, pero se mostró especialmente inquisitivo durante las intervenciones del secretario de estado, Dean Rusk, y del embajador en Saigón, Maxwell D. Taylor. Al final, la iniciativa proporcionó una mayor respetabilidad para la causa pacifista y enturbió la relación entre Johnson y Fulbright. El senador por Arkansas se convirtió en una cara popular para la disidencia contra la Guerra de Vietnam, aunque muchos activistas desconocían su campaña en contra la Ley de Derechos Civiles de 1964.

Mayor repercusión mediática tuvieron, incluso, las primeras críticas públicas de Robert Kennedy. Sus declaraciones iban más allá de lo que había sugerido el Comité Fulbright, y su apuesta por legitimar al NLF como interlocutor válido en una futura mesa negociadora implicaba una clara ruptura con Johnson. Kennedy poseía la habilidad de ofrecer grandes titulares con opiniones radicales para, a renglón seguido, retroceder hacia posiciones más centristas. Después de sus explosivas declaraciones, el senador por Nueva York no insistió en su propuesta con mayor contundencia hasta dos años más tarde. De hecho, su intervención del 19 de febrero de 1966 contó con un extenso preámbulo en el que parecía estar pidiendo perdón por lo que iba a proponer. Sus ideas, claras y concisas, iban acompañadas de guiños al presidente, al que aplaudía algunas medidas. Aunque sus palabras pudieran sonar transgresoras en los oídos de

America's Propaganda: Sen. J. W. Fulbright's Leadership of the Antipropaganda Movement, 1943-1974", *Journalism History*, Vol. 30, Nº 4, Winter 2005: 166-176.

¹⁴⁵ Joseph A. Fry, *Debating Vietnam: Fulbright, Stennis, and Their Senate Hearings* (Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield Publishers, Inc., 2006), p. 10.

Johnson, algunos pasajes de su intervención señalan su característica ambigüedad: “If we intend to deny these minimum conditions to the adversary, then we must defeat them completely. If this is what we intend, we should understand it clearly—and undertake it with resolution.”¹⁴⁶ Kennedy sí que estaba convencido de que la estrategia de Johnson sólo llevaba al desastre. Su negativa a mantener la porfía se explica, fundamentalmente, por los cálculos de un político muy pragmático que no quería poner en peligro su carrera hasta no asegurarse una mayor influencia en el aparato del partido. Cuando algunos medios, sin cuestionar sus buenas intenciones, tildaron su propuesta de “fantasiosa”, “estúpida” y “peligrosa”, Kennedy dio marcha atrás.¹⁴⁷ Pero, por otra parte, el tono condescendiente adoptado por Kennedy en buena parte de su intervención y las dificultades que encontró luego para amplificar su mensaje hablan a las claras del desprestigio social que aún acompañaba a la disidencia contra la guerra.

Sin embargo, la inclusión de Fulbright, Kennedy y algunos otros políticos en el debate sobre las posibilidades de resolución que ofrecía la guerra sirvió para que la protesta dejara de ser considerada una aberración propia de exaltados. La campaña pacifista fue captando más adeptos gracias a ellos. Pero de este hecho se derivaron también consecuencias negativas. Los activistas más radicales concluyeron que los casos excepcionales de aquellos hombres no eran más que operaciones de maquillaje de las que se servía el sistema para defender su legitimidad democrática. Las iniciativas políticas favorables a la paz se tornaban insustanciales a la hora de tomar decisiones que sí podían tener un impacto claro sobre la prosecución de la guerra. Cuando, a iniciativa de Morse, el Congreso volvió a someter a escrutinio la Resolución de Tonkín en el mes de marzo, el resultado final de la votación resultó en un desolador 92 a 5 en contra de su derogación. Quedaba claro que los congresistas no traspasarían la línea roja que pudiera

¹⁴⁶ Declaración íntegra en *U.S. News & World Report*, March 7, 1966, pp. 104-107 [el énfasis es mío].

¹⁴⁷ Estos son algunos de los calificativos empleados en el editorial del *Washington Star* del 21 febrero, reproducido al completo en la misma referencia de la cita anterior, p. 107.

situarlos del lado de los traidores. Además, en lo que fue una constante a lo largo del conflicto, los años electorales detraían esfuerzos de parte de quienes aún querían creer en las bondades del sistema de partidos. La lucha antibelicista exigía un compromiso constante, y muchos jóvenes prefirieron participar en las campañas de candidatos contrarios a la guerra. Estos cambios de filas provocaron numerosos desencuentros entre integrantes del movimiento contestatario. Uno de los casos más dañinos fue el que se produjo en torno a VDC.

La escasa participación durante la conmemoración del primer aniversario del *teach-in* de Berkely de 1965 fue la primera señal de que VDC atravesaba una fuerte crisis interna. Robert Scheer, destacado activista de la organización, había formalizado su candidatura en el partido Demócrata para enfrentarse al por entonces congresista Jeffery Cohelan en el distrito siete de California. Cohelan, que apoyaba con mínimas reservas la intervención en Vietnam, contaba con el aval incluso de Fulbright y Kennedy. El sector más radicalizado de VDC renegó de esta iniciativa, lo que provocó que activos tan reconocidos como el propio Rubin se dieran de baja de la organización.¹⁴⁸ Rubin se convirtió en entusiasta impulsor de la campaña, que llegó a dirigir durante un tiempo. Para enrarecer aún más el panorama, Scheer prescindió de sus servicios cuando intuyó que su mera presencia restaba interés en el electorado liberal al que también necesitaba. Finalmente, Scheer perdió, pero consiguió el 45% de los votos y obtuvo la victoria parcial en Berkeley.¹⁴⁹ Por todo ello, la campaña se consideró un rotundo éxito, pero provocó que una de las organizaciones más activas en el Oeste del país quedara hecha añicos.

¹⁴⁸ Lawrence Lader, *Power on the Left: American Radical Movements since 1946* (New York: W.W. Norton, 1979), p. 211.

¹⁴⁹ Para seguir el desarrollo de la campaña y sus consecuencias, véase Rorabaugh, *Berkeley at War*, pp. 100-105.

La campaña contra la guerra cobraba sentido en las calles a través de movimientos sociales de distinta índole. La teoría de que sin la existencia de este tipo de protesta la guerra hubiese terminado antes gracias a la iniciativa de un sector del poder político que estaba influyendo en las decisiones de Johnson se me antoja infundada. Siguiendo esta explicación, algunos políticos se hubieran involucrado más en el esfuerzo por reconvertir la estrategia militarista de Johnson de no haber mediado una protesta popular cada vez más agresiva.¹⁵⁰ Salvo excepciones como las de Morse y Gruening, la evolución personal de los políticos que se mostraron más contrariados con la guerra sugiere más bien lo contrario: las voces discrepantes en el Congreso y el Senado se escucharon con fuerza sólo cuando el descontento popular alcanzó cotas significativas. Por otra parte, la escasa receptividad del presidente tampoco invita a pensar que la disidencia interna pudiera haber ejercido una influencia decisiva en la conducción de la guerra. Con escasa cintura para encajar la crítica, Johnson se labró enemistades personales entre antiguos aliados que, en algún momento, hicieron pública su disconformidad.

Lo cierto es que, a partir de 1966, los *halcones* asociaron las expresiones de protesta que emergían de las cámaras parlamentarias al variopinto movimiento de contestación a la Guerra de Vietnam. Son varios los personajes de *Better Times Than These* que hacen una mención explícita a los políticos contestatarios. El teniente Billy Kahn altera sus

¹⁵⁰ Es Garfinkle quien ha elaborado esta idea con más argumentos. Distingue tres etapas en la historia del movimiento contra la guerra. En la primera, hasta 1966, la causa antiguerra había tenido un marcado carácter liberal gracias al cual habría conseguido retrasar el inicio del conflicto e impedido que Estados Unidos adoptara fórmulas más drásticas. Siguiendo su argumento, en el período que va de 1966 a 1969 las fórmulas radicales que fue adoptando el movimiento cohibieron a algunos políticos que habrían estado dispuestos a liderar una efectiva oposición a la guerra. Quienes se atrevieron a cuestionar la tesis oficial desde alguno de los partidos principales fueron desacreditados con el argumento de que compartían los objetivos de la izquierda radical. Sólo desde mediados de 1969, el movimiento volvió a convertirse en un factor influyente en las decisiones sobre la guerra tras retomar el tono moderado. Lejos de concederle al movimiento antimilitarista el mérito de haber contribuido al desenlace de la guerra, Garfinkle sostiene que, durante la fase crucial de la misma, su radicalismo sólo prolongó el sufrimiento implícito en un conflicto armado, y que, por tanto, le corresponde una cuota de responsabilidad en el número de soldados muertos. *Tell-Tale Hearts*, pp. 1-2, 8-9, 13, 19, 55-56, 265.

sueños de gloria cuando conoce el nivel de descontento entre amplios sectores de la sociedad:

The war was fresh and new then; the nation bright, hopeful and patriotic, welcoming its heroes -and, in fact, creating them. He knew there were rumblings of discontent: actors, academics, writers, students -even a few politicians- screaming about immorality and marching in the streets. What did it mean?¹⁵¹

La novela señala, pues, la heterogeneidad característica de la protesta. El testimonio del congresista del que nos hicimos eco con anterioridad remarcaba la diferencia entre los elementos subversivos que dañan al país y los ciudadanos de bien que simplemente yerran en su crítica a Estados Unidos. Vertientes tan dispares se aúnan en el personaje del profesor Widenfield, prominente activista. El texto destaca la capacidad camaleónica de este personaje para adaptar su mensaje al tipo de audiencia al que lo dirige. Widenfield es un profesional del activismo tan dispuesto a alentar a las masas radicalizadas contra la guerra como a moderar su discurso para persuadir al estudiantado de una universidad conservadora del Medio Oeste. Cuando la ocasión lo requiere, el profesor se transforma en un William Fulbright al uso, toma prestado su discurso sobre “la arrogancia del poder”, y se permite el lujo de restarle malicia al presidente Johnson, cuyo error ha consistido en alejarse del humanismo democrático que debería caracterizar siempre al país.

Groom concluye que cualquier tipo de disidencia perjudica al país en la misma medida. Cómodo en la utilización del binomio patriotismo/traición, el narrador generaliza la condena al conjunto del movimiento contra la guerra. Widenfield es el antagonista más claro de la historia. Becky alaba su arrolladora personalidad, pero en el contexto de la novela estos pasajes lo acercan más a la figura de un conspirador:

“Look,” Becky said sharply, “he’s a very important person in the movement -maybe the most important. Every day there are people -you’d be surprised who they are: politicians, and writers and actors- who phone up or write to ask him how they can help. You really would be surprised...”¹⁵²

¹⁵¹ Groom, *Better Times Than These*, p. 257.

¹⁵² *Ibid.*, p. 160.

El influjo que ejerce el profesor sobre Becky se hace más patente con cada carta de ésta que le llega a Holden al frente. Los cambios que se observan en su vocabulario (“shit”, “fuck”, “pigs”, “us” versus “them”) denotan la súbita radicalización de la prometida de Holden. También la novia de Spudhead es víctima del encantador de serpientes Widenfield, y tras acudir a uno de sus mítines deja atrás su típico desinterés por la política para convertirse en ferviente seguidora de la causa pacifista. Tanto Holden como Spudhead disculpan el activismo de sus prometidas e, inicialmente, restan trascendencia a su compromiso. “Of course she was involved in the protests, but she was high-spirited and needed to get involved in things”,¹⁵³ concede Holden; Spudhead no consigue tomarse en serio la “conversión” de Julie: “For the next few days he toyed with the idea of Julie the Peace Freak. It did not outrage him. He couldn’t imagine her going berserk and laying siege to buildings, or marching by torchlight singing songs.”¹⁵⁴

En un tono paternalista propio de los textos revisionistas conservadores,¹⁵⁵ Groom exime de culpa a la mayoría de jóvenes antiguerra en virtud de un excesivo idealismo del que se han aprovechado los verdaderos instigadores de la protesta como Widenfield. Pero la novela no renuncia a la incriminación moral de cuantos hicieron un daño irreparable al país ejerciendo de manera irresponsable su derecho a protestar: “What things?—One of those damned protests, huh? What good is that supposed to do? Don’t you know that every time you do that it just hurts this country and it hurts me? Did you ever consider that?”, le reprende Holden a su novia.¹⁵⁶ Aunque el discurso marcadamente ideológico queda soterrado bajo esta fórmula, Groom dramatiza el problema a través de las peripecias suprapolíticas de los personajes. De esta manera,

¹⁵³ Ibid., p. 123.

¹⁵⁴ Ibid., p. 289.

¹⁵⁵ Al final de *A Country Such as This*, Judd Smith trata de hacer las paces con Dorothy Dingenfelder. Aunque a lo largo de la novela Dorothy ha demostrado ser una adversaria contumaz, Judd termina viendo a una mujer frágil marcada por la muerte de su padre durante la anexión nazi de Austria.

¹⁵⁶ Groom, *Better Times Than These*, p. 123.

cuando Becky le es infiel a Holden con Widenfield parece sólo un caso más de un soldado norteamericano que sufre una ruptura sentimental mientras sirve en la guerra. Pero más que una deslealtad amorosa, lo que subyace bajo este episodio es un acto de traición a la patria consumado por quienes se toman la guerra, cuanto menos, como un juego. Como medita Spudhead: “She [Julie] was talking about it [the war]; he was doing it. Simple as that. [...] He knew she was wrong, but he couldn’t say exactly why.”¹⁵⁷

Mayor rechazo aún debieron de provocar entre los partidarios de la guerra las críticas que empezaron a manifestarse en 1966 en el seno del propio ejército. A partir de la fundación de *Veterans for Peace in Vietnam* (VFP) a finales de enero en Chicago, se encadenaron sucesivos episodios que tenían en común la crítica pública a la intervención militar de parte de excombatientes de guerras anteriores y miembros en activo del ejército estadounidense. El gobierno desacreditó rápidamente estas protestas por su clara intencionalidad política. En efecto, miembros destacados de VFP como LeRoy Wolins estaban afiliados a CPU, pero las imágenes de hombres uniformados encabezando manifestaciones o renegando de los méritos militares que habían contraído resultaban desestabilizadoras. Ver, por ejemplo, a unos cincuenta veteranos escenificando su rechazo a la guerra con una concentración en el histórico campo de batalla de Gettysburg suponía una inusitada estampa de incuestionable impacto mediático.

Más difícil resultaba difamar a militares de mayor graduación que habían acreditado una prestigiosa trayectoria dentro del ejército. El sargento mayor Donald Duncan había pertenecido a las Fuerzas Especiales desde 1961 y participó en operaciones de inteligencia en Vietnam en 1964. Tras rechazar una oferta de promoción, Duncan se reintegró a la vida civil. La publicación del artículo “The Whole Thing Was a Lie” en la

¹⁵⁷ Ibid., pp. 288-289.

revista *Ramparts* (de la que era editor) ofreció un valioso argumento a quienes denunciaban las atrocidades que se cometían en Vietnam.¹⁵⁸ Otro miembro de los *Green Berets*, el Capitán Howard Levy, también fue noticia cuando rehusó instruir a médicos militares próximos a partir a Vietnam. Levy fue acusado de desacato y de promover la insubordinación entre los cadetes, y en 1967 fue condenado a tres años de reclusión y trabajos forzosos. Las acciones de Duncan y Levy fueron especialmente valoradas porque respondían no sólo a un repudio personal fruto de lo vivido, sino a la necesidad de contribuir a la campaña contra la guerra.

Pero el caso que más ánimos insufló en el movimiento fue el de los soldados James Johnson, David Samas y Dennis Mora. Los Tres de Fort Hood (Texas), como se les conoció popularmente, aprovecharon unos días de permiso para dar a conocer su negativa a embarcar hacia Vietnam. A diferencia de casos anteriores, los insubordinados pretendían canalizar su acción a través de organizaciones pacifistas, lo que supuso un nuevo impulso en la lucha contra la guerra. Tras cerciorarse de que los jóvenes soldados eran conscientes de lo que podía acarrear su decisión, *Fifth Avenue Vietnam Peace Parade Committee* organizó una amplia campaña de apoyo que incluyó asesoramiento legal y una rueda de prensa donde expusieron sus argumentos.¹⁵⁹ Días antes de que expirara el plazo para presentarse en la Terminal de Oakland, la policía militar los detuvo y confinó a una base militar. El caso fue seguido con gran interés hasta que finalmente fueron condenados a tres años de prisión. Samas, que no había militado nunca en ningún partido político u organización pacifista, advirtió al movimiento que debían explorar una mayor colaboración con los soldados y revertir la idea de que

¹⁵⁸ *Ramparts Magazine*, february 1966, pp. 12-24. Duncan denunció la connivencia de Estados Unidos en el maltrato a prisioneros de guerra. Pero más allá de eso, el artículo desmontaba el mito de que la intervención militar era en defensa de la libertad e independencia de Vietnam del Sur: el gobierno de Saigón había establecido una dictadura que obstaculizaba la libertad de expresión y asociación. El artículo completo puede consultarse en <http://www.unz.org/Pub/Ramparts-1966feb-00012> (visita 4 marzo 2012).

¹⁵⁹ Consultar la declaración hecha pública por Dennis Mora en Alexander Bloom and Wini Breines, *Takin' It to the Streets* (New York: Oxford University Press, 1995), pp. 255-257.

pacifistas y militares eran necesariamente antagonistas.¹⁶⁰ La negligencia del movimiento contra la guerra consistía en no haber habilitado un canal de comunicación con estos desafectos en potencia.

En efecto, las novelas y memorias sobre la guerra proporcionan casos de soldados contrariados por los motivos espurios con los que Washington justificaba el conflicto. En otras ocasiones, las críticas se dirigen a oficiales de alto rango más interesados en su propia promoción que en ganar la guerra. Además, la llegada de nuevos reemplazos a Vietnam era una fuente potencial de diseminación de las ideas pacifistas. Entre los nuevos voluntarios y alistados podían encontrarse participantes directos de la protesta (recuérdese el caso de Wats en *Sons*). Igualmente, se hizo más fácil la propagación de información periodística complementaria a la que proporcionaban las autoridades militares. En este sentido, *Chickenhawk* está entre las novelas más interesadas en abordar la posible influencia de los medios de comunicación en la concienciación política de los soldados a partir de 1966. No sólo el narrador/protagonista Mason recibe con desconcierto las noticias que recogen los periódicos de tirada nacional o las conclusiones de *Street Without Joy*, el libro de Bernard Fall que empezó a circular por aquel entonces y que prevenía a Estados Unidos contra las dificultades de la guerra. Entre los personajes secundarios de la novela que hacen alusiones a lo que leen en los rotativos destaca el enigmático Monk, que ha elaborado un minucioso fichero en el que guarda recortes del *Stars and Stripes*, *Newsweek*, *Time* y demás revistas.¹⁶¹ Sea por un mayor acceso a la información o por ser testigos de los horrores de la guerra, en las tramas narrativas proliferan ejemplos de soldados que parecían más próximos a las ideas pacifistas que al militarismo de Johnson. Teniendo en cuenta esta realidad,

¹⁶⁰ Halstead, *Out Now!*, pp. 182-183.

¹⁶¹ No aclara el texto con qué fin colecciona Monks los recortes, pero es de suponer que en base a ellos racionalizará su crítica a la intervención militar: "Someday... You'd be surprised to know what they're saying about this war." Mason, *Chickenhawk*, p. 393.

imágenes sorprendentes como la de la chapa militar identificativa bajo la cual asoma un colgante con el emblema pacifista o el *Fuck the Army* como eslogan en un chaleco antibalas pierden su ambigüedad. Máxime si, siguiendo con el argumento de David Samas, descubrimos que a estos mismos soldados les repele en igual medida la pantomima de hippies que sólo juegan a ser héroes.

Son más excepcionales los ejemplos de combatientes que articulen un discurso disidente con el que desbaratar las tesis oficiales. Destaquemos dos casos muy distintos entre sí. John Ketwig sostiene repetidamente que, aunque formara parte del contingente bélico estadounidense, él fue tan miembro del movimiento contra la guerra como el que más. ...*And a Hard Rain Fell* constata el desencuentro entre activistas y combatientes, pues las experiencias de cada grupo los predispone a la incompreensión:

Almost apologetically, their eyes avoiding mine, they said they had taken part in marches against the war, then changed the matter.

I, too, protested the war. I had my reasons. [...] They opposed the war. They didn't ask my opinion. They had diplomas. I guess they thought I was stupid for having gone. If you weren't part of the solution, you were part of the problem. I, too, opposed the war. They were twenty-one, eager to try their wings. I was twenty-one, my life nearly over.¹⁶²

Ketwig termina reconociendo que también son sus prejuicios los que le impidieron formalizar una alianza con sus compañeros de generación que sólo se concretó en 1982:

I could hear them now, chanting as they must have chanted in 1969 when I had stayed home. "HELL NO, OUR KIDS WON'T GO!" I hesitated, as I had in 1969. No, I couldn't wait another thirteen years! [...] I added my voice to theirs, fighting back years of emotion and frustration that threatened to crack my throat. I was amazed as people stepped from the curb to shake our hands or slap our backs.¹⁶³

Pero Ketwig ya había dado muestras de sus simpatías por el movimiento disidente con anterioridad. Discrepa de la hostilidad que muestran muchos de sus compañeros en la guerra hacia el colectivo de exiliados, pues él mismo consideró la posibilidad de huir a Canadá. Refuta, por otra parte, la idea de un rechazo general a los pacifistas por parte de las tropas. Aunque entiende que el repudio es una reacción lógica en el contexto bélico, no faltan las muestras de aprobación entre otros compañeros:

¹⁶² Ketwig, ...*And a Hard Rain Fell*, pp. 312-313.

¹⁶³ *Ibid.*, p. 334.

Still, many of us were buoyed by the protestors. [...] To many of us, the news that someone back home was trying to end the horror and bring us home was reassuring. [...] If the American people marched in the streets and demanded peace, it was a sign that they understood and abhorred our plight. Cowards? [...] Their courage was an inspiration to many of us.¹⁶⁴

...*And a Hard Rain Fell* se convierte en una suerte de *Catch-22* cuando el “disidente” Ketwig es recompensado con un ascenso por dar muestras inequívocas de valentía y amor a la patria. En realidad, son muy distintos los motivos que impulsan al protagonista a reengancharse en el ejército: por una parte, un nuevo destino en Tailandia facilitará su relación con su novia malaya Lin; por otro lado, le aterra volver a la rutina de la vida castrense en cualquier base militar de su país, y más aún que le puedan ordenar reprimir alguna acción de protesta contra la guerra. Así, mientras el ejército lo considera un ejemplo, Ketwig está en una realidad paralela que incluye el envío de crónicas subversivas a un periódico *underground* y una vida disipada en un “oasis de rock’n’roll” donde no faltan colegas, la marihuana y la buena música. A su manera, Ketwig ha sido un auténtico activista contra la Guerra de Vietnam.

El otro caso al que me refiero nos lo proporciona James Webb en *Fields of Fire*, la primera novela de su trilogía sobre la guerra. Will Goodrich pertenece a una familia acomodada, y, siguiendo la tradición familiar, ha estudiado en la Universidad de Harvard. Cansado de seguir con la vida que le ha diseñado su prestigioso padre abogado, Goodrich decide aparcar sus estudios para emprender su propio camino. Inicialmente, la senda por la que quiere transitar el protagonista es antagónica a la que ya recorrían los jóvenes contestatarios. Su petición para ingresar en los Cuerpos de Paz es denegada por mostrarse claramente partidario de la misión norteamericana en Vietnam. A los pocos días de su traslado al Sudeste asiático comienza su reconversión pacifista. Webb deja claro que hay dos elementos claves que explican esta

¹⁶⁴ Ibid., pp. 130-131.

transformación: su propia incompetencia como soldado y la influencia de su compañero de estudios Mark Solomon, exiliado en Canadá.

Fields of Fire comparte con el resto de la literatura sobre la guerra el propósito de conectar al lector con las adversidades de los combatientes. Los textos y memorias explican este sufrimiento a partir de lugares comunes como las dificultades climáticas y orográficas, un impreciso sentido de misión, un enemigo esquivo, la desidia del resto del país, la torpeza de los oficiales, o los bastardos intereses políticos. Pero, en mayor o menor medida, cada uno de estos elementos siempre se subordina al motivo de mayor angustia: la ineludible certeza de que la muerte les ronda. Como decimos, *Fields of Fire* también alude a este miedo, pero lo patentiza de manera exagerada en el caso de Will Goodrich. La palabra “miedo” y sus derivados, y adjetivos tales como “petrificado”, “ansioso”, “mortificado”, “aterrado”, “asustado”, “temeroso”, “inquieto”, “tembloroso”, y “angustiado” se repiten hasta en cuarenta ocasiones para dar cuenta del estado de ánimo de Goodrich. Webb no está proponiendo únicamente mejorar los métodos de adiestramiento para quienes deben hacer frente a la realidad de una guerra. La novela sugiere que Will se parapeta tras el discurso antibelicista para evitar reconocer su carácter pusilánime, falta de entereza y nulo compañerismo. En cierta ocasión, atenazado por el pánico a que le disparen, evita durante horas auxiliar a un soldado de su pelotón que muere desangrado en una lenta agonía. Como es costumbre en la obra de Webb, las deficiencias de Goodrich se hacen realmente visibles cuando se mira en el espejo de otros compañeros. Snake, un *lumpen* que busca en el ejército escapar de un entorno de desarraigo familiar y criminalidad, es el contrapunto de Goodrich. El teniente Hodges, uno de los héroes de la novela, queda inmediatamente deslumbrado por su “excelencia autocrática”.¹⁶⁵ La novela se define en la trayectoria de estos dos

¹⁶⁵ James Webb, *Fields of Fire* (New York: Bantam Books, 1978), p. 80.

personajes opuestos. Aparte de lamentarse, Goodrich emplea su tiempo en sermonear a sus compañeros sobre la futilidad e inmoralidad de la guerra. Frente a la amoralidad de la tropa, Goodrich se siente en la obligación de instruirlos acerca del incumplimiento sistemático de los Acuerdos de Ginebra o la retención de prisioneros políticos en jaulas para tigres en la isla de Con Dao. La escasa receptividad del pelotón provoca su aislamiento. Sin embargo, en cierta ocasión se rodea de una concurrida audiencia mientras obsequia a Hodges y Snake con una serenata que incluye todo el repertorio de Bob Dylan y otras canciones protesta. Por el contrario, Snake es un militar comprometido, eficiente y solidario con sus compañeros. Para remarcar aún más las diferencias que les separa, Webb fuerza una trágica paradoja final: Snake muere en un intento suicida de auxiliar al “Senador” Goodrich.

Muchos de los antagonistas de las novelas de Webb son cínicos, intelectuales, débiles y poco viriles. Y es que el autor denuncia la demasculinización del héroe norteamericano como uno de los peligros inherentes a la apología antibelicista.¹⁶⁶ El antihéroe afeminado debe ser desenmascarado para evitar riesgos, aunque las tramas incluyen un final darwinista para reconforte de los lectores neoconservadores: en *Fields of Fire* Goodrich se revuelve contra los pacifistas manipuladores (lo que satisfaría a Snake), en *A Country Such as This* Dorothy siente cierta atracción por Judd, y en *A Sense of Honor* Dean busca emular a su “torturador” Fogarty (expulsado de la academia por maltrato físico a los cadetes). Para evidenciar la inferioridad de los opositores, Webb procura siempre una confrontación física con los héroes. Así, Snake arriesga su vida para salvar a Goodrich, Judd conmina a Dorothy a sellar la paz mediante un corte

¹⁶⁶ En 1979, Webb firmó un artículo en el que polemizaba sobre la participación de las mujeres en el ejército. En tono misógino, Webb desacreditaba la valía de las mujeres para desempeñar determinadas tareas militares. Después de servir con Reagan como secretario de la marina en 1987, Webb cambió de filiación política en los años noventa. Su notoriedad como el político que con su victoria dio el control del Senado al partido Demócrata en las elecciones de 2006 trajo aparejada la revisión de sus postulados anteriores, achacando él mismo a su inmadurez su antigua negativa a admitir la inclusión de mujeres en tareas de mando. Ver artículo en <http://www.washingtonian.com/articles/people/jim-webb-women-cant-fight/> (visita 18 abril 2012).

de cuchillo en el brazo, y el profesor Thad queda paralizado ante lo que cree será una reprimenda de Fogarty.

Fields of Fire recurre al argumento de que muchos jóvenes participaron en la protesta contra la guerra para contrarrestar su sentimiento de culpa por haber evitado ir a la guerra. Esto explicaría el radicalismo que caracterizó a una parte importante del movimiento: a mayor violencia, más pruebas de que los activistas no eran unos cobardes. Y es aquí donde encaja el activismo de Mark Solomon, la auténtica correa de transmisión de los argumentos militaristas de Goodrich. Solomon sí es un auténtico activista y su exilio es un acto político:

For Mark, Vietnam was the most important political happening since the Russian Revolution, a symbolic event that could spell the final end to imperialism. Mark believed in Nuremberg, in the duty of conscience. He had joined several antiwar groups, and had written and distributed leaflets. Vietnam consumed him. He avoided the draft, deciding to go to Canada as an affirmative act, the only weapon in his arsenal that could have a definite, statistical impact.¹⁶⁷

Los antiguos compañeros de facultad han mantenido el contacto pese a haber tomado decisiones opuestas que los ha distanciado en lo físico y en lo ideológico. Mediada la trama de la novela, descubrimos que ha habido una correspondencia entre ambos, y que Mark ha estado insistiendo en su crítica a la empresa neoimperial en Vietnam. No debemos colegir, necesariamente, que tras las cartas de Mark existe un interés político por extender sus ideas radicales en el propio frente de batalla. Pero, aunque sea en el plano simbólico, se ha convertido en una especie de mentor bajo cuya tutela Goodrich es capaz de adoctrinar a sus compañeros de armas. *Fields of Fire* no constituye una excepción en lo que se refiere a la nostalgia por empresas bélicas anteriores que contaban con el arropamiento del país en su conjunto. Pero sí constituye uno de los casos más notorios de denuncia a los estragos provocados por el mensaje disidente entre los combatientes norteamericanos. Una cosa es no sentir el respaldo ciudadano, y otra distinta es verse inducidos a perturbar la acción militar con episodios de sublevación o

¹⁶⁷ Webb, *Fields of Fire*, p. 106.

sabotaje. Y fueron algunos soldados negros los primeros en manifestar su disconformidad con su papel en la guerra.

En 1966, se empezó a constatar que la lucha por los derechos civiles y la lucha pacifista estarían entrelazadas a lo largo de la Guerra de Vietnam. Como ya se advirtió, la campaña contra la desigualdad racial había servido de modelo de inspiración en el despegue del movimiento antibelicista a principios de 1965. Pero el 6 de enero de 1966 SNCC hizo público un comunicado con el fin de evidenciar que ambas causas debían ser complementarias. En una hábil redacción, el documento integraba por primera vez el discurso contra la guerra en un programa pro derechos civiles: la Guerra de Vietnam era una manifestación más del sometimiento por parte de “la Norteamérica blanca” de culturas consideradas inferiores. SNCC criticaba el escaso voluntarismo de los órganos de dirección del país por combatir el racismo en Estados Unidos, y, en base a ello, se solidarizaba con quienes incumplieran órdenes de servir en Vietnam.¹⁶⁸ La tesis de SNCC pareció muy drástica en aquel momento, pero algunos incidentes racistas amparaban sus conclusiones.

De hecho, el comunicado de SNCC se elaboró a raíz de la muerte violenta de un activista negro dos días antes. Participante en una campaña de registro de votantes, Samuel Younge, Jr., falleció por los disparos del propietario de una gasolinera en Alabama tras una discusión por la falta de higiene en los baños destinados a los negros. La intencionalidad racista del dueño no pudo probarse, pero era el quinto incidente de similares características con resultado de muerte en un año en aquel estado. En los días y meses siguientes, asesinatos racistas como el de un presidente local de *National Association for the Advancement of Colored People* (NAACP) y un portero en Misisipí,

¹⁶⁸ Para ver la declaración completa, http://www.aavw.org/protest/carmichael_sncc_abstract12.html (visita 13 julio 2011).

o el de un albañil en Luisiana seguían constatando la impunidad con la que aún actuaban grupos supremacistas como el *Ku Klux Klan* y los *Night Riders*. Tampoco parecía que los partidos estuvieran dispuestos a dar pasos audaces para favorecer la integración. Aún perduraba el agravio por la negativa de la dirección nacional del partido Demócrata en 1964 a reconocer la representatividad del *Mississippi Freedom Democratic Party*. Pero la afrenta resultó ser mayor con la expulsión en enero de 1966 de Julian Bond de la Cámara de Representantes de Georgia. Exmilitante de SNCC, Bond había apoyado el manifiesto de la organización en contra de la guerra y la Cámara decidió por abrumadora mayoría su reprobación. El Tribunal Supremo obligó a restituir a Bond, pero para entonces ya había signos de un nuevo rumbo político en SNCC. En mayo, la organización celebró elecciones para renovar el equipo directivo y una controvertida votación aupó a Stokely Carmichael a la presidencia. John Lewis, que aspiraba a mantener la dirección, había endurecido sus críticas a la administración Johnson, pero seguía siendo el candidato de la reconciliación y la no violencia. Por el contrario, la candidatura vencedora apostaba por alcanzar cotas de poder a través de la creación de instituciones y un partido independientes. En aquella misma reunión en Nashville, SNCC puso en práctica su nueva orientación con la expulsión de todos los militantes blancos. Quedaba por demostrar que el separatismo auspiciado por Carmichael fuera secundado por la mayoría del movimiento a favor de los derechos civiles. Y la ocasión para comprobarlo sobrevino un mes más tarde.

James Meredith había alcanzado notoriedad pública en 1962 por ser el primer alumno negro en la Universidad de Misisipí. En junio de 1966, Meredith emprendió en solitario una Marcha contra el Miedo para animar a los electores afroamericanos a que aprovecharan la cobertura legal que les proporcionaba la Ley de Derecho al Voto de 1965. Nada más entrar en Misisipí, Meredith fue tiroteado y hubo de ser ingresado en

un hospital. Los principales líderes de SNCC, SCLC, CORE y NAACP se entrevistaron con Meredith y acordaron completar su iniciativa. La comitiva vivió momentos de confraternidad durante las casi tres semanas de recorrido, pero los episodios de tensión proporcionaban claves más interesantes para averiguar hacia dónde podía evolucionar la lucha por los derechos civiles. La jornada con mayor repercusión mediática fue la del 17 de junio. La delegación había llegado a Greenwood, un terreno más propicio para las huestes de SNCC, pues había agrupaciones locales con las que llevaba tiempo colaborando. Después de un breve paso por prisión acusado de desorden público, Carmichael prometió que aquella sería su última detención, y, con la colaboración de Floyd McKissick (CORE), sus simpatizantes lo agasajaron con el desde entonces célebre eslogan de *Black Power!*¹⁶⁹ La constatación de la popularidad del movimiento extremista por la liberación de los negros llegó con la fundación del *Black Panther Party for Self Defense* (BPP) en octubre de la mano de Huey P. Newton y Bobby Seale. Aunque aún resultaban ambiguas las implicaciones ideológicas del nuevo SNCC y de BPP,¹⁷⁰ un sector de la protesta contra la guerra se sintió atraído por su activismo.

No es propósito de la presente investigación tratar de determinar en qué medida la radicalización de SNCC alteró la relación de fuerzas en el seno del movimiento por los derechos civiles. King sabía que las organizaciones situadas a su izquierda le estaban restando protagonismo y no quiso eludir el envite que le proponía SNCC. Carmichael trataba de impulsar su nuevo programa, pero procuraba evitar un enfrentamiento abierto con el carismático líder de SCLC. CORE seguía la estela de Carmichael y NAACP

¹⁶⁹ Para conocer los detalles de aquellas jornadas y las negociaciones entre King y Carmichael, véase, por ejemplo, Weisbrot, *Freedom Bound*, pp. 196-204.

¹⁷⁰ Mayoritariamente, Poder Negro se asoció a un movimiento ultranacionalista, separatista y violento. No sólo aspiraba a crear estructuras de poder paralelas a las oficiales, sino que algunos miembros anhelaban el retorno a África. Pero hay historiadores que sostienen que en este período SNCC estaba reafirmando su identidad originaria. Desde este punto de vista, SNCC trataba de organizar a la población negra de manera más eficaz y concienciarla de que el cambio era posible a través de estructuras políticas influyentes. Véase Hasan Kwame Jeffries, "SNCC, Black Power, and Independent Political Party Organizing in Alabama, 1964-1966", *The Journal of African American History*, Vol. 19, N° 2, Spring 2006: 171-193.

marcó distancias abandonando el proyecto de Meredith. No es mi intención dirimir qué estrategia consiguió mejores resultados. En su conjunto, el movimiento a favor de mejorar las condiciones de vida de los afroamericanos no alteró sus objetivos, pero la muerte de soldados negros en Vietnam pasó a ser otro elemento a considerar. Lo que sí ocurrió es que buena parte del movimiento antiguerra se hizo más receptiva a las reivindicaciones de los negros hasta convertirlas, años más tarde, en parte esencial de su agenda. Y admitieron, de paso, que los líderes de las principales agrupaciones por los derechos civiles eran portavoces cualificados en la lucha contra la Guerra de Vietnam.

Los vínculos entre el movimiento pacifista y el movimiento pro derechos civiles en aquel momento histórico han tenido eco en la literatura norteamericana sobre la guerra. *Sons*, proclive a integrar en la trama los momentos más mediáticos de la protesta, se refiere de manera explícita a la abortada hazaña de Meredith y los sucesos que le siguieron. Dana se inclina por el pacifismo de King, pero reconoce la trascendencia del gesto de SNCC:

Well, I think Mr. Carmichael has started something down here in Mississippi, for better or worse. I think Negroes will *know* what to call themselves from now on, even though black may be only another misnomer. (Have you ever met a black Negro?) It scares me, Wat, all of it. Martin Luther King keeps urging peaceful protest, but I sense that even *his* patience is wearing thin, and I wonder how long he can sustain his grander vision and his larger dream?¹⁷¹

Wat se pregunta si las noticias sobre la militancia negra en casa explican la tensión racial que empieza a detectar entre algunos de los miembros de su compañía. Lo que sólo unos meses antes se hubiese resuelto con unas risas, se torna en septiembre de 1966 en una pelea con navaja cuando un soldado negro se mofa del peculiar pijama de un compañero blanco. La refriega inédita le hace pensar a Wat que Jimmy y Rudy pueden estar escenificando los momentos de incertidumbre por los que atraviesan las relaciones interraciales en Estados Unidos:

Lloyd stepped close to them and said almost in a whisper, "Come on, you guys, save that for Charlie."

¹⁷¹ Hunter, *Sons*, p. 324.

“This *is* Charlie,” Jimmy answered.

They were referring, of course, to the Vietcong, [...] Or at least I was certain that *Lloyd* was referring to the men in the black pajamas, but I wasn't too sure that Jimmy's man in the red pajamas wasn't another Charlie, the Charlie who was enemy back home in the really distant boonies of America, Charlie nonetheless, *Mister* Charlie the white man. For a startling moment, I wondered if the double meaning had been intended. We had never had any racial bullshit in our hootch, but news from home traveled very fast these days, (...) ¹⁷²

Al igual que Lloyd Parsons, Carruthers se alista en el ejército como válvula de escape en *Better Times Than These*. Groom incluye en su novela un episodio racista en el que se ve envuelto este joven soldado negro sin apenas estudios. Carruthers suele guardar un enigmático silencio tras el que algunos compañeros sospechan se esconde algún agravio larvado desde su infancia. El chico tranquilo pierde el control y arremete contra una prostituta vietnamita que sólo ofrece sus servicios a militares norteamericanos blancos. Pero el episodio resulta relevante no sólo porque desmorone el mito de la solidaridad entre razas oprimidas que por entonces pregonaban los nacionalistas negros. Uno de los héroes de la novela, el teniente William Khan, es el encargado de sancionar a Carruthers. De origen judío, Khan cree que servir en la guerra es el precio que debe pagar por su aceptación social. Mientras investiga el incidente, descubre que ambos provienen de la misma ciudad en Georgia, y en ese momento experimenta una revelación tan desconcertante como la del propio Carruthers:

He considered mentioning it to Carruthers when he came in; but suddenly it dawned on Khan that in Savannah -where everybody knew everybody- nobody knew Negroes but other Negroes, except perhaps by their first names, and looking at this file before him, ten thousand miles from home, he realized for the first time in his life that the distances between the races where he had grown up were as incomprehensible as the distances between galaxies. He pondered this for a while and shortly before Carruthers arrived decided that Carruthers was coming here for punishment anyway, ... ¹⁷³

Algunos de los soldados negros que llegaron a Vietnam a partir de 1966 no aceptaron su condición de víctimas con la misma parsimonia que muestra Carruthers. *Fields of Fire* incluye un extenso pasaje donde describe el nivel de indisciplina al que han llegado en 1969 algunos soldados seguidores del movimiento separatista negro. Rap

¹⁷² Ibid., p. 356.

¹⁷³ Groom, *Better Times Than These*, pp. 312-313.

Jones y Homicide regentan una choza que han “confiscado” al ejército para convertirla en su base de operaciones, “the place to come and rap about the horrors of racism and prejudice”.¹⁷⁴ Webb articula su crítica al extremismo negro alrededor del sufrimiento suprapolítico de Cannonball. Alejados de la retaguardia durante largo tiempo, a su llegada Cannonball y Bagger apenas reconocen a uno de sus mejores amigos en Vietnam, también de vuelta tras un mes de convalecencia. Homicide ha sido captado por el influyente “poder negro”:

Homicide stared dully at Bagger for a long, motionless moment, then touched the scar on his cheek and spoke slowly, as if he were reciting a school lesson that he had just succeeded in memorizing. “Been bleedin’ Whitey’s war. Killin’ brown folks, ain’ no reason. Been dyin’ fo’ the Beast.”¹⁷⁵

Webb reduce el activismo militante negro a una serie de conceptos estereotipados de los que se valen algunos reclutas para eludir sus obligaciones. Pero lo que más preocupa a Webb es el efecto desmoralizante de este tipo de comportamientos en el resto de la tropa. Por eso centra la crítica en la pasividad con la que el ejército se enfrentó a este problema. Si los oficiales no hubiesen sido tan permisivos con los primeros retenes de desafectos nacionalistas la situación podía haberse controlado. Y sabemos que el mensaje del extremismo negro empezó a hacer mella en algunos jóvenes precisamente en 1966. Un hermano de Cannonball ya había servido en Vietnam tres años antes. De ahí que su madre se oponga a su alistamiento pues, según su versión, el ejército destruyó la vida de su hijo mayor. Pero Cannonball desmiente esta explicación y cree que hay que buscar a los culpables en otro lado:

But it wasn’t the Army. He learned that quickly. It was the Revolution. In boot camp, there were small hints of the problems that had ruined his brother. In infantry training they had blossomed. In Vietnam’s rear areas they had exploded. Group reactions to discipline. Group hates. Group concessions. The merry-go-round was spinning full-speed. Be a brother or face the risk of being alone, rejected by both groups.

What do you get when you burn down a ghetto? A burned-down ghetto. What do you get when you hate everybody but yourselves? Hate machines.¹⁷⁶

¹⁷⁴ Webb, *Fields of Fire*, p. 194.

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 196.

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 277.

Otros ciudadanos estadounidenses sí se mostraron más beligerantes contra la guerra a lo largo de 1966 cuando sospecharon que el conflicto no se resolvería ni en poco tiempo ni por la vía diplomática. Johnson no sólo había desestimado mantener el cese de los bombardeos, sino que las operaciones militares eran ahora de mayor envergadura. La intensificación de las hostilidades era contestada por una comunidad internacional alarmada. Estados Unidos admitía el uso de B-52s en zonas cada vez más próximas a Hanoi, e inició en septiembre la mayor ofensiva aérea hasta aquel momento con 500 aviones atacando líneas de suministro y objetivos costeros en Vietnam del Norte. Por su parte, Ho Chi Minh decidió incrementar el número de unidades infiltradas desde el Norte y anunció la asistencia militar y económica de China y la Unión Soviética. El conflicto parecía que se enquistaba.

El goteo continuo de bajas mortales entre los soldados norteamericanos podía significar un lastre para la planificación de la guerra. Pero, además, la utilización de agentes químicos para deforestar amplias zonas de bosque bajo supuesto dominio del Vietcong resultó tremendamente impopular. Cuando apareció el primer reportaje del *New York Times* contradiciendo las declaraciones de la administración sobre los ataques a Hanoi, los desafectos tuvieron un nuevo argumento de peso en contra de la guerra. Inicialmente, el Departamento de Estado desmintió a Harrison E. Salisbury y le acusó de dar más credibilidad a las autoridades norvietnamitas. Pero Salisbury, asistente de edición en el periódico, siguió enviando sus crónicas desde Hanoi, y el gobierno terminó por admitir la posibilidad de que se hubiesen bombardeado zonas civiles por error.¹⁷⁷ Tampoco ayudaba a la causa militar norteamericana que se supiera, de nuevo

¹⁷⁷ Los artículos de Salisbury también fueron duramente criticados por muchos compañeros de profesión. Especialmente, el *Washington Post* inició una campaña de descrédito sobre el periodista, pero incluso otros informadores del *New York Times* firmaron artículos en su contra. Desde el punto de vista de sus detractores, Salisbury había traspasado la línea de la discrepancia responsable para convertirse en un medio de propaganda al servicio de Ho Chi Minh. Meses después, el jurado del Premio Pulitzer de periodismo decidió premiarle, pero el Comité Asesor decidió no refrendar la decisión y le denegó el

de boca del *New York Times*, que el 40% de la ayuda que se enviaba a Saigón no llegaba a su destino o engrosaba la lista de productos que terminaban en el mercado negro.

De modo que, como ya se ha apuntado, el movimiento contra la Guerra de Vietnam contaba con más efectivos en 1966, pero ese era un motivo más de dificultad para manejar su organización. Recordemos que en aquel momento existían algunas situaciones desestabilizadoras. Por una parte, NCC había quedado prácticamente inoperativo a principios de año por los desencuentros en torno a la iniciativa de paz de Johnson. Además, la decisión de SNCC de prescindir de la militancia blanca también provocó mucho desconcierto. A esto había que añadir la retirada temporal de muchos activistas que prefirieron organizarse alrededor de las candidaturas pacifistas que aspiraban a la victoria en las elecciones de noviembre, lo que originó la ruptura en VDC. Por último, *Peace Parade*, siempre dispuesta a taponar las heridas abiertas en el movimiento contestatario, estuvo al borde de la disolución cuando ultimaba los preparativos para las jornadas de protesta del mes de marzo. En aquella ocasión, el enésimo enredo en torno a los eslóganes se resolvió con la inclusión, por primera vez, de “retirada inmediata” como uno de los siete lemas amparados por la organización. Pero muchos notables de la protesta sabían que era perentorio configurar una estructura aglutinadora que diera visibilidad a la causa pacifista y resultara más eficaz.

La solución empezó a atisbarse en julio tras la mediación de los profesores Sidney Peck y Douglas Dowd. *University Circle Teach-In Committee* e *Inter-University Committee for Debate on Foreign Policy* prepararon en julio una conferencia en Cleveland a la que estaban invitadas todas las organizaciones contrarias a la Guerra de Vietnam. La segunda reunión se celebró bajo el nombre de *National Leadership Conference*, y fue una vez más Muste el encargado de aunar fuerzas en torno a

galardón. James Aronson, *The Press and the Cold War* (Boston: Beacon Press, 1970), pp. 253-261; Small, *Covering Dissent*, pp. 65-66.

November 5-8 Mobilization Committee. Por fin, a finales de noviembre, y bajo la presidencia de Spock, la conferencia de Cleveland acordó la creación de *Spring Mobilization Committee to End the War in Vietnam* (Spring MC) con el objetivo de garantizar una cierta estabilidad operativa para los meses siguientes. En el entorno estudiantil, la réplica la daba *Student Mobilization Committee* (SMC), fundado a finales de diciembre con una agenda menos encorsetada que la de la agrupación adulta. Además de apoyar las iniciativas apuntadas en Cleveland para la preparación de una gran protesta en la primavera y una posible huelga nacional de estudiantes, SMC asumió la exigencia de la retirada incondicional de las tropas norteamericanas, denunció la complicidad de las universidades con el Sistema de Servicio Selectivo y promovió una campaña a favor de la insumisión.

Pese a las dificultades que han quedado señaladas, en esta etapa el movimiento contra la guerra quiso asumir un papel más activo en las cuestiones políticas que se dirimían en Vietnam. El mayor impulso lo proporcionó en aquel momento la revuelta de monjes budistas en ciudades como Saigón, Da Nang y Hue.¹⁷⁸ La destitución del popular general Nguyen Chanh Thi fue el detonante de la rebelión. El relevo del militar tenía mucho que ver con las habituales rencillas entre miembros de la Junta Militar y el dúo Ky-Thieu. El primer ministro recelaba del admirado Thi, y, probablemente, sólo quiso deshacerse de un posible rival. Pero Thai era budista y gozaba de amplias simpatías en las provincias centrales. Sintiendo respaldado tras un reciente encuentro con Johnson en Honolulu, Ky no midió bien las consecuencias de su decisión. La comunidad budista interpretó la ofensa como un intento por centralizar el poder en torno a círculos católicos. El carismático líder Tri Quang aprovechó la coyuntura para volver a reivindicar el saneamiento democrático del país mediante elecciones y el cese de Ky y

¹⁷⁸ Para conocer los orígenes y los detalles de la revuelta de 1966, véase Robert J. Topmiller, *The Lotus Unleashed: The Buddhist Peace Movement in South Vietnam, 1964-1966* (Lexington: University Press of Kentucky, 2002).

Thieu. Se sabía que Quang no era comunista, pero su apuesta por una resolución pacífica que incluyera contactos con el NLF lo convertían en una pesadilla para la delegación norteamericana.¹⁷⁹ Los estudiantes vietnamitas se unieron a la sublevación y, durante más de tres meses, a la administración Johnson se le abrió un nuevo frente que incluía imágenes de fuerte represión y nuevas inmolaciones. La calma se reinstauró con el exilio de Thi y la reclusión domiciliaria de Luang, pero, entre tanto, el episodio había insuflado nuevos ánimos a la causa pacifista en Estados Unidos. Los activistas desconocían todos los intrínquilos de la revuelta, como reconoce un atribulado Wat en *Sons*:

I had no idea what a Buddhist believed. There had once been a Buddha, true; very good, Wat Tyler. There had also once been a Confucius, and his teachings formed the basis of yet another Vietnamese religion. But it was there that beliefs such as Cao Dai, and Hoa Hao, and Taoism entered the picture and caused a Western like myself to become hopelessly mired in a culture as deep and as resistant as the muddy rice paddies through which we pursued our war, a culture that surely included the throngs of Buddhists and their followers who demonstrated in the streets now against the very government we were supporting.¹⁸⁰

Pero lo que tenían claro era que Estados Unidos estaba apuntalando un régimen corrupto y dictatorial enfrentado no sólo a los comunistas sino a cualquiera dispuesto a explorar una vía democrática. Hubo distintas manifestaciones de protesta en solidaridad con las revueltas en Vietnam del Sur. E importantes figuras del movimiento buscaron estrechar lazos con viajes reiterados a Hanoi y Saigón en los que dar a entender que la protesta no se conformaba con permanecer a la expectativa. Partiendo de la misma idea, otros activistas no tan notables encontraron motivos para pasar a un mayor nivel de confrontación con los promotores de la guerra.

Johnson había mostrado sus cartas durante la reunión que mantuvo con el primer ministro Ky a principios de febrero. Como contrapartida, *Peace Parade* trató de sabotear la cena en honor al presidente oficiada por *Freedom House Foundation* en el Hotel Waldorf Astoria el 23 de febrero, y popularizó el famoso estribillo “Hey, Hey,

¹⁷⁹ Ibid., pp. 22-23.

¹⁸⁰ Hunter, *Sons*, p. 284.

LBJ, How many kids did you kill today?” Johnson no se intimidó y en su primera visita a las tropas estadounidenses en Cam Ranh Bay se despidió con una frase que a algunos pareció desafortunada y a otros muchos una provocación: “I thank you, I salute you, may the good Lord look over you and keep you until you come home with the coonskin on the wall.” La respuesta llegó pocos días después cuando un grupo de estudiantes, afiliados a SDS en su mayoría, retuvo el coche en el que McNamara abandonaba la Universidad de Harvard tras una conferencia. El ministro de defensa mantuvo una tensa conversación con sus detractores y experimentó por primera vez la acritud que sería tan manifiesta desde entonces.

La secuencia que se acaba de relatar no está completa y, por tanto, puede resultar engañosa. Es decir, los incidentes descritos no responden necesariamente a una lógica de acción-reacción. Pero es una manera sucinta de anticipar una nueva fase en el movimiento de protesta contra la Guerra de Vietnam. Los activistas exploraron, a partir de aquel momento, nuevas vías desde las que incidir de manera más decisiva en la prosecución de la guerra. Además, debían seguir aleccionando a la opinión pública, toda vez que ésta mostraba mejor disposición a cuestionar la viabilidad del conflicto. Sin que mediara, en su caso, la realidad de una tragedia experimentada en carne propia, muchos ciudadanos norteamericanos parecían tan impresionados como el piloto Mason en abril de 1966. *Chickenhawk* relata una misión en la que el protagonista debe trasladar a una mujer vietnamita y su familia desde su pueblo hasta un campo de refugiados:

I watched her as we left. She grew smaller as we climbed. Soon she was only a memory, confused and frightened, alone and far away from her family’s ancient home. At that moment I hated the Communists and was ashamed to be an American. But then I had often been accused of being too sensitive.¹⁸¹

¹⁸¹ Mason, *Chickenhawk*, pp. 363-364.

4. Del jardín de infancia a los jardines del Pentágono: *A Country Such as This, The Armies of the Night* y la radicalización de la protesta en 1967.

El movimiento contra la guerra se iba haciendo más presente en la misma medida en que parecía que se intensificaba el conflicto. En enero de 1967 los ejércitos de Estados Unidos y Vietnam del Sur iniciaron la mayor ofensiva hasta la fecha: la operación *Cedar Falls* ofreció el hallazgo de un complejo entramado de túneles de la resistencia comunista en el Triángulo de Hierro al Noroeste de Saigón. Un mes más tarde, el ambicioso objetivo de localizar y neutralizar la oficina central del Vietcong y el NVA requirió la participación de unos 30.000 soldados norteamericanos en torno a la operación *Junction City*, que se daría por concluida en mayo. Además, la campaña militar estaría arropada por el empeño de Johnson en reiterar públicamente la solidez del compromiso norteamericano, tal y como afirmó durante su alocución sobre el Estado de la Unión del 10 de enero.¹⁸² Pero a partir de 1967 el descrédito del presidente dejó de proceder únicamente de la réplica que a su discurso oponía el movimiento antimilitarista.

Desde distintos sectores se percibía que el presidente ya se había decantado por una solución militar al conflicto. Por eso, a los todavía aislados casos de disidencia interna

¹⁸² Ver el texto en <http://www.lbjlib.utexas.edu/johnson/archives.hom/speeches.hom/670110.asp> (visita 25 marzo 2010).

se añadieron las críticas explícitas vertidas por líderes internacionales. Maha Thray UThant, secretario general de Naciones Unidas, desbarató una de las líneas argumentales de Washington cuando dudó en enero de la trascendencia de Vietnam para la seguridad internacional.¹⁸³ También el primer ministro británico culpó sin ambages a la diplomacia norteamericana del fracaso de las negociaciones de paz que buscaban ampliar el cese temporal de los bombardeos que se había decretado en febrero durante la celebración de Tet. Las protestas desde Londres y del *premier* soviético se explican por las altas expectativas creadas durante el esfuerzo diplomático: Charles de Gaulle había sido consultado, Robert Kennedy había emprendido viaje a Europa y el ministro de exteriores vietnamita había dejado entrever una mejor predisposición. Sin embargo, en la correspondencia directa mantenida con Ho, Johnson endureció las condiciones iniciales y expresó una actitud inmovilista que no hacía concesiones importantes.¹⁸⁴ Además, poco antes el gobierno polaco había filtrado al *Washington Post* que los bombardeos sobre zonas civiles de Hanoi en diciembre de 1966 habían reventado una prometedora iniciativa de paz impulsada por su Ministerio de Exteriores.¹⁸⁵

Los reportajes de Salisbury habían puesto rostro a las víctimas de la guerra, y un número creciente de norteamericanos tuvo mayor necesidad de expresar públicamente su horror. La casualidad, las dificultades económicas y las desavenencias sectoriales habían hecho que en la reunión de noviembre Spring MC eligiera el 15 de abril de 1967 como fecha para la siguiente protesta. Como vimos, el movimiento se hallaba en una profunda crisis de identidad, y la propuesta de retrasar cinco meses un nuevo acto de

¹⁸³ Las diferencias entre ambos dirigentes existieron desde el inicio de la guerra, toda vez que UThant consideraba que sus iniciativas de paz eran despreciadas sistemáticamente por Washington. Véase Thomas M. Franck, *Nation Against Nation: What Happened to the U.N. Dream and What U.S. Can Do about It* (New York: Oxford University Press, 1985), pp. 154-158. Pero en 1967 la prensa se hizo eco de las repercusiones de un desencuentro que ya era de dominio público, como se comprueba en la redacción del siguiente artículo de un periódico local: *Lewiston Daily Sun*, "Johnson Sours on UThant Peace Seeking", 30 January, 1967, vol. 74, p. 4.

¹⁸⁴ Prados, *Vietnam*, pp. 174-177.

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 170; Ramesh Thakur, *Peacekeeping in Vietnam: Canada, India, Poland and the International Commission* (Edmonton, Alberta: University of Alberta Press, 1984), pp. 251-252.

protesta multitudinaria resultó muy oportuna. La constatación de una escalada militar ayudó a limar asperezas dentro del movimiento, que se convenció una vez más de que era imprescindible demostrar que el sentimiento contrario a la guerra era más fuerte que un año antes. El extenso margen de tiempo del que se dispuso ofreció la posibilidad de preparar el evento de abril con mucha más planificación que actos anteriores. Las discusiones habituales en torno a los grupos que podían tener cabida en el proyecto y los lemas que propondría la coalición se resolvieron con más celeridad que en otras ocasiones. Los máximos responsables de Spring MC decidieron no excluir a nadie y no censurar los mensajes que cada grupo portaría en sus pancartas. Esta decisión se tomó no sólo porque de lo contrario se hubiese contravenido la política por la que ya había apostado el movimiento, sino también porque se esperaba que la participación alcanzara cotas similares a las de la concentración de Washington de 1963 a favor de los derechos civiles.

Precisamente para recuperar el espíritu de aquella manifestación, algunos líderes de Spring MC se marcaron el objetivo de conseguir la adhesión de Martin Luther King. El líder de SCLC ya había dado señales de que estaba próximo a superar las reticencias que hasta entonces le habían impedido expresarse con claridad en contra de la guerra. El propio King explicaría su cambio de actitud en clave de revelación al ver en *Ramparts* las fotografías de niños vietnamitas abrasados por napalm.¹⁸⁶ Probablemente, otros motivos más prosaicos se escondían tras las decisiones del Nobel de la Paz. Como quedó señalado en el capítulo anterior, los extremistas negros ya le habían ganado mucho terreno en 1966. Si King no se hubiese sumado a la causa pacifista quizás habría conservado el apoyo de sectores liberales blancos, pero a expensas de seguir perdiendo popularidad dentro de la comunidad negra. El movimiento interpretó correctamente la

¹⁸⁶ David Garrow, *Bearing the Cross: Martin Luther King, Jr., and the Southern Christian Leadership Conference* (New York: Morrow, 1986), p. 553, en Wells, *The War Within*, p. 129; James H. Cone, *Martin & Malcolm & America: A Dream or a Nightmare* (Maryknoll, NY: Orbis Books, 1992), p. 237.

difícil situación personal por la que atravesaba King como el momento idóneo para acercarse a él.

La aproximación se inició en enero con el nombramiento de James Bevel como director del proyecto que Spring MC preparaba para abril. Bevel era un histórico de SCLC, y su nuevo cargo en la coalición facilitaría la comunicación con King. Algunas fuentes aseguran que el compromiso definitivo se fraguó muy pocos días antes de la manifestación, pero a King se le consideró líder de la protesta desde su declaración pública contra la guerra en febrero.¹⁸⁷ Invitado a participar en una conferencia de prensa organizada por *The Nation* el 25 de ese mes, King le confirió a las manifestaciones populares el rango de obligación moral y animó a convertir los púlpitos en tribuna de denuncia. Su discurso más emblemático contra la guerra tuvo lugar el 4 de abril en la iglesia de Riverside en Nueva York. Durante su intervención enunció algunas de las frases más recordadas en su trayectoria pacifista,¹⁸⁸ las mismas que le valieron fuertes reprimendas desde sectores liberales que apoyaban su causa contra el racismo.¹⁸⁹

Muchos pensaron que estas críticas influyeron para que sus palabras del día 15 de abril fueran de las más moderadas que se emitieron desde la tribuna de oradores. Pero, en realidad, el discurso de King sobre la guerra siempre encajó mejor con el de los sectores que se mostraban más distantes con el radicalismo de SNCC, SDS y otros grupos. King favorecía la retirada bilateral negociada, no veía con buenos ojos la desobediencia civil de carácter masivo y rechazaba la creación de un movimiento insumiso de carácter radical. De ahí que el propio clérigo se mostrara extrañado de que

¹⁸⁷ Garfinkle, *Telltale Hearts*, p. 100.

¹⁸⁸ Oír en http://mlk-kpp01.stanford.edu/index.php/encyclopedia/documentsentry/doc_beyond_vietnam/.

¹⁸⁹ Anderson, *The Antiwar Movement*, pp. 230-236; Gerald D. McNight, *The Last Crusade: Martin Luther King, Jr., the FBI and the Poor People's Crusade* (Boulder, CO: Westview Press, 1996), pp. 14-17. La frase que conmocionó incluso a los editorialistas del *New York Times* y el *Washington Post* se reprodujo asiduamente en la literatura del “no a la guerra”. King se refirió a su gobierno como “the greatest purveyor of violence in the world today.” El *Washington Post* se mostró tan contrariado que igualó las palabras de King con el discurso que provenía de Hanoi. Véase Small, *Covering Dissent*, p. 67.

su participación en la causa contra la guerra hubiese provocado reacciones tan adversas entre algunos de sus aliados.¹⁹⁰

Sea como fuere, la presencia carismática de Luther King debió de arrastrar también a un buen número de norteamericanos hacia la causa pacifista. Aun cuando su participación no fuera comparable con el trabajo y perseverancia de otras figuras del movimiento, el paso que se decidió a dar a principios de 1967 fue clave en el resurgir del sentimiento antiguerra. En este sentido, buena parte de la literatura sobre la guerra acierta a reflejar el papel desempeñado por King en la historia del movimiento. Muy pocas novelas le conceden más espacio del que realmente ocupó, pero también son excepcionales los textos en los que no se mencione al líder negro como símbolo de la lucha contra la guerra. Como luego señalaré, en muchas de estas ficciones el tono pesimista de la narración se acentúa con la muerte de King, episodio que se interpreta como la constatación definitiva de que el país había iniciado un camino de difícil retorno.

En realidad, King había ingresado en el movimiento de la mano de CALCAV, que se había mostrado como una de las organizaciones más activas en los inicios de 1967. CALCAV aumentó su nivel de protagonismo en la misma medida en que, a su parecer, la guerra intensificaba la crisis de valores norteamericanos tradicionales. Frente a la actitud ambigua que había mantenido durante el año de su fundación, ahora el grupo estaba más decidido a ejercer una fuerte presión moral sobre los ciudadanos y los gobernantes. El 30 de enero movilizó en la iglesia Presbiteriana de la Avenida de Nueva York en Washington a unos 2.500 religiosos en torno a unas jornadas de concienciación que culminaron con una marcha a la Casa Blanca. Allí celebraron una vigilia y se reunieron luego con distintos representantes políticos y miembros de la administración.

¹⁹⁰ DeBenedetti, *An American Ordeal*, pp. 173-174.

CALCAV contaba entre sus filas con notables figuras religiosas como los reverendos John McKenzie y Peter Riga, y creía honestamente en la posibilidad de influir en las decisiones que se tomaban desde el gobierno. Su poder de disuasión quedó patente con la impresión que causaron en Eugene McCarthy, que desde entonces empezó a madurar la idea de enfrentarse a Johnson como candidato del partido Demócrata para las elecciones de 1968.¹⁹¹

Sin embargo, para la historia del movimiento contra la guerra, lo más importante de estos contactos a alto nivel fue la constatación por parte de CALCAV de que la disidencia política interna tenía muy poca capacidad de maniobra. McNamara y Walt Rostow hicieron ver a sus representantes que lo único que ellos podían hacer era atajar las iniciativas bélicas que proponían los sectores más militaristas del Pentágono. Tal y como ocurrió con la mayoría de los grupos que se oponían a la guerra, desde aquel momento CALCAV inició su propio proceso de gradual radicalización.¹⁹² Con todo, el grupo se mantuvo siempre en el sector moderado de la protesta, muy alejado de los grupos más contestatarios. Sin ir más lejos, su temor a alienar a la clase media liberal a la que se dirigía le impidió sumar su nombre a la convocatoria de la manifestación de abril.

Existe un buen ejemplo literario que corrobora el hecho de que CALCAV mantuvo su moderación a lo largo de toda su trayectoria. En *Friendly Fire*, que de manera documental recoge la experiencia de la familia Mullen, el deterioro en la confianza de Peg hacia su país comienza tras la muerte accidental de su hijo en Vietnam en septiembre de 1969. Pese al rechazo de la comunidad en la que vive, el personaje central inicia una cruzada personal contra la guerra y la administración Nixon. Cuando se convence de la necesidad de compartir su angustia con la de quienes se manifiestan

¹⁹¹ Hall, *Because of Their Faith*, p. 38; Small, *Antiwarriors*, p. 52.

¹⁹² Friedland, *Lift up Your Voice*, pp. 180-181.

en las calles, CALCAV le proporciona el puente que la une al movimiento contra la guerra:

Peg knew she had to go to Washington, that she could not avoid going. It was her responsibility to go. She telephoned the CALCAV group's organizers in Iowa City and asked if she might join them. The group eagerly begged Peg to come. They had been worried that there would be too many college-age participants and that the seriousness of their purpose would be diminished if their image was that of just another college protest group.¹⁹³

Y es que, en efecto, la participación de líderes como King y organizaciones como CALCAV fue crucial para aupar a la protesta a numerosos ciudadanos que se sentían ofendidos por los excesos de la parte más notoria del movimiento. Tal y como le ocurre a Peg Mullen, muchos norteamericanos se convencieron de que, aunque los compañeros de viaje no fueran siempre de su agrado, estaban en la obligación moral de participar de manera activa. Además, como se ha indicado, en los primeros meses de 1967 había claros indicios de que lo que ya por entonces se empezó a conocer como “protesta responsable” estaba en situación de marcar el tono de la crítica a lo largo del año. Aunque esta situación cambió pronto, las actividades más notables de este período fueron promovidas por los sectores menos radicales. Así por ejemplo, las jornadas organizadas por CALCAV culminaron con la celebración el 8 de febrero de un ayuno conjunto de cristianos y judíos de tres días de duración como penitencia y muestra de solidaridad con los que sufrían en la guerra. La original propuesta fue respaldada, según los organizadores, por un millón de personas en 412 ciudades de 37 estados.¹⁹⁴

Otra de las campañas más llamativas de aquellos primeros meses de 1967 consistió en el envío de cartas y la edición de anuncios contra la guerra en la prensa. Como en anteriores ocasiones, los promotores de estas iniciativas pretendían, por una parte, que no se cerraran las vías de un diálogo directo con Johnson y su administración. Así, la crítica sosegada expresada por 100 estudiantes en el *New York Times* hizo posible que

¹⁹³ C.D.B. Bryan, *Friendly Fire* (New York: Bantam Books, 1976), p. 167.

¹⁹⁴ Friedland, *Lift up Your Voice*, p. 181; Hall, *Because of Their Faith*, p. 39.

una nutrida representación de ellos pudiera entrevistarse con el secretario de estado Rusk el 31 de enero. También unos 800 voluntarios de los Cuerpos de Paz se dirigieron por escrito a Johnson para expresarle sus dudas en torno a algunas de las decisiones del gobierno.¹⁹⁵ Pero, por otra parte, Allard Lowenstein y *Americans for a Democratic Action* (ADA), que eran los organizadores de la campaña, ya intuían la escasa efectividad real de esta comunicación. De ahí que pusieran especial empeño en procurar que los anuncios fueran cada vez más impactantes y comprometidos, y que la presencia mediática de estos moderados desafectos fuera permanente. Con ello quedaría probado que la protesta se estaba extendiendo de forma inexorable. No es de extrañar que fueran precisamente éstas las primeras fórmulas a las que recurre la protagonista de *Friendly Fire* entre 1969 y 1970:

Peg had long felt frustrated by the total lack of response with which her correspondence to the White House, the Army and Congress had been met. [...] Peg cut a stencil explaining her new plan and mailed it to her friends and contacts. Everyone who wrote protesting the war was to send her a carbon of the letter. She hoped thereby to accumulate as many as 500.000 copies, which she could then present in bulk to one person at the Capitol in graphic demonstration that such letters did, in fact, exist.¹⁹⁶

Tras cerciorarse de que los poderes públicos se muestran insensibles ante sus quejas, Peg se costea la publicación de dos anuncios que por su originalidad le proporcionan inmediata notoriedad en Iowa:

Then came the crosses. Rows across rows of crosses. Fourteen rows containing forty-nine crosses each, a fifteenth row with twenty-seven and space left open for more. Their ranks, so starkly aligned and black against the bleak white page, suggested a photographic negative of some well-kept battlefield cemetery viewed from afar. The crosses blurred, vibrated, played optical tricks.¹⁹⁷

El movimiento contra la guerra, en su conjunto, también diversificó sus iniciativas para conseguir enganchar a un mayor número de adeptos. Su eficacia quedó patente con

¹⁹⁵ P. David Searles, *The Peace Corps Experience: Challenge & Change, 1969-1976* (Lexington: The University Press of Kentucky, 1997), p.14. Los testimonios de algunos de estos jóvenes indican que durante los contactos con la administración se toparon con un discurso muy beligerante de parte de Rusk y con un Johnson muy reacio a cambiar su política, lo que les obligó a radicalizar su oposición desde entonces. Wells, *The War Within*, pp. 117-119.

¹⁹⁶ Bryan, *Friendly Fire*, p. 144.

¹⁹⁷ *Ibid.*, p. 139.

la celebración de las manifestaciones del 15 de abril en San Francisco y Nueva York, las más nutridas desde el inicio de la protesta. Como sería la tónica habitual durante los años siguientes, se produjo una guerra de cifras en torno a la participación. Así, mientras el *New York Times* reproducía la cifra de 100.000-125.000 que ofrecían fuentes policiales, los organizadores calcularon que cerca de 400.000 manifestantes acudieron a la cita en Nueva York. Sea como fuera, la mayoría de los integrantes de Spring MC interpretaron los actos como un éxito incuestionable. De cara a la opinión pública, el movimiento estaba cada vez más fuerte y había alcanzado una unidad de acción entre los distintos sectores que le garantizaba un alto poder de convocatoria. La participación histórica añadía una nueva dificultad a la labor gubernamental.

La mayor parte de los discursos, actividades y consignas del día 15 tuvieron un marcado carácter moderado. La escasa violencia de aquel día la provocaron grupos de ultraderecha que arrojaron objetos sobre los manifestantes desde edificios en construcción. Sin embargo, tanto los medios de comunicación como la administración Johnson hicieron hincapié en la quema de banderas estadounidenses, la destrucción de cartillas militares y la aparición de símbolos del Vietcong.¹⁹⁸ Destacados miembros de los dos principales partidos coincidieron en desacreditar las protestas populares en virtud del aliento que le proporcionaban al régimen de Hanoi.¹⁹⁹

Hay pocos ejemplos literarios que calquen mejor que *A Country Such as This* los comentarios hostiles que algunos representantes políticos vertían contra el movimiento de oposición a la guerra. Sin embargo, Webb prefiere articular este pensamiento en la novela a través del sufrimiento suprapolítico de Sophie. La abnegada esposa de Red

¹⁹⁸ Small, *Covering Dissent*, 68-69.

¹⁹⁹ La publicación de la enseña nacional ardiendo provocó la mayor ofensa. De manera inmediata, congresistas y senadores iniciaron una campaña legislativa con la que penalizar a quienes profanaran la bandera con multas y posibilidad de un año de prisión. La iniciativa quedó sancionada con la ley del 5 de julio de 1968, que recibió una amplísima mayoría en el Congreso. Véase “Flag Burning, Flag Waving, and the Law”, *Valpo Scholar Valparaiso University Law Review*, Vol. 4, Nº 2, Spring 1970: 345-367, (pp. 348-349).

Lesczynski, prisionero de guerra, pierde la paciencia ante la notoriedad periodística que alcanzan las opiniones de la antagonista de la historia: “Well, you are not helping end the war by doing all this marching in the streets, Dorothy. You are only encouraging the communists. Don’t you see that?”²⁰⁰ William Westmoreland (comandante adjunto de *Military Assistance Command, Vietnam*) se expresó con especial desdén a los pocos días de las manifestaciones incidiendo en la ineficacia de la protesta, que lo único que conseguía era prolongar el conflicto. La reprobación parlamentaria ante la destrucción de la bandera y otros símbolos norteamericanos como constitutivas de ofensa criminal facilitó al gobierno la equiparación entre disidencia y traición. De ahí que se refiriera de forma reiterada a este tipo de incidentes, que en realidad eran muy escasos y no contaban con el visto bueno del conjunto del movimiento.

Pero sí es cierto que en aquellos días algunos sectores minoritarios decidieron adoptar actitudes más militantes. Por ejemplo, uno de los actos más relevantes de la manifestación en Nueva York consistió en la quema colectiva de citaciones militares por parte de jóvenes de la Universidad de Cornell afiliados a SDS. Como ya vimos, no era la primera vez que miembros del movimiento trataban de impulsar una campaña contra el sistema de reclutamiento, pero las cerca de 200 cartillas destruidas el día 15 convencieron a algunos de que la protesta estaba preparada para entrar en una nueva fase. La expresión que luego ha sido repetidamente utilizada para referirse a este cambio (*From Protest to Resistance*) había sido acuñada por Greg Calvert, secretario nacional de SDS, en diciembre de 1966. Con anterioridad a esa fecha, SDS había rechazado distintas propuestas para promover la insumisión entre los jóvenes en edad militar. Tampoco los activistas de Cornell consiguieron demasiadas concesiones de parte de los líderes de Spring MC: la coalición no apoyaba de manera explícita la iniciativa e intentó

²⁰⁰ Webb, *A Country Such as This*, p. 454.

impedir que ésta se desarrollase en la tribuna de oradores. Por tanto, aun cuando en San Francisco David Harris también anunciara el mismo día la creación de *The Resistance*,²⁰¹ no cabe marcar la fecha del 15 de abril como el inicio inequívoco de la radicalización del movimiento contra la guerra.

No hay un único motivo que explique por qué los desafectos más extremistas adquirieron un mayor protagonismo en la segunda mitad de 1967. Es difícil imaginar que el discurso radical hubiese calado entre los jóvenes en un escenario distinto al de la guerra incierta y sin vías de éxito, ya fuera militar o político, a corto plazo. Con este panorama, la reacción hostil de la administración hacia los disidentes jugó un papel sin duda relevante en su radicalización. El gobierno de Johnson y quienes se oponían a su política exterior dirimían una confrontación que en 1967 ya excedía el terreno de la dialéctica. Anticipándose al reclamo de apoyo de Nixon a la “mayoría silenciosa”, la administración demócrata colaboró con asociaciones de veteranos y sindicatos en la celebración de *Loyalty Parades*. Johnson sabía que la merma en su índice de popularidad se debía en buena medida a la imagen de fragmentación social que proyectaban las manifestaciones antiguerra. Como se verá luego con más detalle, el presidente también precedió a Nixon en la utilización del Estado para un exhaustivo control de distintos elementos del movimiento contra la guerra a fin de desacreditarlos y entorpecer su labor.²⁰² Desde la Casa Blanca se reiteraba la idea de que los manifestantes representaban una ínfima parte del pueblo norteamericano.

²⁰¹ El nombre del grupo hacía una doble alusión: al movimiento estudiantil francés que se oponía a la invasión de Argelia y a la resistencia europea frente al nazismo. Para analizar el origen de *The Resistance*, véanse Michael S. Foley, *Confronting the War Machine: Draft Resistance during the Vietnam War* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2003), pp. 76-80; Wells, *The War Within*, pp. 125-129, 160-161.

²⁰² El programa de contrainteligencia con el que el FBI trataba de controlar las actividades del partido Comunista (COINTELPRO) se había creado en 1956. A finales del mandato de Johnson cristalizó la idea de añadir al programa un apartado específico sobre la Nueva Izquierda. Durante 1967, J. Edgar Hoover, convencido al fin de que el fenómeno de la protesta no era únicamente de inspiración comunista, intensificó las actividades de espionaje contra diversas organizaciones y ciudadanos que se habían significado en su oposición a la guerra. Para seguir la evolución del programa en aquel año, véase James

En efecto, las encuestas de la época señalaban el paulatino descenso que se observaba en las gráficas de popularidad del presidente,²⁰³ pero al mismo tiempo reflejaban una escasa empatía con el movimiento contra la guerra.²⁰⁴ Muchas organizaciones pacifistas intentaron rebatir la creencia de que la disidencia era un fenómeno alejado de la tradición norteamericana. Para contrarrestar la imagen negativa que se tenía del movimiento procuraban contener los excesos de algunos activistas y mantener una actitud moderada y responsable. Su principal objetivo seguía siendo atraer a la mayor parte del electorado hacia su causa. Pero otros muchos opositores, quizás ya por entonces los más, empezaban a hacer una lectura diferente.

A mediados de 1967 (más de dos años después del inicio de los bombardeos), es posible que la mayoría de los que se oponían a la guerra dejaran de concederle tanta importancia a las campañas de captación de nuevos aliados. Esta estrategia era lenta y no garantizaba una solución inmediata. Se trataba, ahora, de que la mayor parte los ciudadanos, apoyaran o no a su presidente, percibieran los efectos dañinos de la guerra para el país y aceptaran la retirada como la mejor alternativa. Sólo desde esta óptica se puede entender la decisión de adoptar nuevas tácticas que sin lugar a dudas redundarían en el desprestigio del movimiento. Y en torno a la definición de estas tácticas se retomó el debate en torno al uso de la violencia.

Desde 1965, hubo grupúsculos radicales que contemplaban la posibilidad de una revolución armada. Como vimos, estos grupos minoritarios normalmente se disolvían

Kirpatrick Davis, *Assault on the Left: The FBI and the Sixties Antiwar Movement* (Westport, CT: Praeger, 1997), pp. 43-59.

²⁰³ En el último trimestre de 1967, el índice de aprobación a la labor del presidente bajó por primera vez del 50% desde el inicio de su mandato. Para consultar la gráfica de popularidad de Johnson según Gallup, véase <http://www.gallup.com/poll/116677/Presidential-Approval-Ratings-Gallup-Historical-Statistics-Trends.aspx#2> (visita 16 febrero 2011).

²⁰⁴ A finales de 1967, una encuesta elaborada por Louis Harris reveló resultados muy negativos para el movimiento: $\frac{3}{4}$ partes de los encuestados creían que las actividades contra la guerra servían de aliento a Ho Chi Minh, un 70% las consideraba desleales para con los compatriotas en el frente, y más de un 50% invalidarían las prórrogas concedidas a jóvenes que hubiesen participado en altercados públicos. En Zaroulis, *Who Spoke Up?*, p. 147.

en muy poco tiempo. M2M, por ejemplo, apenas alcanzó predicamento entre los jóvenes universitarios y a menudo se sumía en divisiones internas con el resultado de facciones que a su vez se acomodaban en otras organizaciones o creaban nuevos grupos. Otros partidos marxistas consolidados de la vieja izquierda también analizaban la sociedad norteamericana en términos clásicos de lucha de clases. Tanto SWP como el partido Comunista rivalizaban entre sí para atraerse a la mayor parte de los jóvenes potencialmente revolucionarios. Por dañinas que fueran estas disputas para la causa contra la guerra, estos partidos raramente apostaban por medidas drásticas y eran catalogados como moderados por los jóvenes radicales y como muy “rectos” por la contracultura. Lo cierto es que desde estos grupos o sus asociaciones juveniles se ponía en muchas ocasiones una nota de sensatez y cordura. Sus aspiraciones políticas no les impedía reconocer que la realidad social de Estados Unidos estaba muy lejos de presagiar una revolución. De modo que, por lo general, rechazaban cuantas iniciativas implicaran violencia.

Pero entre las protestas cívicas de la primavera y el clima de guerra civil que advierte Mailer durante la marcha al Pentágono del 21 de octubre, algunos episodios determinaron un desplazamiento de la cúpula del movimiento hacia actitudes más radicales. Pese a que Bevel había concluido su intervención del 15 de abril con el anuncio de una confrontación en Washington para el mes siguiente, en realidad la actividad más destacada en mayo fue la vigilia de tres días frente a la Casa Blanca en la que intervinieron Martin Luther King, Coretta King, Bevel, Spock y Charles Owen Rice. También en aquel mes se celebró la conferencia de Spring MC donde se discutió sobre el carácter de la manifestación que se planeaba celebrar el 21 de octubre en el Lincoln Memorial. Fue aquélla la reunión más numerosa y representativa del movimiento hasta entonces.

James Webb es de los pocos narradores que se refiere específicamente a la reunión debido a su aparente trascendencia. Como se pudo advertir con anterioridad, el novelista desvirtúa la realidad del movimiento al presentarlo como un conjunto más o menos homogéneo de izquierdistas capaces de obviar pequeñas discrepancias ideológicas. El texto se hace eco de la presencia de grupos como WRL o SCLC, pero el narrador cierra la relación con la referencia a “H. Rap Brown’s SNCC, various pacifist, socialist, maoist, communist, and Trotskyite fringe groups”.²⁰⁵ Con estos datos, los lectores podrían presuponer que el movimiento contra la guerra se caracterizaba por su fuerte unión y por la influencia determinante de diversos elementos comunistas. Además, el autor incurre en algunos errores que, intencionados o no, redundan en su particular revisión de los años sesenta. Según el texto, Jerry Rubin fue propuesto y elegido para dirigir el proyecto de octubre durante la celebración de la conferencia. Además, a Rubin se le ubica en el maoísta *Progressive Labor Party* (PLP), después de haber organizado “the first succesful mass protest of the war.”²⁰⁶ En realidad, ni Rubin militaba en PLP (dato del que también tuvo que desdecirse el *Washington Post*)²⁰⁷ ni recibió el encargo de planificar la acción de octubre hasta algún tiempo después. La imprecisión de Webb le es útil para cohesionar el texto en torno a la idea de que el movimiento fue desde el inicio liderado por elementos subversivos que ansiaban la victoria militar del Vietcong para deteriorar el sistema.²⁰⁸

Pero lo más importante es que la novela no alude a la crisis que atravesaba el movimiento, que, más allá del cambio de nombre de la coalición a *National Mobilization Comittee to End the War in Vietnam* (NMC), no consiguió llegar a

²⁰⁵ Webb, *A Country Such as This*, p. 459.

²⁰⁶ Ibid.

²⁰⁷ *Washington Post*, october 22, 1967, p. 6, col. 8.

²⁰⁸ En *A Country Such as This*, Webb se refiere al nombre por el que popularmente se conoció desde ese momento a la coalición (“The Mobe”), pero su tergiversación léxica es más consistente con su pensamiento político: “the Mob”, pp. 458-459.

acuerdos sustanciales después de dos días de agrias disputas. Sin la actitud conciliadora de Muste, fallecido tres meses antes, y con la notable ausencia del nuevo moderador de la coalición, Dave Dellinger, las diferencias estratégicas se hicieron más evidentes que nunca. La lucha por el control del movimiento había quedado patente durante la primavera con la presentación de dos proyectos diametralmente opuestos: *Negotiations Now!* y *Vietnam Summer*.

La primera iniciativa partió de los sectores moderados de la protesta con el fin de ofrecer una salida a quienes desde el Congreso o la propia administración Johnson daban señales de ser más proclives a una solución negociada al conflicto. En buena medida, el proyecto entroncaba con la propuesta elaborada por Robert Kennedy en el Senado el 2 de marzo en la que pedía al gobierno norteamericano un cese unilateral de bombardeos en Vietnam del Norte que debía ir acompañado de un cese de las hostilidades por parte de NLF y NVA.²⁰⁹ Figuras de reputada condición liberal se encomendaron a la tarea de iniciar una campaña de recogida de un millón de firmas. Entre otros, John Kenneth Galbraith, Arthur Schlesinger, Joseph Rauh (ADA), Victor Reuther, Norman Cousins y King se adhirieron al proyecto. La declaración de principios del grupo excluía la posibilidad de exigir una retirada incondicional e inmediata, alternativa que no quedaba explícitamente desacreditada en *Vietnam Summer*.

También había liberales y reformistas demócratas entre los promotores de este proyecto (Galbraith, King, Morse y Spock entre ellos), pero la fórmula suponía la colaboración con activistas radicales que abiertamente se inclinaban por abandonar

²⁰⁹ El desencuentro con Johnson era ya ostensible en aquel momento. Aún así, Kennedy desestimó la idea de contravenir públicamente al presidente. Tras descartar distintas versiones del discurso que hubiesen supuesto una ruptura clara con la política gubernamental, Kennedy marcó diferencias únicamente en el plano estratégico y alabó pretéritos esfuerzos de Johnson como hombre de paz. Pero las discrepancias quedaron lo suficientemente claras como para satisfacer a quienes ya apostaban firmemente por la negociación y provocar la ira de quienes apoyaban a Johnson sin fisuras. Para examinar la gestación del discurso y sus efectos, véase Joseph Palermo, *In His Own Right: The Political Odyssey of Senator Robert F. Kennedy* (New York: Columbia University Press, 2001), pp. 42-53.

Vietnam sin más. De hecho, CALCAV y SDS codirigieron la iniciativa durante un tiempo. Como habría de ser previsible en el panorama que se ha venido describiendo, poco duró la comunión entre ambas tendencias y *Vietnam Summer* concluyó antes de emular los logros del Verano de la Libertad en el que se inspiraba. Richard Fernández, director de CALCAV, explicó así la inviabilidad del trabajo conjunto:

...this sometimes nearly pathological but more often juvenile way of responding to people and organizations left an old fogey like myself always gasping for air, wondering who was safe from criticism or above reproach beyond the national staff members themselves.²¹⁰

Las declaraciones completas de Fernández coinciden con el análisis de Garfinkle en el sentido de que el sectarismo de algunas organizaciones de izquierda impidió el pleno desarrollo de una iniciativa que era en origen de carácter moderado.²¹¹ Quizás sea más preciso, sin embargo, repartir actitudes intolerantes entre los distintos sectores de la protesta. Es cierto que los grupos radicales acusaban a menudo a sus aliados liberales de estarle haciendo el juego a Johnson, que siempre podía recurrir al argumento de que su apuesta era coincidente con la de sus adversarios del entorno demócrata en defensa de la negociación. Muchos de estos demócratas descontentos habían apoyado a Johnson en 1964, y desafiar sus decisiones en un período de guerra era de por sí una actitud de valentía y compromiso. Lejos de reconocer el mérito, los radicales de izquierda se empeñaban en repetir los reproches, lo que no facilitaba la cooperación. Pero también las agrupaciones moderadas querían imponer sus criterios al considerar únicamente la vía reformista.

Durante los meses posteriores a la manifestación de abril, agrupaciones como SANE y ADA vivieron sus propias crisis internas. En el primer caso, Norman Cousins le recriminaba a Spock su participación en NMC; la organización denostaba de manera pública las tácticas de confrontación amparadas por la coalición pacifista y repudiaba la

²¹⁰ Hall, *Because of Their Faith*, pp. 45-46.

²¹¹ Garfinkle, *Telltale Hearts*, pp. 103-104.

idea de la retirada incondicional. Aunque SANE se mantuvo en su línea moderada hasta el final de la guerra, en 1967 optó por conceder más protagonismo a sus agrupaciones locales, también divididas en torno a la conveniencia de participar en actividades organizadas por NMC. Por su parte, la llegada de Galbraith a la presidencia de ADA estuvo precedida por la acusación de una minoría de que la agrupación estaba antagonizando a la administración en torno a un asunto menor. Desde su punto de vista, si la dirección era incapaz de boicotear las iniciativas más provocadoras quizás era preferible desvincularse de la causa.

Responsabilizar, por tanto, a un grupo concreto de la falta de colaboración que durante muchas fases caracterizó al movimiento contrario a la guerra distorsiona la realidad del fenómeno. Más allá del objetivo común del fin de la guerra, había pocas coincidencias programáticas (y menos aún ideológicas) entre los numerosísimos grupos que coincidían en el movimiento. Las distintas tentativas de crear un nuevo partido político nunca cuajaron porque la alianza entre grupos tan heterogéneos estuvo siempre abocada al fracaso.²¹²

Se trataba, por tanto, de converger en algún punto, y en torno a la consecución del fin de la guerra las diferentes sensibilidades llegaban a acuerdos siempre efímeros. Y las diferencias se marcaban en lo referente al carácter que debía tomar la protesta. A medida que pasaba el tiempo, las actitudes conciliadoras perdían terreno frente a quienes defendían medidas más drásticas. La primera gran concentración pacifista interrumpida de manera violenta tuvo lugar el 23 de junio en Los Ángeles. Aquel día Johnson participó en una cena de recaudación de fondos que se celebraba en el hotel Century Plaza. Un juzgado local había prohibido horas antes una concentración a las puertas del hotel, pero medio centenar de los 20.000 activistas que participaron en la

²¹² Esto no significa que el sentimiento antiguerra no se concretara en alguna expresión política. A medio plazo, la agrupación de los movimientos al amparo del partido Demócrata en 1972 arrinconó al partido a la izquierda, lo que más deseaba Nixon.

manifestación desafiaron la orden y realizaron una sentada. La carga policial fue contundente y las cámaras recogieron las violentas escenas que se verían en los noticieros. *Peace Action Council* (PAC) y NMC condenaron en rueda de prensa la brutalidad de los cuerpos de seguridad, sin que trascendieran las fuertes discrepancias internas originadas por el suceso. De puertas adentro, los organizadores recriminaron la actitud provocadora de los miembros de PLP-SDS que suscitó la respuesta de la policía. Se estaba iniciando, de esta manera, un debate en torno a la conveniencia de adoptar actitudes de resistencia menos pacíficas que las utilizadas hasta la fecha.

Muchos criticaban esta estrategia por su inconsistencia moral. Desde este punto de vista, que el movimiento pacifista promoviera el fin de la guerra como expresión máxima de violencia a través de acciones que pudieran generar violencia encerraba una paradoja insalvable. Otros, obviando estas imprecaciones a la conciencia, se resistían a consolidar una estrategia que restaría apoyo popular, tal y como quedaría probado en la marcha al Pentágono de octubre.²¹³ A su vez, parte del sector estudiantil argüía que sólo una actitud más beligerante podría hacer frente a la violencia que provenía del Estado. Finalmente, el grueso de los opositores a la guerra se debatía entre el rechazo tajante al uso de la violencia y la necesidad de un salto cualitativo en el carácter de la protesta que obligara a Johnson a abrazar las tesis antimilitaristas.

La literatura norteamericana sobre la guerra recoge, en parte, los diferentes puntos de vista en este momento de crisis identitaria en el movimiento. *The Nuclear Age* sitúa en 1967 la entrada en acción de un grupo extremista que la novela desarrolla luego como versión satírica de los *Weathermen*. Ollie Winkler lleva meses tratando de adoctrinar al remiso protagonista en torno a la filosofía de la violencia: “You want results, you best

²¹³ Desde que se hizo pública la preparación de la marcha, los organizadores barajaron la cifra mágica de un millón de manifestantes. Pronto empezaron a hacer cálculos más realistas y, finalmente, la cifra cercana a las 90.000 personas que se reunieron en el Lincoln Memorial fue considerada por algunos como un signo de fracaso.

retool your whole piss-poor attitude. [...] Kick ass. Find yourself some allies and start punching tickets. Riots, maybe. Whatever's necessary.”²¹⁴ Durante año y medio, el universitario Cowling (protagonista de la novela) ha experimentado la frustración de la protesta en solitario. Pero eso no determina que abandone sus convicciones morales, lo que le sitúan como paradigma del estudiante medio de 1967: “Impressive showmanship, but what disturbed me was the outlaw mentality. Too reckless, I thought.”²¹⁵

Por su parte, *A Country Such as This* denuncia la connivencia de los liberales con los elementos más radicales de la protesta. Dorothy es miembro activo de NMC y participa en las negociaciones sobre la ruta y los términos en los que ha de desarrollarse la marcha al Pentágono del 21 de octubre. Pero a estas alturas de la narración, Webb ha conseguido que se aúnen en Dorothy todas las sensibilidades que cohabitaban en el movimiento disidente. Así, no ha dejado de idolatrar la figura de King y su filosofía de la no violencia, pero las hace compatibles con el separatismo de Stokeley Carmichael, Eldridge Cleaver y Bobby Seale: “They were using violence towards constructive ends.”²¹⁶

Insistamos una vez más en el sesgo conservador de la obra de Webb. No considero, pues, inocente la referencia anacrónica a los *Weathermen* que hace Dorothy en este mismo pasaje en términos de alabanza.²¹⁷ Pero pese a que resulta evidente que Dorothy es un personaje construido de manera casi caricaturesca, la novela de Webb es probablemente la mejor explicación en el género de la desorientación ideológica de

²¹⁴ O'Brien, *The Nuclear Age*, p. 76.

²¹⁵ Ibid., p. 113. Poco a poco, Cowling jugará un papel secundario en la futura organización terrorista, pero no porque haya abandonado su pacifismo sino porque se ha enamorado de la líder del grupo.

²¹⁶ Webb, *A Country Such as This*, p. 455.

²¹⁷ Ibid.: “Their [SDS's] Weathermen spin-off was taking to the streets, the same way that the Black Panthers were.” La novela dedica varias páginas a la descripción del “asalto” al Pentágono. Consciente de la magnitud simbólica que adquirió el suceso, a Webb le interesa desacreditar la “gesta” (en la terminología de Dorothy). Rechazar la actitud de los estudiantes en base a su vacuidad moral le es insuficiente. Al novelista le resulta provechoso adelantar la aparición de los *Weathermen* (que no existían en 1967) y mantener el error de la militancia de Rubin en *Progressive Labor* para enfatizar la naturaleza subversiva y antipatriótica del movimiento contra la guerra.

muchos de los sectores que formaron parte de la protesta. Sin llegar a dar síntomas de la personalidad múltiple que se observa en Dorothy -que ya hemos visto obedece a un trauma de niñez-, algunas organizaciones relevantes olvidaron, con cierta facilidad, los escrúpulos que hasta entonces las habían mantenido distantes de los grupos más radicales. Activistas de la segunda generación de SDS y de agrupaciones minoritarias se convirtieron en la vanguardia de quienes fomentaban los desórdenes públicos, y sectores liberales y de tradición pacifista empezaban a no repudiar tales tácticas. Es posible que el razonamiento de muchos no distara de los pensamientos de Dorothy cuando prevé que la violencia en el Pentágono provendrá de los manifestantes:

The only thing left of importance was fulfilment, making an impact, throwing her energy at the world and seeing the world move perceptibly, nudging it just a bit towards somewhere, it didn't matter really which direction. No, that wasn't totally true. It mattered, but the act of nudging was more important than the resultant direction.²¹⁸

Sin las connotaciones despectivas que se aprecian en Webb, también Mailer destaca la peculiaridad de un activismo que ansía una revolución sin seguir los parámetros de una ideología clásica.²¹⁹ Desde esta óptica se puede entender que la organización de la marcha al Pentágono se le encomendara a Jerry Rubin. Como ya había ocurrido antes, al éxito de la manifestación de abril le había seguido una crisis de liderazgo en el movimiento, que además carecía de recursos económicos. Halstead manifestó haber sido él quien sugirió el nombre de Rubin para desbloquear el punto muerto en el que se encontraba el proyecto.²²⁰ Halstead exculpó su iniciativa aludiendo al cambio de personalidad que se había obrado en Rubin en sólo dos años, pero lo cierto es que Dellinger confirmó la propuesta a sabiendas de lo que el joven Rubin podía ofrecerle. Mailer explica en *The Armies of the Night* lo significado de esta elección: “to call on

²¹⁸ Ibid., p. 457.

²¹⁹ Mailer, *The Armies of the Night*, p. 88.

²²⁰ Halstead, *Out Now!*, p. 313.

Rubin was in effect to call upon the most militant, unpredictable, creative -thereof dangerous- hippie-oriented leader available on the New Left.”²²¹

Esto no quiere decir, necesariamente, que Dellinger estuviese impulsando una iniciativa decididamente violenta para el 21 de octubre. En este punto, se hacen patentes las discrepancias entre los textos de Webb y Mailer. *A Country Such as This* se limita a aclarar la tendencia anarquista del coordinador general de NMC y aporta el dato de que no acudió a la reunión de mayo por encontrarse de visita en Hanoi. Esta información se combina con el ya mencionado error de colocar a Rubin en la órbita de PLP para sugerir que el movimiento contra la guerra concibió la marcha a Washington como una confrontación violenta. Por su parte, *The Armies of the Night* rebate la idea de que el radicalismo de Dellinger aumentara con sus viajes a Vietnam:

It is possible that he [Dellinger] would have been even more militant if not for his trips to Hanoi which had left him with the conviction that ending the war had first priority in America, and unity was thus the obligatory strategy.²²²

Mailer destaca el carácter conciliador de Dellinger, “sucesor natural de A.J. Muste”, y el encaje de bolillos que tuvo que hacer para satisfacer las demandas de los distintos sectores del movimiento, sobre todo en lo referente al uso de la fuerza:

It was obvious that much time and much energy must have been spent by Dellinger in assuring the gentler and more prosperous peace groups that the civil disobedience would almost certainly be “mild”, and they would be protected from unwilling involvement in the civil disobedience. Therefore, in designing this two-pronged action, certain contradictions were in-built.²²³

Pero la capacidad disuasoria de Dellinger no parece suficiente para propiciar un cambio de actitud tan acusado en grupos moderados que, recordemos, sólo doce meses antes se oponían a reclamar la vuelta de las tropas. El cambio de orientación de la protesta se debió a múltiples y complejos factores. Como ya ha quedado señalado,

²²¹ Mailer, *The Armies of the Night*, p. 225.

²²² Ibid., p. 232.

²²³ Ibid., p. 231.

muchos activistas debieron experimentar momentos de frustración ante su supuesta incapacidad para influir en las decisiones de Johnson. Pero esta línea argumental también puede desembocar en una imagen distorsionada del movimiento contra la guerra. Muchos ciudadanos vivieron el conflicto como una tragedia nacional y personal. En especial, algunos familiares de soldados fallecidos en Vietnam cimentaron su actitud crítica a raíz de su desdicha, lo que le confería a parte del discurso contra la guerra un marcado tono melodramático.²²⁴ Como también vimos, sin el componente de la tragedia familiar, algunos ciudadanos norteamericanos expresaron su extrema angustia personal y su condena a la guerra a través del suicidio. Pero no debemos inferir, a partir de estos actos, que el conjunto del movimiento contrario a la guerra se caracterizara por muestras de pesimismo, frustración o desesperación ante la perspectiva de un conflicto sin solución.

En general, la protesta se desarrolló en medio de un clima de optimismo que le confería a la mayoría de las manifestaciones un característico tono lúdico. Algunos manifestantes creían que la gravedad del asunto requería una respuesta más solemne, pero la apuesta festiva del sector contracultural solía ser más persuasiva. Recordemos, una vez más, que muchos activistas pertenecían a una joven generación de idealistas que buscaba revolucionar el mundo a través del amor. No resulta, pues, sencillo describir el radicalismo de 1967 como una huida hacia delante de una masa estudiantil desencantada por su ineficacia. Tampoco Mailer encuentra en la frustración una explicación satisfactoria al carácter más militante de la marcha al Pentágono:

It is possible that if the April march had produced a noticeable de-escalation of the war, future peace rallies might have been more conciliatory -as likely, they would have turned militant. In fact, it probably made no real difference.²²⁵

²²⁴ *Friendly Fire* es el documento literario que mejor refleja estas situaciones.

²²⁵ Mailer, *The Armies of the Night*, p. 221.

Los grupos minoritarios que fomentaban la lucha armada (*Committee to Aid the National Liberation Front, Black Mask*) llevaban ya algún tiempo predicando el uso de la violencia. Pero hasta 1967 sólo encontraron una firme oposición por parte de la inmensa mayoría del movimiento contra la guerra. A partir de aquel año, empezaron a irrumpir en los actos organizados por NMC con una cierta impunidad. La mayor permisividad de los dirigentes del movimiento no obedece, en absoluto, a una mejor predisposición a asimilar el discurso de los grupos extremistas. Todos estos grupúsculos terminaron disolviéndose tras constatar su escaso predicamento entre los estudiantes. Las palabras de Mailer constatan el desprecio de la mayoría de los activistas por la desmesura de los grupos más radicales: “Mailer had never understood how demonstrating with an N.L.F. flag was going to spark a mass movement to end the war.”²²⁶

Sin embargo, la continuación de la cita nos da idea de la encrucijada en la que podían encontrarse muchos activistas contrarios al uso de la violencia: “He could not argue with Lowell. The remark [getting away from the Vietcong flag] was sensible, and yet he felt uneasy, as if one should never be too sensible in war.”²²⁷ También Dorothy Dingenfelder se sentía partícipe de una guerra, por muy simbólica que fuera ésta: “She was not the commander in chief of this army of dissent, but certainly she was a key general.”²²⁸ Los grupos a los que antes aludía construyeron su discurso en función de una guerra imperialista que legitimaba la violencia revolucionaria. En *The Armies of the Night*, Mailer es detenido casi al mismo tiempo que Walter Teague, veterano activista que pertenece al Comité de Ayuda al NLF; la respuesta de ambos al por qué de su arresto ofrece dos discursos muy distintos. “For transgressing a police line as a protest against the war in Vietnam”, contesta el novelista; “As an act of solidarity with

²²⁶ Ibid., p. 128.

²²⁷ Ibid.

²²⁸ Webb, *A Country Such as This*, p. 458.

oppressed forces fighting for liberty against this country in Southeast Asia”, replica el revolucionario Teague.²²⁹

Con independencia del lenguaje más o menos bélico utilizado por los disidentes, para muchos activistas resultaba muy incómodo que sus opiniones fueran catalogadas de conservadoras o moderadas. Poco a poco se había ido fraguando en el movimiento la idea de que la protesta estrictamente pacifista y de carácter pasivo estaba en desfase. La palabra *resistir* se aproximaba más a lo que muchos consideraban debía ser la respuesta de los opositores a la guerra. No era, al fin y al cabo, una cuestión únicamente política la que se dirimía. Los soldados norteamericanos muertos sobrepasaron los 16.000 a final de 1967, más del 60% en aquel año. Con este panorama no resultaba fácil proponer una estrategia continuista. El “conservador de izquierdas” Mailer se muestra más dubitativo que Dellinger en su aprehensión del conflicto, pero ambos testimonian la incertidumbre de un buen número de activistas:

He was in fact afraid that within the yawning mute concrete of the parking lot this day which had begun with such exultation would dissipate into leaderless armies wandering about, acting like clowns and fools before the face of the authority; or worse, raw massacres, something more than bones broken: actual disasters –that was also in the air. He did not know if he was secretly afraid too much would happen or too little...²³⁰

Muchos optaron por un activismo más militante en respuesta a las decisiones adoptadas por el gobierno. Johnson insistía en que su prioridad era alcanzar un compromiso de paz con Hanoi, pero su descrédito era notorio. La guerra se había extendido a la Zona Desmilitarizada en mayo y Westmoreland solicitó en julio el envío de 200.000 soldados más, lo que hubiese significado estar próximo a doblar la presencia militar. En este contexto, a los sectores moderados del movimiento les resultaba muy complicado contradecir el cambio en la naturaleza de la protesta por el que apostaban los radicales. Si el conflicto bélico se intensificaba, la lógica dictaba que también había

²²⁹ Mailer, *The Armies of the Night*, p. 140.

²³⁰ *Ibid.*, p. 118.

de hacerlo el movimiento en su contra. Algunos activistas, por su parte, empezaron a referirse menos a Vietnam y a incidir en la guerra que el gobierno y el Pentágono estaban librando de forma subrepticia contra los jóvenes contestatarios en Estados Unidos.

Como declaración de guerra se tomaron los disidentes en edad militar la ampliación en junio de la Ley de Alistamiento. La nueva norma anulaba las prórrogas por estudios de doctorado, lo que daba al traste con los proyectos de futuro que ideaban muchos universitarios. Los jóvenes reaccionaron con una actitud más militante no sólo porque vieran comprometida su seguridad personal sino porque interpretaron que era su deber responder al órdago que les lanzaba el gobierno. Desde hacía meses, se sabía que la administración trabajaba en una modificación profunda de la legislación sobre el servicio militar. Las propuestas más radicales abogaban por limitar la posibilidad de prórrogas y por la penalización de los estudiantes que participaran en la protesta. Finalmente, la ley eliminó la mayor parte de los contenidos más represivos del proyecto después de la airada protesta de amplios sectores liberales. Las propuestas del director del *Selective Service System* no respondían, en efecto, a necesidades de carácter militar ni a un repentino empeño en desproletarizar la guerra.²³¹ En buena medida, el gobierno concibió esta iniciativa como respuesta a la creación, durante 1967, de numerosos “grupos de resistencia” que se negaban a colaborar con las fuerzas armadas.²³²

Para algunos jóvenes radicales, el atractivo de la insumisión residía en la renuncia a los privilegios de clase estudiantil acomodada que les procuraba la ley de alistamiento.

²³¹ El general Lewis Hershey, director del programa desde 1941, ya había conseguido anular en 1965 las prórrogas concedidas a 13 estudiantes por organizar una sentada frente a una oficina de reclutamiento en Ann Arbor. En 1967, algunos asesores presidenciales pusieron en duda la constitucionalidad de algunas de las iniciativas que preparaba Hershey. Como la redacción final no respondía a sus expectativas, el general envió en octubre una carta a las oficinas de reclutamiento para que reclasificaran a quienes pudieran haber intervenido en cualquier tipo de acto delictivo contra el ejército. Su petición de que Johnson emitiera una orden ejecutiva en la misma dirección no fue finalmente atendida. Véase Foley, *Confronting the War Machine*, pp. 149-156.

²³² Wells, *The War Within*, p. 124. El autor calcula unos 25 grupos “We Won’t Go” en distintas universidades del país en torno a marzo de 1967.

Desde algunos sectores del gobierno, se pensó que una redacción más punitiva de la ley desactivaría el movimiento insumiso. El Estado era capaz de lidiar con casos aislados de desobediencia a la ley militar, pero temía que el movimiento contestatario se redefiniere alrededor de la insumisión generalizada. Hasta organizaciones moderadas como CALCAV empezaron a admitir el valor moral de la objeción de conciencia selectiva, que permitía la negativa a participar en la Guerra de Vietnam sin que hubiese una motivación religiosa para ello. La táctica de no cooperación se ganó el respeto de los sectores dominantes en el movimiento con la convocatoria de una devolución nacional de cartillas en Washington el día previo a la marcha hacia el Pentágono. Mailer refiere, en clave de moda, el protagonismo creciente de los jóvenes insumisos:

They had flair. [David] Harris had this, too, as well as most of the other student leaders on the grass -their clothes must have cost less on an average than \$20 a man, most of them were in shirts and dungarees, but they had managed to work up a style. Some had good belts; others had odd shirts or capes; one or two seemed to have buckskin vests; a college senior with an old jazeera plaid jacket was wearing a straw boater. A cool sat over their assembly, an easiness, a sense of superiority.²³³

La descripción de Mailer apunta hacia la visibilidad creciente de estos grupos, pero la admiración generada a su alrededor iba más allá de su peculiar indumentaria. El debate público que promovían en torno a la posibilidad real de renunciar a la guerra elevó el nivel de concienciación de muchos jóvenes norteamericanos, y con ello le confirieron al movimiento contestatario un tono más militante.

Pero el factor que más contribuyó a la radicalización de la protesta era ajeno (al menos en apariencia) a la Guerra de Vietnam. Durante los meses de julio y agosto se desencadenaron revueltas populares en distintas ciudades norteamericanas con numerosa población afroamericana. Las protestas de orden racial no eran nuevas; cada verano se registraban, desde 1964, actos vandálicos por parte de ciudadanos negros que seguían sintiendo los efectos de la discriminación. Pero la violencia de 1967,

²³³ Mailer, *The Armies of the Night*, p. 61.

especialmente en Newark (New Jersey) y Detroit, era inusitada. La primera ciudad tenía un alto nivel de desempleo, pero en Detroit se pensaba que había funcionado la integración. Los motivos de estos enfrentamientos escapan a los objetivos de esta investigación, pero las imágenes que retransmitían los televisores tuvieron un efecto devastador en la sociedad estadounidense. También en el movimiento contra la guerra se dejaron sentir los ecos del caos.

He asociado, anteriormente, el origen de la protesta contra la guerra con la lucha por los derechos civiles. La relación entre ambos movimientos siguió siendo muy estrecha hasta 1973. Como vimos, en distintas fases de la evolución del movimiento pacifista hubo grupos muy minoritarios que hacían suyo el discurso radical de los nacionalistas negros. Pero en 1967, cuando los disidentes estaban en pleno proceso de redefinición, parecía imposible desmarcarse de lo que acontecía en los guetos del Norte. Aunque los sectores liberales no suscribían el nivel de barbarie al que se aproximaba la revuelta, insistían en las razones sociales que explicaban la violencia negra.

Conviene aquí recuperar, en el ámbito literario, la participación en una emisora de radio de Dorothy Dingenfelder en *A Country Such as This* con motivo de los disturbios raciales de Watts en 1965. Ya expliqué que el radicalismo de Dorothy resulta prematuro en 1965, pero su discurso sí se aproxima más al de algunos liberales de 1967. Aunque el personaje responde que no justifica la violencia, sus palabras dejan entrever lo contrario: “There just came a time to fight back, that’s all.”²³⁴ Esta actitud acortaría, a la postre, la distancia con los planteamientos extremistas de los separatistas negros que rechazaban la filosofía de la no violencia. Es ridículo inferir, a partir de ello, que el liberalismo norteamericano de la época hubiera alcanzado una etapa prerrevolucionaria. Pero algunos sectores demócratas reformistas hicieron cada vez más concesiones a los

²³⁴ Webb, *A Country Such as This*, p. 395.

jóvenes radicales que no le hacían ascos a figuras como H. Rap Brown o Stokeley Carmichael. La convención de *National Conference for New Politics* (NCNP) en Chicago el 29 de agosto escenificó la crisis de identidad por la que volvía a atravesar el movimiento contra la guerra.

En realidad, el resultado de la reunión fue especialmente desesperanzador porque en torno a su celebración se habían creado expectativas inusitadas. King se dirigió a los asistentes en la inauguración del acto, y algunos pensaron que ya se estaba ultimando una plataforma electoral en la que estarían el líder pacifista y posiblemente Benjamin Spock. Pero no fueron ellos los que acapararon la máxima atención de la concurrida conferencia. Bajo la amenaza de retirada (que ya había hecho efectiva el sector más nacionalista), los delegados negros exigieron una representatividad del cincuenta por ciento en los distintos órganos de dirección. A continuación, demandaron que la convención asumiera una declaración de principios con trece puntos innegociables, el más polémico de los cuales aludía a la reciente Guerra de los Seis Días en Oriente Próximo y condenaba el imperialismo sionista. Sensibilizados, sobre todo, con esta cuestión, sectores poderosos de la oposición a la guerra advirtieron de que se desmarcarían por completo del movimiento si se aprobaba el texto de los grupos negros. El lenguaje utilizado por el *caucus* negro era intimidatorio y parecía imposible que no alienara a la mayor parte de los grupos pacifistas.²³⁵ Sin embargo, tras breves deliberaciones y mínimas modificaciones, el documento no sólo fue aceptado por una gran mayoría de compromisarios, sino que éstos también otorgaron a la delegación negra una representatividad del cincuenta por ciento en la toma final de decisiones. La

²³⁵ Según recoge Zaroulis en *Who Spoke Up?*, Sidney Lens advirtió la presencia de al menos dos policías de Chicago que se habrían infiltrado a fin de fomentar la división (p. 129). William Pepper, director ejecutivo del evento, denuncia de manera más tajante las intromisiones para provocar el fracaso de la reunión. En su meticuloso estudio sobre el asesinato de Martin Luther King, Pepper sostiene que el *caucus* negro estaba bajo el control del gobierno y la policía de Chicago, quienes habrían introducido a jóvenes problemáticos provenientes de bandas callejeras. Pero esta afirmación parece estar basada en una impresión personal, pues no aporta ninguna fuente o referencia para sostenerla. En *Order to Kill: The Truth Behind the Murder of Martin Luther King* (New York: Carroll and Graf, 1995), pp. 78-80.

convención de Chicago fue la reunión de grupos contra la guerra más concurrida hasta la fecha. Se había concebido como la oportunidad para aglutinar a los distintos sectores en torno a un frente común que tuviera posibilidades de convertirse en alternativa real de poder. Pero los cinco días de trabajo no hicieron sino constatar lo quimérico de la iniciativa.²³⁶

Que NCNP no pudiera formalizar una alianza entre sectores liberales y de izquierdas no fue, sin embargo, el mayor de sus fracasos. Ya he manifestado mi opinión sobre las dificultades de tal acuerdo. ¿Bajo qué programa electoral podrían concurrir grupos a los que sólo unía su rechazo a la guerra? No digo que tal coalición fuera imposible, sino que las condiciones necesarias para el entendimiento no se daban en el contexto de la Guerra de Vietnam. Los activistas que se reunieron en la sala de convenciones del hotel Palmer House de Chicago no lo hicieron para entablar un sosegado debate ideológico en busca de nexos entre los distintos sectores representados. La realidad de la guerra los apremiaba a idear fórmulas de urgencia que pusieran difícil la reelección de Johnson en los comicios del año siguiente. La propuesta de crear una plataforma pacifista donde se aunaran la mayoría de los sectores opuestos a la guerra no tenía demasiada justificación. Por ello, lo más negativo para el movimiento fue que la iniciativa de NCNP ahondó en el desconcierto del conjunto de la disidencia pacifista. Que lo más significado de la reunión fuera el apoyo a las demandas del sector negro habla bien a las claras de lo desorientado y falto de liderazgo que estaba el movimiento antiguerra. Algunos protagonistas de la convención de Chicago adujeron que con su actitud intentaban evitar la enésima ruptura en el seno del movimiento. Otros muchos dijeron que el recuerdo del rechazo a *Mississippi Freedom Party* en 1964 pesaba demasiado. La mayoría lamentó, con posterioridad, haber contribuido a la confusión con su actitud protectora hacia el

²³⁶ La explicación más exhaustiva sobre la convención de NCNP la ofrece Simon Hall, “On the Tail of the Panther’: Black Power and the 1967 Convention of the National Conference for New Politics”, *Journal of American Studies*, Vol. 37, 2003: 59-78.

comité negro.²³⁷ Pero al paternalismo y sentimiento de culpa de los blancos se sumaba una cierta atracción hacia quienes no sólo teorizaban sobre la revolución sino que ya podían haberla puesto en práctica con las revueltas del verano. Y si los separatistas negros ejercían cierta influencia en las decisiones de algunos liberales, muchos jóvenes radicales descartaron definitivamente la vía pacífica para detener la guerra.

No es que estos activistas se sintieran en la obligación de poner tantos muertos en la mesa como creían que ya lo hacían los negros, pero al menos debían adoptar medidas de carácter más revolucionario. Lo primero que hizo Rubin cuando recibió el encargo de organizar la marcha de Washington fue alterar el itinerario previsto y proponer que la protesta se realizara frente al Pentágono en lugar del Capitolio. El cambio añadía muchas dificultades de tipo logístico, ya que la protesta implicaría el traslado de numerosas personas de un estado a otro y no eran muchas las rutas para poder hacerlo.²³⁸ Rubin ignoró los inconvenientes y, para defender su elección, recurrió a explicaciones esotéricas sobre la idoneidad de la arquitectura pentagonal del edificio. Sus ademanes histriónicos quedaron patentes en el número de *Mobilizer* (la revista de NMC) donde anunció la protesta de octubre. La revista salió el 1 de septiembre con la idea de presentar el evento como un *happening* contracultural que recurriría a las iniciativas más estrambóticas para ridiculizar a las estructuras de poder. Tras la distribución de los 1.000 primeros ejemplares en la convención de NCNP, los dirigentes de NMC retiraron la edición y encargaron a Peck la elaboración de un ejemplar más conciliador.²³⁹ Desde hacía algún tiempo, Rubin concebía cualquier acto de protesta en términos de portada de periódico. Desdeñando las repercusiones para el conjunto del

²³⁷ Halstead, *Out Now!*, p. 318; Powers, *The Vietnam War*, cap. 12; Zaroulis, *Who Spoke up?*, p. 128; Garfinkle, *Telltale Hearts*, p.114.

²³⁸ En realidad, Rubin desconocía que el Pentágono estuviese en Virginia. Lejos de reconocer las dificultades, cuando cayó en su error quedó aún más entusiasmado con la idea de ver a miles de activistas cruzando el río Potomac en canoas. Halstead, *Out Now!*, p. 314.

²³⁹ Según Garfinkle, la censura sobre la edición más radical hizo que ésta se convirtiera en la más popular de la revista, ya que el propio Rubin se encargó de filtrarla a la prensa. *Telltale Hearts*, p. 150.

movimiento, Rubin se hizo acompañar del excéntrico Abbie Hoffman en la rueda de prensa que anunciaba el evento.²⁴⁰ Otros muchos líderes intervinieron en ella, pero los futuros *yippies* acapararon la atención de los medios con su plan para hacer levitar el Pentágono.

Pese al rechazo que provocaba el personaje en amplios sectores del movimiento, NMC aprobó el plan de Rubin porque su carácter novedoso coincidía con la necesidad de cambio estratégico que exigía el momento. Ya había habido pequeñas protestas ante el Pentágono con anterioridad, pero una macroconcentración de activistas frente a la sede del Departamento de Defensa le conferiría al acto un carácter mucho más militante. Para los organizadores, el acontecimiento supondría un aviso importante a Johnson del nivel de radicalización al que podía llegarse en el futuro. Es muy probable que, en el fondo, tras los desmanes teatrales de Rubin se encontrara una lógica similar a la del resto de dirigentes. La concentración en torno al *Lincoln Memorial* señalaría que la protesta continuaba la tradición disidente del país (con referencias continuas a la marcha de 1963); la desobediencia civil al otro lado del Potomac confirmaría que a muchos activistas se les acababa la paciencia.

Como ya se señaló, Dellinger procuró conciliar las dos facetas, pero su empeño por garantizar la seguridad de quienes no querían involucrarse en actividades ilegales hizo pensar a muchos que se preparaba una jornada de auténtica confrontación. La

²⁴⁰ Hoffman aún no era conocido en el ámbito de la protesta, pero dos meses antes ya había colaborado con Rubin en otro *happening* que tuvo lugar en la Bolsa de Nueva York: después de esparcir dólares dentro del edificio desde una balconada, en el exterior se dedicaron a quemar billetes. Pese a sus “gamberradas”, Rubin tenía una sólida cultura política. Más dado a lo bufonesco, Hoffman era el complemento perfecto para cumplir con una de sus premisas fundamentales: lo importante era buscar el impacto mediático, hacer de la protesta una manifestación visible e incómoda para el sistema. Pero no es que Hoffman tratara de suplir carencias intelectuales o lapsus ideológicos. Al contrario, su línea de pensamiento estaba más articulada de lo que se pensaba, lo que ocurre es que en ella tenían cabida teorías sobre la psicología (Abraham Marlow), la educación, la filosofía (Marshall McLuhan), y, sobre todo, el teatro transformador (Antonin Artaud). Todas estas influencias son destacadas en Ashley Duree, “Greed at the New York Stock Exchange and the Levitation of the Pentagon: Early Protest Theatre by Abbie Hoffman and Jerry Rubin”, *Voces Novae. Chapman University Historical Review*, Vol. 1, Nº 1, 2009: 51-72.

posibilidad de disturbios restó, sin duda, manifestantes. El narrador de *A Country Such as This* se refiere al anuncio de la cúpula de NMC de que reuniría a 1.000.000 de personas como un reclamo engañoso.²⁴¹ Pero, en un primer momento, la expectativa era genuina; la marcha a Washington tuvo vocación masiva en su concepción. Los organizadores se basaban en las nutridas manifestaciones de la primavera, y se mostraban confiados en que una buena planificación consiguiera duplicar aquellos números. Parece que su optimismo era infundado, pues la protesta activa contra la guerra mantuvo casi siempre un crecimiento sostenido pero moderado. Sin embargo, la cifra final habría sido muy superior a los 80.000 si muchos ciudadanos que deseaban manifestarse no se hubiesen replanteado su participación.

A los excesos verbales de Rubin se sumaron las soflamas revolucionarias del sector duro de SDS y de SNCC, entre otros. Además, ya había habido episodios de violencia en las últimas concentraciones contra la guerra y era más que previsible que se repitieran en Washington. Sólo unos días antes de la manifestación, se produjeron violentos disturbios en el extremo opuesto del país con motivo de la Semana Contra el Alistamiento. Pese a su mayor tradición radical, también en la costa Oeste se había roto la unidad de acción y las iniciativas pacifistas apenas eran consensuadas. *The Resistance* se había marcado el objetivo de paralizar durante algún tiempo la actividad de la oficina de reclutamiento de Oakland, pero ya entre sus filas había fuertes antagonismos.²⁴² Las concentraciones de carácter estrictamente pacífico terminaron con actos de desobediencia civil tradicional y la detención de los participantes (Joan Baez entre ellos). Pero los estudiantes más radicales de Berkeley y los miembros locales de SDS

²⁴¹ Webb, *A Country Such as This*, p. 461.

²⁴² *The Resistance* había anunciado meses atrás la primera devolución organizada de citaciones militares, lo que le había proporcionado la iniciativa en las jornadas. Aprovechando un viaje por el país de David Harris, dos de los fundadores del grupo por la insumisión, Steve Hamilton y Lennie Heller, se dedicaron a reclutar a cuantos estudiantes se mostraran dispuestos a la confrontación. Esto desató la ira de Harris, contrario a cualquier estrategia que se desviara de la línea pacifista.

preferieron adoptar una actitud menos dócil. Durante días, trataron de bloquear el acceso a la oficina para entorpecer la inscripción de los nuevos reclutas. Ante la firmeza policial, idearon tácticas de guerrilla urbana que bautizaron como *mobile tactics*.²⁴³ La efectividad de la nueva estrategia no quedó probada, pero algunos jóvenes vieron más sentido en la colocación de barricadas y la rotura de escaparates que en las viejas fórmulas de protesta.

De modo que poco a poco fue cobrando fuerza la posibilidad de que hubiera incluso víctimas mortales en Washington.²⁴⁴ Las predicciones de notables como Mailer tampoco auguraban una tarde pacífica. Según su propio relato, así se dirigió a los estudiantes reunidos en el teatro Ambassador dos días antes de la marcha:

We are gathered here to make a move on Saturday to invest the Pentagon and halt and slow down its workings, and this will be at once a symbolic act and a real act for real heads may possibly get hurt, and soldiers will be there to hold us back, and some of us may be arrested, some blood conceivably will be shed.²⁴⁵

Además, en los días previos a la manifestación la prensa se refirió con detalle al número de efectivos de los distintos cuerpos de seguridad que se iban a desplegar para repeler las agresiones de los activistas.²⁴⁶ Se ha conjeturado con que la Casa Blanca filtraba esta información a los periódicos con el ánimo de rebajar la cantidad de manifestantes, al tiempo que ofrecía estimaciones muy bajas de asistencia.

Con todos estos elementos en contra (entre los que conviene destacar los serios conflictos internos en el movimiento), la participación cercana a 100.000 resultaba muy significativa. Dos meses antes de la manifestación, el comité organizador de NMC había rebajado sensiblemente sus expectativas iniciales. Algunas de las organizaciones

²⁴³ Para muchos participantes, las tácticas tenían el valor de homenaje póstumo a Che Guevara, asesinado en Bolivia sólo unos días antes.

²⁴⁴ James Reston, "Washington: Johnson, the Court and the Peace Marchers", *The New York Times*, October 18, 1967, p. 46. El columnista decía basarse en fuentes gubernamentales y de la organización de la marcha.

²⁴⁵ Mailer, *The Armies of the Night*, pp. 46-47.

²⁴⁶ Ben A. Franklin, "Troops Flown in for Capital Rally", *The New York Times*, October 20, 1967, p. 1, col. 1.

con mayor capacidad de convocatoria se habían autoexcluido. Así, el sector oficialista de SANE se mantuvo al margen porque consideraba que los grupos radicales estaban asumiendo un protagonismo excesivo. Por su parte, SDS seguía siendo contrario a las grandes manifestaciones, que, desde su perspectiva, sólo servían para legitimar el sistema. No todos los militantes obedecían las directrices de sus agrupaciones, pero la falta de apoyo oficial de sectores considerados claves provocaba cierto desánimo. La administración cometió, entonces, el error de exigir la renuncia explícita a la desobediencia civil a cambio de mayores facilidades para la manifestación. Algunos indecisos abandonaron desde ese momento sus reticencias: los liberales porque se sentían más cómodos en su tradicional defensa de la libertad de expresión, los radicales de SDS porque detectaron un mayor interés de las autoridades y atisbaron la posibilidad de una confrontación real.

La manifestación del 21 de octubre no fue, con diferencia, la más concurrida de la época. Tampoco concluyó con el mayor número de heridos o detenidos. Y, sin embargo, es uno de los episodios más recordados de la historia del movimiento contra la Guerra de Vietnam. Con independencia de la valoración político-estratégica sobre el suceso, Rubin acertó en su concepción simbólica del acto. Las connotaciones estéticas y éticas de la marcha al Pentágono han sido bien atendidas por la literatura sobre la guerra, que ha contribuido de manera notable a que el suceso forme parte del imaginario colectivo norteamericano. En *...And a Hard Rain Fell*, el soldado Ketwig mitifica lo acontecido en el Pentágono haciéndose acompañar durante todo su servicio en Vietnam de la archiconocida foto de flores en el fusil de asalto de los militares.²⁴⁷ Frente a la imagería sintética de Ketwig, Norman Mailer escribió una extensa reflexión en torno a

²⁴⁷ Ketwig, *...And a Hard Rain Fell*, pp. 76, 86.

los distintos significados del suceso. El relato, a caballo entre lo periodístico y lo novelesco, se va configurando siempre a través de la lectura simbólica:

...that historic moment when a mass of citizenry -not much more than a mob- marched on a bastion which symbolized the military might of the Republic, marching not to capture it, but to wound it *symbolically*; the forces defending that bastion as if a symbolic wound could prove as mortal as any other combative rent.²⁴⁸

También la narración de *A Country Such as This* se apoya en los símbolos, pero su afán didáctico le impide alcanzar las cotas literarias de Mailer. Separados por un abismo ideológico, ambos textos ofrecen, curiosamente, algunas descripciones coincidentes. En parte, los dos relatos se contagian de la retórica de los grupos más extremistas. El Pentágono como castillo medieval inexpugnable, los activistas como miembros de un ejército popular o la confrontación en términos de guerra civil son lugares comunes en las dos novelas. El matiz clasista del enfrentamiento es recogido en caracterizaciones también similares:

...there was a fear and a profound respect in every middle class son for his idea of that most virile ruthless indifferent working class which would eventually exterminate them as easily as they exterminated gooks. [...] they [radicals] felt secretly weak, they did not know if they were the simple equal, man to man, of these soldiers.²⁴⁹

The students, the people of books and pep clubs and prom committees, who had from their childhood feared the simple power and brutality of the blue collar kids, the rednecks, the bowling alley kings, the hot-rodding, duck tailed greasers who once mocked their studies and their lack of manliness, who might attack them over the tiniest issue of honour.²⁵⁰

Puesto que el texto de Mailer se centra en lo ocurrido el 21 de octubre de 1967, es lógico que ofrezca una narración más prolija y compleja sobre los hechos. El autor no reconoce, sin embargo, una mejor aprehensión de sus significados: “The March on the Pentagon was an ambiguous event whose essential value or absurdity may not be established for ten or twenty years, or indeed ever.”²⁵¹ El suceso ofrecía, pues, el argumento propicio para las abrumadoras metáforas encadenadas de Mailer. *The Armies*

²⁴⁸ Mailer, *The Armies of the Night*, p. 54.

²⁴⁹ Ibid., p. 258.

²⁵⁰ Webb, *A Country Such as This*, pp. 464-465.

²⁵¹ Mailer, *The Armies of the Night*, p.53.

of the Night se publicó sólo un año después, pero en ese tiempo la protesta ante el Pentágono ya había adquirido tintes casi legendarios. Por ejemplo, durante la celebración misma del evento surgió con fuerza el rumor de que dos o tres policías militares habrían desertado y abrazado la causa pacifista (hecho que nunca se confirmó). Mailer se apresura a contrarrestar las inexactas versiones periodísticas, “as if the accelerating history of the country forbade deliberation”.²⁵² Pero al mismo tiempo explica la necesidad de sobrepasar los límites propios de la ciencia histórica:

...the second [book][...] is finally now to be disclosed as some sort of condensation of a collective novel -which is to admit that an explanation of the mystery of the events at the Pentagon cannot be developed by the methods of history- only by the instincts of the novelist.²⁵³

Por su parte, pocos enigmas reconoce Webb en los sucesos del 21 de octubre. En su caso, la novela no se entiende como antagónica a la historia, sino que se asemeja a ella en su función reveladora de hechos contrastables. Lejos de destacar las contradicciones y ambigüedades implícitas en el suceso, unas cuantas páginas le son suficientes para prolongar su teoría revisionista. *A Country Such as This* sostiene la idea de que desde el final de la II Guerra Mundial surgió una cultura disidente minoritaria que aprovecharía cualquier coyuntura política para extender su influencia. Tras liderar la protesta antinuclear y la lucha por los derechos civiles, la Guerra de Vietnam les habría proporcionado la oportunidad de incrementar su popularidad. Por ese motivo, el texto insta a conectar lo ocurrido en el Pentágono con la concentración frente a una base nuclear californiana en 1960:

Theirs was a battle of provocation, not unlike those mournful beatniks who had trudged slowly across the road towards the main gate at Vandenberg years before. It was a fight for national attention, a way to discredit the enemy. The enemy was the United States Government.²⁵⁴

²⁵² Ibid., p. 216.

²⁵³ Ibid., p. 255.

²⁵⁴ Webb, *A Country Such as This*, p. 458.

La novela procura también rebatir la idea de que el movimiento de oposición a la guerra experimentaba por entonces un notable ascenso. El narrador concede la cifra de 100.000 participantes en torno al *Lincoln Memorial*, lo que supone, según se insiste, una clara reducción con respecto a la manifestación de 1963 encabezada por King en el mismo escenario. Además, se detecta en la mayoría de manifestantes una escasa convicción en lo que hacen:

...an evocation of a student schizophrenia that would allow a person to pretend, just for a weekend, that he or she was just a cowboy or a pirate, a dropout, or, most often, a hippie, a protester, a *rebel*, a member of the *I Don't Care* community just for a day or so, so long as it did not damage grades or aspirations. *Isn't this fun?* More were just themselves, though, out for a curious afternoon, down on the Mall to see the stars.²⁵⁵

Aunque escéptico con muchos de los grupos promotores de la marcha, Mailer se muestra más comprensivo con los motivos personales para acudir a la manifestación, sin poner en duda que casi todos respondían a la necesidad de expresar su protesta:

Rather, one marched on the Pentagon because...because...and here the reasons became so many and so curious and so vague, so political and so primitive, that there was no need, or perhaps no possibility to talk about it yet.²⁵⁶

Interpretaciones aparte, lo más llamativo en el relato de Webb lo constituye su argucia para obviar los datos que puedan alterar su visión del conflicto. El narrador se refiere, por ejemplo, a la “arenga” de Clive Jenkins, representante del partido Laborista inglés. Pero no alude a la interrupción de su discurso por parte de simpatizantes del partido Nazi, lo que constituyó el primer acto violento de la jornada. Por otra parte, el texto describe la hostilidad mostrada por los activistas cuando se percatan de que las tropas han recibido órdenes de no intervenir. La prensa se hizo eco de estos incidentes y alabó la mesura de los militares en circunstancias tan hostiles. La represalia de la policía militar en la medianoche del sábado (en lo que se denominó la Batalla de la Cuña) tuvo

²⁵⁵ Ibid., p. 460.

²⁵⁶ Mailer, *The Armies of the Night*, p. 86.

poca repercusión en los periódicos,²⁵⁷ y desaparece por completo en *A Country Such as This*. La novela reproduce algunos de los insultos proferidos por los activistas a escasos centímetros de los policías militares: “Hey, soldier, kill anybody today?, Hey, cannon fodder! Go kill a commie for LBJ!, Goddamn red-necks!, Hit them! They won’t hit back!” Por contra, no se reconstruyen las charlas que otros manifestantes trataron de mantener con los soldados y se omite el simbólico gesto de “pacificar” fusiles con flores.

Como destacan los dos textos, no era ningún secreto que SDS y grupos extremistas minoritarios buscaban provocar una reacción violenta de los militares. Un pequeño grupo consiguió incluso irrumpir en el Pentágono por una entrada lateral pero fue repelido de inmediato por fuerzas apostadas en el interior del edificio. Muchos jóvenes estaban dispuestos a escenificar su descontento recurriendo a nuevas maneras de protesta, pero no se incluía entre ellas todavía la lucha armada. Sus actos vandálicos sí provocaron alarma en buena parte del país, incluso entre ciudadanos que se oponían a la guerra por principios. Pese a la conclusión de Webb de que el evento constituyó un claro éxito propagandístico, la Casa Blanca admitió que los análisis mediáticos le habían sido, en general, favorables.²⁵⁸

Los efectos de la marcha al Pentágono no son del todo claros. Por una parte, las encuestas no confirman un mayor deterioro de la figura de Johnson tras la manifestación; antes bien, la popularidad del presidente era bastante mayor en noviembre que dos meses antes (40% frente al 28% en septiembre).²⁵⁹ Por otra parte, no es difícil imaginar que, en un momento de especial desgaste personal, la imagen de un país dividido en torno al conflicto en Vietnam influyera en la decisión de Johnson de no presentarse a la reelección. En lo que se refiere al movimiento contra la guerra, la

²⁵⁷ Small, *Covering Dissent*, pp.74, 76-78, 80.

²⁵⁸ *Ibid.*, p. 84.

²⁵⁹ *Ibid.*

actitud de desafío mostrada por los activistas incomodó a la mayor parte del pueblo norteamericano. Pero, al mismo tiempo, algunos jóvenes se adhirieron en ese momento a la causa atraídos por una nueva fórmula que conectaba mejor con su actitud rebelde. Y la misma indefinición es aplicable a la influencia que ejerció el evento en el ulterior desarrollo del movimiento de protesta. Algunos sectores se mostraron eufóricos tras la manifestación: en lo personal, porque incrementó su sensación de auténtico compromiso; en lo global, porque, desde su criterio, vindicó la estrategia de la confrontación. Sin embargo, de la misma manera, otros sectores renegaron del nivel de violencia alcanzado y reafirmaron su apuesta por la vía pacífica.

Es posible que, pese a su ambigüedad, la marcha al Pentágono fuese clave para equilibrar la relación de fuerzas entre partidarios y detractores de la guerra. Los sucesos en torno al Pentágono y su tratamiento mediático pudieron convencer a muchos ciudadanos de que se había creado un nuevo problema y de que la vuelta a la normalidad pasaba por el regreso de las tropas en el plazo más corto posible.

La marcha al Pentágono no alivió las tensiones entre moderados y radicales en el movimiento contra la guerra. A las puertas de un año de elecciones presidenciales, los unos buscaban abonar el terreno para el éxito de un candidato contrario a seguir en Vietnam²⁶⁰, los otros seguían promoviendo actividades que dieran continuidad a lo ocurrido en el Pentágono. Por un lado, *Citizens for a Vote on Vietnam* forzó a la Corte

²⁶⁰ El elegido no tenía por qué ser necesariamente del partido Demócrata. El gobernador de Michigan, George Romney, se postuló en noviembre como posible candidato del partido Republicano desde posiciones parecidas a las que habría de explicar Eugene McCarthy el 30 de noviembre. Inicialmente, las encuestas concedían a Romney muchas más posibilidades que al resto de aspirantes republicanos “presidenciables”, incluyendo a Nixon. Incluso muchos votantes demócratas simpatizaban con el carácter independiente y moderado de Romney. Finalmente, sus declaraciones sobre Vietnam pudieron dar al traste con su nominación. Por una parte, sus opiniones sobre la guerra habían experimentado un giro de 180 grados en menos de dos años, pasando del apoyo incondicional a Johnson a cuestionar los motivos originarios de la intervención militar. Inseguro en política exterior, cuando se le presionó para que aclarara su cambio de actitud cometió la torpeza de aludir a un “lavado de cerebro” durante su visita a Vietnam a principios de 1965 con una delegación encargada de sopesar la situación. Desde ese momento, perdió apoyos y renunció a la nominación tras su debacle en las primarias de New Hampshire. Véase Andrew L. Johns, “Achilles’ Heel: The Vietnam War and George Romney’s Bid for the Presidency, 1967 to 1968”, *Michigan Historical Review*, Vol. 26, Nº 1, Spring 2000: 1-29.

Suprema de San Francisco a incluir una proposición sobre la presencia estadounidense en Vietnam en las elecciones municipales del 7 de noviembre.²⁶¹ De igual manera, grupos afines a SANE organizaron en noviembre la *Labor Leadership Conference for Peace* en buena medida como plataforma de lanzamiento de Eugene McCarthy, quien abogó por un alto el fuego y negociaciones. Por otra parte, SDS-PL volvió a practicar el desorden público con motivo de la intervención del secretario de estado ante la *Foreign Policy Association* en el hotel Hilton de Nueva York, y tuvo un destacado papel en la Segunda Semana Contra el Alistamiento que intentó, a principios de diciembre, cerrar el centro recluta neoyorquino en Whitehall Street.

La administración decía no conceder importancia a los sectores que formaban parte del movimiento, pero sabía que corría el riesgo de perder el apoyo de grupos de presión ajenos a la protesta. Por ese motivo, durante los últimos tres meses de 1967, el gobierno de Johnson puso en marcha una fuerte campaña propagandística que destacaba los logros militares del ejército norteamericano. Pero la luz que Westmoreland detectaba al final del túnel resultó provenir de las metralletas utilizadas por el Vietcong en su asalto masivo a las principales ciudades de Vietnam del Sur a principios de 1968.

²⁶¹ En la nueva coalición de San Francisco predominaban los grupos moderados y demócratas reformistas. Los votantes pudieron pronunciarse, a través de la Proposición P, sobre la posibilidad del cese unilateral de las hostilidades y la retirada inmediata de las tropas norteamericanas. Hubo un 36% de votos favorables a la proposición (76.632 frente a 132.406).

5. Haz el amor, ¿y también la guerra?: La literatura norteamericana sobre Vietnam y 1968.

Después de dos años de un cierto *impasse*, en 1968 los ciudadanos norteamericanos asistieron atónitos a una concatenación de sucesos impactantes: ofensiva del ejército vietnamita del Norte y el Vietcong sobre Saigón y otras ciudades importantes del Sur, asedio a los marines norteamericanos destacados en Khe Sanh, renuncia de Johnson a la reelección, asesinatos de Martin Luther King y Robert Kennedy, revuelta parisina, invasión soviética de Checoslovaquia y actos de violencia durante la convención del partido Demócrata en Chicago entre otros. Sostiene Todd Gitlin que del tremendismo con el que se vivieron los últimos años de la década no pudo sustraerse nadie y que el *establishment* no le anduvo a la zaga a los radicales en su gusto por la dramatización: en las elecciones presidenciales de 1968 se enfrentaban el “nuevo” Nixon y Hubert Humphrey, impulsor de *the politics of joy*.²⁶²

De igual manera, los acontecimientos enumerados influyeron, en mayor o menor medida, en la evolución del movimiento de contestación a la guerra. Como ya se ha comprobado, algunos grupos minoritarios eran partidarios del uso de la violencia desde al menos 1966. Sin embargo, no sólo su poder de persuasión provocó que el radicalismo fuese ganando predicamento entre los más jóvenes. A medida que se prolongaba la guerra, de manera paralela se imponía una lógica de la protesta que exigía mayor militancia. Con todo, de no mediar los conflictos de 1968 los sectores más influyentes del movimiento contestatario se hubiesen mostrado más reacios a aceptar los métodos de protesta extrema preconizados por los más radicales.

²⁶² Gitlin, *Years of Hope*, p. 287.

Es más que probable, por ejemplo, que si Robert Kennedy hubiese estado aún en la carrera por la nominación como candidato, Chicago no hubiese sido testigo de las batallas campales que tuvieron lugar durante la convención del partido Demócrata en agosto. Desde finales de 1967 no había habido reunión de NMC que no abordase la posibilidad de una protesta durante la convención, pero en ningún encuentro se adoptó una postura firme sobre qué hacer. Tom Hayden y Rennie Davis, antiguos miembros de SDS, prepararon un documento en febrero en unos términos tan radicales que hacían poco creíble la propuesta pacífica por la que decían apostar. El Consejo Nacional de NMC permaneció en los meses siguientes a la expectativa de los resultados parciales de los candidatos demócratas contrarios a la línea Johnson. Tres semanas después del asesinato de Kennedy el 5 de junio, Dellinger permitió que Hayden y Davis ejercieran de directores de ceremonia al anunciar en Chicago y Nueva York manifestaciones en agosto durante los días de la convención. En realidad, NMC no se había pronunciado oficialmente al respecto, pero a Dellinger le debió de parecer a aquellas alturas una formalidad innecesaria.

No todos los estudios sobre el movimiento contra la guerra interpretan su radicalización en 1968 en clave de causa-efecto. Para Garfinkle, ni el ataque sorpresa de Tet ni la desaparición de Bob Kennedy son factores determinantes en la evolución de la Nueva Izquierda y el movimiento contracultural en 1968. Así, SDS se había manifestado radicalmente opuesta a Eugene McCarthy y Robert Kennedy, en tanto que formaban parte del sistema que la organización aspiraba a derrocar. Por otra parte, Garfinkle trata de refutar la idea de que la represión policial en Chicago provocó la violencia de los activistas y desde ese momento alteró el carácter de la protesta. Contra este argumento, señala que en más de la mitad de los dos centenares de protestas universitarias importantes que tuvieron lugar en los seis primeros meses de 1968 se

produjeron actos violentos estudiantiles sin mediar provocación.²⁶³ En términos parecidos analiza Kenneth Heineman el radicalismo de aquel año. Haciéndose eco de las conclusiones revisionistas de David Horowitz y Peter Collier, *Put Your Bodies upon the Wheels* minimiza la importancia de los asesinatos de King y Kennedy como desencadenantes de la violencia estudiantil.²⁶⁴ Desde este punto de vista, los sectores más radicales de la protesta habrían considerado que se daba al fin una situación propicia para desestabilizar al sistema a través de revueltas violentas.

Por el contrario, algunos de los protagonistas principales de la protesta son dados a localizar en las revueltas de 1968 el inicio de una nueva conciencia revolucionaria. Según el relato del *Weatherman* Bill Ayers, esta suerte de despertar ideológico tuvo mucho que ver con la extrema violencia con la que se empleó la policía de Chicago durante la convención Demócrata:

Oddly, their extreme metaphors and the violent police assaults through the park combined to bring us intensely together in the field and forge a fierce fighting identity [...] Perhaps this is when rage got started in the movement, this very night. I'm not sure, but before this, every meeting, every rally, every demonstration was filled with singing, and afterward the singing stopped. When we opened our mouths now, we could only scream. Idealism was there, but in abeyance. The apocalypse approached.²⁶⁵

Para Ayers, el movimiento habría sido consciente desde entonces de su capacidad transformadora. Pero en sus memorias admite también un exceso de romanticismo en la interpretación radical de la realidad, y de sus palabras cabe deducir que a algunos jóvenes no les era difícil encontrar pruebas de que la democracia norteamericana había sido secuestrada por su clase dirigente. Sectores más moderados de la protesta advertían contra una posible merma de valores democráticos, pero rechazaban la ingenuidad del discurso más radical. Así, con motivo del juicio a cinco destacados activistas por inducir

²⁶³ Garfinkle, *Telltale Hearts*, pp. 160-162.

²⁶⁴ Kenneth J. Heineman, *Put Your Bodies upon the Wheels: Student Revolt in the 1960s* (Chicago: Ivan R. Dee, 2001), pp. 23-24.

²⁶⁵ Bill Ayers, *Fugitive Days: A Memoir* (New York: Penguin Books, 2001, 2003), pp. 129-131.

a la insumisión, Noam Chomsky, Paul Lauter y Florence Howe analizaban la situación en agosto de 1968 en los siguientes términos:

If it is idle and dangerous to talk of a “pre-revolutionary situation” in the United States or to act as though social institutions were collapsing, it is no less a distortion to maintain, as some do, that our democratic system has “shown its health” by recent political events, specifically, by the President’s announcement that he will not seek reelection.²⁶⁶

En el mismo artículo se vislumbran los motivos que explican el auge del discurso más radical en el conjunto del movimiento en 1968. Diversos sectores nada proclives a una revolución armada como intelectuales moderados de izquierda, grupos pacifistas tradicionales o asociaciones liberales de mujeres creyeron detectar alarmantes tics totalitarios en la reacción del Estado ante la protesta. Johnson se había empeñado en proseguir con la guerra y su obstinación llevaba camino de minar la salud democrática del país. Mientras los máximos dirigentes del gobierno incidían en la necesidad de reprimir el gamberrismo juvenil, el movimiento de contestación a la guerra aventuraba el inicio de un preocupante recorte de libertades. Desde el punto de vista de la disidencia, durante 1968 la Casa Blanca y el Pentágono se habían excedido a menudo en el ejercicio de sus funciones.

El Departamento de Justicia lanzó una ofensiva desde principios de año para sancionar no sólo a los jóvenes que incumplieran la Ley del Servicio Militar sino también a los adultos que apoyasen e incitasen a la desobediencia. Las sentencias condenatorias a Spock, William Sloane Coffin, Mitchell Goodman, y Michael Farber en junio parecían anunciar una cascada de denuncias por conspiración.²⁶⁷ Por otra parte, el

²⁶⁶ Noam Chomsky, Paul Lauter and Florence Howe, “Reflections on a Political Trial”, *The New York Review of Books*, August 22, 1968.

²⁶⁷ Los “5 de Boston” (Marcus Raskin fue absuelto) fueron acusados de incitación a la insumisión. Su estrategia inicial consistía en aprovechar el juicio para rebatir la legalidad de la guerra y propiciar un debate sobre la política de Johnson. Sin embargo, el juez Francis Ford cortó de raíz esta posibilidad al considerar improcedentes los argumentos que no se atuvieran estrictamente a los cargos presentados. El juicio no satisfizo al movimiento contra la guerra, que interpretó el resultado como una oportunidad perdida. Las críticas no sólo se centraron en la manera de proceder del juez, sino en el cambio de estrategia auspiciado por los abogados defensores, que prefirieron buscar una sentencia absolutoria en base a la defensa de la libertad de expresión. Los cuatro condenados recibieron una sentencia de dos años

general Lewis Hershey, director del Sistema del Servicio Selectivo (SSS), seguía sin retractarse de las recomendaciones que había dirigido a las oficinas de reclutamiento en octubre de 1967 en el sentido de reclasificar a quienes hubiesen participado en acciones violentas de protesta. Las más diversas organizaciones estudiantiles se adhirieron en los primeros meses de 1968 a la campaña de *National Student Association* para denunciar la vulneración de la libertad de expresión. Además, la CIA inició un programa secreto denominado *Project Resistance* específicamente diseñado para hostigar a los estudiantes que participaban en actividades en contra de los reclutadores de la agencia que visitaban las universidades.²⁶⁸ Finalmente, durante la convención del partido Demócrata en Chicago las autoridades no concedieron los permisos necesarios para la celebración de los actos de protesta; las negociaciones contra reloj entre la administración y los promotores de la manifestación se toparon con la tozuda negativa del alcalde Richard Daley. Los jóvenes que finalmente se desplazaron a Chicago vieron en el desliz semántico del alcalde mucho más que una anécdota: “The policeman isn’t there to create disorder, the policeman is there to *preserve* disorder”.²⁶⁹

Pero no hay estadísticas que avalen la posibilidad de que los ciudadanos norteamericanos estuviesen iniciando un giro a la izquierda en 1968. Las encuestas de la época llevan a pensar que la imagen pública de los activistas estaba cada vez más deteriorada. Sólo un 14% de las personas entrevistadas dos semanas después de los disturbios en Chicago estaban de acuerdo con la afirmación de que los derechos de los manifestantes habían sido conculcados. Por el contrario, la “revuelta policial” (según la

de prisión. La corte de apelaciones revocó la decisión al año siguiente al entender que Ford había condicionado la decisión del jurado. No parece, por otra parte, que el juicio respondiera únicamente a la lógica de una de una actividad represora. Ramsey Clark, fiscal general en aquel momento, tenía interés en que se suscitase un debate público sobre la objeción moral a la guerra. Los cinco encausados eran de los más capacitados para articular su objeción de conciencia. Véase Michael S. Foley, “Confronting the Johnson Administration at War: The Trial of Dr. Spock and the Use of the Courtroom to Effect Political Change”, *Peace & Change*, Vol. 28, 3, 2003: 67-107.

²⁶⁸ Wells, *The War Within*, p. 229.

²⁶⁹ Se defendía así Daley en rueda de prensa de los comentarios periodísticos que describían una desproporcionada actuación policial (cursivas mías).

terminología de la Comisión Walter) recibió el visto bueno de entre el 65% y el 75% de quienes se habían formado una opinión sobre su actuación.²⁷⁰ Incluso entre quienes se oponían a la guerra el 40% aprobaba los métodos utilizados por el alcalde Daley.²⁷¹ No habían tenido mejor acogida las protestas de abril en la Universidad de Columbia. Una encuesta elaborada por *Spectator* poco después de los incidentes reveló que los estudiantes apoyaban mayoritariamente los objetivos de la protesta, pero se oponían en gran medida a los métodos empleados por SDS. No había, por tanto, mayores objeciones a la intervención de la Guardia Nacional para desalojar a los alborotadores a fin de que se reanudase la actividad académica.²⁷² Finalmente, la victoria electoral de Richard Nixon también puede inducir a pensar que las fuerzas conservadoras estaban en un momento álgido, tal y como concluyó la agencia encuestadora Gallup a partir de los resultados electorales.²⁷³

Sin embargo, el panorama no estaba tan claro. Desde finales de febrero había constatación estadística de que los partidarios de no seguir en Vietnam se habían nivelado con los *halcones*.²⁷⁴ Muchos de ellos desaprobaban el sectarismo de los grupos más radicales, pero encontraron en la alienación juvenil un motivo más para oponerse a la guerra. La mayoría tildaba ahora de errónea la intervención militar y se hacía perentorio subsanar el fallo. Pero, ¿qué provocó este súbito cambio de actitud? Sin duda, la denuncia constante de pacifistas, religiosos, amas de casa y estudiantes debió

²⁷⁰ Una encuesta de Gallup de septiembre de 1968 reveló que un 56% de los encuestados aprobaba los métodos empleados por las fuerzas policiales, con un 31% crítico con su actuación y un 13% de indecisos. La encuesta de Harris arrojaba datos aún más favorables a la actuación policial: 66% a favor, 20% en contra, y 14% sin opinión. Véase DeBenedetti, *An American Ordeal*, p. 229.

²⁷¹ Wells, *The War Within*, p. 283.

²⁷² Anderson, *The Movement*, p. 203.

²⁷³ DeBenedetti, *An American Ordeal*, p. 236.

²⁷⁴ *Ibid.*, p. 211; Zaroulis, *Who Spoke Up?*, p. 156; John Morton Blum, *Years of Discord: American Politics and Society, 1961-1974* (New York: WW Norton & Company, 1991), p. 294. Era la primera vez que los *doves* representaban una mayoría.

de haber ido dando sus frutos poco a poco, pero fue definitivamente la batalla de Tet la que dio pie a la conversión de algunos.²⁷⁵

Los medios de comunicación llevaban algunos días haciendo referencia continuada al asedio que el ejército de Vietnam del Norte había emprendido contra la base norteamericana en Khe Sanh. El traslado de tropas de apoyo a la zona norte dejó desguarnecida la defensa de Saigón y permitió que durante algunas horas las tropas rebeldes tomaran el control de puntos estratégicos en la ciudad. De manera simultánea, guerrilleros del Vietcong y regulares del ejército norvietnamita atacaron otras muchas ciudades importantes, entre ellas la antigua capital de Hue. Pero la ofensiva general contaba con provocar un levantamiento popular que no se produjo. Saigón recuperó la normalidad en poco tiempo y los focos de mayor resistencia no evitaron que, desde un punto de vista estrictamente militar, la operación resultara un fiasco para los insurrectos. Sin embargo, por mucho que Westmoreland se empeñara en hablar de victoria, la derrota de los revolucionarios no significaba el éxito de la misión norteamericana. Según Robert Kennedy, el optimismo del general respondía a una interpretación ingenua de la guerra que precisaba una revisión inmediata después de lo ocurrido en Tet.²⁷⁶ En sólo un mes, otros 2.000 soldados norteamericanos y 4.000 aliados habían muerto²⁷⁷, y Tet y Khe Sanh habían dejado otras muchas muestras de un sufrimiento que parecía cada vez más estéril.

No es fácil precisar la repercusión de estos hechos en el conjunto de la opinión pública estadounidense. Garfinkle sostiene, por ejemplo, que los números no sustentan

²⁷⁵ Anderson, *The Movement*, p. 186.

²⁷⁶ *The New York Times*, "Kennedy Asserts US Cannot Win", february 9, 1968. Se reprodujo en páginas interiores buena parte del crítico discurso del senador, que sólo días antes había desmentido la posibilidad de oponerse a Johnson.

²⁷⁷ Gitlin, *Years of Hope*, p. 298. El Departamento de Estado anunció el 18 de febrero el mayor número de víctimas norteamericanas en una semana: 543 muertos y 2.547 heridos.

la tesis de que Tet provocara una disminución considerable en el apoyo a la guerra.²⁷⁸ Si hubo un cambio acusado de tendencia éste pudo ser en sentido contrario, ya que algunos datos señalan un repunte importante de quienes eran partidarios de recurrir a una estrategia más agresiva.²⁷⁹

En el ámbito literario, no sorprende que sea *A Country Such as This* el texto que maneje estas cifras por boca de uno de sus personajes principales:

Our troops are good. We've just handed the enemy its greatest defeat. The American public still supports the war. In fact, support for the war has gone up to 74 per cent, according to the Harris survey. [...] If our leaders plant the flag, you follow it.²⁸⁰

Webb ya había utilizado esta información en su segunda novela sobre la Guerra de Vietnam, *A Sense of Honor*. La trama se desarrolla en una academia militar a los pocos días del inicio de Tet. Fogarty, rudo instructor de los jóvenes cadetes, interpreta las cifras que arroja la encuesta Harris sobre el incremento del apoyo a la guerra en aquel momento:

It didn't surprise me at all. We finally get these bastards out where we can fight them and we kick their asses. And then the crybabies like that Senator McCarthy and Bobby Kennedy start bitching and moaning. Americans don't listen to crybabies, Dean. If President Johnson's got a hair on his ass, he'll call for a counteroffensive, and there won't be a damn war left for me to fight by the time I graduate. Americans know that, even if those asshole crybabies don't.²⁸¹

Si no fue eso lo que finalmente ocurrió, sostiene Webb, fue por la nefasta influencia de los medios de comunicación y de políticos ambiciosos como Kennedy, objeto reiterado de críticas e insultos a lo largo de la novela. El texto reitera la valía de los soldados norteamericanos, cuya misión no ha sido finalmente lastrada por el enemigo militar sino por una clase dirigente poco expeditiva y más pendiente de las repercusiones públicas de sus decisiones. Judd Smith y Bill Fogarty atribuyen la

²⁷⁸ Garfinkle, *Telltale Hearts*, pp. 158-159.

²⁷⁹ Una encuesta de Louis Harris elevaba al 74% el número de halcones en el mes de febrero. En Zaroulis, *Who Spoke Up?*, p. 156.

²⁸⁰ Webb, *A Country Such as This*, pp. 473-474.

²⁸¹ James Webb, *A Sense of Honor* (London: Grafton Books, 1981), p. 345.

petición de Kennedy y otros de desvincularse de la “ilusión de Vietnam” al miedo a la derrota militar, pero no era eso lo que motivó las discrepancias públicas de los otrora defensores de la guerra. Desde su pragmatismo, Vietnam ya sólo podía producir mayor división interna y desprestigio internacional. Aun cuando el ejército norteamericano tuvo, finalmente, la oportunidad de demostrar su superioridad, Tet supuso la constatación de que Estados Unidos carecía de un plan claro para ganar la guerra.

Se queja el impetuoso soldado Willow en *Gardens of Stone* de que los acontecimientos y la reacción pública han hecho mella en la moral de muchos oficiales que se replantean la necesidad de continuar.²⁸² La novela de Nicholas Proffitt participa del revisionismo conservador que se ha señalado en otros autores y comparte con ellos los clichés negativos sobre el movimiento de contestación. Pero Proffitt introduce elementos novedosos para dificultar una asociación directa entre su recreación y el discurso hegemónico que legitimó la intervención militar. Clell Hazard, veterano sargento con experiencia previa en Corea, se ha ganado el apelativo de “peacenik sergeant” por su postura crítica con la guerra. Junto al sargento Thurgood Nelson, cree que Vietnam es una causa perdida de antemano que no merece tanta atención de parte de Estados Unidos pues no determina gran cosa en el entramado geopolítico del momento. Pero no cabe esperar de parte del novelista una problematización de la guerra en términos morales a partir del carácter imperialista de la ofensiva, pues su propuesta puede considerarse más militarista que la del propio Webb. Aunque, por una parte, se atiende al hecho de que la guerra ha sido una decisión desafortunada, el texto determina, finalmente, que el prestigio de las fuerzas armadas norteamericanas sí que está en juego. Por tanto, las virtudes militares de jóvenes como Jack Willow merecen el arropo de la clase dirigente y de la ciudadanía.

²⁸² Nicholas Proffitt, *Gardens of Stone* (New York: TOR Book, 1983), p. 412.

Igualmente desmoralizadas están las tropas descritas en ...*And a Hard Rain Fell*, pero el veterano Ketwig destaca el inicio de un espíritu crítico entre los soldados a partir de Tet:

We were not privy to the classified, top-secret intelligence. We couldn't get print-outs from the computer banks at Long Binh. We were not able to talk to Washington daily. And despite our lack of these state-of-the-art military miracles, we were as capable as the American people of analyzing what was going on around us.²⁸³

En quienes contaban con una conciencia política más sofisticada, los episodios de Tet y Khe Sanh influyeron en al menos dos maneras. Para los activos más radicales de la protesta la resistencia vietnamita sirvió como modelo de inspiración. La ocupación durante unas pocas horas de la entrada a la embajada norteamericana en Saigón era la prueba de que, incluso en la situación más adversa, la revolución era posible. La equiparación de los movimientos nacionales de liberación en los países del Tercer Mundo con la avanzadilla pseudo-revolucionaria estadounidense era ridícula; sin embargo, algunos futuros *Weathermen* fantasearon desde aquel momento con la posibilidad de imitar a Che Guevara y Ho Chi Minh. Otros sectores más cautos del movimiento quisieron aprovechar el desánimo provocado por las noticias desalentadoras que llegaban cada día a través de los medios de comunicación.²⁸⁴ El apoyo a la guerra tras el inicio de Tet fue dando paso en los meses siguientes a un descontento cada vez más amplio.²⁸⁵ La defensa patriótica de la causa cedió protagonismo a los desafectos en las encuestas por el impacto de las imágenes más dantescas desde el inicio de la guerra. Especial incidencia tuvo la instantánea tomada por Eddie Adams que recogía la ejecución sumaria de un joven Vietcong en plena calle a manos del jefe de la policía de Saigón. Muchos encontraron en aquella foto la razón definitiva para retirar la ayuda a un aliado que mostraba tanto desprecio a las

²⁸³ Ketwig, ...*And a Hard Rain Fell*, p. 99.

²⁸⁴ Se calcula, por ejemplo, que el 25% de la información televisiva de los noticieros en febrero y marzo se centró en describir la situación de los 5.000 marines asediados en Khe Sanh.

²⁸⁵ Anderson, *The Movement*, p. 185.

convenciones internacionales más elementales. Que el rebelde ajusticiado acabara de matar a un intendente de policía y a su familia resultaba en aquel contexto una sutileza de poca importancia.²⁸⁶

Entre quienes suspendieron su apoyo incondicional a Johnson por aquellas fechas se encontraba un icono de la información como Walter Cronkite.²⁸⁷ Tras regresar de un viaje a Saigón, el popular locutor emitió en su programa un claro veredicto: una salida negociada para un conflicto que terminará en tablas. Su diagnóstico no difería de lo que otros muchos ya manifestaban, pero *CBS Evening News* era un termómetro de la evolución de la opinión pública. Las palabras de Cronkite son reproducidas por Willow en *Gardens of Stone* con una mayor solemnidad que la que la narrativa sobre la guerra con tramas situadas en 1968 le concede al presidente Johnson.²⁸⁸ El caso de Cronkite es también indicativo de que sectores liberales estaban reconsiderando seriamente sus alianzas.

La alternativa de Eugene McCarthy no parecía muy prometedora ni siquiera para los promotores de su campaña. La poderosa maquinaria electoral demócrata aún estaba volcada con Johnson y las primeras estimaciones le auguraban a McCarthy un escaso apoyo del aparato del partido. A esta dificultad se añadían las desavenencias entre el senador por Minnesota y el presidente de ADA, Allard Lowenstein, que era, en el entorno del partido Demócrata, quien con más empeño buscaba una alternativa a

²⁸⁶ El crítico de televisión John Corry manifestó que, junto a la instantánea que inmortalizó a la joven Kim Phuc abrasada por el napalm, la foto de Adams constituyó la representación mediática más impactante de toda la guerra. Sostenía Corry que, contra toda previsión, estas fotografías influyeron más que las imágenes televisivas en el ánimo de los que se opusieron a la guerra de manera más tardía. En Susan D. Moeller, *Shooting War: Photography and the American Experience of Combat* (New York: Basic Books, 1989), p. 392.

²⁸⁷ Es este el momento en el que la estrategia del presidente es más claramente condenada por *Wall Street Journal* y *Life*, por ejemplo. Clark Kerr, antiguo presidente de la Universidad de California, y el sociólogo Daniel Patrick Moynihan se decantaron también definitivamente por ir rebajando la presencia militar. Véase DeBenedetti, *An American Ordeal*, pp. 210-211.

²⁸⁸ Proffitt, *Gardens of Stone*, p. 412. Willow escribe a su novia al día siguiente del pronóstico televisivo de Cronkite: “All the big liberal newspapers are taking the negative approach to Tet and just last night Walter Cronkite called the war a stalemate and said negotiation is the only way out.”

Johnson. ADA avaló por mayoría la candidatura de McCarthy el 10 de febrero, pero un sector minoritario le negó su apoyo a la espera de que aparecieran otras opciones. Lowenstein detectaba en el senador apatía y resignación ante la más que probable derrota. Por su parte, McCarthy renegaba del estilo agresivo de *Conference of Concerned Democrats* y sospechaba que Lowenstein seguía tratando de llamar la atención de Robert Kennedy.²⁸⁹

Pese a todo, el sosiego y sensatez con que se expresaba McCarthy le valieron la admiración de sectores liberales influyentes. Dos días antes de las elecciones primarias en New Hampshire, el *New York Times* celebraba la templanza del candidato como el mejor antídoto contra los excesos y exabruptos propios de la época.²⁹⁰ Poco a poco, muchos jóvenes aceptaron el estilo de un político que se dirigía a ellos con un discurso de cierto calado intelectual insistente en la confrontación de ideas. A la pereza con la que a menudo se mostraba en campaña se contraponía la imagen erudita del único senador poeta.²⁹¹ McCarthy centró su campaña en denunciar el inmovilismo de Johnson e hizo causa común con el pacifismo de base religiosa.

Ya sabemos que es ese el motivo por el que lo prefieren casi todos los miembros de la familia Mullen en *Friendly Fire*. También en *Indian Country*, de Philip Caputo, destaca un personaje que participa activamente en la campaña de McCarthy. Lucius Starkman es un pastor luterano que fue expulsado de su parroquia en Illinois ante las

²⁸⁹ Robert Kennedy fue la primera opción que tanteó Lowenstein. Esta preferencia se mantuvo incluso después del exitoso inicio de campaña de McCarthy, y Lowenstein no perdía ocasión para tratar de convencer a Kennedy de la viabilidad de su candidatura. Desde que el senador por Nueva York decidió pugnar por la nominación, Lowenstein se halló en una difícil coyuntura personal. La fórmula que ideó para hacer compatible el asesoramiento a Kennedy con el deseo de no traicionar a McCarthy fue la colaboración entre ambos hasta que las primarias fueran aclarando quién debía ser el candidato del partido Demócrata. Esta opción se desestimó tras la negativa de McCarthy. Para el análisis de la relación entre Lowenstein y los dos candidatos, véanse Wells, *The War Within*, pp. 224-225; William D. Chafe, *Never Stop Running: Allard Lowenstein and the Struggle to Save American Liberalism* (New York: Basic Books, 1993), pp. 270-271, 277-289; George Rising, *Clean for Gene: Eugene McCarthy's 1968 Presidential Campaign* (Westport, CT: Praeger Publishers, 1997), pp. 50, 55, 63.

²⁹⁰ *The New York Times*, "A Man for this Season", march 10, 1968.

²⁹¹ Gitlin, *Years of Hope*, pp. 296-297.

quejas de una feligresía contrariada por sus ideas progresistas. Como señala Cruz, su misticismo es también comparable al del propio McCarthy;²⁹² incluso como orador combina frialdad y pasión:

Only his gestures revealed the passion that lay under the frozen exterior like a volcano under a glacier. [...] The heated movements looked especially odd because the voice to which they were intended [...] was as cold as the rest of him.²⁹³

Pero el fervor que se detecta en el personaje de ficción (veterano objetor de conciencia y activista por los derechos civiles) no era característico en Eugene McCarthy. Aun así, su campaña concitó el entusiasmo de miles de jóvenes “cruzados” que, atraídos por el lema “Clean for Gene”, no dudaron en “asear” su estética a fin de no alienar a la respetable clase media a la que se dirigían. Pero en ese proceso alejaron a los jóvenes más militantes, que denunciaban que la campaña traicionaba los principios del movimiento.

Además, el propio senador había sido explícito en su objetivo de canalizar la ira contra Vietnam a través del partido Demócrata y alejar a los estudiantes de la lucha callejera. Con ello, contribuyó a alienar a otros muchos estudiantes a quienes no les costó consolidar la tesis de que McCarthy era un arribista con el que el sistema trataba de neutralizar el movimiento contra la guerra. No podía explicarse, de otra forma, su tardanza en sumarse a la causa y lo que los activistas advertían como una pobre trayectoria como progresista.²⁹⁴ Quizás esta visión se vea en cierta medida refrendada por el hecho de que un apoyo significativo a McCarthy en la votación de New Hampshire provino de electores situados a la derecha de Johnson.²⁹⁵

²⁹² Cruz, *Desnudos, muertos y ofendidos*, vol. III, p. 45.

²⁹³ Philip Caputo, *Indian Country* (New York: Bantam Books, 1987), pp. 27-28.

²⁹⁴ En realidad, McCarthy perteneció al reducido grupo de senadores que desde 1966 promovió iniciativas de contención a las decisiones más militaristas de la administración Johnson. La más destacada fue el apoyo a la petición del senador Vance Hartke para que no se reiniciase la campaña de bombardeos que se había interrumpido durante las navidades de 1965. Véase Rising, *Clean for Gene*, p. 51.

²⁹⁵ Zaroulis, *Who Spoke Up?*, p. 157.

Carl Oglesby corrobora el hecho de que McCarthy fue responsable de la brecha que le separó de una parte importante del movimiento. El expresidente de SDS advertía una mayor hostilidad del candidato hacia los jóvenes radicales (a quienes descalificaba como “oposición marginal”) que hacia el propio Johnson.²⁹⁶ Pero el rechazo de parte del movimiento a McCarthy no se explica sólo en función de la coherencia ideológica que decían querer preservar los contestatarios. Parece lógico que ningún político ligado al sistema tradicional de partidos fuera digno de su apoyo; pero eso no implica que algunos no desearan la elección de un candidato que pudiera, al menos, poner fin a la guerra en un plazo razonablemente corto. Oglesby, todavía por entonces una voz autorizada en SDS, señala la doble moralidad con la que el movimiento contra la guerra afrontó la posibilidad de respaldar a Robert Kennedy. En la siguiente cita, reproduce su respuesta a un grupo de empresarios interesados en averiguar los potenciales avales del candidato Kennedy:

RFK needs New Left support like a hole. Hawks would feast on that. Many of us do want RFK to run and beat the hell out of Nixon, but we know better than to say it out loud. [...] we're not always nitwits. We know that only a president can stop the war.²⁹⁷

El repudio a McCarthy tenía mucho que ver con su aparente indolencia. Las reservas de Lowenstein tienen su equivalente literario en la reconstrucción que hizo Norman Mailer de las convenciones nacionales de los partidos Republicano y Demócrata en 1968. En el texto, el novelista reitera el inadecuado perfil de Gene McCarthy como aspirante a la Casa Blanca, un puesto que le resulta casi ajeno por definición:

McCarthy did not look nor feel like a President, not that tall tired man with his bright subtle eyes which could sharpen the razor's edge of a nuance, no, he seemed more like the dean of the finest English department in the land. There wasn't that sense of a man with vast ambition and sufficient character to make it luminous, so there was not that charisma which leaves no argument about the nature of the attempt.²⁹⁸

²⁹⁶ Carl Oglesby, *Ravens in the Storm: A Personal History of the 1960s Antiwar Movement* (New York: Scribner, 2008), p. 140.

²⁹⁷ *Ibid.*, p. 172.

²⁹⁸ Norman Mailer, *Miami and the Siege of Chicago: An Informal History of the Republican and Democratic Conventions of 1968* (New York: Signet Books, 1968), pp. 98-99.

En realidad, Mailer construye una semblanza positiva del personaje. Ajeno a las maquinaciones inherentes al juego político, McCarthy es retratado como un hombre íntegro y honesto al que debía agradecerse su voluntarismo en la época en que no se atisbaban alternativas a Johnson. Por paradójico que parezca, del relato periodístico de Mailer se extrae la tesis de que la actitud del senador tenía más puntos en común con los grupos antisistema de los que cabía imaginar: su programa político parecía sustentado en un idealismo existencial más propio de quienes no estaban llamados a asumir la responsabilidad de gobernar un país. Con menos recursos dialécticos que “el reportero” Mailer, Gene Mullen llega a una conclusión similar en *Friendly Fire* al disentir del apoyo familiar generalizado a McCarthy porque el senador “lived in a cloud”.²⁹⁹ Mailer insiste en su aprecio por el personaje McCarthy, pero le exaspera la falta de combatividad del político McCarthy, del que espera un gesto apoteósico que no se concreta ni siquiera en el momento de debatir con Hubert Humphrey: “The confrontation was at hand. But McCarthy, receiving no inner voice, [...] contented himself with remarking in his most penurious tones, ‘The people know my position.’ [...] Dull anger passed through the audience.”³⁰⁰

En cualquier caso, los sorprendentes resultados obtenidos por el candidato pacifista en las primarias del 12 de marzo (un 42.2%) habían despertado el interés mediático. New Hampshire aportaba muy pocos compromisarios y no representaba, por tanto, ningún aumento real de las posibilidades de McCarthy. Pero el episodio fue importante como constatación de la pérdida de popularidad de Johnson y como augurio de que no sería su único traspie electoral. Fue en aquel contexto en el que, cuatro días después, Robert Kennedy anunció su intención de entrar en la pugna por la nominación de su

²⁹⁹ Bryan, *Friendly Fire*, p. 35.

³⁰⁰ Mailer, *Miami and the Siege of Chicago*, p. 125.

partido. Para contrarrestar las justificadas críticas ante su súbito cambio de actitud, tendió la mano a McCarthy y apuntó hacia una colaboración mutua. McCarthy criticó su oportunismo político y prometió presentarle batalla hasta el final.

Kennedy se había contradicho públicamente, pero sus defensores trataron de explicar que su inconsistencia obedecía a un alto sentido de responsabilidad y sacrificio. Desde esta óptica, Kennedy habría decidido, pese a sus reiteradas discrepancias en torno a la guerra, no enfrentarse a Johnson para evitar el descalabro electoral de los demócratas. Pero tras los buenos resultados de McCarthy en New Hampshire la división ya era un hecho y lo más audaz era conformar una candidatura sólida en torno a su figura. A base de decisiones aparentemente impulsivas se fue gestando la imagen de un político que no podía eludir por más tiempo su firme compromiso moral de acabar con la guerra.³⁰¹ Casi de inmediato, su campaña generó entre muchos jóvenes un entusiasmo equiparable al de los chicos de Gene McCarthy. Pero, además, Kennedy proyectaba una imagen de candidato “presidenciable” que eludía al veterano senador.³⁰² Sigamos con la comparativa entre los dos candidatos elaborada por Mailer para intuir los motivos por los que Kennedy fue ganando terreno a su contrincante:

[...] excited by precisely his mixture of idealism plus willingness to traffic with demons, ogres, and overloads of corruption. This had characterized the political style of the Kennedys more than once. The Kennedys had seemed magical because they were a little better than they should have been, and so gave promise of making America a little better than it ought to be.³⁰³

³⁰¹ Robert Kennedy se había mostrado crítico con determinadas decisiones de la Casa Blanca concernientes a la guerra desde la primavera de 1965. Pero cada vez que parecía que sus discrepancias se volvían más sustantivas y que rompería definitivamente con Johnson, a renglón seguido matizaba sus declaraciones y renovaba su apoyo al presidente. En efecto, Kennedy se convirtió en un buen estratega político que medía con mucha cautela sus pasos. Su plan inicial era consolidar su candidatura para 1972, pero la nueva coyuntura tras Tet y las primarias en New Hampshire le era francamente favorable. Sin embargo, su prudencia no obedecía únicamente a sus ambiciones personales. Personas influyentes en el partido Demócrata y grupos afines como los Comités de Apoyo a Kennedy (creados sin su consentimiento) le seguían presionando para que presentara su candidatura. Sólo después de asegurarse de que Johnson se negaba a alcanzar cualquier compromiso que supusiese una revisión de su política sobre la guerra, Kennedy debió de convencerse de que únicamente con él como candidato su partido tendría posibilidades de derrotar al candidato republicano en las elecciones presidenciales. Para examinar las dudas de Kennedy con respecto a la presentación de su candidatura, véase Palermo, *In His Own Right*, caps. 2 y 3.

³⁰² Anderson, *The Movement*, p. 205.

³⁰³ Mailer, *Miami and the Siege of Chicago*, p. 93.

Además, Kennedy decidió no limitar su campaña a Vietnam y se postuló como defensor de los derechos de las minorías étnicas. De esta manera, se hizo frecuente ver al nuevo aspirante rodeado por una multitud de seguidores negros o chicanos en diversas ciudades de Estados Unidos. También el ala progresista del partido Demócrata se rindió a su populismo y se reeditó la esperanza de cambio que se había empezado a atisbar con su hermano.

La narrativa sobre la guerra también expresa mayor admiración por Bobby Kennedy. ...*And a Hard Rain Fell* se suma al elogio que otras narraciones liberales le dispensan al senador por Nueva York. El lector incauto nada concluiría, por ejemplo, sobre el oportunismo político que se le atribuye a Kennedy, ya que el texto de Ketwig deja la impresión de que fue McCarthy quien siguió sus pasos y no al revés. No exento de una cierta ingenuidad, el protagonista de la novela confía en que Kennedy investigue las alegaciones de la compañía contra la negligencia del capitán Benedict.³⁰⁴ Pero el relato revela que Ketwig esperaba del político mucho más que la simple mediación en un conflicto de índole personal. Su asesinato en junio conduce al personaje a la paranoia de creer en un complot que sistemáticamente aniquila a quienes intentan evitar la debacle moral del país.³⁰⁵ En *Sons*, Dana se refiere al viaje que el senador por Nueva York realizó a Johannesburgo en el verano de 1966. El episodio (que remite al discurso de su hermano a los berlineses de unos años antes) adquiere para este personaje tintes heroicos toda vez que Kennedy se dirige a la multitud desde el capó de un coche para declararle la guerra al racismo imperante en Sudáfrica y Estados Unidos.³⁰⁶ En *1968*, de Joe Haldeman, otro personaje femenino, Beverly, muestra similares dosis de admiración por el político mientras colabora en la campaña durante las primarias de California.³⁰⁷

³⁰⁴ Ketwig, *...And a Hard Rain Fell*, p. 106.

³⁰⁵ *Ibid.*, p. 132.

³⁰⁶ Hunter, *Sons*, p. 324.

³⁰⁷ Joe Haldeman, *1968* (London: New English Library, 1994, 1995).

De igual manera, en *A Country Such as This* Dorothy acude al auxilio de Bobby tras ser tiroteado,³⁰⁸ asumiendo en este caso el rol de Madonna que la crítica ha dado en asignarle.³⁰⁹ Todas estas referencias dan cuenta de la mitificación que alcanzó la figura de Robert Kennedy, que, como es lógico, se agrandó con su muerte. Mailer constata esto último durante su sepelio, donde se pudo comprobar, además, que la base electoral que lo sustentaba difería mucho del apoyo más sofisticado que arropaba a McCarthy:

The poorest part of the working-class of New York had turned out, poor Negro men and women, Puerto Ricans, Irish washerwomen, old Jewish ladies who looked like they ran grubby little news stands, children, adolescents, families, men with hands thick and lined and horny as oyster shells, calluses like barnacles, came filing by to bob a look at that coffin covered by a flag. [...] A river of working-class people came down to march past Kennedy's coffin, and this endless line of people had really loved him, loved Bobby Kennedy like no political figure in years had been loved.³¹⁰

Ya se ha comentado que el sector más militante del movimiento contra la guerra no secundaría públicamente a ningún candidato que propusiera el sistema, por lo que no hacían grandes distingos entre McCarthy y Kennedy. Además, en el caso de éste último, argüían que quien había sido cómplice de su hermano en la intervención militar no podía pasar, sin más, a encarnar la solución a la guerra. Apoyarlo equivaldría a traicionar la conciencia revolucionaria que estaba adquiriendo el ala más disidente. Pero la realidad es que las expectativas generadas por la campaña atrajeron el interés de un sector importante de la Nueva Izquierda, y destacados miembros del movimiento dieron un apoyo explícito al candidato.³¹¹ Es verdad que las propuestas de McCarthy sobre la guerra eran más consistentes que las de su adversario, pero las declaraciones de Kennedy encajaban mejor en la retórica y el estilo de los radicales. Aunque su giro hacia la izquierda era cuestionado por algunos, al fin y al cabo había sido el primer

³⁰⁸ Webb, *A Country Such as This*, p. 488.

³⁰⁹ Cruz, *Desnudos, muertos y ofendidos*, vol. III, p. 49.

³¹⁰ Mailer, *Miami and the Siege of Chicago*, p. 203.

³¹¹ Es el caso de Abbie Hoffman, John Lewis, Jack Newfield, Robert Ser, Carl Oglesby, Tom Hayden y Staughton Lynd. Véase Anderson, *The Movement*, p. 205. Hayden y Lynd ya habían participado a principios de 1967 en reuniones privadas con Kennedy, quien, a diferencia de McCarthy, se mostraba menos escrupuloso en la selección de sus alianzas. Véase Palermo, *In His Own Right*, pp. 39-40.

político de renombre que al poco de comenzar la guerra se mostró comprensivo con la insumisión, valoró en positivo la donación de sangre a víctimas de la guerra en Vietnam del Norte, o abogó por reconocer al NLF como interlocutor válido si se quería llegar a una solución negociada.³¹² Pero, además, Kennedy orientó su campaña hacia algunos de los temas que había retomado con fuerza la disidencia desde hacía unos pocos meses. Sin duda, la popularidad del candidato entre la clase obrera y las minorías raciales fue lo que encandiló a algunos destacados contestatarios. En *A Country Such as This*, Dorothy Dingenfelder es un ejemplo paradigmático del esfuerzo de algunos activistas por “olvidar” el tibio pasado del candidato en la lucha contra la segregación racial cuando ostentaba la máxima responsabilidad en el Departamento de Justicia. En su análisis de los graves disturbios raciales en Watts en el verano de 1965, el personaje de ficción toma como referencia las palabras de Bobby Kennedy para justificar los excesos: “There is no point in telling Negroes to obey the law. To many Negroes the law is the enemy.”³¹³

No es posible precisar el impacto que el asesinato de Robert Kennedy tuvo en el conjunto del movimiento contra la guerra. Ya observamos la falta de consenso historiográfico a la hora de atribuirle a cada acontecimiento relevante un nivel de influencia determinado en el extremismo hacia el que derivó la protesta en los primeros seis meses de 1968. Tampoco la literatura aporta datos definitivos al respecto. En muchos personajes de ficción podemos advertir un cambio radical de actitud, pero cada uno ofrece su propio momento de revelación. Acabamos de comentar que un número destacado de activistas fictivos se muestran abatidos tras la noticia de la muerte de Kennedy: Dorothy, Beverly, “el reportero” Mailer, los Mullen y Ketwig entre otros. En su desconsuelo bien pudieran verse las lágrimas de Tom Hayden ante la capilla ardiente

³¹² Ibid., pp. 15-16, 21-22.

³¹³ Webb, *A Country Such as This*, p. 394.

del político, en un episodio varias veces relatado³¹⁴ y, al parecer de algunos, con los mismos tintes de dramatización que sus equivalentes de ficción. En cualquier caso, todos ellos interpretaron el fallecimiento de Kennedy como una nueva ocasión perdida. Y algunos activistas decidieron que aquella había sido la última oportunidad que le habían concedido al sistema y que, desde ese momento, la violencia estaba más justificada que nunca.

Pero tratemos de sintetizar la trayectoria que los pudo conducir a ese callejón sin salida. Recordemos que grupos marginales llevaban tiempo haciendo apología de la violencia. En 1968, fueron varios los jóvenes que creyeron que no habían llegado al nivel de compromiso al que los había conminado Paul Potter en el ya lejano abril de 1965. La ofensiva Tet de principios de año suponía un modelo a imitar. En su recreación ilusoria de la situación en Estados Unidos, los activistas más concienciados se mostraron dispuestos a protagonizar la versión norteamericana de la resistencia del campesinado vietnamita. Hayden explica que el recurso de la violencia era el resultado de un grotesco sentido de empatía con los revolucionarios del Tercer Mundo:

Not being able to be Vietnamese -those people were taking the brunt of the punishment-the least one could do would be to stand in front of the war machine...to extent possible. I guess not going as far as suicide, but trying to find some way to confront it where you would definitely pay a price, but the larger result would be that the system would pay a price for inflicting that punishment on you.³¹⁵

La renuncia de Johnson a la reelección supuso la primera gran victoria del movimiento pacifista. Pese a la cautela de unos pocos dirigentes, los activistas creyeron que se había dado un paso imprescindible para el fin de la guerra y que la protesta había sido un factor determinante. A buen seguro, la retirada definitiva de las tropas norteamericanas llevaría algún tiempo más. Pero, por primera vez, el esfuerzo antibelicista podía acreditar resultados concretos. Algunos militantes ya equiparaban su

³¹⁴ Garfinkle, *Telltale Hearts*, p. 160; Gitlin, *The Sixties*, p. 310; Kirpatrick, *SDS*, p. 450; Zaroulis, *Who Spoke Up?*, p. 160.

³¹⁵ En Gitlin, *The Sixties*, pp. 290-291.

determinación a la de las organizaciones por los derechos civiles de principios de la década e incluso a la de los insurgentes vietnamitas. La resistencia pasiva en los comedores de los almacenes Woolworth en Carolina del Norte en 1960 no había enterrado las prácticas racistas en Estados Unidos, ni la ofensiva Tet culminó con la reunificación de Vietnam. Pero aquellos hitos históricos se comparaban ahora con la “deserción” de Johnson, un claro síntoma de que la guerra tocaba a su fin. El tiempo se encargó de invalidar aquella versión, pero en la noche del 31 de marzo y en los meses siguientes era ciertamente difícil sustraerse al clima general de euforia desatado tras el anuncio de Johnson. Mary McCarthy sintetiza a la perfección el sentir del movimiento contra la guerra en su conjunto:

When we heard Johnson’s “abdication” speech live, on the radio, [...] all of us -foreign journalists and one professor- dancing, kissing, hugging each other, took a bit of the credit to ourselves. [...] I felt a dazed pride myself. We had helped bring the war to an end -for that of course was our expectation as we drank a toast in a horrible Bulgarian alcohol.³¹⁶

Las predicciones de la militancia pacifista no están exentas de cierta ingenuidad, pero es verdad que la solemnidad con la que el presidente se dirigió a los ciudadanos pudo dar a entender que se estaba produciendo un cambio radical en la estrategia estadounidense. El discurso presidencial ofrecía la novedad de un cese unilateral e incondicional de las hostilidades sobre la mayor parte de Vietnam del Norte. Cuando Johnson anunció que se retiraría al final de su mandato, muchos vieron en él la figura de un político superado por las circunstancias que renunciaba a proseguir con su estrategia militar en el Sudeste asiático. No ofrecemos aquí ninguna interpretación sobre el auténtico estado de ánimo de Johnson ni sobre sus intenciones reales cuando emitió aquellas palabras.³¹⁷ Tampoco insistiremos ahora en las reacciones inmediatas que

³¹⁶ McCarthy, *The Seventeenth Degree*, pp. 30-31.

³¹⁷ Mucho se ha conjeturado acerca de si Johnson tomó la decisión de anunciar su renuncia en el momento mismo de ponerse delante de las cámaras. Existen distintas versiones al respecto. Para consultar el discurso completo, véase <http://www.lbjlib.utexas.edu/johnson/archives.hom/speeches.hom/680331.asp> (visita 25 junio 2012).

provocó la noticia en el entorno de la disidencia. En este punto, el episodio nos interesa en la medida en que se nos antoja crucial en el devenir del movimiento por la paz en los meses (e, incluso, años) posteriores.

Por una parte, hemos venido insistiendo en las consecuencias positivas que para la causa contra la guerra llevaba aparejada la “derrota” de Johnson. Tras meses de incertidumbre y desconcierto, el discurso disidente volvía a hacer causa común. Quizás por vez primera desde su creación, el movimiento hacía honor a su nombre y cobraba un sentido pleno. La acción conjunta de grupos tan heterogéneos parecía encaminarlos hacia la consecución del objetivo que había servido de nexo en los momentos más difíciles de convivencia. Pero, por otro lado, el episodio constituyó un elemento destabilizador para la protesta contra la Guerra de Vietnam. Hasta tal punto esto fue así, que se puede señalar esta fecha como el inicio de su declive. Esta paradoja admite más de una explicación.

Se ha destacado la diversidad de actividades como una de las señas de identidad del fenómeno antiguerra. Distintos políticos, organismos y empresas estatales y privadas sufrieron el acoso de los activistas a lo largo de los años sesenta, pero los males de la guerra estaban fundamentalmente personalizados en las figuras de Johnson y Robert McNamara. En el escaso intervalo de un mes, los dos personajes que habían sido objeto de la ira de los disidentes parecían quedar apartados del primer plano. El secretario de defensa buscó un retiro cómodo como presidente del Banco Mundial y Johnson parecía querer dejar claro que, aunque seguiría siendo el inquilino de la Casa Blanca en los próximos meses, aquella ya no era su guerra. Los pacifistas tenían motivos para la celebración, pero les costó adaptarse a una nueva realidad sin los adversarios más reconocibles. Al fin y al cabo, como reza el primer código de derecho romano, “contra el enemigo la reivindicación es eterna”. A buen seguro que no habría dificultad en

reemplazar a los antiguos “villanos” por otros nuevos, pero durante cierto tiempo a éstos les acompañaría una cierta inmunidad derivada de la legitimidad que les otorgarían las urnas. Esto ayuda a explicar que, a partir del primer trimestre de 1968, los objetivos que decían perseguir los distintos sectores de la protesta fueran mucho más difusos y resultara cada vez más complejo articular un discurso focal común.

La “desaparición” de los antagonistas principales fue acompañada de un vértigo aún mayor ante el supuesto de una realidad sin Guerra de Vietnam. El nuevo desafío impulsó a los grupos radicales hacia un discurso cada vez más antisistema de condena a toda la clase política. Las reticencias de SDS a liderar la causa pacifista no eran nuevas, como se ha evidenciado ya varias veces. Sólo que la nueva situación le infería más sentido a la necesidad de diversificar la labor de resistencia para combatir a las fuerzas que impedían la revolución en ciernes. De ahí que, en estos ámbitos, la protesta contra la guerra quedara cada vez más relegada. Y, una vez más, los extremistas dirigieron la mirada hacia la situación de los afroamericanos y se conjuraron para desterrar el racismo.

Incluso con anterioridad al impactante anuncio de Johnson (y, por tanto, antes del asesinato de Luther King y las revueltas que propició), los activistas de SDS y grupos en su órbita ya tenían motivos para pensar que debían centrar su atención en la liberación de los negros. Y es que en los tres primeros meses de 1968 los incidentes raciales se habían multiplicado por diez en comparación con el mismo período del año anterior.³¹⁸ Uno de estos episodios concluyó con la muerte de tres jóvenes estudiantes de la Universidad de Carolina del Sur tras los disparos de unidades de la policía de carretera. Lo que pasó a conocerse como “la masacre de Orangeburg” había tenido su origen en una campaña por la integración de la única bolera de la zona, cuyo propietario

³¹⁸ DeBenedetti, *An American Ordeal*, p. 217.

aludía a su derecho de admisión para negarse a recibir clientela negra. Aunque los medios prestaron muy poca atención, la vanguardia radical en torno a SDS sostuvo que lo ocurrido era una muestra más de que los derechos civiles habían conquistado muy poco terreno desde 1960. Si acaso, el cambio consistía en una actitud más beligerante de parte de las fuerzas de seguridad del estado.³¹⁹

Buena prueba de que el cambio de estrategia estaba calando en las filas de SDS lo demuestra la intervención de Oglesby durante la celebración del consejo nacional de la coordinadora estudiantil a finales de marzo. Es relevante comentar su discurso habida cuenta de que no se trata de un militante extremista, pues el dirigente caería en desgracia dentro de la organización un año después por su escaso compromiso en favor de la lucha armada. Pero en 1968, Oglesby, basándose en el informe de la Comisión Nacional Consultiva sobre Desorden Civil que denunciaba el deterioro de las condiciones de vida en los guetos,³²⁰ propuso que SDS se redefiniera como movimiento por los derechos de los negros. El propio Oglesby rememoraba, años más tarde, sus palabras en aquella reunión: “the point had been made, the debate, having been properly staged, had been won; antiwar organizing as such no longer needed to be done as a

³¹⁹ En efecto, el suceso nos remite a la campaña por la integración de los almacenes Woolworth en 1960. Pero también fue diferente la actitud de quienes estaban implicados en la protesta, muy lejos de la resistencia pasiva de sus antecesores. Durante tres días se concentraron en torno a la bolera, y cuando la policía intervino para desalojarlos o dispersarlos los activistas reaccionaron con violencia causando destrozos en el mobiliario urbano. Para atender a los pormenores del incidente del 8 de febrero, véase, por ejemplo, Earl Ofari Hutchinson, *Betrayed: A History of Presidential Failure to Protect Black Lives* (Boulder, CO: Westview Press, 1997), pp. 139-141. Los agentes que fueron llevados a juicio comentaron que creían haber respondido a un disparo previo. El argumento, cuanto menos inexacto, sirvió para la exculpación de todos ellos. Las evidencias señalan que no existió ataque con armas de fuego de parte de los estudiantes. Además de los tres fallecidos, hubo otras 27 víctimas, muchas de ellas con heridas de bala en la espalda. Sólo un joven militante de SNCC cumplió meses de cárcel al ser considerado principal instigador de la hostilidad de los universitarios.

³²⁰ Conocida como Comisión Kerner, había sido propuesta por el presidente Johnson en 1967 para indagar en las causas de los conflictos raciales que se venían repitiendo regularmente cada verano desde 1964. Los comisionados se alejaron de los argumentos tendientes a culpabilizar al extremismo nacionalista negro y en su lugar llegaron a la conclusión de que el racismo blanco estaba en el origen de las revueltas. El informe no auguraba un futuro inmediato muy esperanzador, reflejado en la que se ha convertido en la frase más celebrada del documento: “Our nation is moving toward two societies, one black, one white – separate and unequal.” Ver un extenso resumen en <http://www.eisenhowerfoundation.org/docs/kerner.pdf> (visita 19 enero 2012).

program at the local or capillary level.”³²¹ Se suponía que la reunión serviría para organizar las iniciativas pacifistas del mes siguiente, pero en lugar de eso buena parte del tiempo se empleó en aprobar una resolución que finalizaba así:

We have a special responsibility to fight racism among our own white population. In the context of that struggle against racism in the white population, we will be able to aid the struggle for black survival and for black liberation in every way we can.

Finally, we recognize that racism insinuates itself into both our personal and our political attitudes. We are determined to fight it in our personal lives as we fight all the aspects of a racist culture that the system attempts to inject into us.³²²

El nuevo cariz que algunos militantes querían imprimirle al movimiento de protesta también tuvo mucho que ver en la ruptura en 1968 de SMC, que, tras numerosas deserciones, quedó bajo exclusiva influencia trotskista. La mayoría de sus antiguos integrantes volvieron a señalar el dogmatismo de SWP y YSA como causa principal del desencuentro. Pero lo que estos grupos trataban de evitar era que el comité se transformara en algo completamente distinto. Eso es, al menos, lo que sospechaban tras la aprobación de un informe que apuntaba hacia dónde pretendía evolucionar SMC:

Our focus has been almost completely on the war, and very little on the draft, racial oppression, and university complicity. [...] Major national or international actions are of vital importance and almost no one has suggested that we stop organizing them. However, it is equally important for SMC to help groups increase their campus base and effectiveness on a continuing basis, around all *four* issues.³²³

Los vaivenes ideológicos y estratégicos en los primeros meses de 1968 provocaron que el movimiento contra la guerra como tal se fracturara de manera importante. Por mucho que Vietnam estuviera aún muy presente en el ideario antibelicista, la respuesta positiva de Hanoi a la propuesta de Johnson y el anuncio a principios de mayo de que las delegaciones de ambos países comenzarían a negociar de inmediato contribuyeron a que muchos activistas reorientaran su protesta. No sólo el sector radical abandonó su compromiso contra la guerra; también el sector moderado se apartó del esfuerzo

³²¹ En Wells, *The War Within*, pp. 271-272.

³²² David Barber, *A Hard Rain Fell: SDS and Why it Failed* (Mississippi: University Press of Mississippi, 2008), p. 42.

³²³ En Halstead, *Out Now!*, p. 399.

colectivo para centrar su interés en las posibilidades de cara a las elecciones de noviembre.

Ya se ha comentado el fervor con el que muchísimos jóvenes se adentraron en las campañas de McCarthy y Kennedy. Del lado radical, la muestra más significativa de que parte de la disidencia estaba ampliando sus demandas fue la “ocupación” de la Universidad de Columbia desde el 23 de abril. El episodio se ha convertido en uno de los más rememorados de la historia de la protesta de los años sesenta. Y, sin embargo, situaciones similares se habían repetido en varias universidades desde 1967. Los estudiantes llevaban un tiempo revelando información que ponía de manifiesto la complicidad de muchos centros de enseñanza superior con el ejército, el Departamento de Defensa y multinacionales como Dow Chemical (principal proveedor del napalm que se utilizaba en Vietnam). Las visitas de miembros del cuerpo de marines, agentes de la CIA y representantes de la corporación química eran muy frecuentes en la Universidad de Columbia. En los primeros meses de 1968 concurren varios elementos que le dieron a este tipo de protestas una dimensión mediática desconocida hasta entonces.³²⁴

En línea con el criterio del comité central de SDS y otras agrupaciones, Mark Rudd intuyó que el momento era propicio para poner a prueba la viabilidad de una agenda radical más amplia que la crítica ceñida a la Guerra de Vietnam. Es verdad que Rudd, militante de SDS erigido en principal protagonista de aquellos días, había denunciado con anterioridad la complicidad de la universidad con los promotores de la guerra, pero con escaso éxito. De hecho, la mayoría de militantes de SDS en Columbia criticaban el aventurismo de la corriente minoritaria liderada por Rudd, más conocida como “action faction”. La facción mayoritaria, proclive a proyectar una imagen de organización

³²⁴ Para los detalles pormenorizados de lo ocurrido en Columbia, véase Sale, *SDS*, pp. 430-447. Una reconstrucción no tan focalizada en los estudiantes, sino que da cuenta del comportamiento de las autoridades académicas, el profesorado, las fuerzas de orden público y los estudiantes contrarios a SDS la ofrece Robert A. McCaughey, *Stand, Columbia: A History of Columbia University in the City of New York, 1754-2004* (New York: Columbia University Press, 2003), caps. 15 y 16.

responsable a fin de reclutar nuevos miembros entre el estudiantado y no alienar a la clase trabajadora, recibió la denominación de “praxis axis”. Lo significativo de este episodio es que Rudd consiguiera protagonizar una revuelta estudiantil sonada, y que, por primera vez, sus invectivas tuvieran el suficiente eco como para ser asumidas por una parte importante del estudiantado. Que Rudd lograra imponer sus tesis a las de los carismáticos Ted Gold y David Gilbert habla bien a las claras de la dificultad de los sectores moderados de la protesta para liderar la misma. En un período no superior a 30 días se habían sucedido el informe de la comisión Kerner, la renuncia de Johnson, el asesinato de King y las consiguientes revueltas raciales. Parecía el momento propicio para que prosperaran los planes más radicales.

En la crisis de Columbia, la conexión con la guerra estaba en la estrecha colaboración entre la universidad y el Instituto de Análisis de Defensa, a cuyas reuniones de accionistas acudía con frecuencia el rector Greyson Kirk. Esta información era de dominio público, y sólo cuando Kirk empezó a encontrar dificultades para explicar ésta y otras relaciones comerciales cayó en la cuenta de que los estudiantes ponían en entredicho algunos supuestos que hasta aquel momento se habían entendido como normales. Pero, como ya se advirtió, esto no difería de lo que ocurría en otras universidades, donde eran frecuentes actos de protesta en los que se llegaba a sabotear la presencia de los reclutadores de las agencias mencionadas.³²⁵ Por tanto, la protesta no hubiera acaparado tanta atención de no mediar el componente racial.

Días antes de la crisis, Rudd irrumpió en la misa con la que las autoridades académicas pretendían honrar la figura de King y denunció la hipocresía de una institución que daba muestras de su racismo. La universidad había decidido construir un nuevo gimnasio en un terreno que le había cedido la ciudad en un parque adyacente.

³²⁵ Según fuentes de la compañía, en el curso académico 1967-1968, un 33% de las 339 visitas realizadas por representantes de Dow Chemical a los centros universitarios de todo el país recibieron algún tipo de contestación de parte de los estudiantes. En Sale, *SDS*, p. 382.

Cuando se iniciaron las obras, los vecinos de Harlem denunciaron que se les estaba arrebatando su espacio, toda vez que el acceso al polideportivo sería muy restringido para quienes no pertenecieran a la comunidad universitaria. El colectivo de estudiantes negros (hasta entonces poco politizado) señaló la inconsistencia de construir el recinto en un barrio con evidentes carencias en infraestructuras deportivas. Tras el apoyo de los simpatizantes de SDS, comenzó la “liberación” de distintos edificios de la universidad que fueron ocupados durante días por los estudiantes. Con el paso de las jornadas, los “amotinados” ampliaron sus demandas y exigieron nuevos derechos para el estudiantado y un mayor protagonismo en los órganos de decisión de la universidad. Además, el presidente Kirk respondía a la imagen del administrador conservador y paternalista, pues recientemente había expresado su preocupación por el creciente nihilismo de una parte de la juventud norteamericana.³²⁶ De ahí que se exigiera también su dimisión.

La protesta en Columbia contaba, pues, con los elementos necesarios para convertirse en un éxito, tal y como resumía un panfleto que circuló aquellos días:

A University which designs weapons for the Pentagon and the police, steals public park land to build a segregated gym, throws community residents out of their homes, and calls the cops to beat its own students cannot be allowed to carry out its business as usual. . . .The striking students will hold their own commencement ceremonies.³²⁷

Otros líderes del movimiento que poco tenían que ver con la Universidad de Columbia también quisieron estar presentes en aquella ceremonia de graduación. Activistas como Tom Hayden o H. Rap Brown participaron en la protesta cuando advirtieron su repercusión mediática. Pero también se sumaron a la campaña porque detectaron indicios de que el movimiento de protesta estaba entrando en una nueva fase.

³²⁶ Un día antes del inicio del conflicto, el propio Rudd había respondido en términos poco amistosos a Kirk en una carta que terminaba con los versos de LeRoi Jones: “Up against the wall, motherfucker, this is a stick-up”. Consultar en <http://beatl.barnard.columbia.edu/Columbia68/documents/doc3.htm> (visita 19 julio 2012).

³²⁷ En Anderson, *The Movement*, p. 199.

Los estudiantes radicales, que habían conseguido paralizar toda la actividad académica, utilizaban con naturalidad expresiones como *universidad sitiada*, *edificios liberados* o *secuestro de autoridades*. Ciertamente es que el resultado de aquellos días fue similar a lo que había conseguido el *Free Speech Movement* en Berkeley en 1964. Cuando Kirk recurrió a la policía para desalojar a los desafectos, provocó la solidaridad con la causa incluso de los estudiantes más apáticos. Desde ese instante, sólo era cuestión de tiempo que los órganos rectores accedieran a las principales exigencias: no se construyó el gimnasio, se cancelaron las visitas de los reclutadores y se concedió más representatividad al alumnado. Los impulsores de la campaña, después de haber soñado con transformar la universidad, sintieron que los logros eran exiguos. Pero cuando se alcanzó un cierto compromiso de amnistía para todos los que habían intervenido en la protesta, el asunto quedó zanjado. No nos interesa, sin embargo, en este momento determinar si la campaña terminó en fracaso o éxito a medias.³²⁸ El episodio es significativo como toma de conciencia de un nuevo tiempo por parte del movimiento disidente. En este sentido, algunos investigadores han señalado que en lo ocurrido aquellos días en la Universidad de Columbia está el germen de lo que luego sería el fenómeno terrorista *Weathermen*. Señalan estas fuentes la significativa proporción de futuros “hombres del tiempo” que participaron de manera más o menos activa en aquella revuelta.³²⁹

Recurramos a dos de las novelas a las que nos hemos venido refiriendo para reseñar la importancia que ha recibido el episodio de Columbia en la literatura norteamericana sobre la guerra. En *The Nuclear Age*, O'Brien no se refiere de manera explícita a este suceso. De hecho, la novela adelanta a 1967 la ocupación de la universidad como nueva

³²⁸ El resultado fue, de hecho, bastante ambiguo. El episodio mediático acabó en aquel momento, pero en los siguientes meses se repitieron las protestas, se celebraron más jornadas de huelga y se ampliaron las demandas de los estudiantes.

³²⁹ Véanse, por ejemplo, Sale, *SDS*, pp. 441, 447 y Jeremy Varon, *Bringing the War Home: The Weather Underground, the Red Army Faction, and Revolutionary Violence in the Sixties and Seventies* (Berkeley, CA: University of California Press, 2004), p. 25.

estrategia a la que se aviene el grupo con el que se relaciona Cowling. Pero pasajes como el siguiente establecen conexiones inequívocas con Columbia en 1968 y con algunos de sus momentos memorables:

There were occupied offices. Picket lines went up in Old Main. My own role was limited, but I remember the sound of breaking glass, a jimmed lock, how we effected entry into the Dean of Student's office on that last warm night in May.³³⁰

La deriva extremista asociada a este nivel de compromiso se comprueba fácilmente a través de Sarah Strouch, personaje del que está enamorado el protagonista. Sarah (evidente recreación de Bernardine Dohrn) instruye al indeciso Cowling en las siguientes misiones del grupo: “What you have to bear in mind is that this college crap won't last forever. Pretty soon we graduate. Commence, et cetera. [...] You know,” she'd say, and smile. “Apply our educations.”³³¹ En el mismo capítulo, se da cuenta al lector del carácter subversivo del personaje:

On three occasions during our senior year, Sarah took off on extended trips to various unspecified locales. She came back tan and silent. There were late-night phone calls and coded conversations with anonymous personages. [...] There was an airline Schedule. A Spanish-English dictionary, a travel brochure with photographs of Key West by moonlight.³³²

Sarah evoluciona hacia posiciones más radicales a raíz de su participación en actos como la toma de la universidad. Por su parte, Cowling redobla esfuerzos para que una mayor implicación en el grupo liderado por Sarah no le obligue a renegar de sus principios pacifistas. Es esta indefinición de Cowling la que lo convierte en un personaje más interesante para tratar de concretar el carácter de la disidencia norteamericana a partir de los primeros meses de 1968. El protagonista deja bien marcadas las diferencias que lo separan de quien ya a estas alturas de la novela es su pareja sentimental. Incluso refiriéndose a 1969, el personaje aclara su grado de

³³⁰ O'Brien, *The Nuclear War*, p. 107.

³³¹ *Ibid.*, p. 114.

³³² *Ibid.*, p. 113.

complicidad con el grupo terrorista: “I was in it, yes, but I was not part of it.”³³³ Cowling no cede nunca a las presiones para que asuma una participación más activa, y, todo lo más, se limita a actuar de enlace o recadero. En no pocas ocasiones, el personaje desacredita las actividades de sus camaradas y se refiere a la propia Sarah como agresiva, compulsiva y exhibicionista. Pero, al mismo tiempo, al explicar su propia militancia en *El Comité*, reconoce la lógica que subyace en el discurso de los terroristas. Cowling pasa a la clandestinidad inmediatamente después de ser llamado a filas. Pero no es sólo la coyuntura personal lo que determina su decisión final. Al igual que pudo ocurrir con algunos jóvenes en aquellos años, Cowling es capaz de compaginar su repudio a la violencia con la necesidad de buscar alternativas extremas de lucha contra la guerra. De ahí que sea capaz de valorar la determinación de Sarah:

Clearly, in Sarah’s case, the war deeply affected her. The pain was genuine. [...] Sarah Strouch: schizophrenic, perhaps. Unpredictable. But there was a war on, people were dying, and the realities conditioned consciousness, not the reverse. Issues of personality became trivial. Was Noah paranoid? Who sank and who swam? In a crowded theatre, if someone yells “Fire!” do you respond by inquiring into matters of the mind? If a madman holds a knife to your throat, if a butcher goes berserk, do you pause to administer a character inventory? And if the bombs are real. If you see a missile rising over Little Bighorn. If you can conceive of last things. If there’s a war on. If you care.³³⁴

La incapacidad de Cowling para completar cada frase condicional revela su estado de confusión. Y no es el único caso en el grupo. Su amigo Ned Rafferty (trasunto literario de Bill Ayers) demuestra carencias similares cuando trata de especificar las razones que lo han situado en la senda de la lucha armada:

Motives. Who knows? Real jumbled. Oh, sure, Sarah. Classy lady. Much love, but that’s not...This rad shit, it’s not me. Politics, I hate it. Humphrey, Nixon -who cares? But here I am. Sarah, sure. The right thing, I guess. The war. Not a nice war. Very tangled. So do the right thing...Dumb jock. The right thing, I think. Dumb. So what’s the right thing? Down inside I’m all red, white, and blue. Fucking Republican, you believe that? True. Many misgivings. What’s *right*? Motives, man, I don’t know. I walk away. Real brave, real dumb.³³⁵

³³³ Ibid., p. 214.

³³⁴ Ibid., pp. 106-107.

³³⁵ Ibid., p. 157.

Fueran cuales fueran los impulsos personales de cada uno de estos jóvenes idealistas, la inercia derivada de actos como los ocurridos en la Universidad de Columbia en 1968 debió de incitarlos a explorar métodos más contundentes de protesta. De nuevo, el joven Cowling explica que, más que tomar una decisión al respecto, ha gravitado hacia su condición de prófugo:

I did not want to die, and my father understood that.
It wasn't cowardice, exactly, and he understood that, too, and it wasn't courage.
It wasn't politics.
Not even the war itself, not the coffins or justice or a citizen's obligation to his state. It was gravity. Something physical, that force that keeps pressing toward the end.
Certain blood, uncertain reasons, but finally you have to choose.³³⁶

Tampoco hay una mención expresa a los incidentes en la Universidad de Columbia en *A Country Such as This*. Pero obviando las inexactitudes históricas que se multiplican en el texto de Webb, la novela refleja bien el estado de desorientación en el que se sumió una buena parte del movimiento disidente en 1968. Como se ha dicho, el interés de Webb por anticipar el radicalismo de Dorothy determina que sea más útil referirse a la suspensión de la actividad académica en la Universidad de Harvard tras las protestas organizadas por SDS en 1967. Lo que demuestra que el novelista tiene en la cabeza un tiempo histórico posterior a 1967 es que pone ya en circulación a los *Weathermen*. Si trasladamos, por tanto, el momento de la ficción a 1968, Dorothy puede ser un buen exponente de la inconsistencia ideológica que caracterizaba a distintos actores de la protesta por aquel entonces. Hasta ahora, hemos criticado la caracterización camaleónica de Dorothy Dingenfelder que la convierte, en ocasiones, en un esperpento. Pero, por una vez, estamos destacando el valor referencial del personaje. El caso de Dorothy no era excepcional en 1968. Como también advertimos en William Cowling, muchos jóvenes activistas incurrieron en contradicciones internas movidos por la necesidad de provocar cambios estructurales en el país. Es verdad que Webb

³³⁶ Ibid., p. 140.

explica el devaneo político de Dorothy en función de los propios intereses personales que la guían (el objetivo de convertirse en congresista la ayuda a convivir con su incoherencia). Dorothy es capaz de conciliar su admiración por Martin Luther King con la fascinación por los Panteras Negras, alabar el compromiso de las bases de SDS al mismo tiempo que justificar los excesos de la facción *Weathermen*, prestar asistencia legal al mismo tiempo a un objetor de conciencia y a un joven que lleva una cazadora con la provocativa leyenda *FUCK THE DRAFT*, o igualar la desobediencia civil pacífica de Benjamin Spock con el pacifismo radical de los hermanos Berrigan.³³⁷ La actitud de Dorothy, que les adjudica a todos ellos el rango de héroes, no difiere mucho de la de algunos activistas que en 1968 estaban dispuestos a abrazar cuantas fórmulas pudieran provocar un cambio radical en la situación del país, y no sólo en lo referente a Vietnam.

De lo dicho hasta ahora, no cabe colegir que el movimiento contestatario en su conjunto abandonara las actividades contra la guerra tal y como se habían concebido hasta ese momento. De hecho, casi un mes después del anuncio de que Johnson no aspiraría a la reelección se celebraron manifestaciones multitudinarias en ciudades como Nueva York, San Francisco o Chicago para mantener la presión que obligara al gobierno a dar los pasos necesarios para una retirada inmediata de Vietnam. La campaña pacifista era reflejo de un mayor apoyo popular y mantuvo un cierto nivel organizativo gracias a la solidez de grupos como CALCAV o WSP y la labor de innumerables voluntarios y una cantidad ingente de agrupaciones locales de todo tipo. Casi todas estas organizaciones se radicalizaron con el paso del tiempo, pero siguieron fomentando fórmulas tradicionales de protesta y advirtieron con acierto que diversificar en exceso la misma suponía un riesgo prematuro para la lucha contra la guerra.

³³⁷ Webb, *A Country Such as This*, pp. 455-456.

En igual medida, la mitología creada en torno a 1968 ha hecho olvidar la reactivación del pensamiento ultraconservador justo en aquel momento. Recordemos la síntesis que la agencia Gallup hizo de los resultados electorales de ese año. Cabe señalar, además, que no sólo Nixon había formalizado su candidatura en el mes de febrero, sino que también George Wallace hizo lo propio como independiente. Los cerca de diez millones de votos que recibió su partido deben ser muy tenidos en cuenta a la hora de contabilizar el apoyo con el que ganó la derecha norteamericana en 1968. En sus respectivas campañas, ambos candidatos insinuaron cambios en sus trayectorias personales que los distanciaba en teoría de un pasado de extrema derecha. Pero debido a su dilatada carrera política, a muchos electores les resultó sencillo reconocer los tintes racistas que arrojaban sus discursos sobre la ley y el orden y el *Asunto Social* (término muy utilizado por Wallace). Con especial habilidad retórica se desenvolvió Nixon, quien, en palabras de su consejero en asuntos internos John Ehrlichman, se las ingeniaba para que su votante consiguiera “avoid admitting to himself that he was attracted by a racist appeal.”³³⁸ Nixon amarró muchos apoyos con su promesa de atajar los desórdenes públicos protagonizados por los activistas contra la guerra y los nacionalistas negros. Su denuncia de las revueltas callejeras se convirtió en un eje fundamental de su campaña. Más allá de su insistencia en el desprestigio para Estados Unidos y la determinación en alcanzar “paz con honor”, la Guerra de Vietnam ocupó muy poco espacio en su programa. Incluso su discurso de aceptación como candidato del partido Republicano en agosto enfatizó los problemas internos derivados de las protestas y su apuesta por perseguir el crimen.³³⁹

³³⁸ En Dan T. Carter, *George Wallace, Richard Nixon, and the Transformation of American Politics* (Waco, Texas: Markham Press Fund., 1991), pp. 21.

³³⁹ Destaquemos algunos pasajes de su intervención: “As we look at America we see cities enveloped by smoke and flame. We hear sirens in the night...We see Americans hating each other; fighting each other; killing each other at home. [...] The greatest nation of law is plagued by unprecedented lawlessness. [...] A nation that can't keep the peace at home won't be trusted to keep the peace abroad. A President who isn't

Los resultados electorales por sí solos no demuestran que el país estuviera girando a la derecha. El partido Demócrata había sufrido el desgaste propio de ocho años de gobierno, y en ese tiempo Norteamérica experimentó una fuerte división interna fruto de la guerra en Vietnam. La tensión se trasladó al partido, cuyos órganos de dirección manejaron la situación con tal torpeza que restaron potenciales apoyos de parte de su electorado natural. Las imágenes dantescas captadas durante la convención nacional en Chicago debieron de tener un coste electoral significativo. Esta situación podría explicar por sí misma la elección de Nixon, sin tener que concluir que se había producido un vuelco ideológico de grandes proporciones. Es más, que el resultado final fuera tan ajustado puede indicar que el sentimiento antibelicista había calado hondo en el pueblo norteamericano. La tesis que aquí se sostiene es que, en paralelo a eso, el electorado conservador inició en aquel momento una fuerte movilización que trascendía la mera cuestión de la guerra y la ineptitud de la administración demócrata. El auge de la Nueva Derecha en las décadas de los setenta y ochenta del siglo XX tuvo su génesis con Goldwater y se cimentó en esta concentración de fuerzas populistas alrededor del partido Republicano a partir de 1968.³⁴⁰ Y para encontrar un referente literario, recurriremos de nuevo a la obra de James Webb.

Casi todas las referencias que se han hecho hasta ahora a *A Country Such as This* giran en torno a la figura de Dorothy Dingenfelder, en tanto que representante del movimiento de contestación a la guerra. Pero debemos señalar ahora que su papel de antagonista lo es en relación al personaje principal de la narración. Judd Smith es

treated with respect at home will not be treated with respect abroad. [...] There is no quarrel between progress and order because neither can exist without the other. So let us have order in America. [...] the first civil right of every American is to be free from domestic violence. And that right must be guaranteed in this country.” Para consultar el discurso íntegro, véase Peter Levy, *America in the Sixties -Right, Left, and Center: A Documentary History* (Westport, CT: Praeger, 1998), pp. 245-251.

³⁴⁰ Para mejor comprensión de la influencia de los años sesenta en la Nueva Derecha, véanse, por ejemplo, Jonathan Martin Kolkey, *The New Right, 1960-1968: With Epilogue, 1969-1980* (Lanham, MD: University Press of America, 1983), y Mary C. Brennan, *Turning Right in the Sixties: The Conservative Capture of the GOP* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1995).

caracterizado con los rasgos propios del héroe. Sus orígenes, trayectoria personal e ideas políticas le sitúan en el extremo completamente opuesto a Dorothy. Provenía de una familia de granjeros de Virginia, combatió en Corea como oficial del cuerpo de marines, y abandonó el FBI después de experimentar un despertar religioso durante su convalecencia en el hospital tras ser gravemente herido en la detención de un peligroso criminal. Frente al egoísmo que advertíamos en Dorothy, Judd desaprovecha la prometedora carrera política que le aseguraba su matrimonio con la hija de un influyente senador por no renunciar a sus principios. Con su ordenamiento como sacerdote a la edad de 36 años, Judd deja atrás una vida desordenada en la que se incluyen dos divorcios. Son éstos algunos de los avatares que sirven para ensalzar su honestidad personal y la validez de su credo político. A lo largo de la narración se van desgranando sus ideales y sus iniciativas. Por un lado, el personaje critica la injerencia del gobierno federal con la aprobación de la Ley de Derechos Civiles de 1964. Su posición se asemeja, en este punto, a la defensa que hizo Wallace del derecho de los estados a fijar sus políticas raciales. Veamos cómo articula su pensamiento:

I don't have anything against helping them [negroes]. But your quotas aren't going to hurt *your* kids. They're already plugged into the system. The quotas are going to take it away from the poor whites, and give it to the poor coloureds. The poor whites have never had anything, either, but all you care to see is that they are mean. You're stomp down *right* they're mean. Wouldn't you be, seeing spoiled, rich whites from the North coming into your own towns as if they held all the world's truths in the cup of their hands, talking about you as if you were some kind of rabid dog?³⁴¹

Pero Judd deja entrever una cierta dosis de racismo cuando admite que le cuesta aceptar el matrimonio entre blancos y negros:

“That's something I have struggled with, as a minister. [...] He [I], like a lot of other mountain people, is the product of an earlier miscegenation, when it was illegal in Virginia for whites to marry Indians.” But white and *Negro*? It was an inner battle, his faith against his cultural upbringing. “He [I] has not yet resolved it.”³⁴²

³⁴¹ Webb, *A Country Such as This*, p. 383.

³⁴² *Ibid.*, p. 384.

Por lo que a la guerra se refiere, Judd hace una defensa cerrada de la intervención militar en Vietnam, sin que la ofensiva Tet haya alterado su percepción más allá de la crítica a la administración demócrata:

If you love somebody, you don't up and quit on them when they start having problems, and it's the same thing with a country. Now, I believe we had a reason to go into Vietnam, and if President Johnson's messed it up, the thing to do is try and get it right, not tell your sons to turn their backs on their country. [...] The thing to do is correct the mistakes, not quit. If our leaders plant the flag, you follow it.³⁴³

El resto de los temas sociales característicos de la derecha cristiana los va integrando el personaje durante su campaña para las elecciones al Congreso de 1970. Una conversación con una tendera local revela buena parte de su ideario:

"Now, Reverend, we got this Supreme Court running the country, telling us our children can't pray in their schools, busing them all over the countryside so they can sit next to a little coloured child, [...] telling women to abortion their babies, saying it's all right to go on flag spitting and antiwar marching! Lord knows, I been a-following it!"

"Well, you know I feel the way you do on it. Like this school prayer thing. Freedom of religion never was meant to be freedom *from* religion, was it? Why is our motto "In God We Trust"? And I can't for the life of me see the sense in our government paying for women to abort their little babies. I have to tell you, ma'am, that I don't believe, as a Christian, that I have the right to force my religion on those who don't see God the way I do. But I don't believe those others should force their morals on the whole country, either, and a government that *pays* for an abortion morally *sanctions* it. That has to stop."³⁴⁴

Además, la novela arroja la agenda conservadora desde la premisa de que el movimiento de liberación de la mujer ha menoscabado los valores de la familia tradicional. Sólo que, en este caso, se sirve del marido de Dorothy, antiguo compañero de Judd en los marines y otro de los personajes principales. Tras ver anulada su carrera profesional en paralelo al éxito de su mujer, Joe Dingenfelder añora otro tipo de vida:

He wanted to have a wife who could take care of the home and manage the children's lives, and free him to grow professionally. He didn't think that was too much to ask, or even selfish. It was the way it had always been, and it had no right to turn around on him.³⁴⁵

Como en otras ocasiones, Webb sacrifica la exactitud histórica en favor de la cohesión narrativa de sus personajes. Eso explica, por ejemplo, que en el pasaje en el

³⁴³ Ibid., pp. 473-474.

³⁴⁴ Ibid., pp. 537-538.

³⁴⁵ Ibid., p. 397.

que reproduce la conversación entre Judd y su potencial votante se mezclen referencias a decisiones del Tribunal Supremo separadas entre sí en más de una década.³⁴⁶ Es por eso por lo que en este momento se resalta el acierto del novelista al precisar que 1968 supuso el inicio de la exposición pública de Judd. Hasta entonces, el personaje se había definido políticamente en la esfera privada, sobre todo en sus discusiones con Dorothy. Cuando llega el momento de hacer balance, el reverendo Smith incluye los asesinatos de King y Bobby Kennedy entre los motivos para el desaliento a finales del verano de 1968. Pero no son esos los episodios que motivan su nuevo activismo:

The ghettos went up in flames, crumbling into their own ashes after King was killed. [...] The Black Panther party was making a bid for control of the inner city, carrying weapons and using them. Student radicals directed by the Students for a Democratic Society were creating havoc on campus. The antiwar movement took its strategy of confrontation to Chicago, at the Democratic party's convention, [...] And Judd finally decided, as he prepared for one Sunday sermon, that it was a time to decide whether or not you believed in America.³⁴⁷

En lo que supone su segundo momento de revelación, Judd pasa de ser un “non-shouter” (en la terminología de Nixon) a convertirse en un fenómeno mediático al que pronto apelan “the fighting preacher”. El protagonista inicia su particular cruzada desde el púlpito. En su primera intervención como portavoz de la regeneración conservadora, ofrece a los feligreses su diagnóstico sobre los males que acechan al país:

We have people in this country right now who are *spitting* on this flag, *burning* it, wearing it on their *jeans*, and blowing their *noses* on it. Does that bother you? If it does, and I can tell you it bothers me, ask yourself *why* it bothers you. *What is it about a flag, anyway?* [...] Now, this flag represents every part of us. [...] If the church represents the body of Christ, this flag represents the body of our country, all of our values, everything good and decent we stand for. *And when somebody burns it, they're burning me. When somebody spits on it, they're spitting on me. And you!*³⁴⁸

Y mientras la derecha iba aprovechando resquicios para colocar su mensaje, la Nueva Izquierda y el pacifismo radical se alejaban de los cauces oficiales para manifestar su descontento. Este sentido de alienación se intensificó en 1968 y dio lugar

³⁴⁶ Mientras *Engel v. Vitale* determinó en 1962 la inconstitucionalidad de imponer oraciones religiosas en los colegios estatales, *Roe v. Wade* impidió desde 1973 que los Estados pudieran regular contra el derecho constitucional a abortar durante los tres primeros meses de gestación.

³⁴⁷ Webb, *A Country Such as This*, pp. 476-477.

³⁴⁸ *Ibid.*, p. 478.

a lo que desde mediados de año ya se conocía como la “ultraresistencia”. Este fenómeno estaba asociado a un fuerte espíritu religioso que nos recuerda al fanatismo de Judd Smith. Sólo que lo que violentaba la conciencia de sus integrantes no era la supuesta subversión de valores protagonizada por los jóvenes desafectos. Con los hermanos Philip y Daniel Berrigan como cabezas visibles, la izquierda católica identificaba al anticristo con la acción de un gobierno corrupto que había hecho de la muerte una práctica común en Vietnam. Desde esta convicción, los dos sacerdotes jesuitas emprendieron algunas de las acciones más llamativas de este período. La estrategia consistía en superar el mero simbolismo de las acciones de protesta incluyendo actividades no violentas que supusieran alguna traba al normal desarrollo de la guerra. Aunque no fue el primero de esta índole, el episodio más mediático lo constituyó la irrupción en un centro en Catonsville (Maryland) que custodiaba los historiales militares de los nuevos reemplazos para Vietnam. Tras el acopio de casi 400 fichas, los nueve integrantes del grupo las destruyeron rociándole napalm elaborado por ellos mismos siguiendo las instrucciones de un manual militar.³⁴⁹ El ceremonial fue recogido por cámaras de televisión, convenientemente convocadas por los organizadores. Miembros de agrupaciones afines a los promotores se desmarcaron de este tipo de iniciativas, incómodos ante los métodos expeditivos empleados por los Berrigan. Sin embargo, la notoriedad mediática de los protagonistas también debió de atraer la atención de otros tantos activistas. Al menos eso parece en vista de las numerosas réplicas que se produjeron desde la acción de los 9 de Catonsville (como, popularmente, se les dio a conocer).³⁵⁰

³⁴⁹ Para una descripción elaborada del episodio, véase Murray Polner and Jim O’Grady, *Disarmed and Dangerous: The Radical Lives and Times of Daniel and Philip Berrigan* (New York: Basic Books, 1997), cap. 10.

³⁵⁰ No ha resultado sencillo cuantificar acciones similares, toda vez que no siempre contaron con la infraestructura que se procuró para Catonsville y que el gobierno no tenía interés en dar publicidad a los mismos. Patricia McNeal calcula entre 53 y 250 actos similares entre los años 1967-1971 en *Harder Than*

Los miembros de la izquierda católica no ocultaban que los animaban cuestiones políticas de toda índole y que la resistencia contra la Guerra de Vietnam era sólo una de ellas. En el caso concreto de Catonsville, muchos de los “asaltantes” dijeron querer denunciar con su acción la complicidad del gobierno de Estados Unidos con la dictadura guatemalteca y sus escuadrones de la muerte, pues habían prestado distintos servicios religiosos en aquel país. Pero Philip Berrigan siguió siendo el máximo instigador de este tipo de protesta, mientras su hermano Daniel era el altavoz de las proclamas de la ultraresistencia. Sus escritos eran una mezcla de enseñanzas teológicas y análisis sociopolítico del mundo moderno. Inspirador para algunos y provocador profesional para otros muchos, Daniel parecía marcado por un carácter intransigente y una fe religiosa inquebrantable que rozaban lo sectario. Antes de Catonsville, Daniel no había querido incurrir en actos delictivos. Al estilo del Judd literario, el sacerdote jesuita narra en términos de revelación su decisión de participar en la iniciativa de su hermano:

I simply say that I was saved at the last moment. In speaking analogically, I mean to speak no less rigorously. I was saved at the last moment. My brother and his friends were planning a new assault upon a new draft center. They visited me at Cornell toward the middle of May 1968. [...] Toward dawn, I can remember seeing the light. I told Philip that I was with them.³⁵¹

En esta misma memoria, escrita mientras aguarda que llegue el momento de ingresar en prisión para cumplir los tres años a los que ha sido condenado, explica que su compromiso espiritual consiste en tratar de erradicar el mal sistémico de su país:

We hoped our experiences would urge others to discover alternatives to the imposition of death, to the socializing of death, to the technologizing of death. We saw our action as a social method of achieving a future for man. [...] Many of us were sick unto death of death itself as a definition of the American way.³⁵²

Al tiempo que justifica, en otros pasajes, el radicalismo de izquierdas:

War: Catholic Peacemaking in Twentieth-Century America (New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1992), p. 149.

³⁵¹ Daniel Berrigan, *No Bars to Manhood* (New York: Bantam Books, 1971), p. 15.

³⁵² *Ibid.*, p. 26.

In order to be a student it is necessary to disrupt Columbia. In order to be a citizen it is necessary to march on the streets of Chicago. In order to abide by law, it is necessary to confront the law. Such at least are the possibilities that men feel impelled to explore. Men disobey, disrupt, break laws. Are they thereby criminals in fact? Or is something deeper and more mysterious at work? Can lawbreaking in certain cases be a function of conscience?³⁵³

Son muchas las novelas y memorias personales sobre la guerra que aluden a los hermanos Berrigan. Ya advertíamos la admiración que les profesa Dorothy Dingenfelder, siempre dada a entronizar a las principales figuras del movimiento contra la guerra. Algo más compleja resulta la visión de Peg Mullen en *Friendly Fire*. Su testimonio revela fuertes convicciones religiosas. Su marido, Gene, es más dado a la afrenta a las autoridades religiosas locales. El párroco de La Porte City es víctima de sus embestidas al poco de fallecer su hijo en Vietnam:

“I’ve been, ah, thinking about it for about a year... I have my own private feelings about it.”

“Only ‘private’ feelings?”, Gene asked.

“I’ve never taken a public stand on the war.”

“Why not?”

“Because I don’t think that’s my place. I don’t make public statements,” Father Shimon said. “I have private feelings, my own, ah, personal feelings. I go to veterans hospitals. I say prayers. Peg knows how I feel.”

“Peg knows! *Peg knows*,” Gene said angrily. “But nobody else does. What kind of man of God are you? Why don’t you stand up like a man and speak out instead of whisper against the war! [...] Why not? Because you are chaplain for the American Legion?”³⁵⁴

La familia Mullen premia, pues, el compromiso antes que la prudencia. Y ya hemos comprobado que Peg tiende a asociarse en su protesta con grupos de carácter religioso como CALCAV o *Another Mother for Peace* (AMP). No cabe duda, entonces, de que debe de ser gratitud lo que siente por el alto grado de sacrificio implícito en el activismo de la izquierda católica. Sin embargo, el relato proporciona un episodio que nos induce a pensar en un cierto desencuentro entre Peg y los Berrigan. Peg acude como principal ponente a una reunión de AMP en 1971. Hacia el final de su intervención, detecta aburrimiento entre los asistentes, que no parecen conectar con la desgracia personal de su interlocutora. Mientras cierra su relato de forma apresurada, llega la noticia de que

³⁵³ Ibid., p. 35.

³⁵⁴ Bryan, *Friendly Fire*, p. 66.

uno de los colaboradores de los Berrigan asistirá al acto, lo que provoca el retorno de quienes ya abandonaban el recinto. En este momento histórico, la fama persigue a los Berrigan, sobre todo después de haber estado un tiempo como fugitivos para esquivar la acción de la justicia. Los seis de Harrisburg (Pensilvania) acaban de ser acusados de conspiración por planear el secuestro del asesor presidencial Henry Kissinger. El testimonio que ofrece Eqbal Ahmad es igual de contundente que el de cualquiera de los dos hermanos jesuitas:

“But our writings and our actions speak for themselves,” Ahmad said. “We have denied the substance of the charge against us. In principle and in fact we abhor violence and the kinds of acts of which we are accused. [...] None of us has ever told a lie or betrayed the government. And we are challenging the United States government to prove one instance in which the Presidents of the United States between 1965 and now have told a single instance of truth to the American people about our involvement in Vietnam. We have challenged the government. And in return, these criminals of war have challenged we men of peace.”³⁵⁵

El narrador describe entonces el entusiasmo generado entre el público por Ahmad, que se despide cual estrella de cine anunciado su próxima aparición. Pero, aparte del discurso del activista, Bryan dirige repetidamente la atención de los lectores hacia la ninguneada figura de Peg: “She was still alone, seated on an aisle folding chair and looked tired, sad [...] forgotten by her chair.”³⁵⁶ Recordemos que Bryan está a su vez testimoniando sus impresiones sobre el caso de la familia Mullen, lo que impide adjudicar con claridad las evidentes connotaciones de contrariedad en este episodio. Sea como fuere, el texto refleja bien los sentimientos encontrados que solían provocar Philip y Daniel Berrigan.

Pero el referente literario más negativo sobre este tipo de activismo lo proporciona *Indian Country*. Si anteriormente establecíamos algún paralelismo superfluo entre el personaje de Lucius Starkman y Eugene McCarthy, Daniel Berrigan, con su estilo de protesta, resuena en cada una de las páginas en las que se narran las peripecias del padre del protagonista de la novela. Lucius no es un trasunto exacto de Daniel Berrigan,

³⁵⁵ Ibid., p. 292.

³⁵⁶ Ibid., pp. 293-294.

aunque sólo sea porque la diferencia de edad que los separa les hace vivir experiencias diferentes. Pero no es necesario que coincidan los datos para poder trazar una línea de conexión entre ambos, como en el caso de la pertenencia de Lucius a una agrupación "cuasi política" como *Clergymen for Peace in Vietnam*. Caputo destaca, sobre todo, dos rasgos de Lucius coincidentes con los defectos que a menudo se le achacaban a Daniel. Por un lado, Chris reniega del afán de notoriedad pública por el que se mueve su padre. Convertido en estrella mediática, Lucius busca ser centro de atención y no desaprovecha ocasión para evidenciar el grado de sacrificio personal implícito en sus acciones:

But no, he had to make a public display of his disapproval, as if the marriage were on the same level as the racial inequalities and unjust wars he'd protested most of his life. He had to stand apart, drawing attention to himself and the sacrifice he was making. It's difficult for me to be here, he said with his rigid stance and pained expression, but it's my obligation and I'll fulfill it.³⁵⁷

El pasaje se refiere a la disconformidad de Lucius con el candidato que ha escogido su hija para casarse, pues es en el plano de las relaciones familiares en que el texto centra los estragos derivados del carácter intransigente de la figura paterna. Así, Chris resalta la brecha que se abrió entre padre e hijo a raíz de una carta escrita por Lucius en contestación a las posibilidades a las que podría acogerse el amigo de infancia Boniface St. Germaine tras su inminente llamada a filas. Chris trata de hallar algún resquicio en la argumentación de su padre que revele alguna empatía por el sufrimiento por el que atraviesa el muchacho. Pero Lucius se muestra implacable: permitir que lo alisten y envíen a Vietnam es, en realidad, una opción personal que convertirá a su amigo en cómplice de la barbarie que Estados Unidos comete en Vietnam. Pero, por otro lado, Chris es capaz de trascender las repercusiones familiares del comportamiento rígido de su padre y extrae sus propias conclusiones políticas:

He could not fathom how his father could demand of Bonny George, whom he had known for so long, the same martyrlike sacrifice he had always demanded of himself. It evidenced an adherence to principles so pure as to be monstrous. [...] Starkman realized in that moment that

³⁵⁷ Caputo, *Indian Country*, p. 248.

his father was a living example of how extremes grow to resemble each other. The man had a warrior's soul. If he had been a general, he would have been like Patton; brave, brilliant, single-minded, and utterly intolerant.³⁵⁸

En cualquier caso, los actos de la izquierda católica estaban en consonancia con la deriva extremista en la que se estaban sumergiendo importantes sectores de la protesta. La literatura norteamericana sobre la guerra ha señalado con especial énfasis los altercados provocados durante la convención del partido Demócrata en agosto de 1968 en Chicago. Bryan se refiere en *Friendly Fire* al episodio como punto de inflexión:

While I was living there, I believed Iowa to be at least ten years behind the tensions, the conflicts, the polarizations of a California or a New York. I was wrong, of course. The 1968 Chicago Democratic Convention with its riots, tear gas, police clubs and sellouts changed all that -changed it for many of the younger generation at any rate.³⁵⁹

Bryan sustenta su afirmación con el testimonio de una alumna que acaba de regresar de Chicago. Tras vanos intentos de explicarle a su profesor lo que ha experimentado, la estudiante sólo es capaz de articular una frase con la que resume su estado de frustración: “Oh, those sons of bitches! Those dirty sons of bitches!”³⁶⁰ Lo que más llama la atención del narrador es que el carácter de la joven dista mucho del prototipo de estudiante radical: pertenece a una familia de granjeros, se esfuerza en sus estudios, participa en actividades extraescolares y asiste regularmente a la iglesia. De esta forma, Bryan quiere destacar el hecho de que el poder político provocó la alienación no sólo de los sectores más radicales de la protesta, pues la joven en cuestión ha asistido a Chicago en la comitiva de voluntarios que apoyaban a McCarthy. Al mismo tiempo, este testimonio sirve para contrarrestar la idea de que la protesta de Chicago fue protagonizada únicamente por los grupos más radicales del movimiento disidente. Es comprensible que para referirse a un año tan conflictivo como 1968 se tienda a sintetizar las diferentes opciones que existían en el seno del activismo contra la guerra. El propio

³⁵⁸ Ibid., pp. 28-29.

³⁵⁹ Bryan, *Friendly Fire*, p. 275.

³⁶⁰ Ibid., p. 276.

Mailer trata de aglomerar a los participantes contra la convención del partido Demócrata en unas pocas tendencias. Aparte de los pacifistas religiosos que procuraban mediar entre las autoridades y los manifestantes, su crónica sobre el evento minimiza las diferencias entre la Nueva Izquierda y el movimiento contracultural, principales promotores de esta protesta:

By the summer of 1968 each group had however so influenced the other on campus, via street activity and in demonstrations, that their differences were no longer significant. Indeed under the impact of Rubin's ideas, the emphasis was much on a politics of confrontation which searched to dramatize the revolution as theatre.³⁶¹

Pero no es cierto que el movimiento contra la guerra perdiera su carácter heterogéneo en aquellos días de agosto de 1968. Al permitir que Hayden, Davis, Rubin y otros llevaran la iniciativa, NMC propició que se extendiera la idea de que las jornadas buscaban provocar un enfrentamiento directo con las fuerzas del orden y con la maquinaria del partido Demócrata. Inicialmente, las organizaciones que no comulgaban con el extremismo de SDS pidieron a sus seguidores que se abstuvieran de viajar a Chicago. Hizo lo propio McCarthy, reacio a que se relacionara a sus simpatizantes con los alborotadores. Pero si algo debían haber aprendido a estas alturas los líderes de las distintas agrupaciones era que la militancia de base actuaba con independencia. De modo que, con el paso de los días, se dieron cita en los parques y calles de Chicago activistas de las múltiples tendencias que aún existían. Y muchos de aquellos disidentes no participaban del contenido belicista que arropaba las propuestas “oficiales”. Probablemente, la mayoría de los ciudadanos que protestaron durante la convención aún esperaba provocar un cambio en la dirección del partido que diera como resultado la elección de McCarthy como candidato a la presidencia. Se ha rumoreado, incluso, que

³⁶¹ Mailer, *Miami and the Siege of Chicago*, p. 134.

Hayden había alcanzado un compromiso para desactivar la protesta si aumentaban las expectativas de la plancha de McCarthy.³⁶²

Pero también se tenía constancia de que Johnson mantenía el control del partido a través de la candidatura del vicepresidente Hubert Humphrey. Con toda probabilidad, sus maniobras ya le tenían asegurado el número suficiente de delegados para la elección de “su” candidato. Aun así, cabía la posibilidad de que Humphrey se aproximara a las tesis de los pacifistas o que llegara a algún tipo de acuerdo con McCarthy. Desde que anunciara su candidatura en abril, de forma paulatina se fue evidenciando en él la tensión propia de quien se sentía, por un lado, en deuda con su mentor político y necesitaba, por otro, distanciarse programáticamente para tener posibilidades reales de alcanzar la presidencia. Pero Humphrey no pudo empezar a marcar diferencias con Johnson hasta después de agosto. El presidente le impuso ratificar la estrategia militar en Vietnam durante la convención sin hacer concesiones a la plancha liderada por McCarthy. Cada vez que Humphrey proponía alguna iniciativa que contrariaba a Johnson, éste le afeaba su conducta y lo amenazaba con anular su candidatura. Desde que en julio Humphrey le consultara sobre la viabilidad de hacer pública la predisposición a aceptar al NLF como interlocutor, Johnson desconfió de él. Por eso, se reservaba un as en la manga: si la situación se torcía, él podía reconsiderar presentar su candidatura. Era una idea que le rondaba desde el asesinato de Kennedy. Y no la descartó del todo hasta pocos días antes de la convención, pues aún soñaba con presentarse en Chicago y propiciar que el partido lo nombrara por aclamación.³⁶³ Los

³⁶² Esa es la versión de la que se hizo eco uno de los miembros fundadores de SWP en un discurso de 1970. Según Peter Camejo, el testimonio de Sam Brown (joven coordinador de la campaña de McCarthy en 1968 e impulsor, por entonces, de *Vietnam Moratorium Committee*) en este sentido lo recogió el *Washington Post* en su edición del 22 de enero de 1970. En Peter Camejo, *How to Make a Revolution* (Chippendale, Australia: Resistance Books, 1999), p. 27.

³⁶³ Robert Dallek, *Lyndon B. Johnson: Portrait of a President* (New York: Oxford University Press, 2004), pp. 348-351.

apoyos insuficientes y, sobre todo, la batalla campal que ya se desarrollaba en las calles desde los días previos lo convencieron de la poca idoneidad de su plan.

La literatura norteamericana sobre la guerra ha insistido, también, en el papel de marioneta asumido por Hubert Humphrey. Mailer redonda en los bandazos políticos en los que se sumió Humphrey antes de la convención: “For two months he had been vacillating, living hints one day that he was not far from the doves, rushing back the next to be close in tone to the Administration.”³⁶⁴ El novelista ofrece un retrato patético del “pequeño genio de la política norteamericana”, incapaz de interpretar la jugada maestra planificada por Johnson:

Humphrey had had to live four years with no basic property, and nobody knew better than the President what that could do to an animal as drenched in politics as Hubert. [...] Deprived for four years of his seat as Senator, deprived of constituency, and the power to trade votes, the small, intricate nourishing marrow of being able to measure the profit or loss of concrete favors traded for concrete favors, the exchange of political affections based on solid property-giving, property-acquiring negotiations, forced to offer influence he now might or might not possess, Humphrey never knew where to locate himself in negotiations spoken or unspoken with Lyndon Johnson. So his feet kept slipping.³⁶⁵

Por contra, *Miami and the Siege of Chicago* le concede a Johnson todo el protagonismo que le niega a Humphrey. El “candidato Johnson” planea sobre el auditorio durante toda la convención. Cuando a su poder de manipulación se le añaden rasgos paranoides de quien se siente constantemente agraviado por sus compañeros, el texto da crédito a la teoría de que el presidente podía llegar a propiciar el sacrificio de su partido:

If Teddy Roosevelt had once wrecked William Howard Taft and the Republican Party by running as a Bull Moose, so Lyndon Johnson was now a warlock of a Bull Moose, conceiving through all the months of June, July, and August how he would proceed to create a cursed convention, a platform, a candidate, and a party which would be his own as much as the nightmarish vision of a phantom ship is the soul of fever; he would seek to rend his party, crack it in two -that party to which his own allegiance in near to forty years could hardly be questioned- because that party had been willing to let him go. In revenge he would create a candidate who need never run, for his campaign would be completed by the nomination. Conceive what he would have thought of a candidate who could attract more votes than himself.³⁶⁶

³⁶⁴ Mailer, *Miami and the Siege of Chicago*, p. 111.

³⁶⁵ *Ibid.*, p. 109.

³⁶⁶ *Ibid.*, p. 105.

Si el partido Demócrata trataba, realmente, de aprovechar la coyuntura para reorientar sus líneas básicas, a muchos activistas les debió de quedar claro que, con Johnson operando en la sombra, el cambio no iría en la dirección que ellos deseaban. Con el paso de los días, los jóvenes manifestantes en Chicago aceptaron la idea de que la protesta no sería pacífica. No sólo advirtieron que Johnson seguía siendo una amenaza, sino que descubrieron la existencia de otros antagonistas tan perversos como el presidente.

Varios meses antes de la convención, Richard J. Daley dejó claro que no estaba dispuesto a facilitar la labor de los organizadores de la protesta. Desde el principio, el alcalde de Chicago se empleó con esmero en impulsar la candidatura de la ciudad como el lugar ideal para celebrar la convención. Su argumento principal era que ningún otro alcalde garantizaba una represión más efectiva que la que él proponía para una protesta que se avecinaba hostil.³⁶⁷ Con fama de ir de por libre dentro del partido Demócrata, se obcecó tanto con la idea que se mostró muy crítico con la actuación policial durante las revueltas originadas en abril tras el asesinato de King. Pese a las conclusiones de una comisión que criticó los excesos cometidos por algunas unidades de la policía,³⁶⁸ Daley no quedó satisfecho. Decepcionado porque la ciudad aún no ofrecía la imagen de bastión a la que él aspiraba, recriminó a los mandos no haber dado órdenes de “disparar a matar a los incendiarios”. Desde aquel momento, los militantes más extremistas personalizaron en su figura la necesidad de combatir a las fuerzas represoras del Estado. En la medida en que podía servir a la misión que se había autoencomendado, a Daley no le incomodaba en exceso la imagen de hombre tozudo y arisco que se estaba proyectando de él. Aunque debió de recibir con menos agrado las numerosas caricaturas

³⁶⁷ Frank Kusch, *Battleground Chicago: The Police and the 1968 Democratic National Convention* (Westport, CT: Praeger, 2004), pp. 10, 137, 160.

³⁶⁸ *Ibid.*, p. 40. Algunos de los policías que intervinieron durante la protesta reconocieron que algunos compañeros se habían extralimitado y abusado de su autoridad.

de las que fue protagonista durante la convención ya fuera como general, sheriff o primate impartiendo justicia a base de porrazos.³⁶⁹ Ya en agosto, durante unas protestas preliminares, la policía pareció seguir las indicaciones del alcalde y se empleó con mucha contundencia.

A través de sus representantes, Daley adoptó una actitud obstruccionista durante las negociaciones con los organizadores de la protesta para acordar rutas, permisos para la celebración de conciertos o lugares donde alojar a los activistas. Las autoridades municipales aducían que no podían amparar las actividades radicales que preparaban los *yippies*. Rubin y Hoffman querían promover un gran *happening*, y la propaganda contestataria había promovido la idea de que se acometerían acciones novedosas como la contaminación del agua de la ciudad con LSD o la posibilidad de seducir a las esposas de los delegados. Daley no sólo se tomó en serio el desafío teatral de los *yippies*, sino que adujo contar con informes que apuntaban hacia la posibilidad de un acto terrorista en el anfiteatro donde iba a tener lugar la convención. No es fácil interpretar los movimientos de un personaje tan ambiguo como Daley antes y durante las protestas de agosto, pero con algunas de sus decisiones contribuyó, sin duda, a la violencia que se desató aquellos días. Entre los fallos flagrantes de organización que se achacan al alcalde está su poca cintura para manejar la negativa de los activistas a abandonar Lincoln Park a la medianoche. Pronto se creó el *Emergency Citizens Committee*, formado por religiosos contrarios al uso de la violencia, para hacer ver a la policía que era contraproducente hacer cumplir la normativa municipal. Después de la primera noche, parecía evidente que el desalojo forzoso durante la madrugada resultaba potencialmente más peligroso, pues incitaba aún más a la violencia de miles de jóvenes que, sin lugar donde reunirse, marcharían por distintas zonas de la ciudad causando

³⁶⁹ Algunas de las viñetas que le dedicó buena parte de la prensa se pueden ver, por ejemplo, en Harlen Makemson, "Beat the Press: How Leading Political Cartoonists Framed Protests at the 1968 Democratic Party Convention", *Journalism History*, Vol. 32, Nº 2, Summer 2006: 77-86.

destrozos.³⁷⁰ Pero Daley no toleraba que se menoscabara su autoridad, y se empeñó en que se cumplieran todas sus ordenanzas. Para él, todo aquello se convirtió en una batalla personal.

Tampoco resultaron amistosas las relaciones entre los mandos policiales y buena parte de los medios de comunicación. Las principales cadenas de televisión denunciaron que las estrictas medidas de control impuestas por las autoridades suponían demasiadas trabas para el normal funcionamiento de su trabajo. Aun cuando el celo en proteger a los delegados era comprensible, algunos medios llegaron a la conclusión de que había un intento deliberado de cercenar el derecho a la información.³⁷¹ Algunos periódicos denunciaron la contundencia con la que algunos policías se emplearon contra fotógrafos y reporteros acreditados durante algunas de las manifestaciones que cubrían. Un número excepcionalmente alto de periodistas tuvo que recibir asistencia médica, mientras los agentes destrozaron cámaras de televisión y requisaron una buena cantidad de rollos fotográficos y blocs de notas.³⁷²

De nuevo, Mailer revela inquietantes dudas acerca de la intención última de Daley y del propio gobierno. La interpretación más aséptica indicaría una tremenda torpeza de parte del alcalde y el Departamento de Policía de Chicago. Una visión más personalista indagaría en la determinación egocéntrica del personaje Daley. Pero habida cuenta de lo ocurrido la noche del miércoles 28 de agosto frente al Hotel Hilton, Mailer no puede sustraerse a una interpretación más perversa que abocaría a la conclusión de que todo estaba perfectamente orquestado:

³⁷⁰ Kusch, *Battleground Chicago*, pp. 87, 138-139.

³⁷¹ *Ibid.*, pp. 60-61. Por su parte, Mailer cree que la animadversión de Daley hacia los medios era fruto de las presiones de las principales estaciones para que la convención se trasladara a Miami. En aquellos días había una huelga telefónica ya declarada, y era posible que se extendiera al transporte. En esas condiciones, los medios de comunicación no podrían hacer bien su trabajo. Daley se opuso al cambio de sede y se mostró muy dolido con los directores de los medios por su propuesta. *Miami and the Siege of Chicago*, pp. 103-104.

³⁷² Kusch, *Battleground Chicago*, pp. 66, 70, 75-78, 83-86.

... but the reporter wondered, even as he saw it, if the police in that half hour of waiting had not had time to receive instructions from the power of the city, perhaps the power of the land, and the power had decided, [...] “let it happen before all the land, let everybody see that their dissent will soon be equal to their own blood; let them realize that the power is implacable, and will beat and crush and imprison and yet kill before it will ever relinquish the power. So let them see before their own eyes what it will cost to continue to mock us, defy us, and resist.”³⁷³

En alguna medida, esta explicación está en consonancia con el análisis de algunos participantes en la protesta. Pero no en el sentido de que la masacre³⁷⁴ en la Avenida Michigan respondiera a un plan preconcebido de las autoridades. Los activistas prefirieron pensar que su desacato había obligado a los distintos poderes del Estado a mostrar su verdadera naturaleza antidemocrática. El éxito de la protesta consistía en haber hecho esta realidad visible no sólo para los huéspedes del hotel, sino para “el mundo entero”.³⁷⁵ La policía se ensañó y se escucharon denuncias que equiparaban la violencia desproporcionada de los agentes con “tácticas propias de la Gestapo”.³⁷⁶ Pero también un sector importante de la protesta había optado abiertamente por el enfrentamiento directo con los poderes político y militar. Aún bajo los auspicios de NMC (a estas alturas, más bien con valor puramente nominal), algunos dirigentes decidieron que no abandonarían Chicago sin dejar constancia de su evolución hacia estrategias mucho más radicales. De ahí que se mostraran eufóricos con las tácticas que habían empleado durante días y que culminaron con las imágenes dantescas frente al Hilton.

No fue el único altercado violento durante la convención, y ya seis días antes la policía abatió a un joven *yippie* de 22 años que había esgrimido un revólver del calibre

³⁷³ Mailer, *Miami and the Siege of Chicago*, p. 173.

³⁷⁴ No le parece a Mailer que el término sea inapropiado, toda vez que no mediaba provocación en ese momento y la carga policial fue súbita y fulminante. Considera el novelista que si no hubo víctimas mortales fue más por azar que por otra cosa.

³⁷⁵ “The Whole World Is Watching” es una de las muchas frases que se popularizaron durante la protesta contra la Guerra de Vietnam. El cántico se extendió entre los manifestantes cuando la policía procedió a las primeras detenciones.

³⁷⁶ Esta acusación formó parte del discurso en apoyo a George McGovern que pronunció el senador por Connecticut Abraham Ribicoff. Ver su intervención en <http://www.youtube.com/watch?v=A3v0rctksFU> (visita 23 febrero 2012).

32. Las responsabilidades por los excesos que se cometieron no se prestan a un reparto claro. Incluso muchos años después de los incidentes, algunos protagonistas directos discrepan en su relato de lo sucedido. Tómese como ejemplo el incidente ocurrido en Grant Park el mismo día 28 considerado como el detonante que exacerbó los ánimos de policías y manifestantes. La policía intervino para reponer la bandera estadounidense y retirar un trapo (una camiseta roja o manchada de sangre, o una bandera del NLF) izado en su lugar en el parque, y en ese momento unos y otros se enfrentaron con virulencia. Tres testigos directos de lo ocurrido ofrecen versiones contradictorias sobre el instigador de tal acción: fue un agente secreto, un joven contestatario de Wisconsin o un policía camuflado.³⁷⁷ Podemos convenir, sin embargo, que los distintos protagonistas de los altercados en Chicago se hallaban en cierta predisposición para el enfrentamiento. Los activistas estaban dispuestos a que ocurriera algo trascendental en Chicago y si el partido Demócrata se enrocaba en sus planteamientos, ellos mismos se encargarían de protagonizar las portadas de los periódicos. Los agentes del orden estaban sometidos a numerosas presiones que provenían de sus superiores en el Departamento, del alcalde o de su propio ámbito familiar que les exigían darle su merecido a los hippies, *yippies* y demás alborotadores. Por último, desde los sucesos frente al Pentágono en 1967, los poderes del Estado apostaban por reprimir y anular las expresiones de descontento popular que desafiaban las instituciones y que, en este caso, trataban de alterar un proceso democrático cual era la elección de un candidato a la presidencia del país.

En el presente estudio, hay mayor interés en examinar las reacciones en el movimiento contra la guerra y las conclusiones a las que llegaron. Como ya se advirtió, en los momentos inmediatamente posteriores a la protesta en Chicago, muchos activistas se mostraron exultantes. Desde su perspectiva, la actitud irreverente y

³⁷⁷ Las tres afirmaciones y sus fuentes se recogen en Zaroulis, *Who Spoke Up?*, p. 190.

militante que mantuvieron durante los días de la convención consiguió dos objetivos. En primer lugar, lograron desenmascarar al sistema obligándolo a mostrar su cara menos amable. Y lo que es más importante, creyeron que esa realidad legitimaba una nueva forma de protesta eficaz en la que podían confluír las distintas corrientes del movimiento. La provocación teatral con la nominación del cerdo Pegaso como candidato de los disidentes a la presidencia contentaba al elemento contracultural de la protesta. Desatender las órdenes de desalojar los parques públicos donde celebraban su Festival de la Juventud, satisfacía a quienes promulgaban la desobediencia civil. La aspiración de acercarse hasta el Anfiteatro Internacional para tratar de influir en el ánimo de los delegados allí reunidos podía convenir a los moderados y los numerosos voluntarios que apoyaban a McCarthy. Finalmente, los activistas más radicales en torno a SDS se sentían reivindicados por las continuas trifulcas con las fuerzas de seguridad, su capacidad para responder al hostigamiento policial y su determinación en impulsar acciones que suponían un peligro real para su integridad.

Mailer no escatima elogios hacia quienes decidieron acudir a la protesta en Chicago.

Destaca la inocencia de hippies y *yippies*, su ingenuidad extravagante y provocativa:

They made a community of sorts, for their principles were simple -everybody, obviously, must be allowed to do (no way around the next three words) his own thing, provided he hurt no one doing it- they were yet to learn that society is built on many people hurting many people, it is just who does the hurting which is forever in dispute. They did not necessarily understand how much their simple presence hurt many good citizens in the secret velvet of the heart -the Hippies and probably the Yippies did not quite recognize the depth of that schizophrenia on which society is built.³⁷⁸

El novelista desestima, por otra parte, la recriminación de la que solía ser objeto David Dellinger por sus supuestas contradicciones ideológicas y estratégicas. En su crónica, el líder de NMC sobresale por su coherencia, rectitud y tolerancia:

He was a man of sturdy appearance with a simplicity and solidity of manner that was comfortable. He gave the impression of a man who told the truth, but as decently as possible. [...]

³⁷⁸ Mailer, *Miami and the Siege of Chicago*, p. 140.

He was a man of obvious patience and seemed of the conclusion that everybody brought his own schedule of militancy to each occasion.³⁷⁹

Pero, como ya ocurriera en *The Armies of the Night*, los mayores parabienes recaen en la militancia con mejor predisposición para la lucha. Incidiendo en la simbología de su obra anterior, el texto ensalza la actitud combativa de este joven e impetuoso ejército:

But he had seen them, he explained, over these few days, taking beatings and going back, taking beatings, going back; [...] They were fine troops, he declared, they were the sort of troops any general would be proud to have. They had had the courage to live at war for four days in a city which was run by a beast. [...] Before him, these revolutionary youth -they were no longer the same young people who had gone to the Pentagon at all. They were soldiers.³⁸⁰

They were a generation with an appetite for the heroic, and an air not without beauty had arisen from their presence; they had been better than he thought, young, devoted, and actually ready to die—they were not like their counterparts ten years ago.³⁸¹

Hubieran formado o no parte de ese “ejército”, muchos jóvenes sublimaron la historia de aquellos días. Animados por el cambio de rumbo, Hayden y Davis propusieron en la reunión del comité administrativo de NMC en septiembre “crear dos, tres, muchos Chicagos”. Y un mes más tarde, SDS y NMC convocaron una huelga general para el día de las elecciones presidenciales. Quizás sobrepasado por los acontecimientos, este sector del movimiento estudiantil no advirtió las consecuencias negativas de los hechos de agosto. Ya fuera por un exceso de romanticismo o por la decisión explícita de configurar una vanguardia radical que guiara a las masas, muchos participantes de la protesta hicieron una lectura simplificada de lo ocurrido. Que la ciudadanía no extrajo las mismas conclusiones que los disidentes ya quedó apuntado antes con datos estadísticos sobre el apoyo a Daley y el contundente rechazo a los manifestantes. La inercia tras los disturbios en Chicago no tuvo la fuerza que algunos habían previsto y tanto las actividades durante la semana del 21 al 27 de octubre como la huelga del 4 de noviembre constituyeron un rotundo fracaso de participación. La punta de lanza del movimiento contra la guerra desestimó cualquier interpretación de

³⁷⁹ Ibid., p. 189.

³⁸⁰ Ibid., p. 194.

³⁸¹ Ibid., p. 197.

los acontecimientos que contradijera su visión de una revolución en ciernes. Su negativa a adoptar una perspectiva más compleja impidió una mejor planificación de sus siguientes pasos.

Volvamos al texto de Mailer para evidenciar el candor del ala más radical de la protesta. Antes que nada, conviene señalar que las últimas citas de la obra que hemos reseñado tratan de reproducir parte del discurso que el novelista dirigió a los jóvenes concentrados en Grant Park horas antes de la carga policial. Aquellas palabras fueron, en parte, fruto de una sincera admiración por la pertinacia de un grupo de estudiantes realmente comprometidos. Por otra parte, Mailer reconoce que su arenga fue una forma de compensar su poca implicación en los días precedentes. Finalmente, Mailer se siente como pez en el agua ante audiencias como ésta y pronto desarrolla una capacidad oratoria que se contagia (y trata de contagiar) del espíritu reinante. Pero cuando el narrador reflexiona en momentos de mayor sosiego tiende a poner las cosas en su sitio. Antes de su intervención en Grant Park, Mailer ha reiterado la idea de que su escaso interés en participar de forma activa en esta ocasión se debe a que, a diferencia del asedio al Pentágono del año anterior, la protesta le resulta amorfa, carente de objetivos claros. Por disparatados que hubieran sido los anuncios de querer hacer levitar el Pentágono, la subversión implícita en el hecho mismo de enfrentarse simbólicamente al complejo militar-industrial que decidía sobre la guerra proporcionó un sentido de misión colectiva que trascendía las diferencias estratégicas de cada grupo. En cambio, no se sabía muy bien a qué se había ido a Chicago, e incluso se tenía constancia de que había intereses de fondo contrapuestos. En definitiva, el novelista no se muestra dispuesto a “que le abran la cabeza” si no hay, al menos, motivos simbólicos que lo justifiquen:

He only knew he did not wish to spend hours in this park. For what was one to do when the attack came? Would one leave when asked -small honor there- why wait to offer that modest obedience. And to stay -to what end?- to protest being ejected from the park, to take tear gas in

the face, have one's head cracked? He could not make the essential connection between that and Vietnam.³⁸²

Ya sabemos que luego le sobreviene una repentina fascinación por los estudiantes con la que contradice su pesimismo previo. Pero, finalmente, Mailer vuelve al punto de partida para confirmar la inocencia y la futilidad del esfuerzo de los radicales. El Nuevo Periodismo del que echa mano el novelista para relatar los acontecimientos propicia su protagonismo estelar a lo largo de la trama. Pero la honestidad confesional que también le facilita el género nos permite obtener reflexiones muy relevantes para nuestro estudio sobre los avatares del movimiento contrario a la guerra. Mailer explica una de las claves para vislumbrar el estado de desconcierto ideológico por el que atravesaba una parte fundamental del movimiento contestatario. Los lectores comprenden que si alguien como Mailer participa de las reservas acerca de las aspiraciones de los disidentes, el país en su conjunto debía de estar a años luz de la etapa prerrevolucionaria que ya atisbaban desde SDS. Veamos algunos extractos sobre los miedos que atenazan al autor cuando anticipa el inicio de las hostilidades:

And then with another fear, conservative was his fear, he looked into his reluctance to lose even the America he had had, that insane warmongering technology land with its smog, its superhighways, its experts and its profound dishonesty. [...] A revolutionary with taste in wine has come already half the distance from Marx to Burke; he belonged in England where one's radicalism might never be tested; no, truth, he was still enough of a novelist to have the roots of future work in every vein and stratum he had encountered, and a profound part of him (exactly that enormous literary bottom of the mature novelist's property!) detested the thought of seeing his American society -evil, absurd, touching, pathetic, sickening, comic, full of novelistic marrow- disappear now in the nihilistic maw of a national disorder. [...] He liked his life. He wanted it to go on -not as it was going, not Vietnam- but what price was he really willing to pay? Was he ready to give up the pleasures of making his movies, writing his books? They were pleasures finally he did not want to lose.³⁸³

Equiparar los disturbios en Chicago con la invasión soviética de Praga podía resultar rentable desde el punto de vista propagandístico. Creer realmente que la comparación era pertinente indica un evidente desapego con la realidad. La izquierda radical buscaba

³⁸² Ibid., p. 148.

³⁸³ Ibid., pp. 186-188.

salvar al país de los males que le achaca Mailer, pero, si acaso, los ciudadanos norteamericanos sólo querían ser rescatados del desastre de Vietnam.

Espoleados por los supuestos éxitos del movimiento disidente en Chicago, los sectores más radicales decidieron que los debates estratégicos quedaban zanjados. Más grave aún que la distorsión de la realidad del país resultaba su incapacidad para advertir que, justo en ese momento, el movimiento contra la Guerra de Vietnam se estaba fracturando sin remedio en mil pedazos. Poco a poco, los activistas moderados reconsideraron los efectos de Chicago y agrandaron las distancias con los radicales. Desde su punto de vista, muchas de las alianzas que habían conseguido labrar con años de dedicación se podían deteriorar tras los últimos acontecimientos. En cualquier caso, los desencuentros entre varios sectores de la protesta parecen certificar la idea de que el movimiento contrario a la guerra se encontraba entre las víctimas del turbulento 1968. Para finales de año, SMC se había desvertebrado por completo, NMC ya no existía a nivel operativo, *Resistance* se había partido en dos, y habían comenzado las luchas furibundas entre el sector oficialista de SDS y la corriente alternativa de PL.

6. Con tres heridas viene: Vida, muerte y resurrección del movimiento contra la Guerra de Vietnam, 1969-1975.

El movimiento contra la guerra podía atribuirse como éxito la renuncia de Johnson y el inicio de las conversaciones de paz en París. Además, el ala más militante predecía un cambio de ciclo en las relaciones con el poder a partir de las revueltas de Chicago. Desde su punto de vista, la protesta antisistema se habría fortalecido tras desafiar al Estado en los últimos meses de 1968, y con ello condicionaría cada vez más las iniciativas militaristas de Estados Unidos. La primera prueba de que sus augurios quedaban en entredicho sobrevino durante la *contrainauguración* con la que el movimiento se preparaba para “agasajar” al nuevo presidente electo. El contingente más radical de la coalición aspiraba a reproducir las imágenes de Chicago durante los tres días de actividades organizados por NMC. Algunos objetos llegaron a impactar contra el coche en el que viajaba Nixon durante el desfile de celebración, pero las expectativas anticipadas por *Coalition for an Anti-Imperialist Movement* (Co-Aim) y los *Crazies* (rama de los *yippies*) no se cumplieron. Un informe firmado a los pocos meses por un grupo de trabajo independiente concluyó que “los alborotos fueron de escasa importancia, hubo pocas lesiones, y la atención del país se centró en todo momento en el importante evento que dio lugar a la protesta misma”.³⁸⁴

Las disputas ocasionadas tras las jornadas de protesta de enero demuestran que el movimiento contra la guerra pasaba por uno de sus peores momentos a nivel organizativo. De la mano de Dellinger, Davis y Potter, NMC seguía intentando lidiar entre grupos moderados de la protesta y radicales en torno a *Youth Against War and Fascism* (YAWF), el *U.S. Committe to Aid the NLF* de Teague y otros grupos. Pero los

³⁸⁴ A Special Staff Study Submitted by the Task Force on Law and Law Enforcement to the National Commission on the Causes and Prevention of Violence, *Rights in Concord: The Response to Counter-Inaugural Protest Activities in Washington, D.C.* (San Francisco, California: Prelinger Library, 2006), p. 113 [la traducción es mía].

varios ensayos de Dellinger en busca de consenso desencadenaron un cúmulo de despropósitos, y se puede afirmar que desde febrero de 1969 y hasta el final de la guerra ya no existió una agrupación nacional sólida que aunara las distintas tendencias. El esfuerzo por mantener una organización pivotante manifiesta una convicción mayoritaria sobre las ventajas de la cooperación. Pero los resultados demuestran su inviabilidad.

Para superar los obstáculos que asfixiaban la labor de NMC, se recurrió a una vieja fórmula. Como ya ocurriera tres años antes, se celebraron distintas reuniones en Cleveland a fin de recomponer el maltrecho movimiento contra la guerra. Gracias a las dotes persuasivas de Sydney Lens, *Cleveland Area Peace Action Council* (CAPAC) dio oficialidad en julio al reagrupamiento de las principales tendencias bajo el rebautizado *New Mobilization Committee to End the War in Vietnam* (NewMC). Por una parte, el nombre preservaba el vínculo con la antigua denominación para garantizar una línea de continuidad con la tarea antibelicista ya iniciada en 1965. Por otra parte, NewMC declaraba, en clave interna, su intención de superar las rencillas que se habían vivido en los últimos tiempos. Pero el mero ajuste nominal no podía esconder la distancia ideológica, estratégica y táctica que separaba a las distintas corrientes. En función de la relación de fuerzas que se advertía en cada reunión del comité de dirección, la coalición iba en una dirección o en la contraria. Las principales discrepancias, con todas las variables posibles, se concentraban en dos aspectos. ¿Debía el movimiento ceñir su protesta a la guerra en Vietnam o era necesario ampliar los objetivos? ¿Eran las grandes manifestaciones la manera más eficaz de luchar contra la guerra o la situación exigía actividades más osadas que supusieran mayor coste para el poder? La falta de acuerdo sobre estas cuestiones fundamentales precipitó el fracaso de NewMC, que apenas llegó al año de existencia. A finales de julio de 1970, Rennie Davis y Douglas Dowd

presentaron dos propuestas antagónicas, lo que impulsó a radicales y moderados a buscar nuevas vías de organización.

La iniciativa radical se concretó en septiembre de 1970 con la creación de *National Coalition Against War, Racism and Repression* (NCAWRR). En buena medida condicionados por quienes ridiculizaban la “coalición nacional contra todo”, Dellinger, Peck, Davis, Brad Lyttle y otros propiciaron el cambio hacia *People’s Coalition for Peace and Justice* (PCPJ). El ala moderada se decantó por *National Peace Action Coalition* (NPAC) en junio de 1970. Ambas coaliciones llegaron a acuerdos concretos en los años que quedaban de conflicto, pero mantuvieron, por lo general, una animosa rivalidad. Ni con motivo de las negociaciones de paz de 1972 que allanaron el final de la guerra encontraron PCPJ y NPAC razones para la concordia, los unos apremiando a Nixon para que confirmara su compromiso y los otros insistiendo en su apuesta por la retirada inmediata de Estados Unidos sin contraprestaciones. Si añadimos a todo esto la fragmentación que experimentó SDS a partir de 1969, sólo cabe describir los últimos años de la protesta organizada contra la guerra como muy convulsos y marcados por la división. Las iniciativas propulsadas sin el suficiente consenso no gozaron, por lo general, de un apoyo popular masivo.

A menudo, incluso los protagonistas de la protesta han lamentado no haber puesto más empeño en buscar la conciliación. O no haber sido capaces, al menos, de atenuar sus diferencias en aras del bien común. También la literatura sobre la guerra, en todo su espectro ideológico, constata el errático deambular de la disidencia y hace chanza de sus múltiples identidades. No podemos achacarle a *A Country Such as This* alguna intención perversa al establecer lazos entre Dorothy y NMC en noviembre de 1969 (NMC ya no existía), sino que Webb es víctima, en este caso, de una comprensible confusión. Pero la novela insiste en que el interés político del personaje está únicamente subordinado a su

propia ambición personal. La congresista ha ido tejiendo una red de influencias a su alrededor de la que valerse en sus aspiraciones futuras. En 1970, un miembro de su plantilla le informa sobre el aumento de adhesiones a una nueva iniciativa legislativa tras el *Moratorium* del noviembre anterior, y Dorothy nota, con sorna, lo paradójico de alguno de estos apoyos:

“I’m not kidding, Dorothy. Since November, we’ve gotten everybody under the sun to sign on. I count fifty-three groups endorsing, now. We just added the United Auto Workers, the National Coalition of American Nuns, and the American Newspaper Guild.”

Dorothy snorted, surprised. “The National Coalition of American *Nuns*?”

Sharon laughed, crossing her legs. “Don’t knock it. Maybe they want to be priests.”

“Well, why shouldn’t they be?”³⁸⁵

Con más seriedad, aunque algo ebrios, conversan Cowling y el *Weatherman* Rafferty en *The Nuclear Age* acerca de su idoneidad para pertenecer al ala más radical de la protesta. Rafferty no es capaz de motivar su activismo exacerbado, y sus reflexiones denotan un derrotismo impropio del grupo vanguardista:

“The political ticket,” he said, and shook his head. “Tangled, you know? Classic worm can. Slimy creatures, very messy. Panthers here, Weather guys there. Shades of red-like blood, all types, you need a goddamn flow chart- SDSers and Quakers and the CPA and the PLP and God knows what all -let me think- the People’s Coalition for Peace, Dwarfs for a Non-violent Solution. You name it. Lots of moral hairs to split. Head-smashers, ass-kickers. Hard-core weirdos. Liberation fronts. The League of Concerned Dieticians. If I had my way, I’d wipe out the whole rat’s nest. There it is, though. The famous network.”³⁸⁶

En *Vida*, de Marge Piercy, Asch se muestra más entusiasta con el carácter heterogéneo del movimiento contrario a la guerra en 1967, aunque la evolución del personaje revelará luego un hartazgo con las formas más tradicionales de la protesta. Vida cree en el poder de la calle y, aunque también se detecta cierta sorna en su comentario, celebra la amplia representatividad de quienes concurren en las manifestaciones:

She felt bursting with strength when she thought of how far they had come, from a tiny minority, timid and isolated, to a force that felt as if it was becoming the mainstream. Now there were social workers for peace, sanitation workers for peace, secretaries for peace, grandmothers for peace, zoo keepers for peace. They would take the country and make it fulfill its promises, its good dreams.³⁸⁷

³⁸⁵ Webb, *A Country Such as This*, p. 545.

³⁸⁶ O’Brien, *The Nuclear Age*, p. 158.

³⁸⁷ Marge Piercy, *Vida* (London: The Women’s Press, 1980), p. 113.

En efecto, no cabía esperar que la disidencia confluyera en un único proyecto común, pues era su propia diversidad lo que le había dado razón de ser. Pero sigue habiendo una pregunta que sí nos resulta pertinente. Si, como parecía, la colaboración fortalecía el sentimiento antiguerra, ¿por qué no se produjo un mayor entendimiento entre las distintas corrientes en esta fase decisiva de la protesta? Hay varios motivos que explican la inestabilidad de aquel momento. Y no cabe despreciar la posibilidad de que, ante la perspectiva de un final inminente de la guerra, las distintas corrientes estuviesen rivalizando, ahora sí, por ocupar el espacio que habría que definir tras la resolución del conflicto armado. Pero también la habilidad de Nixon en el manejo de la guerra tuvo mucho que ver con los desencuentros entre las distintas facciones del movimiento contestatario.

Se sabe que el nuevo presidente no tenía un plan preconcebido con respecto a Vietnam. Algunos partidarios de la protesta constataron de inmediato que la fórmula mágica de la que hacía gala el partido Republicano no existía. En sucesivas entrevistas con los consejeros Henry Kissinger y John Ehrlichman, delegaciones estudiantiles y de CALCAV llegaron a la conclusión de que la nueva administración tenía una postura aún más belicista que la anterior. Inicialmente, estos grupos de presión creyeron que la nueva coyuntura podía incluso acelerar el fin de la guerra. Al fin y al cabo, Nixon había heredado el problema de una administración demócrata y habría podido aducir que la torpeza de Johnson los había llevado a un callejón sin salida. En principio, las urnas legitimaban al presidente para que intentara explorar fórmulas propias. Pero cuando estos activistas dedujeron que la receta que aplicaría consistía en más guerra dieron por finalizado el período de gracia que habían tenido a bien concederle. El balance de sus primeros seis meses de mandato era desalentador, pues en ese período aumentó en un

25% el número de soldados norteamericanos muertos en relación al mismo período correspondiente a los últimos meses de Johnson.³⁸⁸

Los hechos demuestran que Nixon no había adquirido un mayor compromiso a favor de una salida negociada. Al contrario, la mayoría de las iniciativas adoptadas por el gobierno iban en la dirección de una victoria militar definitiva o forzar que la delegación norvietnamita rebajara considerablemente sus exigencias en París. Ya en su primer año en la Casa Blanca, el presidente consideró seriamente una escalada militar con bombardeos masivos en Vietnam del Norte, el minado del puerto de Haiphong y una posible invasión terrestre.³⁸⁹ En los meses siguientes, se extendió la guerra a Laos y Camboya y se recuperó parte del plan descartado en 1969. Con independencia de que en algún momento se articulara como tesis, las embestidas de Nixon dan sentido a la existencia de lo que se ha denominado *madman theory*.³⁹⁰ Según esta teoría, Nixon habría condicionado su suerte en Vietnam a la propagación de rumores que hicieran creer a Ho Chi Minh que estaba dispuesto a adoptar las medidas más drásticas con tal de acabar la guerra en el menor tiempo posible.

Nixon sabía que sus iniciativas militares reactivarían el sentimiento contra la guerra, y, de hecho, cada nueva agresión se correspondió con un aumento significativo del número de desafectos. Pero el presidente no estaba dispuesto a convertirse, sin más, en mero relevo de Johnson como blanco de las críticas y burlas de sus detractores. De ahí

³⁸⁸ Ver http://www.wepapers.com/Papers/50114/VIETNAM_WAR_CASUALTIES_BY_MONTH (visita 14 junio 2011).

³⁸⁹ El plan, conocido como Duck Hook, fue discutido al más alto nivel. La cancelación tuvo mucho que ver con el posible efecto multiplicador que tendría su anuncio en las protestas previstas para octubre y noviembre, que ya se preveían multitudinarias. Ver detalles sobre las posibilidades de ejecución del plan en Prados, *Vietnam*, pp. 308-312; Jussi Hanhimäki, *The Flawed Architect: Henry Kissinger and American Foreign Policy* (New York: Oxford University Press, 2004), pp. 61-62.

³⁹⁰ La versión más extendida es que Nixon mencionó en 1968 el plan a su futuro jefe de gabinete Harry Haldeman. Nixon no reconoció la existencia de esa conversación y Haldeman se retractó años más tarde pese a haber sido antes muy explícito en la reproducción de aquella charla. La investigación más documentada sobre la realidad de esta estrategia la aporta Jeffrey Kimball, *The Vietnam War Files: Uncovering the Secret History of Nixon-Era Strategy* (Lawrence: University Press of Kansas, 2004), pp. 53-61.

que también contemplara en su agenda de actuación medidas que pudieran erosionar a los sectores más contrariados con aquella aventura militar, siendo la *vietnamización* del conflicto especialmente dañina para la disidencia.

La sustitución paulatina de tropas norteamericanas por unidades del ejército sudvietnamita podía convencer a muchos ciudadanos de que la salida definitiva estaba más cerca, o de que, al menos, empezaba a atajarse uno de los elementos más conflictivos. El plan también buscaba fidelizar el apoyo de quienes no mostraban objeciones expresas a la idea misma de ganar la guerra, pero habían dejado de tolerar el coste en vidas humanas que ello suponía. Aunque el método ya había sido sugerido por Clark Clifford (último secretario de defensa con Johnson) y Nixon no presentía buenos resultados,³⁹¹ su implantación le permitía manejar con más soltura los tiempos y reconducir la estrategia más adelante en caso de que fuera necesario. En los años de su primer mandato, se hizo frecuente escuchar a Nixon o a alguno de sus ministros anunciar distintas cifras de retirada de efectivos norteamericanos hasta culminar con el despliegue definitivo poco antes de las nuevas elecciones presidenciales de 1972. La administración dosificaba esta información de manera que pudiera contrarrestar imágenes de amplio descontento popular o provocar un cambio de tendencia si las encuestas reflejaban un deterioro de su índice de popularidad. Para desactivar el movimiento de contestación a la guerra, la administración complementó esta estrategia militar con la aprobación de un sistema de sorteo para determinar el alistamiento en el ejército. De esta manera, la disidencia quedaba huérfana de dos de los argumentos que habían resultado más persuasivos a la hora de captar nuevos adeptos.

Nixon también sabía que sus éxitos diplomáticos con China y la Unión Soviética le servían de salvoconducto para seguir implementando su estrategia en Vietnam. A

³⁹¹ A instancias de Kissinger, Nixon se mostraba reacio a la retirada unilateral de tropas y reprendía a Melvin Laird (secretario de defensa) por querer implementar el plan con celeridad. Wells, *The War Within*, pp. 287-288.

muchos norteamericanos les fascinaba la talla de gran estadista que estaba adquiriendo su presidente. El viaje de Nixon y Kissinger a China el 17 de febrero de 1972 parecía consecuencia lógica de la revelación, a finales de enero, de que se habían iniciado conversaciones bilaterales con Hanoi en París. Pero Nixon debía de estar muy seguro de sí mismo cuando anunció la Operación Linebacker (minas en los puertos más operativos del Norte y nuevos bombardeos) sólo dos semanas antes de la visita prevista a Moscú. El viaje no sólo se realizó según lo programado, sino que Nixon regresó triunfante una semana más tarde con un acuerdo bajo el brazo que paralizaba la creación de nuevas lanzaderas de misiles en ambos países. Para sorpresa de muchos, la situación debía de estar bajo control. Con todos estos avales, Nixon se propuso marcar diferencias con Johnson en la manera de enfrentar el desafío representado por la militancia contra la guerra.

La literatura norteamericana sobre Vietnam ha dispensado a la figura de Nixon un tratamiento dispar. Por lo pronto, los textos no le han dedicado tanto espacio como a su predecesor, con lo que han contribuido a fijar en el imaginario colectivo el tropo de “la guerra de Johnson”. Pero personajes como Peg Mullen en *Friendly Fire* concentran su rabia en el malvado Nixon, máxime después de que la filiación partidista deje de ser un obstáculo para expresar su disconformidad. Con motivo de una visita presidencial a Des Moines en marzo de 1971, se organiza una concentración de protesta frente al Congreso de Iowa. Peg acude al acto como quien está a punto de asistir a un encuentro personal con el mismísimo presidente de Estados Unidos a fin de saldar cuentas.

Peg was anxious and depressed about participating in any public gathering protesting the United States. In spite of her abhorrence of Richard M. Nixon, she continued to hold his office in high esteem. Like her fellow Iowans, she had been brought up to believe in the inherent goodness of the United States. Respect for the presidency dies hard...but it dies.

Peg, too, felt a fierce elation that she was directly to confront the one man who, to her, epitomized the dark forces which had taken her son. She wanted to stand before Nixon face-to-face, wanted him to see her sign, feel her rage. She dared even hope she might speak to him, tell the President exactly what she thought.³⁹²

³⁹² Bryan, *Friendly Fire*, p. 261.

Más allá de la justificada necesidad catártica, Peg desea mostrar su contrariedad por el autoritarismo con el que Nixon ejerce su labor de gobierno. Por entonces, el asesor de la Casa Blanca Tom Huston había perfilado un plan de coordinación para perfeccionar los métodos de vigilancia y sabotaje al movimiento contra la guerra con los que superar las deficiencias de COINTELPRO. Pese a que algunos de los mecanismos consensuados a través de Huston eran claramente ilícitos, Nixon ratificó el documento a mediados de julio. Las objeciones de Hoover por lo que entendía era una intromisión en las funciones del FBI consiguieron revocar el plan. Pero Nixon terminó creando un ambicioso programa de espionaje que permitió el control de miles de ciudadanos como los Mullen. Para Peg, el gobierno estaba conculcando principios democráticos esenciales con el único fin de desprestigiar al movimiento contra la guerra. No recuerda el personaje que haya existido ningún presidente con tanto afán por controlar a la opinión pública:

The Mullens were horrified that never before in the history of this nation they so loved had its government so rigorously dedicated itself to the accumulation of power at the expense of its citizenry. And what dismayed the Mullens so much was the ease with which Americans acquiesced and refused to speak out.³⁹³

En *A Country Such as This*, mejor opinión le merece a Sophie Lesczynski el comportamiento de Nixon. El personaje destaca la predisposición del nuevo presidente a solidarizarse con el dolor de los familiares de prisioneros de guerra. Frente al Nixon atrincherado al que se refiere Peg, Sophie resalta su cercanía y la de sus colaboradores, lo que resulta muy reconfortante para las familias. La idea de que el gobierno pueda estar instrumentalizando su sufrimiento le resulta irrelevante. El nuevo gabinete implica, a sus ojos, la posibilidad de superar la parálisis del gobierno anterior, y, al menos, el primer mandatario no se muestra tan distante como el “inaccesible y tecnócrata

³⁹³ Ibid., p. 256.

McNamara". Por encima de otras consideraciones, Sophie agradece el gesto de que se les reciba en la Casa Blanca y las reuniones regulares con Haldeman, Kissinger o Laird:

The day after Nixon took office, he received two thousand telegrams from POW/MIA families, asking that he take public notice. And he did. [...] Nixon was smaller than she had imagined. He had a nice smile. He did not have shifty eyes. He shook hands with every wife. He had been briefed on each of their husbands. He told Sophie he had seen Red Leszczynski fly with the Blue Angels. It didn't matter if he really had or not. What a nice thing to say, after three years of nothing.³⁹⁴

Nixon ya ha iniciado, por aquel entonces, su campaña para atraerse a los miembros de la *mayoría silenciosa* a los que se dirigirá de manera solemne meses más tarde.³⁹⁵

Poco a poco, Sophie asume el discurso nixoniano de que una minoría ruidosa en idílica relación con los medios de comunicación trata de acallar a los norteamericanos de buena fe que, como su marido, siguen creyendo en el liderazgo del país. No da, por tanto, crédito a las descalificaciones de las que es objeto Richard Nixon:

He might indeed have been a racist and a sexist and a fascist and an imperialist, Sophie didn't know. Newspaper and television reportage had become so shrill and irresponsible, so obsessed with defacing societal institutions while at the same time hero-worshipping every dissent movement imaginable, that she didn't believe anything they said anymore, anyhow.³⁹⁶

Pero es Judd Smith, una vez más, quien reproduce el discurso de que existen una clase media y una clase trabajadora responsables que representan los valores tradicionales del país, que apoyan la guerra en Vietnam y no cuentan con la complicidad de los medios de comunicación. Judd se refiere a esta mayoría de ciudadanos cuando presencia una nutrida manifestación de protesta en 1971:

They [the demonstrators] come from the most privileged homes in America. [...] The rest of their age group, the ones who have supported the war, are at work today, making cars and digging coal and driving trucks. Or serving in the military. They aren't gathered in a way that a TV camera can catch them.³⁹⁷

Por su parte, Peg Mullen censura el hecho de que Nixon se apropie de manera mezquina del silencio de la ciudadanía. Pero sabe que para poner en cuestión la falacia del gobierno sólo cabe una mayor presencia de la protesta en las calles. Por eso conmina

³⁹⁴ Webb, *A Country Such as This*, p. 524.

³⁹⁵ Escuchar el discurso completo en <http://watergate.info/1969/11/03/nixons-silent-majority-speech.html> (visita 16 marzo 2012).

³⁹⁶ Webb, *A Country Such as This*, p. 521-522.

³⁹⁷ *Ibid.*, p. 573.

a la acción a quienes no quieran sentirse utilizados por la manipulación propagandística del presidente:

We are tired of President Nixon's lies! We were good members of the Silent Majority, but we cannot remain silent any longer. We are determined to speak out, to expose the government's lies. And we are not alone. All across America there are mothers and fathers, young men and women, *good Americans*, who feel the same way we do about this immoral war! We are not afraid.³⁹⁸

Richard Nixon no fue, ciertamente, un presidente conciliador. La simple idea de sentirse rehén de los jóvenes que mostraban de manera frontal su rechazo a la guerra le repelía. Desde su punto de vista, ese había sido otro de los errores de Johnson. Nixon emprendió una suerte de cruzada personal contra los activistas, no sólo encauzada a través de la subrepticia campaña ya aludida sino también mediante continuas invectivas públicas contra el movimiento por la paz. Para esto último se valió de la animosidad característica de su vicepresidente, Spiro Agnew, si bien otros miembros del gabinete reclamaban un mayor sosiego.³⁹⁹ Pero Nixon era más dado que su predecesor en el cargo a fajarse con todo tipo de adversarios, fueran reales o imaginados. Ciertos comportamientos anómalos en su relación con los antiguerra se han atribuido a una supuesta personalidad inestable.⁴⁰⁰ Así, resultó especialmente desconcertante ver a Nixon en la mañana del 9 de mayo de 1970 conversando con jóvenes contestatarios reunidos frente a la Casa Blanca. Sobre todo, porque el episodio ocurrió horas antes de que los activistas iniciaran allí una sentada en protesta por la invasión de Camboya y el

³⁹⁸ Bryan, *Friendly Fire*, p. 252.

³⁹⁹ En los primeros meses, Agnew mantuvo el perfil bajo característico de su puesto. Pero a partir de entonces se convirtió en uno de los vicepresidentes con mayor exposición pública. Agnew no desaprovechaba ocasión para emitir comunicados u ofrecer declaraciones sobre cualquier tema. El blanco de sus críticas eran los activistas más “carnavalescos” de la protesta, pero también despotricaba contra la permisividad liberal, la ingenuidad de los intelectuales y, en especial, la irresponsabilidad de los medios de comunicación. Esta actitud le valió el sobrenombre de “el Nixon de Nixon”. Tras esta frenética proyección pública se escondía el anhelo de una futura candidatura para la presidencia, lo que explicaría la moderación de su discurso con la llegada de las primeras noticias sobre Watergate. Véase Marie D. Natoli, *American Prince, American Pauper: The Contemporary Vice Presidency in Perspective* (Westport, CT: Greenwood Press, 1985), pp. 119, 150-157.

⁴⁰⁰ Mucho se ha escrito sobre la inestabilidad psicológica de Richard Nixon. Algunos de sus biógrafos han aludido a una personalidad trastornada, obsesiva, psicótica o bipolar. Algunas de estas teorías han sido reunidas en Michael A. Genovese, *The Nixon Presidency: Power and Politics in Turbulent Times* (Westport, CT: Greenwood Press, 1990), pp. 8-14.

posterior asesinato de cuatro estudiantes en la Universidad estatal de Kent en Ohio. En otras ocasiones, su comportamiento fue menos amistoso, como cuando, después de responder con el signo de la victoria, equiparó el acto de quienes le abuchearon durante un discurso en California con el magnicidio de John Kennedy. Igualmente recordado es su comentario desdeñoso sobre la trascendencia de la manifestación más numerosa en la historia de la capital hasta la fecha en noviembre de 1969, asegurando que él pasaría la jornada viendo fútbol americano por televisión.

Ha quedado claro que un sector de la protesta llevaba tiempo favoreciendo la estrategia de la provocación. Pero la reacción altanera de Nixon también ofreció más argumentos al extremismo en la órbita de SDS. El presidente aparentaba menospreciar las protestas contra la guerra y descalificaba su representatividad como la de “una minoría bulliciosa”. Estas bravatas habría que entenderlas como parte del estilo personalista que Nixon trató de imprimir a su presidencia. Pero, en vista de que a cada nueva constatación de que el sentimiento antibelicista aumentaba de forma espectacular el gobierno repetía el argumento de su escasa relevancia, en el ánimo de muchos activistas reinaba una mayor irritación. El poder se mostraba implacable con los disidentes más violentos. Pero cuando la protesta se encauzaba a través de manifestaciones pacíficas, el gobierno expresaba, todo lo más, comprensión por la preocupación de los participantes. Incluso ante estas muestras de portentoso descontento popular, la administración recurría a una explicación tan incontestable como ingenua: dos millones de personas seguían constituyendo una clara minoría. Veremos, con posterioridad, cuál fue la contribución del ala más radical a este debate. Atendamos, ahora, a cómo la literatura ha documentado y tratado los episodios más significativos de la protesta en los últimos cinco años de conflicto.

Sigamos comparando la aproximación a los dos eventos más nutridos de aquellos años (las manifestaciones en Washington del 15 de noviembre de 1969 y del 24 de abril de 1971) de dos novelas tan dispares como *Friendly Fire* y *A Country Such as This*. Bryan calcula que alrededor de un 30% de los manifestantes en 1971 eran mayores de 35 años, y destaca la frase con la que un semanario reflejó el carácter pacífico de la protesta: “the kind that the cops could have brought their children to”.⁴⁰¹ Peg también repara en la variedad generacional tan impropia de manifestaciones anteriores, pero es el narrador quien con más acierto percibe el cambio de talante en el que se ha instalado la mayor parte del movimiento contrario a la guerra:

Gone was the anger one had seen at all those marches of the years before -the anguish, tenseness and frustration felt at defying a government that wouldn't respond.[...] The mood of this day's march resembled not so much the protest marches of the late sixties and early seventies as it did the “love-ins” of the mid sixties. [...] I thought a lot about those faces. Their expressions reflected more than the reassurance and comfort gained from one another's company. If this many people cared this much to travel that far to Washington, then we Americans were not so selfish and indifferent after all. And the people's faces expressed a pride in an America they had loved all along, but which they feared might have been lost: an America of the people. The government would have to end the war.⁴⁰²

A finales de 1969, el movimiento contra la guerra aún no había recuperado el tono sereno y reconfortante que detecta Bryan. Pero la prensa alabó, igualmente, el espíritu cívico que prevaleció durante la Jornada de Moratoria del 15 de noviembre, sólo alterado por algunos altercados violentos ocurridos frente al Departamento de Justicia. *A Country Such as This* pone el acento, precisamente, en los excesos cometidos por un grupo minoritario. La referencia a la rotonda DuPont no es inocente, pues en torno a ella se produjeron los desórdenes más graves, provocados por los extremistas la noche antes. Las conclusiones sobre los incidentes las extrae una Sophie cada vez más dolorida por lo que considera actos de traición al país y a su marido, prisionero en una cárcel norvietnamita:

⁴⁰¹ Bryan, *Friendly Fire*, p. 312.

⁴⁰² *Ibid.*, p. 313.

The day before Sophie left [for a second tour to Paris], the news was full of images that had the undeniable media impact of a Hitlerian rally: four columns of marchers, a quarter of a million of them descending on DuPoint Circle in Washington from the four streets that fed into it, dozens of red and blue Viet Cong banners at their fronts, night torches, interminable chants, 'HO, HO, HO CHI MINH, THE NLF IS GONNA WIN.' So perfectly organized for television, so dramatic, so frightening to Sophie Lesczynski, who upon seeing it for some reason could think only of Poland, squashed by Nazis, counter-squashed by communists. It was all the same. Cruel ideology, people who wanted to control, produced chants and banners and people marching. *Were these Americans, AMERICANS?*⁴⁰³

También el gobierno quiso estigmatizar a los activistas antes y después de la protesta aludiendo al carácter anárquico de los manifestantes. Su campaña de desprestigio tuvo claras repercusiones: sólo uno de los 65 congresistas que habían suscrito las actividades de la Primera Moratoria el mes anterior mantuvo su adhesión para esta convocatoria. Los medios de comunicación parecieron ceder también a las presiones de la administración Nixon, pues ninguna cadena retransmitió la que a la postre sería la mayor manifestación en la historia de la capital hasta entonces. Pero una vez celebrado el evento, la prensa no pudo abstraerse de su significado y denunció las tergiversaciones gubernamentales. En su editorial del día 18 de noviembre, el *Washington Post* adoptó un inusual tono de reproche:

The effort by this administration to characterize the weekend demonstration as (a) small, (b) violent, and (c) treacherous will not succeed because it is demonstrably untrue. If citizens had had the opportunity to witness the weekend on television, they would know it to be untrue; as it is, they will have to ask those who were there -either cops or kids, no matter. [...] the administration was less interested in trying to keep the march peaceful than in trying to make it seem less large and more violent than it really was, and in trying to scare the daylights out of that putative Silent Majority at the same time.⁴⁰⁴

Los dos ejemplos literarios a los que hemos hecho mención reflejan la división que existía por aquel entonces en Estados Unidos tanto en relación a la guerra como al movimiento en su contra. Agnew ejercía de portavoz de la Norteamérica conservadora molesta con el nivel de protesta radical al que se había llegado en los seis primeros meses de 1969.⁴⁰⁵ A tenor de las encuestas, los “ciudadanos pro ley y orden” también

⁴⁰³ Webb, *A Country Such as This*, p. 531.

⁴⁰⁴ *Washington Post*, “No”, november 18, 1969.

⁴⁰⁵ En este período, el número de actos de sabotaje y de detonación de artefactos explosivos que se registraron en los centros de enseñanza universitaria doblaba el de los seis meses precedentes. En Wells, *The War Within*, p. 297.

radicalizaron sus opiniones en aquel momento.⁴⁰⁶ Por otra parte, las dos formidables muestras de descontento popular referidas daban fe de una muy significativa adhesión a la causa contra la guerra. Y es en este punto en el que me interesa recalcar la idea de que el sentimiento pacifista había calado de tal manera que ya no hacía imprescindible la existencia de un frente común unitario. De hecho, el Día de Moratoria surgió de una iniciativa ajena a las principales organizaciones nacionales. Jóvenes participantes en la campaña de McCarthy del año anterior anunciaron el proyecto el 30 de junio de 1969. David Hawk, Sam Brown y David Mixner modificaron el planteamiento inicial de Jerome Grossman y, en lugar de una huelga, promocionaron la idea de celebrar un día de reflexión nacional sobre la guerra. *Vietnam Moratorium Committee* (VMC) coordinó multitud de actividades que se celebraron en los centros de trabajo, escuelas, lugares de ocio y en las calles de todo el país. VMC no buscaba sólo una constatación mediática del incremento del sentimiento contrario a la guerra, sino que pretendía que en cada rincón de Estados Unidos arraigara la idea de que el ciudadano de a pie podía contribuir de manera decisiva al fin del conflicto.

Pero la falta de entendimiento que caracterizó la labor de la disidencia en aquellos años no impidió la colaboración en momentos puntuales. VMC aceptó la tutela de New MC después de que su comité de dirección accediera a no refrendar el acto de desobediencia civil que Rubin y Hoffman planeaban para después de la manifestación. Los dirigentes de VMC mantenían sus recelos porque conocían la influencia que los *Crazies* eran aún capaces de ejercer sobre Dellinger. Pero la puesta a punto de este tipo de eventos exigía un fuerte apoyo logístico, y sólo la concentración de los exiguos recursos de los que disponían las distintas coaliciones podía garantizar el éxito de la convocatoria. A nadie extrañó, sin embargo, que VMC anunciara el cierre de su oficina

⁴⁰⁶ Wells recoge los resultados de una encuesta Harris según la cual el 52% desaprobaba incluso las manifestaciones estudiantiles pacíficas, y los acompaña de una consulta Gallup que determina que el 82% de los encuestados abogaba por la expulsión de los estudiantes activistas. *Ibid.*, p. 299.

central cinco meses más tarde, pues ya no abrigaba esperanzas de mantener una sana relación con sus aliados. Por su parte, la celebración de la multitudinaria manifestación de 1971 obedeció a una lógica similar. Tras casi tres meses de disputas, PCPJ terminó adhiriéndose a la iniciativa aprobada por NPAC, no sin que esta última coalición le negara cualquier capacidad de maniobra en la organización del evento. PCPJ anteponía fórmulas de protesta más agresivas, pero entendía que no se podía prescindir sin más de manifestaciones populares. Finalmente, aceptó las condiciones de NPAC al tiempo que anunció la celebración del *People's Lobby* desde el día siguiente a la manifestación y hasta las jornadas de protesta radical que se preparaban para mayo.

Así pues, en los años que van de 1969 a 1973, el movimiento contra la guerra alternó grandes eventos populares con actividades menos numerosas pero con entidad suficiente para evitar su desaparición. La protesta pasó por momentos de extrema dificultad, debido, en parte, a la precariedad económica por la que atravesaban casi todos los grupos. A ello se añadía el hecho de que organizaciones importantes estaban enzarzadas en serias disputas ideológicas, con algunas tendencias que relegaban la guerra a un papel secundario en relación a otras causas políticas y sociales. Si todo ello iba acompañado de la impresión de que se estaban dando pasos definitivos para una resolución que tenía visos de transcurrir por la vía diplomática o de una eventual negociación es lógico presuponer que el movimiento estaba en desbandada. Hay que subrayar, sin embargo, la labor de modestas agrupaciones locales, asociaciones de mujeres, grupos religiosos, organizaciones pacifistas de larga trayectoria o coaliciones estudiantiles que perseveraron en su denuncia y mantuvieron al movimiento contra la guerra como una fuerza viva. Que hubiera desencuentros entre las agrupaciones más influyentes no demuestra que el sentimiento contrario a la guerra anduviera moribundo. Grupos como CALCAV, AMP, AFSC, WILPF y otras coaliciones aumentaron, si cabe,

sus campañas de concienciación y llenaron el vacío de poder tan ostensible en la cúpula del movimiento por la paz. Gracias a esta base y a la participación de miles de ciudadanos anónimos, la lucha resurgía en forma de actos espontáneos cada vez que se advertía algún cambio en la prosecución de la guerra que implicaba una reactivación de la acción militar estadounidense. A cada nuevo anuncio de la expansión de la guerra a Camboya y Laos, o de sucesivos ataques aéreos indiscriminados a poblaciones del Norte de Vietnam hasta las Navidades de 1972 le sucedían infinidad de protestas inmediatas, las más llamativas en los recintos universitarios.

Los sucesos acaecidos en la Universidad de Kent en 1970 ocupan un lugar destacado en la historiografía sobre el movimiento contra la Guerra de Vietnam. El 30 de abril, Nixon había hecho pública la participación de tropas estadounidenses de apoyo en la incursión que el ejército sudvietnamita había iniciado en Camboya. El día siguiente fue testigo de numerosas manifestaciones de repulsa y huelgas en distintos centros educativos. Cuatro estudiantes fallecieron en Kent State el 4 de mayo y otros nueve resultaron heridos como consecuencia de los disparos efectuados por un contingente de la Guardia Nacional desplazado al lugar para reprimir una protesta violenta que se había iniciado días antes. El informe del cuerpo militar adujo la participación de un francotirador al que habrían respondido algunos miembros de la compañía. La investigación posterior desacreditó esta versión, aunque los juicios celebrados para esclarecer los hechos no determinaron las causas del inicio del tiroteo y ningún miembro de la Guardia Nacional cumplió condena por lo sucedido.⁴⁰⁷ Los días

⁴⁰⁷A día de hoy, sigue sin haberse esclarecido el suceso por completo. Recientemente, una asociación de estudiantes de Kent State ha emprendido acciones legales para la reapertura del caso. Una cinta magnetofónica recuperada en 2010 pudiera contener indicios de que la Guardia Nacional recibió una orden directa de abrir fuego, lo que contradeciría la versión oficial. Aunque existen teorías conspirativas, los textos más documentados sobre el tema han dado por buena la versión de que los militares que iniciaron el tiroteo lo hicieron por estar sometidos a una gran presión y convencidos de que estaban bajo seria amenaza. Esto no excluye una desastrosa gestión de los acontecimientos por parte de las autoridades universitarias y de los oficiales a cargo de la operación. También se ha determinado que la administración Nixon, en su afán por ocultar cualquier tipo de información negativa, dio pábulo a la sospecha de que

posteriores al incidente se saldaron con huelgas y el cierre de más de 500 centros universitarios, una décima parte de ellos hasta la finalización del curso académico.

Existen múltiples ejemplos literarios que documentan la trascendencia de los sucesos en la Universidad de Kent State. En su afán por ofrecer una narración ponderada, Bryan proporciona en *Friendly Fire* una versión que no discrepa, en esencia, de la interpretación oficial y de la que se advierte en buena parte de la bibliografía sobre el tema. Esta descripción pretendidamente aséptica se contrapone a la consternación que produce la noticia en Peg Mullen:

On May 4, [...] the Ohio National Guard tear-gassed a noon rally of Kent State students who had gathered in protest of the widening Southeast Asian war. When the students refused to disperse, when instead they turned angrily on the guardsmen, shouting obscenities and throwing rocks and the tear gas canisters back at them, the inexperienced and frightened young soldiers inexplicably and indiscriminately fired into the crowd. Four students were killed, and eight were wounded. [...] Their deaths appalled Peg Mullen; she saw them as four more non-battle casualties of the Vietnam War. Children were not safe from the U.S. Army even on their college campuses.⁴⁰⁸

Por su parte, Webb se apropia de los términos en los que se expresó la declaración de la administración Nixon. El secretario de prensa, Ron Ziegler, leyó un comunicado en el que lejos de mostrar algún signo de contrición, el presidente responsabilizaba a los estudiantes y conminaba a las autoridades académicas a que atajaran las protestas violentas.⁴⁰⁹ En *A Country Such as This*, Judd Smith contradice, una vez más, a su adversaria Dorothy Dingenfelder al tiempo que se hace eco de las duras críticas recibidas:

“You think about something, Dorothy, at night just before you go to sleep. You think about who really caused Kent State, okay? The antiwar movement screams about fascism, but they’ve *created* the conditions of fascism, and I think you know it. If you provoke a government’s institutions long enough and hard enough, they’ll react. Then everyone points at the reaction, and they say, ‘See! See, we told you!’”⁴¹⁰

todo respondía a una operación orquestada con el fin de liquidar las protestas estudiantiles. Véase William A. Gordon, *Four Dead in Ohio: Was There a Conspiracy at Kent State?* (Laguna Hills, CA: North Ridge Books, 1995).

⁴⁰⁸ Bryan, *Friendly Fire*, pp. 149-150.

⁴⁰⁹ *NYT*, John Kifner, “4 Kent States Students Killed by Troops”, May 5, 1970, p. 1. col. 2.

⁴¹⁰ Webb, *A Country Such as This*, pp. 548-549.

Un significado más personal le da Ron Kovic a la muerte de los cuatro universitarios. *Born on the Fourth of July* narra las peripecias de un excombatiente que regresa de Vietnam con graves secuelas físicas y emocionales. Tras un largo período de tratamiento hospitalario, apatía social y distanciamiento familiar, Kovic experimenta el suceso en la Universidad de Kent State como el detonante para canalizar su acritud a través de un mayor compromiso de denuncia:

I was sitting alone in my apartment listening to the radio when I first heard the news about Kent State. Four students had just been shot in a demonstration against the invasion of Cambodia. For a moment there was a shock through my body. I felt like crying. [...] I remember saying to myself, The whole thing is coming down now. I wheeled out to my car. I didn't know where I was going but I had to find other people who felt the way I did. I drove down the street to the university. Students were congregating in small groups all over the place. [...] I honked my horn in support but I was still feeling a little hesitant.⁴¹¹

Estas reservas iniciales irán dando paso a un apoyo progresivo a *Vietnam Veterans Against the War* (VVAW), lo que le permite finalmente comprender la trascendencia de su gesto: “In the war we were killing and maiming people. In Washington on that Saturday afternoon in May we were trying to heal them and set them free.”⁴¹² El efecto reparador que Kovic le adjudica a la protesta puede ser exagerado, pero al menos él ha encontrado en VVAW el confort que le negó la burocracia política y militar a su vuelta. *Friendly Fire* también testimonia su importancia. Convertidos en la voz de la (mala) conciencia de Estados Unidos, los excombatientes dieron nuevos aires a un movimiento por entonces desnortado.⁴¹³ A través de VVAW, la disidencia mostró incluso cierta capacidad para renovar las fórmulas de protesta en este período crucial. La agrupación de veteranos había surgido en 1967 y adquirió mayor protagonismo con el paso de los años.

Poco a poco, algunos militares hicieron visible su descontento con la guerra encabezando algunas protestas. A principios de 1969 se creó *GIs United Against the*

⁴¹¹ Kovic, *Born on the Fourth of July*, pp. 103-104.

⁴¹² *Ibid.*, p. 108.

⁴¹³ El texto más destacado sobre la formación y evolución de VVAW lo proporciona Andrew Hunt, *The Turning Point: A History of the Vietnam Veterans Against the War* (New York: University Press, 1999).

War in Vietnam, que dio origen al llamado caso de los Ocho de Fort Jackson, en Carolina del Sur. La rebeldía de estos militares surgió de una iniciativa de antiguos militantes de YSA, lo que le permitía al gobierno calificar su acción de deliberada obstrucción a la Ley Militar. Finalmente expulsados del ejército, los cargos contra ellos fueron retirados tras una extensa campaña publicitaria perjudicial para la administración Nixon. Pero fue con motivo de la manifestación de noviembre de 1969 cuando el gobierno supo que iba a tener que lidiar con una disidencia muy incómoda: cerca de 1.500 militares en activo firmaron un anuncio de condena a la guerra en el *New York Times* (189 de ellos servían en aquel momento en Vietnam). De manera que VVAW ya contaba con una base para su campaña, que alcanzó notoriedad a nivel nacional especialmente en 1971. Siguiendo la exhortación de SDS de algunos años antes, los veteranos decidieron “traer la guerra a casa”, reproduciendo en las calles del país aquello para lo que se les había entrenado. En septiembre de 1970 iniciaron un simulacro de *Search and Destroy* bautizado como Operación RAW (Rapid American Withdrawal). En los primeros meses de 1971 se autoinculparon de crímenes contra la humanidad en un proceso que denominaron *Winter Soldier Investigation*. Luego, en los prolegómenos de la gran manifestación del 24 de abril acamparon durante días frente a la Casa Blanca y protagonizaron una airada devolución de las medallas con las que se había premiado su contribución a la guerra. En diciembre, repitieron las protestas a lo largo de todo el país. El gobierno restó trascendencia a las aportaciones de VVAW y puso en duda su representatividad. Pero los exmilitares contribuyeron sobremanera a deslegitimar la honorabilidad de Estados Unidos en su aventura asiática.

Por lo general, las monografías sobre el movimiento de contestación a la Guerra de Vietnam han preferido narrar los avatares de los activistas más radicalizados en el período 1969-1975. Desde que en marzo de 1969 un jurado federal formalizó la

acusación de conspiración contra ocho participantes en las manifestaciones contra la convención del partido Demócrata, los radicales quisieron reorientar la protesta hacia la lucha contra la represión del Estado. La militancia más proclive al enfrentamiento también alertó de que, frente a las incógnitas que había dejado la masacre en Kent State, la muerte de dos estudiantes negros diez días después en la Universidad Estatal de Jackson era resultado de una inequívoca acción premeditada con la que las autoridades reprimían a la disidencia afroamericana. En poco tiempo, los *Black Panthers* vieron fuertemente mermadas sus filas con la detención o muerte de muchos de sus dirigentes. Especialmente inquietante resultó la muerte de Fred Hampton a finales de 1969, toda vez que había indicios de que no había sido el resultado de un tiroteo con agentes de la policía que habían localizado su escondite, sino que se le había ejecutado mientras dormía.

Sin embargo, ha quedado suficientemente constatado que SDS fue una más entre las muchas tendencias que configuraron el movimiento de contestación a la guerra. Sus argumentos, junto a los de *yippies*, *crazies* y otras organizaciones radicales, no fueron predominantes. El estudio de su evolución durante este período no debería, por tanto, eclipsar al resto de expresiones que siguieron siendo parte esencial de la protesta hasta el fin de la guerra. Muchos jóvenes de la época quedaron cautivados por aquellos extremistas de izquierdas. Y, en cierto sentido, eso mismo ha ocurrido también con los estudios históricos sobre los movimientos sociales de los años sesenta y setenta. No es que exista empatía ideológica con sus protagonistas, pues ocurre, más bien, justo lo contrario.⁴¹⁴ Pero, desde el punto de vista narrativo, a cualquier análisis sobre la

⁴¹⁴ Algunas de las fuentes bibliográficas consultadas desestiman, sin más, lo que consideran acciones inexcusables de un grupo minoritario de lunáticos que hicieron del uso de la violencia un fin en sí mismo. Autores menos críticos concluyen que los extremistas fueron también víctimas de una época muy convulsa, y, aunque no les eximen de sus excesos, puntualizan que a algunos les guiaban ideales loables. Para llegar a conclusiones menos maniqueas, Joel P. Rhodes se aparta de las grandes estrellas mediáticas del movimiento *underground*. Centrándose en cuatro episodios “menores”, Rhodes concluye que la

evolución del movimiento contra la Guerra de Vietnam le resulta provechoso explorar estas novedosas fórmulas de protesta. Cabe recordar, por otra parte, que en 1969 SDS seguía siendo muy popular entre los estudiantes. Y es en ese momento cuando la organización se resquebraja e inicia, a ojos de algunos exmiembros, un trayecto de involución que derivará en el fanatismo de los *Weathermen*.

La división se formalizó durante la reunión anual que tuvo lugar en junio de 1969 en Chicago. Aquella cita se inició con la ruptura entre SDS (ya por entonces *Revolutionary Youth Movement*, RYM) y PL (reconvertidos en *Worker-Student Alliance*). PL apostaba por el liderazgo de la clase obrera, a quien debía acompañar el estudiantado de la misma extracción social. SDS prefería modelarse en el vanguardismo de los Panteras Negras y reivindicar la liberación de las mujeres, aunque ambas aspiraciones se evidenciaron incompatibles durante la reunión. Los radicales afroamericanos hicieron acto de presencia y leyeron un despectivo discurso en el que descalificaban el nuevo rol que pretendían asumir las mujeres. Y no fueron éstos los únicos cismas. A su vez, RYM se subdividió. De un lado, los *Weathermen* proponían una estrategia de confrontaciones dramáticas que sirvieran de inspiración a las masas de jóvenes; RYM II prefería elaborar una base programática desde la que conformar un movimiento estudiantil sólido. Con independencia de qué orientación mostró una mayor coherencia ideológica, lo cierto es que los *Weathermen* salieron victoriosos y se hicieron con el control de SDS. En cuestión de unos pocos meses, los líderes *Weathermen* más prominentes articularon una teoría alrededor de los escritos de Régis Debray y la llevaron a la práctica durante los Días de Furia que planearon para el mes de octubre.⁴¹⁵ Desde su

violencia “was a carefully constructed form of political discourse variously utilized to open lines of communication, educate, empower, or articulate previously obscured convictions and grievances.” Véase Rhodes, *The Voice of Violence: Performative Violence as Protest in the Vietnam Era* (Westport, CT: Praeger, 2001), pp. 185-186.

⁴¹⁵ El periodista francés había publicado en 1967 un libro que hacía las veces de manual del buen guerrillero. Debray fue capturado ese mismo año en Bolivia, donde había participado en la campaña

arranque, la nueva organización propició un halo de leyenda a su alrededor del que no se han desprendido ni las reinterpretaciones más modernas sobre la Nueva Izquierda extremista. Ni tampoco parte de la literatura norteamericana sobre los sesenta.

Vida supuso la primera aproximación literaria detallada al fenómeno de la disidencia clandestina. Publicada en 1980, la novela de Piercy repasa la vida de su protagonista desde sus aportaciones iniciales a la causa contra la segregación hasta su condición de prófuga de la justicia, que se mantiene hasta la finalización del relato. Muchos lectores han querido ver en su larga experiencia como fugitiva (cerca de una década) un paralelismo con la diva de la resistencia *underground*, Bernardine Dohrn. Este extremo ha sido negado por la propia autora,⁴¹⁶ y, en realidad, Vida Asch encaja mejor como trasunto de otras activistas de la época como Kathy Boudin o Jane Alpert, aunque la comparación con cualquiera de ellas nunca es satisfactoria del todo.⁴¹⁷ Tampoco ha habido consenso en la crítica literaria a la hora de asignarle un valor definitivo a la protagonista de la historia. Vida (Cynthia, Peregrine o Vinnie en sus múltiples falsas identidades) es, ante todo, una resistente, y sólo por ese hecho debemos priorizar los valores positivos del personaje. A Maureen Ryan, el texto no le ofrece dudas respecto a la pretensión de su autora de construir un personaje “atractivo y admirable”. Pero, contra los deseos de Piercy, Vida resulta para el lector una protagonista “antipática” y “extraordinariamente ingenua”.⁴¹⁸ Maria Lauret no es tan contundente en la aversión hacia el personaje, y cree que el texto propone un personaje ambiguo con el fin de que

guerrillera de Ernesto Che Guevara. Con estos credenciales, la lectura de su panfleto se hizo indispensable en muchos círculos izquierdistas. Sus recomendaciones se referían con claridad a la situación en América Latina, pero SDS entendió que sus enseñanzas eran extrapolables a Estados Unidos. Régis Debray, *Revolution in the Revolution?: Armed Struggle and Political Struggle in Latin America* (New York: Grovy Press Inc., 1967).

⁴¹⁶ Kerstin W. Shands, *The Repair of the World: The Novels of Marge Piercy* (Westport, CT: Greenwood Press, 1994), p. 90.

⁴¹⁷ Para un repaso a la vida de Boudin, véase Susan Braudy, *Family Circle: The Boudins and the Aristocracy of the Left* (New York: Alfred A. Knopf, 2003).

⁴¹⁸ Maureen Ryan, *The Other Side of Grief: The Home Front and the Aftermath in American Narratives of the Vietnam War* (Amherst: University of Massachusetts Press, 2008), p. 170 [la traducción es mía].

simpatizamos con él sin dejar por ello de ponderar la sensatez de las decisiones trascendentales que la han llevado a la clandestinidad.⁴¹⁹ Comparto con Lauret la impresión de que Marge Piercy se esforzó por evitar un tono nostálgico que podría habernos predispuesto a no atender a su valor documental.

Sea en clave de *tour de force* o descenso al infierno, las peripecias de Vida nos permiten revisar los episodios más conocidos en la trayectoria de los *Weathermen*. El presente narrativo de la novela es 1979, lo que da pie a rastrear la respuesta personal de la militancia *underground* en el lustro siguiente al fin de la guerra. Teniendo en cuenta la filiación de Piercy en SDS hasta finales de los sesenta, la novela constituye también su propia reevaluación sobre las principales tendencias en el movimiento contra la guerra y la aportación de *Weather Underground* (el nombre que adquirió desde diciembre de 1970). Pero la trama combina el tiempo presente con tres *flashbacks* que probablemente sean las secciones más productivas de la novela. El recorrido político de Vida ha transcurrido por las fases que ya se han delimitado con respecto a otros muchos jóvenes disidentes de la época. Después de haber militado en la lucha antisegregacionista, la primera escena retrospectiva ya nos muestra a Vida en octubre de 1967 como líder destacada de *Students Against the War* (equivalente a SDS). Para llegar a esta posición ha pasado por la consabida descalificación del mito Kennedy:

She had resented Johnson as the gross successor, but she had come to hate him as the one who showed the corporate inside of Camelot, the imperialistic dreams behind the clean-cut Harvard rhetoric. Johnson pursued openly what Kennedy had secretly set in motion -the invasion, the war. He had made her see how duped and silly she had been weeping at the cortege in black and white on the television set in the dormitory room.⁴²⁰

El personaje ha trocado el hechizo de Kennedy por el ilusionismo de SDS. En 1967, todavía partidaria de las grandes movilizaciones populares, Asch venera la redefinición del concepto de democracia auspiciado por SDS: “SWA was a fiercely, totally

⁴¹⁹ Maria Lauret, *Liberating Literature: Feminist Fiction in America* (New York: Routledge, 1994), p. 145.

⁴²⁰ Piercy, *Vida*, p. 98.

democratic organization, open to anyone with or without the low dues, with an elected leadership usually galloping in one direction while the members marched in another.”⁴²¹

Aunque Vida concede errores y admite los inconvenientes derivados de esta estructura anárquica de SDS, seis años después aún considera que la militancia en la organización es un plus del que no se debe prescindir:

Kevin had never been a member of SAW, a wildly democratic organization -passionately, agonizingly on all levels democratic- but the rest of them had. The four of them had been trained to argue for a position, to lose gracefully, plotting to rise again in a parliamentary motion, to compromise for support by accepting a friendly or even moderately hostile amendment, to shift support from one candidate to another and withdraw it behind the scenes. They were used to counting votes in their heads.⁴²²

No encontramos referencias explícitas a los *días de furia* de 1969, pero Vida describe su propio bautizo de sangre en un acto violento organizado por SAW para “aplantar al Estado”. Aunque predomina el tono de exaltación, el personaje central incluye comentarios de autocrítica sobre el uso indiscriminado de la violencia y el subsiguiente rechazo ciudadano. Así, cuando el pretendido desmantelamiento del Estado se traduce en realidad en actos de vandalismo callejero, Vida recuerda a sus desmandados compañeros que sólo las limusinas deben ser el blanco de su furia y no los coches más modestos que están siendo destrozados. Pero, por lo general, el texto silencia algunos de los episodios que han sido habitual objeto de reproche en la evolución de SDS. En cierto sentido, Vida es la cara amable del extremismo de SDS. Aunque nunca rehúsa la acción directa, en su trayectoria política destaca por sus aportaciones a nivel teórico. Miembro destacado de *The Network* (*Weather Underground Organization Bureau* en la realidad), Vida propicia con sus escritos una constante renovación en las líneas programáticas de la organización. Desde su puesto de alta responsabilidad, aclara a su hermano Paul en 1979 los límites que no están dispuestos a sobrepasar:

⁴²¹ Ibid., p. 110.

⁴²² Ibid., p. 311.

Paul, I am not a terrorist. I am not. We don't go after individuals, we don't terrorize. We go after corporate targets, governmental targets, landlords, IBM, the Department of Correction. We do what we do carefully and we never hurt anyone physically.⁴²³

Probablemente, las bondades del personaje hubieran quedado más en entredicho en el caso de haberla visto participar en la preparación de los *días de furia* o en la última reunión pública de SDS/*Weathermen* en diciembre de 1969. Desde su creación en junio, los *Weathermen* habían hecho pública su intención de “traer la guerra a casa”. Sus militantes iniciaron una intensa campaña de concienciación. En los casos más llamativos, irrumpían en centros escolares, “asaltaban” las aulas y conminaban (a veces con gestos obscenos) a los estudiantes a “fugarse de la clase/cárcel” y unirse a la inminente revolución. La organización estaba convencida de la efectividad de sus maniobras y esperaba a miles de jóvenes estudiantes para iniciar la protesta en Chicago el ocho de octubre. Pero no llegó al medio millar el número de personas que se dieron cita aquel día en el Parque Lincoln. Los participantes, casi todos ya adscritos a los *Weathermen*, superaron el desconcierto inicial e iniciaron una marcha hacia la residencia del juez que presidía la causa contra la Ocho de Chicago. Finalmente detenidos por la policía, en el camino sembraron el caos y provocaron destrozos en coches, edificios y negocios. Como ya se anticipó, lejos de propiciar una reevaluación de la estrategia, los *días de furia* reafirmaron los compromisos de sus organizadores. Era el momento idóneo para la versión norteamericana de la *teoría del foco* de Ernesto Che Guevara. Para que la revolución se pusiera en marcha era necesaria una masa descontenta, pero ésta no tenía por qué ser activa políticamente. El activismo recaería en un grupo reducido de militantes que provocarían con su ejemplo una reacción en cadena. La acción se distribuiría en pequeñas células clandestinas semiautónomas, desde las que horadar los poderes del Estado.

⁴²³ Ibid., p. 272.

Bernardine Dohrn anunció a finales de 1969 la nueva perspectiva en un “Consejo de Guerra” celebrado en Flint, Michigan, que ha sido motivo de sonrojo para los propios participantes. El gesto más ofensivo de la reunión se produjo cuando Dohrn vindicó los salvajes asesinatos de la Familia Manson. El seis de octubre, *Weathermen* ya había iniciado su campaña terrorista detonando una carga explosiva contra una estatua conmemorativa de la policía de Chicago. La aparición en noviembre del primer reportaje sobre el ataque indiscriminado a My Lai en 1968 y la muerte de Hampton y Mark Clark a manos de la policía en diciembre pudieron influir en la apología de la violencia revolucionaria. La “declaración de guerra” de los *Weathermen* podría interpretarse como una bravata, pero si Charles Manson era un referente verdadero la disidencia estaba advirtiendo a la administración Nixon que podían igualar el nivel de barbarie con el que ésta se empleaba contra los comunistas en Vietnam y los separatistas negros en casa.

Aunque Piercy evite situar a su heroína en estas tesituras, el testimonio literario de Vida Asch nos permite comprender el poder de atracción que ejerció la posibilidad de una revolución entre muchos jóvenes estadounidenses. Vida hace una apuesta política por la lucha armada desde 1971 (y cabría decir que personal, pues esa decisión acarrea no poder seguir viviendo con su marido Leigh). Para cuando concluye la trama, sigue convencida de que fue la única respuesta posible. Es cierto que el texto resulta melodramático en pasajes como el que se reproduce a continuación, pero no podemos menospreciar la idea de que las motivaciones de Vida sean las de muchos militantes de la época:

People in the other world viewed them as barbarians: professors, journalists, television people, editors, opinion makers who watched the slaughter every night in their living rooms called them beasts when they ran in the streets with NLF flags and broke windows. [...] She worked in the nerve centers of antiwar activity, writing propaganda, making speeches, stuffing envelopes, calling demonstrations, organizing committees, but nothing sufficed. Nothing

satisfied. Nothing eroded the urgency she felt as she lay in bed at night and images of the war fluttered like filthy bloody rags in her head.⁴²⁴

La conversión de Vida a la lucha armada admite varias lecturas. Muchos de los miembros más conocidos de la banda terrorista reconocen una educación política más larvada que la de muchos de sus coetáneos. Existen, por otra parte, testimonios que podrían denotar una cierta arrogancia fruto de una experiencia vital propia de una generación consentida. También el personaje literario es víctima de una comprensión egocéntrica de la historia, aunque su hermana Natalie la saca de su ensimismamiento:

“Natalie, Lohania, do you ever, ever feel like this is just the center of the universe? [...] I mean here and now. When I was in high school, remember, Natty, I had this idea of history concentrating in moments of decision. Like 1890 was the time to be in Paris and 1917 in St. Petersburg. [...] We’re *making* history.”

“History’s a myth. A million things happen in every moment. Each historian selects certain to stress. [...] The War in Vietnam obsesses us, and for good reason, but a historian in the superpower of Togoland in 2067 might ignore the affairs of the backwaters of North America altogether.”⁴²⁵

Los jóvenes afiliados de *Weathermen* estaban en lo cierto con respecto a la trascendencia histórica del momento. Cada uno tuvo sus propias motivaciones para participar en la organización, pero, desde un punto de vista político, existe una coincidencia generalizada en el mismo sentido en el que se expresa Vida. En sus memorias sobre el activismo de aquella época Bill Ayers invoca la dimensión moral de su compromiso, pero reconoce que volver a visionar el documental sobre el grupo rodado por Emile de Antonio en 1976 le provoca rechazo:

I thought the politics -the analysis of war and aggression, the understanding of racism as a main instrument of division and control, the vision of a world based on justice- held up remarkably well; I was embarrassed by the arrogance, the solipsism, the absolute certainty that we and we alone knew the way. The rigidity and the narcissism.⁴²⁶

Cathy Wilkerson se expresó con idéntica paradoja con respecto a los *días de furia*, aunque invirtiendo las acepciones de *lo personal* y *lo político*:

It was just pure insanity....[F]rom the standpoint of rational politics and organization we were out of our minds. We were as bad as the most psychotic religious...sects. Some brainwashed bunch of lunatics. On the other hand, as a response to what was going on in

⁴²⁴ Ibid., p. 196.

⁴²⁵ Ibid., pp. 109-110.

⁴²⁶ Ayers, *Fugitive Days*, p. 282.

Vietnam, it was a response of total outrage. [...] And so even though it was totally crazy as a political act, history can't, doesn't, hasn't condemned it.⁴²⁷

La referencia a las sectas que hace Wilkerson no es una hipérbole, pues *Weathermen* repartió la tarea revolucionaria entre células o “tribus” que, a su vez, rendían cuenta a los tres grandes colectivos: uno organizado en torno a San Francisco, otro con base en Nueva York y el tercero dividido entre Chicago y Detroit. La admisión en cualquiera de estas células quedaba subordinada al sometimiento a una estricta disciplina interna. Los candidatos debían superar con éxito las temidas *weatherfries*, sesiones de crítica-autocrítica diseñadas con el propósito de liberarse de cualquier vestigio de comportamiento burgués. La reeducación en las improvisadas comunas incluía rituales de sanación y prácticas sexuales para superar una monogamia que consideraban decadente. Este tipo de prácticas alejó a un número importante de simpatizantes. Con el tiempo, *Weathermen* se configuró como grupo de elite concebido para dirigir la revolución.

De vuelta al plano literario, *Vida* constituye un documento valioso desde el que reconstruir el modo de vida de las células clandestinas. La protagonista forma parte de *The Little Red Wagon*, donde rigen muchas de las normas de convivencia a las que se ha aludido. Vida no resta valor a estas prácticas, pero el texto induce al rechazo con la descripción explícita de escenas de violación y otros tipos de vejaciones. Por otra parte, los celos que atenazan a Joel (nueva pareja de Vida) desencadenan episodios más propios de una escena absurda de los Hermanos Marx:

“Who is Lohania?”
“An old friend. She was Kevin’s lover. She and Leigh were lovers too.”
“Oh?” he said sarcastically. “And were you and her lovers too?”
“Briefly. Abortively, but—“
“And Kevin and Leigh?”
“Don’t be silly. They detested each other...Lohania and Leigh and I were a family. And Lohania and me, Kevin, Jimmy and Randy Superpig were the Little Red Wagon collective.”
“And were you lovers with Randy too?”
“No! We never got along.”
“First man I ever heard you mention you neglected to go to bed with.”⁴²⁸

⁴²⁷ En Varon, *Bringing the War Home*, p. 100.

La novela nos retrotrae hasta justo el momento anterior a los incidentes en la Universidad de Kent, pero no nos permite recuperar las repercusiones que tuvo en el grupo uno de los episodios más críticos en la historia de *Weathermen*. El seis de marzo de 1970, tres miembros del colectivo de Nueva York murieron mientras manipulaban una bomba con la que pretendían atacar en unos pocos días. El piso franco desde el que actuaban era, en realidad, una casa lujosa situada al Oeste de Manhattan propiedad del padre de Wilkerson, que resultó ilesa. La detonación resultó tan potente que pasó algún tiempo hasta confirmarse la identidad de las víctimas, pues los cuerpos de Diana Oughton, Ted Gold y Terry Robins quedaron completamente desfigurados. Parece ser que la gran cantidad de dinamita localizada en el interior de la vivienda iba a repartirse en dos grandes atentados, uno dirigido contra la biblioteca de la Universidad de Columbia y el otro a perpetrar durante un baile de suboficiales en un complejo militar en New Jersey. El artefacto que explotó había sido diseñado en forma de bomba antipersonal, lo que significa que los *Weathermen* pretendían ir más allá del carácter simbólico de sus actuaciones anteriores. Sólo cabe especular sobre la dirección que hubiera tomado la organización terrorista de haber culminado esta operación con éxito. Lo cierto es que el mortal accidente supuso una sacudida para la organización, cuyo comité central determinó casi de inmediato un cambio de rumbo y dio marcha atrás sobre la posibilidad de atacar contra personas. Aunque hubo unas pocas víctimas no intencionadas, el *modus operandi* de la organización consistió desde entonces en la colocación de bombas en edificios o lugares simbólicos que consideraba representantes del imperialismo norteamericano. Los activistas avisaban con antelación para que hubiera tiempo de proceder al desalojo de los inmuebles. Además, *Weather Underground Organization* (WUO) explicaba el motivo de cada acción a través de

⁴²⁸ Piercy, *Vida*, p. 92.

comunicados que servían, igualmente, de reflexión sobre la evolución ideológica del grupo. El primero de ellos se publicó poco después de la invasión de Camboya, y, aunque el encabezamiento hablaba de una “Declaración de Guerra”, en su contenido ya se advierten señales de que sus integrantes habían iniciado un período de reflexión crítica tras el macabro accidente en Greenwich Village.⁴²⁹ El título del comunicado dado a conocer en diciembre de 1970 era más explícito en cuanto a la necesidad de replantearse criterios básicos: “New Morning—Changing Weather”.⁴³⁰

La explosión en casa de los Wilkerson precipitó la estrategia de la lucha desde la clandestinidad. La organización en células independientes y la existencia de otros grupos *underground* no directamente vinculados a *Weathermen* hace difícil identificar un único patrón de conducta en la protesta. Aunque se tiende a buscar una guía en las directrices que iba marcando WUO a través de sus comunicados, resulta aventurado definir ideológicamente un movimiento tan dispar en criterios, actitudes y personalidades. Debe añadirse que los *Weathermen* no eran los únicos rebeldes en fuga. Los hermanos Berrigan y otros curas católicos también habían sorteado sus responsabilidades penales desapareciendo de la vida pública. Aún en su condición de prófugo (fue detenido pocos días después), Daniel conminó a sus “hermanos” *Weathermen* a regresar a la senda del pacifismo, pues “ningún principio justifica el sacrificio de una vida humana”.⁴³¹ Los *Weathermen* fueron también permeables a la influencia de la contracultura, y, de hecho, algunos de sus miembros planificaron con

⁴²⁹ Consultar primer comunicado en <http://www.lib.berkeley.edu/MRC/pacificviet/scheertranscript.html> (visita 12 junio 2011).

⁴³⁰ En el comunicado firmado por Dohrn podían leerse pasajes como el siguiente: “This tendency to consider only bombings or picking up the gun as revolutionary, with the glorification of the heavier the better, we’ve called the military error. People become revolutionaries in the schools, in the army, in prisons, in communes, and on the streets. Not in an underground cell.” Véase Jonah Raskin, “Looking Backward: Personal Reflections on Language, Gesture and Mythology in the Weather Underground”, *Socialism and Democracy*, Vol. 20, N° 2, July 2006: 121-135.

⁴³¹ El mensaje fue grabado por Berrigan el ocho de agosto de 1970, aunque su transcripción fue editada como carta un año más tarde. Ver carta en Joy Jones (ed.), *Imprisoned Intellectuals: America’s Political Prisoners Write on Life, Liberation, and Rebellion* (Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield Publishers, 2003), pp. 242-247 (cita en p. 245).

éxito la evasión del gurú de la psicodelia Timothy Leary, que cumplía diez años de condena en un penal con escasas medidas de seguridad.

Vida es un buen ejemplo literario de la identidad múltiple del fenómeno disidente *underground*. La heroína Asch cambia de criterio casi con la misma asiduidad que de pareja sentimental. Así, en una fase inicial, Vida ha hecho causa común con Kevin, el equivalente en *The Little Red Wagon* al real Terry Robins, el miembro menos escrupuloso del colectivo terrorista de Nueva York. Después de descartar la vía pacífica, Vida encuentra irresistible el compromiso total de Kevin y se identifica con su apuesta por la violencia extrema. El dúo se compenetra a la perfección, aunque la protagonista insinúa haber sido víctima del culto al macho tan potenciado al inicio de la trayectoria de *Weathermen*:

They had spoken the same words, screamed the same slogans; on tapes she had heard they even sounded strangely alike, speaking the harsh rhetoric of those times with the same jagged passion, the same desperate anger. [...] Because of his charisma, because of his temper, because of his brute strength, few people challenged his reasons.⁴³²

Tras una amarga convivencia de pareja, Asch se desvincula poco a poco de su otrora “hermano siamés”. Harta de su prepotencia varonil, en 1970 Vida difiere de la línea política que representan Kevin y Randy (agente infiltrado del FBI), pues sostiene que la organización debe compaginar la acción violenta con campañas de concienciación política si no quiere que se agudice su aislamiento. La ruptura entre la rama más teoricista y los seguidores de Kevin se confirma en febrero de 1974, en lo que constituye una recreación de la aparición del manifiesto *Prairie Fire: The Politics of Revolutionary Anti-Imperialism* en julio de aquel año.⁴³³ El documento anunciaba un cambio de ciclo, sobre todo después de que la negativa del Congreso a seguir financiando a Vietnam del Sur confirmara que la guerra había llegado definitivamente a

⁴³² Piercy, *Vida*, pp. 48-49.

⁴³³ https://docs.google.com/viewer?a=v&q=cache:eYECCWpOQBMJ:www.usasurvival.org/docs/Prairie-fire.pdf+&hl=es&gl=es&pid=bl&srcid=ADGEESjTOa=NZsIm0EetbvsZoQ8wepnmwces_BOqKJLQJ5T_XxSVevhhjvKRO8oQACUG6fJP6moJ4JBifueYg6Pob4HpGzYMP6v3LdVhE0BsaM5xNi4GBtiyU6WLq_VgVMMax4zO6OKF&sig=AHIEtbSLaRi9csWUXHmGqu_5ad1g5B0KRg

su fin. WUO no renunciaba a sus principios y métodos, pero asumía que sus propios errores habían hecho de la lucha armada un mero “espectáculo”. Los nuevos tiempos exigían “utilizar el arma de la teoría” y la colaboración con el resto de la disidencia. La organización seguiría siendo clandestina, pero era necesario sacar a flote la interpretación marxista-leninista que hacían de la situación en Estados Unidos. La publicación de *Prairie Fire* suscitó un gran interés en buena parte de la izquierda norteamericana, pero hubo quien lo interpretó como una renuncia a sus principios. En la novela, la expulsión de Kevin del comité central equivale a la escisión que se produjo en las filas de WUO. Por su parte, Vida apoya la nueva estrategia, pues Kevin está fuera de control, aunque reconoce que el grupo prescinde de él porque ya no interesan sus servicios: “They were ganging up on Kevin: maybe he represented an earlier phase they were rejecting as vehemently as they had embraced it.”⁴³⁴

El impulso político que pretendió WUO en 1974 no se sostuvo en el tiempo. En 1979, Vida prepara una ponencia para el comité central en el que básicamente apuesta por superar un análisis puramente marxista que ha quedado demasiado encorsetado. En su propuesta aboga por recuperar la causa en contra de la energía nuclear (aunque sólo unos días antes había afeado a Joel su interés por un tema que resultaba demasiado “burgués”). Según Vida, el discurso anti-imperialista ha impedido ampliar la agenda política hacia temas como el ecologismo que la izquierda radical había explorado inicialmente en 1968:

Look, it's like sitting back with a good Marxist analysis in New York in 1957 and saying, What's all this busing stuff? What does it have to do with the means of production? All this Black religion, phooey. When what happens doesn't match our preconceptions, we get annoyed. Annoyed we aren't leading. The E.R.A., abortion, tax revolt, gay rights and nukes are causing more heat than anything, and we keep out.⁴³⁵

⁴³⁴ Piercy, *Vida*, p. 310.

⁴³⁵ *Ibid.*, p. 354.

Pero Vida ha tardado cinco años en reconocer lo que ya Natalie (desde mi punto de vista, la heroína en la sombra de la novela) le había advertido con motivo de su conversión al marxismo-leninismo en 1970:

“We’re Marxist-Leninists.”

“Since when? And what for, sweetie? What’s the point being a Leninist in the U.S. of A. in 1970? [...] A revolution here has to come out of our situation, right? It isn’t going to look like one anyplace else. You used to laugh at all those factionalists quoting their little red books. Bob Rossi looking for the peasants to lead into battle—“

“I’m more serious now than I was then—“

“No! You’re just more desperate.”⁴³⁶

En el tiempo presente narrativo, Vida reconoce errores y contradicciones. Pero, como queda claro al final de la historia, no ha renunciado a sus ideas y su militancia *underground*. Una redada policial ha motivado las detenciones de su exmarido Leigh y de su actual compañero sentimental Joel. Este episodio, junto al reciente fallecimiento de su madre y el breve encarcelamiento de Natalie parecen haber confluído para facilitar la rendición de Vida. Pero la última imagen de la novela nos muestra a la protagonista camino de una terminal portuaria para emprender su enésima huida. Parece lógico que el lector empatice con la honestidad e integridad del personaje, pero el texto disemina dudas acerca de la sensatez de su decisión. Lejos de ser una simple apología de la clandestinidad, la novela de Piercy procura ofrecer el rostro humano de la vida del fugitivo, con sus recompensas y sus miserias. Aunque el intento puede haber sido baldío, *Vida* supuso uno de los primeros esfuerzos literarios por desmitificar esta expresión de la protesta:

Either people imagined the fugitive life as romantic -robbing banks, meeting with vanished celebrities, escaping ahead of the posse with a pistol in your teeth; or they imagined that you must be hidden in a room literally underground, [...] but the fact remained that there were always options and daily problems of something to eat, something to wear, someplace to sleep, somebody to talk to, somebody to sleep with, work to do and rest to seize⁴³⁷

El resultado es ambiguo. En algún momento, Vida exalta las virtudes de los prófugos: “Maybe nobody loves this country as much as fugitives running before the

⁴³⁶ Ibid., p. 203.

⁴³⁷ Ibid., p. 253.

wind, back and forth across it. [...] Nobody knows this country like those who hide in its folds and crevices. Our land. Our country. That's what the screeching paper won't say."⁴³⁸ Cuando le asaltan las dudas, se repite que su compromiso político exige sacrificios: "Stop it! [...] That the whole might of the government has not been able to put you away is a victory. Every day you defeat them by continuing. How many years did Ho Chi Minh rot in prison? You are free: relish that."⁴³⁹ Pero, las más de las veces, la pertinacia de Vida sabe a victoria pírrica. Joel le recrimina que vive "in a spy movie that's over",⁴⁴⁰ Natalie le reprocha su subordinación al sexismo y la entrañable Eva le hace la pregunta tabú: ¿el Estado gana si nos entregamos, o lo hace, realmente, si permanecemos ocultos? No sabemos lo que podría haber decidido una hipotética Vida real después de 1979. La mayoría de los miembros de WUO se entregaron a finales de los setenta y principios de los ochenta, recibiendo sentencias poco rigurosas. Otros pocos persistieron en la lucha armada hasta ser detenidos y cumplir largas condenas.⁴⁴¹

Las declaraciones y acciones violentas de WUO, *Revolutionary Armed Task Force* (RATF), *Symbionese Liberation Army*, *Black Liberation Army*, *Revolutionary Force 9*, *May 19th Communist Organization* y grupos similares acapararon las noticias sobre la oposición a la guerra a partir de la segunda mitad de 1971.⁴⁴² En cierto sentido, algunas de las organizaciones que conformaban el movimiento contrario a la guerra disminuyeron su actividad. Desde aquel momento, ganó consistencia la idea de que las

⁴³⁸ Ibid., pp. 255-256.

⁴³⁹ Ibid., p. 55.

⁴⁴⁰ Ibid., p. 397.

⁴⁴¹ El caso más célebre es el de David Gilbert y Kathy Boudin. Miembros de *Revolutionary Armed Task Force* (RATF), el 20 de octubre de 1981 participaron en el robo de un furgón de la compañía Brinks durante una entrega de miles de dólares. *Black Liberation Party* pretendía especializarse en este tipo de acciones, y para ello contaban con la asidua colaboración de miembros de RATF. El robo de Brinks se saldó con un guarda de la compañía y dos policías muertos. Boudin salió en libertad condicional en 2003. Gilbert sigue cumpliendo una condena de setenta y cinco años. Podemos leer una detallada reconstrucción del incidente en Braudy, *Family Circle*, pp. 290-313.

⁴⁴² La proliferación de estas formaciones se asociaba, por entonces, a un terrorismo internacional de izquierdas que giraba alrededor de *ETA*, *IRA*, *Sendero Luminoso* en Perú, los *Tupamaros* uruguayos o *Red Army Fraction* en Alemania.

cámaras parlamentarias terminarían por dejar que la guerra languideciera poco a poco. Un año antes había prosperado en el Senado la iniciativa bipartidista de John Cooper y Frank Church para acotar el tiempo de intervención en Camboya. Meses más tarde, por un margen de 55 a 39, se desestimó una enmienda más ambiciosa por la que George McGovern y Mark Hatfield pretendían limitar en el tiempo la operación militar norteamericana y la financiación al gobierno de Vietnam del Sur. De la misma manera que el Congreso nunca formalizó una declaración de guerra, ahora tampoco tomaría una decisión firme respecto a su resolución. Pero tras la publicación de las primeras entregas de los Documentos del Pentágono filtrados por Daniel Ellsberg al *New York Times*, se hizo evidente que una mayoría de representantes ya no toleraba la continuidad de la guerra. Pocos días después, a propuesta de Mansfield, el Senado declaró que el fin de toda participación norteamericana en Vietnam en el menor tiempo posible debía ser la aspiración política del país. Tras la firma del tratado de paz en París en 1973, el Senado prohibió reanudar la actividad militar después de que el gobierno insinuara esa posibilidad si Hanoi incumplía los acuerdos. En 1974 y 1975, el Congreso rechazó sendas peticiones de Nixon y Carter a fin de aprobar ayudas adicionales al gobierno de Thieu, lo que facilitó la victoria militar de NVA y NLF el 30 de abril.

Una vez más, debemos recalcar que en el período que va de 1969 a 1975 el activismo contra la Guerra de Vietnam no se redujo a las iniciativas de WUO y demás formaciones extremistas. Incluso con posterioridad al acuerdo de paz, muchas de las organizaciones pacifistas siguieron en activo, presionaron al gobierno para que mantuviese sus compromisos y denunciaron los excesos que se habían cometido desde el poder. La historiografía sobre el movimiento ha tratado de dirimir la efectividad real de la causa antibelicista. Los textos de adscripción liberal y progresista sostienen que la resistencia disuadió a las distintas administraciones de adoptar actitudes más

beligerantes. El uso de armamento nuclear o la invasión terrestre de Vietnam del Norte fueron propuestas que estuvieron sobre la mesa en distintas etapas del conflicto, y la disidencia antiguerra debe de haber sido un factor determinante para que no llegaran a implementarse. Los sectores más nostálgicos del poderío norteamericano han acusado a Washington de forma reiterada de haber estado demasiado pendiente de la opinión pública. Por otro lado, parte de la historiografía más conservadora ha desestimado la utilidad del movimiento contestatario. Desde su punto de vista, la guerra hubiese concluido antes (y, seguramente, con resultados parecidos) de no haber mediado una contestación popular tan radical. La tesis revisionista sostiene que el descontento entre los representantes políticos se habría manifestado de forma más rotunda y en una fase más temprana si no hubieran temido que se les asociara con los extremistas de izquierda. En mi opinión, el comportamiento errático de la mayoría de las figuras políticas que en algún momento se asomaron a la causa pacifista (salvo contadas excepciones) contradice la teoría de que los cauces políticos tradicionales podían haber propiciado, por sí solos, a una resolución satisfactoria del conflicto. Por último, las memorias de los propios activistas, aún advirtiendo los muchos puntos oscuros en su trayectoria, muestran una satisfacción generalizada por su contribución al fin de la guerra.

Estimo que este debate es innecesario. Es lógico que quienes intervienen en una campaña pacifista como la que se desarrolló en Estados Unidos en aquellos años tengan la necesidad de conocer el alcance de su compromiso. Se me antoja igualmente legítimo que quien participa en una protesta política aspire a que se concreten los cambios que pretende provocar con su acción. Pero desde mi perspectiva, los juicios de valor sobre los movimientos sociales no deben hacerse en función de sus resultados. El movimiento de contestación a la Guerra de Vietnam fue valioso por el mero hecho de haber existido.

Un apreciable número de ciudadanos se aglutinó en torno a una expresión desde la que, con sus luces y sus sombras, cuestionaron la legitimidad del poder político para tomar decisiones que pueden implicar la muerte de millones de seres humanos. Este discurso crítico adoptó formas muy diversas, algunas aparentemente incompatibles con el objetivo que perseguían. Pero todas ellas señalaron las imperfecciones del sistema democrático norteamericano. Los distintos gobiernos adujeron que las manifestaciones populares sólo evidenciaban la escasa representatividad de la opción que representaban sus promotores. Pero nunca contrastaron sus prejuicios con consultas populares con las que poder aclarar el dilema. Johnson envió los primeros contingentes de marines sin un consentimiento expreso del Congreso y después de haber ocultado durante la campaña electoral sus intenciones. Menos explícito aún fue Nixon durante 1968, sólo dejando entrever que tenía una fórmula infalible para Vietnam. La “paz con honor” que anunció para su segundo mandato resultó ser otro fraude. Incluso si no hubieran ocurrido los flagrantes abusos de poder y los ramalazos fascistas durante la presidencia de Nixon, se puede afirmar que el poder político desaprovechó la oportunidad de perfeccionar su democracia durante los años de la guerra.

Vida Asch reafirma su compromiso al final de la novela de Marge Piercy. No estoy tan seguro de que los “dos pasos adelante y un paso y medio atrás” a los que se refiere constituyan una medida exacta del progreso de la causa que defiende. Probablemente, aún haga falta más tiempo para hacer una medición más precisa de los avances conseguidos por el movimiento de contestación a la Guerra de Vietnam. Si no paró la guerra (o tardó mucho tiempo en hacerlo), no cabe duda de que influyó decisivamente en posteriores movimientos sociales de protesta. Y es posible que su verdadera aportación a la cultura disidente aún esté por determinar.

7. Conclusión.

Al conjunto de expresiones ciudadanas de rechazo a la política intervencionista de Estados Unidos en el Sudeste asiático hemos convenido en llamarlo Movimiento contra la Guerra de Vietnam. En sentido riguroso, la denominación es equívoca, pues podría dar a entender que la protesta se caracterizó por la unidad entre sus numerosos individuos y organizaciones. En realidad, la lucha contra la guerra se canalizó a través de propuestas muy diversas. Como se ha repetido a lo largo de este trabajo, la convivencia entre sectores con ideas políticas y apuestas estratégicas diferentes fue ciertamente difícil. No debería extrañarnos, por ejemplo, que un pacifista ortodoxo y un radical de izquierdas que alentaba una revolución armada tuvieran verdaderas dificultades para trabajar en conjunto. Algunos líderes se afanaron en consensuar fórmulas desde las que cohesionar el proyecto, pero no siempre fue posible evitar las rupturas. En la oposición a la política militarista del país coexistieron muchas sensibilidades, y entre ellas no tenía por qué haber más afinidad que la común repulsa a la guerra. La historia sobre el movimiento disidente debe contarse a partir de su composición heterogénea. Si no se atiende a esta particularidad, será mucho más difícil comprenderla.

Con el paso de los años, la complejidad del movimiento contestatario ha quedado eclipsada por imágenes e ideas estereotipadas sin conexión con el contexto histórico en el que se fraguó. Lejos de reconocerse la heterogeneidad del discurso antibelicista de aquellos años, se ha extendido la idea de que la protesta fue protagonizada por hippies y jóvenes izquierdistas cuyo interés último no tenía tanto que ver con la Guerra de Vietnam. Con esta investigación, he querido aportar mi grano de arena para revertir esta tendencia. Para ello he destacado en cada capítulo los episodios más relevantes en lo que a la evolución de la protesta se refiere. Estos momentos cruciales tuvieron que ver a

veces con el devenir de la guerra misma, otras veces con crisis políticas en Estados Unidos, y en otras ocasiones con la propia mecánica interna del movimiento. Al envío de los primeros marines en 1965, la ofensiva Tet de principios de 1968 o la invasión norteamericana de Camboya en 1970 el activismo antibelicista respondió con cambios en sus estrategias de protesta. De igual manera, el anuncio de que Johnson no se presentaría a la reelección obligó al movimiento a replantearse sus objetivos. Finalmente, las tensiones internas eran fruto de un debate continuado sobre la esencia misma del movimiento. Todos estos elementos se entremezclaron para dar forma a un discurso disidente caleidoscópico.

El movimiento contrario a la guerra en Vietnam no fue un fenómeno único en la historia del país fruto de un episodio bélico igualmente singular. Su naturaleza no podrá comprenderse si no se le coloca en relación con la tradición disidente norteamericana visible en otros muchos momentos históricos. Sin una visión más compleja estaríamos abocados a un tratamiento frívolo del tema. Es verdad que muchos participantes de la protesta creyeron en su capacidad para protagonizar una transformación política y cultural sin precedentes. Pero otros disidentes anteriores habían aspirado también a consolidar un sistema de vida alternativo a aquel sobre el que se sustentaba el poder. El análisis de la oposición organizada contra la Guerra de Vietnam debe ponernos en contacto con el pasado disidente de Estados Unidos, lo que a su vez nos situaría en mejor posición para inspeccionar las fórmulas subversivas presentes y anticipar su evolución futura.

He insistido en las frecuentes contradicciones, desavenencias y divisiones en el seno del movimiento antimilitarista en la década que va de 1965 a 1975. El motivo cabe achacarlo, sólo en parte, a las fuertes tensiones propias de una situación de guerra tan prolongada en el tiempo. Pero, de nuevo, la tesitura no fue muy diferente a la de otros

períodos históricos. Desde sus primeras manifestaciones a principios del siglo XIX, la actividad organizada a favor de la paz ha estado siempre sometida en Estados Unidos a discusiones ideológicas y programáticas entre sus miembros. Los desencuentros entre el sector radical y la rama moderada a los que se ha hecho continua referencia no supusieron ninguna novedad en la historia del pacifismo norteamericano. Con el pertinente cambio de nombres, podían haberse estado reproduciendo situaciones repetidas en numerosas ocasiones a lo largo de los siglos XIX y XX. Aun a riesgo de caer en una excesiva simplificación, estas dos tendencias principales estuvieron siempre en conflicto. En el árbol genealógico del radicalismo de los sesenta deberíamos incluir a los primeros activistas que ampliaron su agenda pacifista para reclamar reformas educativas y la mejora en las condiciones de vida de inmigrantes, mujeres y trabajadores: Noah Worcester, William Ladd, Elihu Burritt, Alfred H. Love, Jane Addams o Louis Lochner. Por su parte, el ala moderada es más deudora de la labor de David Low Dodge, William Lloyd Garrison, Robert McMurdy, o Benjamin Trueblood. Estos defensores de la paz ya se habían cruzado reproches y acusaciones similares a los que luego se escucharon entre miembros destacados del movimiento contra la Guerra de Vietnam.

Como es lógico, el activismo de los años sesenta y setenta del siglo XX tuvo su propia especificidad. No fue, sin más, un episodio calcado a otros momentos en la historia del pacifismo en Estados Unidos. A diferencia de otras épocas, el discurso antimilitarista alternativo al de los órganos oficiales se mantuvo activo mientras perduró el conflicto bélico. El país no necesariamente aprobaba los métodos de la disidencia, pero desde finales de los sesenta fueron mayoría los ciudadanos que preferían la retirada antes que la permanencia norteamericana en Vietnam. Se ha discutido mucho acerca de los méritos que cabe atribuirle al movimiento contestatario para que se revirtiera la

tendencia histórica de apoyo al presidente mientras una guerra estaba en curso. Pero, con independencia de su grado de influencia, quizás su mayor éxito consistió en convencer a muchos ciudadanos de que debían participar de manera activa en el debate sobre la conveniencia de seguir o no en la guerra. El movimiento disidente era tan variopinto que no faltaban canales a través de los cuales cada individuo podía expresar su descontento de acuerdo a sus principios o intereses. Si en otros momentos de la historia el argumento pacifista perdió fuerza tras el inicio de las hostilidades, con la Guerra de Vietnam ocurrió justo lo contrario. Los movimientos sociales que desaprobaban la guerra tuvieron una presencia constante en la calle incluso hasta los primeros años de posguerra.

En los años transcurridos desde la caída de Saigón, la influencia del movimiento contra la Guerra de Vietnam ha sido patente en la contestación popular a los nuevos conflictos armados en los que Estados Unidos ha estado inmerso. Ciertamente, la protesta antimilitarista no ha vuelto a alcanzar la misma notoriedad que en la era Vietnam. Pero, desde entonces, los responsables de la política exterior norteamericana están obligados a ponderar la respuesta ciudadana que a buen seguro surgirá ante la eventualidad de una guerra. El *establishment* político, militar y financiero observa el activismo de los años sesenta como modelo a partir del cual predecir la reacción de la sociedad civil ante determinados acontecimientos. Por referirnos a nuestro ámbito nacional, es difícil, por ejemplo, no ver la herencia de los años sesenta norteamericanos en la aparición de fenómenos tan recientes como el 15M, que a su vez ha exportado su modelo de protesta a otros países europeos. El movimiento asambleario que propugnan sus partidarios, la exigencia de una *democracia real ya*, o su apuesta por un activismo para el cambio social (campana contra los desahucios) evocan la dinámica de la protesta estudiantil norteamericana de hace cuarenta años. Y dado que los investigadores han

destacado la lucha contra la intervención militar en Vietnam como uno de los episodios más relevantes en la historia del pacifismo y los movimientos sociales de protesta, conviene no olvidar sus características.

En este trabajo, he insistido en la importancia que debemos concederle a la recreación literaria en torno al movimiento contra la Guerra de Vietnam. En igual medida que otros textos culturales, las novelas y memorias personales sobre la guerra han sido determinantes en la aprehensión y representación del fenómeno de la disidencia de aquellos años. A comienzos de los años noventa, Jacqueline Smetak lamentaba que la ficción norteamericana no hubiera sabido encontrar la fórmula adecuada para insertar la realidad de la disidencia pacifista en la reconstrucción narrativa de la guerra: “The Vietnam War is receiving much, perhaps too much, coverage these days. [...] But in the mist of all this scrutiny, something is missing. Almost all the [fictional] material is about the war over there. Very little focuses attention on the war that was right here.”⁴⁴³ Tras admitir que la literatura bélica es un género con unos patrones rígidos y difíciles de transgredir, no ve en ello motivo suficiente para justificar su desinterés en abordar la guerra en el frente doméstico. Desde su punto de vista, los autores de estas narraciones han evitado utilizar los mecanismos literarios que les hubiera permitido conectar la realidad de la guerra y la de sus detractores. Pero Smetak se contradice en el resto de su artículo. En lugar de indagar en los motivos que explicarían la negligencia que denuncia, la autora hace un análisis de cuatro novelas canónicas que sí han vertebrado un discurso sobre la resistencia organizada contra la guerra. Y es que, en efecto, en la literatura sobre Vietnam la figura del activista no está tan “oculta” como sugiere en su título. Espero que este trabajo haya

⁴⁴³ Jacqueline R. Smetak, “The (Hidden) Antiwar Activist in Vietnam War Fiction”, en Philip K. Jason (ed.), *Fourteen Landing Zones: Approaches to Vietnam Literature* (Iowa City: Iowa University Press, 1991), p. 140.

servido para constatar que lo que conocemos como literatura norteamericana sobre la Guerra de Vietnam aportó, desde sus inicios, material relevante para una reconstrucción narrativa sobre los movimientos de protesta en Estados Unidos. Es verdad que hay pocos textos que hayan aspirado a una comprensión amplia de la trayectoria de la resistencia pacifista. Esto ha impedido una mayor contribución a la hora de darle significado a episodios concretos en la historia del movimiento contra la guerra. Pero incluso los silencios que ha guardado parte de la literatura más destacada sobre la guerra resultan ideológicamente significativos.

Además, a raíz del atentado islamista de 2001, la literatura norteamericana ha recuperado el interés por tramas que dan razón de los movimientos sociales que surgieron en las décadas de los sesenta y setenta. Títulos como *Great Neck* (Jay Cantor, 2003), *The Darling* (Russell Banks, 2004), *Eat the Documents* (Dana Spiotta, 2006) o *Black Girl/White Girl* (Joyce Carol Oates, 2006) han ampliado el corpus de la ficción sobre la protesta en Norteamérica contra la Guerra de Vietnam. Esto ha permitido a Maureen Ryan concluir que “the cultural texts that have offered commentary on the antiwar movement in the years after the Vietnam War are as numerous and diverse as those that attend to the war itself.”⁴⁴⁴ En alguna medida, la producción literaria de los últimos veinte años ha subsanado la relativa falta de interés novelístico por *la guerra en casa* en las décadas inmediatamente posteriores al fin de la intervención norteamericana en Vietnam. Sin embargo, me parece exagerada la afirmación de Ryan, pues el número de publicaciones con presencia del movimiento contestatario sigue sin ser equiparable al de las tramas más centradas en la guerra. Además, buena parte de estas producciones literarias recientes se centran en las formas más violentas que adoptó la protesta, con especial hincapié en el hecho terrorista.

⁴⁴⁴ Maureen Ryan, *The Other Side of Grief*, p. 155.

Pero sí me parece acertado resaltar la diversidad que se aprecia en estos textos. En esta investigación hemos reparado, fundamentalmente, en la variedad ideológica. Los ejemplos más ostensibles de crítica al movimiento pacifista lo conforman un grupo de novelas publicadas a principios de los años ochenta que procuraron recuperar la iconografía con la que se había revestido la ideología de la Guerra Fría. Como se ha podido apreciar, estas reconstrucciones concuerdan con el revisionismo conservador que se puso en marcha durante la presidencia de Ronald Reagan. Destaca, entre ellas, la trilogía sobre Vietnam publicada por James Webb, en la que la oposición a la guerra es un mitema de constante aparición. Debido a su enfoque panorámico, en este estudio se han hecho más referencias a *A Country Such as This* (1983), pero *Fields of Fire* (1978) y *A Sense of Honor* (1981) completan su diatriba contra los disidentes. Otros autores plantean abiertamente que la protesta fue un elemento nocivo más en la calamitosa resolución del conflicto. Entre ellos destacaría a Winston Groom, quien estigmatiza la oposición a la guerra como un acto de alta traición en *Better Times Than These* (1978). Y muchos son los paralelismos con Webb que detectamos en el revisionismo militarista de Nicholas Proffitt y su *Gardens of Stone* (1983).

Por otra parte, existe un número importante de novelas y memorias que recrean el imaginario sobre el movimiento de protesta en términos más positivos. Esto no significa que todos estos textos estén exentos de la posibilidad de potenciar algunos de los estereotipos propalados desde los órganos oficiales. Pero al menos proponen una alternativa al tratamiento maniqueo característico de los medios de comunicación más prestigiosos y las fuentes gubernamentales. *Born on the Fourth of July* (1976) contradice la acusación de que *Vietnam Veterans Against the War* no sólo era poco representativa sino que estaba siendo manipulada desde el exterior. Para Ron Kovic, VVAW deja de ser una mera válvula de escape para sus integrantes y se convierte en

instrumento imprescindible para la racionalización del conflicto. Otras novelas subvierten algunos de los mitos negativos más arraigados sobre la protesta. John Ketwig alude en *...And a Hard Rain Fell* (1983) a uno de ellos: “New replacements brought horror stories of returning Vietnam vets being called baby-killers and spat on or stoned by the protestors.”⁴⁴⁵ Pero la antonimia soldado-activista no tiene refrendo en la memoria personal de Ketwig: “To many of us, the news that someone back home was trying to end the war was reassuring. President Johnson’s speeches weren’t comforting.”⁴⁴⁶

Esta investigación ha hecho mención a *Vida* (1980), *Sons* (1969) y *The Armies of the Night* (1968) como textos culturales especialmente destacados en la revisión histórica y literaria del movimiento contrario a la Guerra de Vietnam que se propone. La novela de Marge Piercy invita a una lectura mucho más compleja sobre el fenómeno terrorista que la que pueda proporcionar un texto como *The Nuclear Age* (1979). La conciencia político-militar de Asch ofrece matices más reseñables que la neurosis obsesiva de Cowling. Diez años antes de la aparición de *Vida*, Evan Hunter publicó uno de los primeros textos literarios que indaga en la sociología de los opositores a la guerra. Experimentando con técnicas narrativas propias del cine, *Sons* documenta la evolución del conflicto (haciéndose eco de declaraciones oficiales) y del movimiento que surgió en su contra (a través de la correspondencia que envía y recibe su protagonista). La historia de desafección de Wat Tyler resulta muy convincente y constata la gestación de una cultura juvenil que desafía los ritos y creencias de las generaciones anteriores. En cuanto a Mailer, su método híbrido tuvo continuidad en buena parte de la narrativa sobre la guerra, sobre todo en lo que se refiere a la fusión entre realidad y ficción. Pero es sobre todo una declaración de principios acerca de la potencialidad de novelas y

⁴⁴⁵ Ketwig, *...And a Hard Rain Fell*, p. 140.

⁴⁴⁶ *Ibid.*, p. 130.

memorias en la reconstrucción cultural de la disidencia antibelicista. Aunque su crónica se refiera a un pequeño fragmento de la historia completa, *The Armies of the Night* es considerado un documento narrativo-histórico indispensable en la aprehensión del movimiento contra la Guerra de Vietnam.

Por último, existe un amplio número de textos en los que se aprecia cierta indefinición ideológica en lo referente al activismo contra la guerra. Philip Caputo es citado a menudo como uno de los clásicos de la literatura sobre Vietnam que con más acierto ha transmitido los devastadores efectos de la guerra. *A Rumor of War* (1977) debe ser considerada una novela antibelicista que descrea firmemente del mesianismo de la intervención norteamericana. Sin embargo, la novela de Caputo que nos ha servido de referencia en este trabajo, *Indian Country* (1987), ofrece más sombras que luces sobre el movimiento de protesta. Chris Starkman manifiesta su sensibilidad pacifista recomendando a su amigo Bonny George que huya a Canadá como alternativa al alistamiento, y cree que un sistema que sólo ofrece como opciones válidas la sumisión o la cárcel es imperfecto. Pero, aparte de estos rasgos iniciales, en la obra abundan todo tipo de prejuicios sobre quienes decidieron combatir la guerra o no colaborar en su ejecución. El padre del protagonista es descrito con rasgos similares a los que utiliza Webb en *Fields of Fire* para caracterizar a Mark Solomon: el eminente líder pacifista es intransigente y defiende sus ideas políticas con un celo excesivo. Lucius fallece antes de poder recomponer su relación con Chris, quien siente que sin el perdón paterno su rehabilitación es inviable. De esta manera, Caputo rechaza que los activistas puedan jugar algún papel en la “curación” del país, y es con el abuelo indio de Bonny con quien Chris se encamina a la reconciliación.

Friendly Fire (1976) es un caso más complejo de ambigüedad textual. No cabe duda de que en Peg Mullen recae casi todo el peso de la trama. La voz de Peg resuena

atronadora a lo largo de la novela. Su perseverancia es alentadora y su testimonio resulta conmovedor por las especiales circunstancias que rodean su activismo. A través de la experiencia de los Mullen, la novela desacredita los mitos que condujeron a Vietnam, la justificación ideológica que acompañó la intervención, el totalitarismo de la administración Nixon en el control y represión de la protesta, y, en definitiva, la necesidad de la guerra. C.D.B. Bryan (autor y narrador) reconoce su admiración por esta madre coraje, pero su condición de periodista le obliga a investigar con “objetividad” las circunstancias de la muerte del hijo mayor de Peg. Este compromiso se revela tras el primer encuentro con la familia:

What impressed me most was how positive and unshakable they were in their opinions, as though they were responding to issues the morality of which could be clearly and unmistakably determined -issues which were, therefore, capable of being judged against existing standards of right and wrong.⁴⁴⁷

La neutralidad del narrador resulta sintomática de su falta de interés real en la búsqueda de un significado político en la trayectoria personal de Peg. Bryan simpatiza con el personaje, pero inhabilita su ideología. Todo queda condicionado por la tragedia familiar, incluso la capacidad de Peg para acceder a la verdad:

Throughout her telling of how Michael had died, what had happened to her family, [...] I had recognized instances in what she had initially told me, instances that night at Cedar Falls where the truth had been slightly embroidered. I wondered why she felt this necessary. The truth was offensive enough. I came to understand that the truth was no longer adequately outrageous to Peg.⁴⁴⁸

Bryan concluye que la teoría conspirativa sobre la muerte de Michael no se sostiene. Se trató, como apuntaba la versión oficial, de un caso de *fuego amigo*, y no se habían ocultado datos relevantes durante la investigación. Esa resolución invita a restar credibilidad a las opiniones de Peg sobre la guerra. Por si no hubiera quedado claro que la interpretación novelada que ofrece *Friendly Fire* sobre el movimiento de protesta no

⁴⁴⁷ Bryan, *Friendly Fire*, p. 285.

⁴⁴⁸ *Ibid.*, p. 294.

es tan favorable, el narrador contrapone la visión del Coronel Schwarzkopf (a quien los Mullen acusan como máximo responsable de la muerte de Michael):

Lieutenant Colonel Schwarzkopf was convinced that the war would have ended a long time before had it not been for the peace demonstrations but added that one of his sisters was a peace marcher. "I know the intentions behind her doing it," he said, "and I don't resent her for it in the least. Based upon what the peace marchers read and what they have been exposed to, if I were them I would probably be marching in the streets, too."⁴⁴⁹

La afirmación revisionista del militar no obtiene réplica de parte de Bryan. Espero que este trabajo sea un humilde paso en la línea de seguir buscando las respuestas a las que no debe renunciar la investigación teórica. En nuestro ámbito de acción, debemos perfeccionar un modelo interpretativo que conceda la importancia que merecen los textos literarios. La contribución de estos y otros muchos tipos de textos culturales se me antoja esencial para comprender las relaciones entre cultura y poder. Queda aún un largo recorrido hasta reconocer la potencialidad de significados alternativos que cuestionen el monopolio del discurso dominante.

⁴⁴⁹ Ibid., pp. 355-356.

BIBLIOGRAFÍA

I. NOVELAS

- Caputo, Philip: *A Rumor of War*. New York: Niagara, 1977.
- : *Indian Country*. New York: Bantam Books, 1987.
- Bryan, C.D.B.: *Friendly Fire*. New York: Bantam Books, 1976.
- Ehrhart, William: *Vietnam, Perkasio: A Combat Marine Memoir*.
Jefferson, NC: McFarland, 1983.
- Groom, Winston: *Better Times Than These*. Toronto: Totem Books, 1978.
- Haldeman, Joe: *1968*. London: New English Library, 1994, 1995.
- Hunter, Evan: *Sons*. New York: New American Library, Inc., 1969.
- Ketwig, John: *...And a Hard Rain Fell*. New York: Pocket Books, 1983.
- Kovic, Ron: *Born on the Fourth of July*. London: Corgi Books, 1976.
- Little, Loyd: *Parthian Shot*. New York: Ivy Books, 1973.
- Mailer, Norman: *The Armies of the Night: History as a Novel, the Novel as History*. New York: Plume, 1968.
- : *Miami and the Siege of Chicago: An Informal History of the Republican and Democratic Conventions of 1968*. New York: Signet Books, 1968.
- Mason, Bobbie Ann: *In Country*. London: Flamingo, 1985.
- Mason, Robert: *Chickenhawk*. New York: Penguin Books, 1983.
- McCarthy, Mary: *The Seventeenth Degree*. New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1967.
- O'Brien, Tim: *Northern Lights*. New York: Broadway Books, 1975.
- : *The Nuclear Age*. New York: Alfred A. Knopf, Inc., 1979.
- Piercy, Marge: *Vida*. London: The Women's Press, 1980.
- Proffitt, Nicholas: *Gardens of Stone*. New York: TOR Book, 1983.
- Roth, Robert: *Sand in the Wind*. New York: Pinnacle Books, 1974.

Van Devanter, Lynda: *Home Before Morning: The Story of an Army Nurse in Vietnam*. Boston: University of Massachusetts Press, 1983, 2001.

Webb, James: *Fields of Fire*. New York: Bantam Books, 1978.

-----: *A Sense of Honor*. London: Grafton Books, 1981.

-----: *A Country Such as This*. London: Granada, 1983.

Wilson, William: *The LBJ Brigade*. Novato, CA: Presidio, 1966.

II. LIBROS Y ARTÍCULOS

Altschuler, Bruce E.: *LBJ and the Polls*. Gainesville, FL: University Press of Florida, 1990.

Anderson, Terry H.: *The Movement and the Sixties*. New York: Oxford University Press, 1996.

Andrew, John: "Pro-War and Anti-Draft: Young Americans for Freedom and the War in Vietnam". En Gilbert (ed.), *The Vietnam War on Campus*.

Aronson, James: *The Press and the Cold War*. Boston: Beacon Press, 1970.

Ayers, Bill: *Fugitive Days*. New York: Penguin Books, 2001, 2003.

Barber, David: *A Hard Rain Fell: SDS and Why it Failed*. Mississippi: University Press of Mississippi, 2008.

Baskir, Lawrence; Strauss, William (eds.): *Chance and Circumstance: The Draft, the War and the Vietnam Generation*. New York: Random, 1978.

Bates, Milton: *The Wars We Took to Vietnam: Cultural Conflict and Storytelling*. Berkeley: University of California Press, 1996.

Beidler, Philip D.: *American Literature and the Experience of Vietnam*. Athens, GA: University of Georgia Press, 1982.

-----: *Re-Writing America: Vietnam Authors and Their Generation*. Athens, GA: University of Georgia Press, 1991.

Berrigan, Daniel: *No Bars to Manhood*. New York: Bantam Books, 1971.

- : *The Trial of the Catonsville Nine*. New York: Fordham University Press, 2004.
- Bloom, Alexander; Breines, Wini: *Takin' It to the Streets*. New York: Oxford University Press, 1995.
- Bloom, Alexander: *Long Time Gone: Sixties America Then and Now*. New York: Oxford University Press, 2001.
- Blum, John Morton: *Years of Discord: American Politics and Society, 1961-1974*. New York: WW Norton & Company, 1991.
- Braudy, Susan: *Family Circle: The Boudins and the Aristocracy of the Left*. New York: Alfred A. Knopf, 2003.
- Brennan, Mary C.: *Turning Right in the Sixties: The Conservative Capture of the GOP*. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1995.
- Brown, Clyde; Brown, Gayle K. Pluta: "Moo U and the Cambodian Invasion: Nonviolent Anti-Vietnam War Protest at Iowa State University". In Gilbert, *The Vietnam War on Campus*.
- Buzzanco, Robert: *Vietnam and the Transformation of American Life*. Malden, Massachusetts: Blackwell Publishers, 1999.
- Camejo, Peter: *How to Make a Revolution*. Chippendale: Resistance Books, 1999.
- Carroll, James: *An American Requiem. God, My Father, and the War that Came Between Us*. Boston: Houghton Mifflin Company, 1996.
- Carter, Dan T.: *George Wallace, Richard Nixon, and the Transformation of American Politics*. Waco, Texas: Markham Press Fund., 1991.
- Caute, David: *Sixty-Eight: The Year of the Barricades*. London: Collins, 1988.
- Chafe, William D.: *Never Stop Running: Allard Lowenstein and the Struggle to Save American Liberalism*. New York: Basic Books, 1993.
- Chatfield, Charles: *The American Peace Movement. Ideals and Activism*. New York: Twayne Publishers, 1992.
- Chomsky, Noam: *Rethinking Camelot. Jfk, the Vietnam War, and US Political Culture*. London: Verso, 1993.

- Clark, Gregory R.: *Words of the Vietnam War. The Slang, Jargon Abbreviations, Acronyms Nomenclature, Nicknames Pseudonyms, Slogans Specs, Euphemisms Double-Talk, Chants and Names and Places of the Era of United States Involvement in Vietnam.* Jefferson, NC: McFarland, 1990.
- Cohen, Robert; Zelnik, Reginald E.: *The Free Speech Movement: Reflections on Berkeley in the 1960s.* Berkeley, CA: University of California Press, 2002.
- Cone, James H.: *Martin & Malcolm & America: A Dream or a Nightmare.* Maryknoll, NY: Orbis Books, 1992.
- Cone, Stacey: "Pulling the Plug on America's Propaganda: Sen. J. W. Fulbright's Leadership of the Antipropaganda Movement, 1943-1974", *Journalism History*, Vol. 30, N° 4, Winter 2005: 166-176.
- Conlin, Joseph: *The Troubles: A Jaundiced Glance Back at the Movement of the Sixties.* New York: Watts, 1982.
- Cooper, Russell M.; Fisher, Margaret B.: *The Vision of a Contemporary University. A Case Study of Expansion and Development in American Higher Education 1950-1975.* Tampa, FL: University Press of Florida, 1982.
- Cortright, David: *Soldiers in Revolt: GI Resistance during the Vietnam War.* New York: Haymarket Books, 2005.
- Cruz, Juan José: *Desnudos, muertos y ofendidos. La experiencia de Estados Unidos en Vietnam y su construcción en la narrativa norteamericana.* 3 tomos. La Laguna: Servicio Publicaciones ULL, 1999.
- Cunningham, David: *There's Something Happening Here: The New Left, the Klan, and FBI Counterintelligence.* California: University Press, 2004.
- Dallek, Robert: *Lyndon B. Johnson: Portrait of a President.* New York: Oxford University Press, 2004.
- Davidson, Eugene: *Reflections on a Disruptive Decade: Essays from the Sixties.* Columbia, MO: University of Missouri Press, 2000.
- Davis, James Kirpatrick: *Spying on America: The FBI's Domestic Counterintelligence Program.* Westport, CT: Praeger, 1992.
- : *Assault on the Left: The FBI and the Sixties Antiwar Movement.* Westport, CT: Praeger, 1997.

- DeBenedetti, Charles; Chatfield, Charles: *An American Ordeal: The Antiwar Movement of the Vietnam Era*. Syracuse, NY: University Press, 1990.
- Debray, Régis: *Revolution in the Revolution?: Armed Struggle and Political Struggle in Latin America*. New York: Grovy Press Inc., 1967.
- DeLeon, David: *Leaders from the 1960s: A Biographical Sourcebook of American Activism*. Greenwood Press, 1994.
- Dickerson, James: *North to Canada: Men and Women Against the Vietnam War*. Westport, CY: Praeger, 1999.
- DiLeo, David L.: *George Ball, Vietnam and the Rethinking of Containment*. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1991.
- Drury, Jeffrey P.: "Paul Potter, 'The Incredible War'", *Voices of Democracy*, Vol. 4, 2009: 23-40.
- Dumbrell, John (ed.): *Vietnam and the Antiwar Movement: An International Perspective*. Aldershot, Hants.: Avebury, 1989.
- Duree, Ashley: "Greed at the New York Stock Exchange and the Levitation of the Pentagon: Early Protest Theatre by Abbie Hoffman and Jerry Rubin", *Voces Novae. Chapman University Historical Review*, Vol. 1, N° 1, 2009.
- Eagleton, Terry: *Literary Theory: An Introduction*. Oxford: Blackwell, 1983, 1994.
- Echols, Alice: *Shaky Ground: The '60s and Its Aftershocks*. New York: Columbia University Press, 2002.
- Edmonds, Anthony O.; Shrock, Joel: "Fighting the War in the Heart of the Country: Anti-War Protest at Ball State University". En Gilbert, *The Vietnam War on Campus*.
- Ehrhart, W.D.: *The Madness of It All. Essays on War, Literature and American Life*. Jefferson, NC: McFarland & Company, Inc., 2002.
- Errington, Elizabeth J. (ed.): *The Vietnam War as History*. New York: Praegers, 1990.
- Eskew, Glenn T.: *But for Birmingham: The Local and National Movements in the Civil Rights Struggle*. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1997.
- Farber, David (ed.): *The Sixties: From Memory to History*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1994.

- : *The Age of Great Dreams: America in the 1960s*. New York: Hill and Wang, 1994.
- Flacks, Richard; Whalen, Jack: *Beyond the Barricades: The Sixties Generation Grows Up*. Philadelphia: Temple University Press, 1989.
- Foley, Michael S.: *Confronting the War Machine: Draft Resistance during the Vietnam War*. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2003.
- : "Confronting the Johnson Administration at War: The Trial of Dr. Spock and the Use of the Courtroom to Effect Political Change", *Peace & Change*, Vol. 28, N° 3, 2003.
- Franck, Thomas M.: *Nation Against Nation: What Happened to the U.N. Dream and What the U.S. Can Do about It*. New York: Oxford University Press, 1985.
- Freeman, Jo: "From Freedom Now! To Free Speech: The FSM's Roots in the Bay Area Civil Rights Movement". En Cohen, *The Free Speech Movement*.
- Frey-Wouters, Ellen; Laufer, Robert S.: *Legacy of a War: The American Soldier in Vietnam*. Armonk, NJ: M.E. Sharpe, 1986.
- Friedan, Betty: *The Feminine Mystique*. New York: W.W. Norton & Company, 1963, 1997.
- Friedland, Michael B.: *Lift up Your Voice like a Trumpet: White Clergy and the Civil Rights and Antiwar Movements, 1954-1973*. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1998.
- Fry, Joseph A.: *Debating Vietnam: Fulbright, Stennis, and Their Senate Hearings*. Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield Publishers, Inc., 2006.
- Galbraith, John Kenneth: *The Affluent Society*. New York: Mariner Books, 1958, 1969, 1976, 1998.
- Garfinkle, Adam: *Telltale Hearts. The Origins and Impact of the Vietnam Antiwar Movement*. Hampshire: Macmillan, 1995.
- Garrow, David: *Bearing the Cross: Martin Luther King, Jr., and the Southern Christian Leadership Conference*. New York: Morrow, 1986. En Wells, *The War Within*.

- Geertz, Clifford: *The Interpretation of Cultures: Selected Essays*. New York: Basic Books, 1973.
- Genovese, Michael A.: *The Nixon Presidency: Power and Politics in Turbulent Times*. Westport, CT: Greenwood Press, 1990.
- Gilbert, Marc Jason (ed.): *The Vietnam War on Campus: Other Voices, More Distant Drums*. Westport, CT: Praeger, 2001.
- Gitlin, Todd: *The Sixties. Years of Hope, Days of Rage*. New York: Bantam Books, 1987, 1993.
- Goldberg, Jackie: "War Is Declared". En Cohen, *The Free Speech Movement*.
- Goose, Van: *Where the Boys Are: Cuba, Cold War America and the Making of a New Left*. London: Verso, 1993.
- Gordon, William A.: *Four Dead in Ohio. Was There a Conspiracy at Kent State?* Laguna Hills, CA: North Ridge Books, 1995.
- Halberstam, David: *The Fifties*. New York: Fawcett Columbine, 1993.
- Hall, Mitchell K.: *Because of Their Faith: CALCAV and Religious Opposition to the Vietnam War*. New York: Columbia University Press, 1990.
- Hall, Simon: "On the Tail of the Panther: Black Power and the 1967 Convention of the National Conference for New Politics", *Journal of American Studies*, Vol. 37, 2003.
- Hallin, Daniel C.: *The "Uncensored War". The Media and Vietnam*. Berkeley: University of California Press, 1986.
- Halstead, Fred: *Out Now! A Participant's Account of the Movement in the United States Against the Vietnam War*. New York: Pathfinder, 1978, 1991.
- Hanhimäki, Jussi: *The Flawed Architect: Henry Kissinger and American Foreign Policy*. New York: Oxford University Press, 2004.
- Hayden, Tom: *Radical Nomad: C. Wright Mills and His Times*. Boulder, CO: Paradigm Publishers, 2006.
- Hein, Laura; Selden, Mark (eds.): *Living with the Bomb: American and Japanese Cultural Conflicts in the Nuclear Age*. New York: M.E. Sharpe, 1997.

- Heineman, Kenneth J.: "Look Out Kid, You're Gonna Get Hit": Kent State and the Vietnam Antiwar Movement". En *Small, Give Peace a Chance*.
- : *Campus Wars: The Peace Movement at American State Universities in the Vietnam Era*. New York: University Press, 1993.
- : *Put Your Bodies upon the Wheels. Student Revolt in the 1960s*. Chicago: Ivan R. Dee, 2001.
- Heirich, Max: *The Spiral of Conflict: Berkeley, 1964*. New York: Columbia University Press, 1971.
- : *The Beginning: Berkeley, 1964*. New York: Columbia University Press, 1971.
- Helsing, Jeffrey W.: *Johnson's War/Johnson's Great Society: The Guns and Butter Trap*. Westport, CT: Praeger, 2000.
- Hillstrom, Kevin; Hillstrom, Laurie Collier: *The Vietnam Experience: A Concise Encyclopedia of American Literature, Songs, and Films*. Westport, CT: Greenwood Press, 1998.
- Hollander, Paul: *Anti-Americanism. Critiques at Home and Abroad 1965-1990*. New York: Oxford University Press, 1992.
- Horn, Gerd-Rainer: *The Spirit of '68: Rebellion in Western Europe and North America, 1956-1976*. New York: Oxford University Press, 2007.
- Hunt, Andrew: *The Turning Point: A History of Vietnam Veterans Against the War*. New York: University Press, 1999.
- : "When Did the Sixties Happen? Searching for New Directions", *Journal of Social History*, Vol. 33, 1999: 147-161.
- : *David Dellinger: The Life and Times of a Nonviolent Revolutionary*. New York: University Press, 2006.
- Hutchinson, Earl Ofari: *Betrayed: A History of Presidential Failure to Protect Black Lives*. Boulder, CO: Westview Press, 1997.
- Isserman, Maurice; Kazin, Michael: *America Divided: The Civil War of the 1960s*. New York: Oxford University Press, 2000.
- Jason, Philip K. (ed.): *Fourteen Landing Zones: Approaches to Vietnam Literature*. Iowa City: Iowa University Press, 1991.

- Jacobs, Seth: *America's Miracle Man in Vietnam: Ngo Dinh Diem, Religion, Race, and U.S. Intervention in Southeast Asia*. Durham, NC: Duke University Press, 2005.
- Jeffries, Hasan Kwame: "SNCC, Black Power, and Independent Political Party Organizing in Alabama, 1964-1966", *The Journal of African American History*, Vol. 19, N° 2, Spring 2006: 171-193.
- Johns, Andrew L. "Achilles' Heel: The Vietnam War and George Romney's Bid for the Presidency, 1967 to 1968", *Michigan Historical Review*, Vol. 26, N° 1, Spring 2000: 1-29.
- Johnson, Robert D.: "The Progressive Dissent: Ernest Gruening and Vietnam". En Woods, *Vietnam and the American Political Tradition*.
- Jones, Joy (ed.): *Imprisoned Intellectuals: America's Political Prisoners Write on Life, Liberation, and Rebellion*. Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield Publishers, 2003.
- Karnow, Stanley: *Vietnam. A History*. New York: Penguin Books, 1983.
- Katz, Milton S.: *Ban the Bomb: A History of SANE, the Committee for a Sane Nuclear Policy*. New York: Praeger, 1987.
- Kehde, Ned: *The American Left 1955-1970: A National Union Catalog of Pamphlets in the United States and Canada*. Westport, CT: Greenwood Press, 1976.
- Kellner, Douglas; Streible, Dan: *Emile de Antonio: A Reader*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2000.
- Kellner, Douglas; Marcuse, Herbert: *The New Left and the 1960s*. London: Routledge, 2005.
- Kimball, Jeffrey: *The Vietnam War Files: Uncovering the Secret History of Nixon-Era Strategy*. Lawrence: University Press of Kansas, 2004.
- King, Sallie B: "Quaker and Buddhist Self-Immolators during the Vietnam War", University of Hawaii Press, *Buddhist-Christian Studies*, Vol. 20, 2000: 127-150.
- Kinney, Katherine: *Friendly Fire: American Images of the Vietnam War*. New York: Oxford University Press, 2000.
- Kleidman, Robert: *Organizing for Peace: Neutrality, the Test Ban, and the Freeze*. Syracuse, NY: Syracuse University Press, 1993.
- Kolkey, Jonathan Martin: *The New Right, 1960-1968: With Epilogue, 1969-1980*. Lanham, MD: University Press of America, 1983.

- Kruse, Kevin M.; Sugrue, Thomas J. (eds.): *The New Suburban History*. Chicago: University Press, 2006.
- Kusch, Frank: *All American Boys: Draft Dodgers in Canada from the Vietnam War*. Westport, CT: Praeger, 2001.
- : *Battleground Chicago: The Police and the 1968 Democratic National Convention*. Westport, CT: Praeger, 2004.
- Lader, Lawrence: *Power on the Left: American Radical Movements since 1946*. New York: W.W. Norton, 1979.
- Lannguth, A. J.: *Our Vietnam: The War 1954-1975*. New York: Simon & Schuster, 2000.
- Lauret, Maria: *Liberating Literature: Feminist Fiction in America*. New York: Routledge, 1994.
- Levine, Daniel: *Bayard Rustin and the Civil Rights Movement*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 2000.
- Levy, Peter B.: *America in the Sixties -Right, Left, and Center: A Documentary History*. Westport, CT: Praeger, 1998.
- Lewis, Lloyd: *The Tainted War: Culture and Identity in Vietnam War Narratives*. Westport, CT: Greenwood, 1985.
- Lieberman, Robbie: *Prairie Power: Voices of 1960s Midwestern Student Protest*. Columbia, MO: University of Missouri Press, 2004.
- Loevy, Robert D.: *The Civil Rights Act of 1964: The Passage of the Law that Ended Racial Segregation*. Albany, NY: State University of New York Press, 1997.
- Lomperis, Timothy J.: "Reading the Wind". *The Literature of the Vietnam War*. Durham, NC: Duke University Press, 1987.
- : *From People's War to People's Rule: Insurgency and the Lessons of Vietnam*. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1996.
- Louvre, Alf; Walsh, Jeffrey (eds.): *Tell Me Lies About Vietnam. Cultural Battles for the Meaning of the War*. Philadelphia: Open University Press, 1988.
- Makemson, Harlen: "Beat the Press: How Leading Political Cartoonists Framed Protests at the 1968 Democratic Party Convention", *Journalism History*, Vol. 32, N° 2, Summer 2006: 77-86.

- Martin, Waldo: "Holding One Another: Mario Savio and the Freedom Struggle in Mississippi and Berkeley". En Cohen, *The Free Speech Movement*.
- Matthews, Jeffrey J.: "The Defeat of a Maverick: The Golwater Candidacy Revisited, 1963-1964", *Presidential Studies Quarterly*, Vol. 27, 1997: 662-678.
- McCaughey, Robert A.: *Stand, Columbia: A History of Columbia University in the City of New York, 1754-2004*. New York: Columbia University Press, 2003.
- McEnaney, Laura: "*Civil Defense Begins at Home*": *Militarization Meets Everyday Life in the Fifties*. Princeton: University Press, 2000.
- McNeal, Patricia: *Harder than War: Catholic Peacemaking in Twentieth-Century America*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1992.
- McNight, Gerald D.: *The Last Crusade: Martin Luther King, Jr., the FBI, and the Poor People's Crusade*. Boulder, CO: Westview Press, 1998.
- McWilliams, John C.; Miller, Randall M.: *The 1960s Cultural Revolution*. Westport, CT: Greenwood Press, 2000.
- Melling, Philip: *Vietnam in American Literature*. Boston: Twayne, 1990.
- Miller, James: *Democracy Is in the Streets: From Port Huron to the Siege of Chicago*. New York: Simon and Schuster, 1987.
- Mills, C. Wright: *The Power Elite*. New York: Oxford University Press, 1956, 2000.
- Moeller, Susan D.: *Shooting War: Photography and the American Experience of Combat*. New York: Basic Books, 1989.
- Morgan, Edward P.: *The 60s Experience: Hard Lessons about Modern America*. Philadelphia: Temple University Press, 1991.
- Morgan, Joseph G.: *The Vietnam Lobby: The American Friends of Vietnam, 1955-1975*. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1997.
- Muldoon, Paul: "'George III' by Robert Lowell", *Harvard Review*, Vol. 25, Fall 2003: 113-132.

- Myers, Thomas: *Walking Point: American Narratives of Vietnam*. New York: Oxford University Press, 1988.
- Natoli, Marie D.: *American Prince, American Pauper: The Contemporary Vice Presidency in Perspective*. Westport, CT: Greenwood Press, 1985.
- Neilson, Jim: *Warring Fictions: American Literary Culture and the Vietnam War Narrative*. Jackson, MS: University Press of Mississippi, 1998.
- Neu, Charles E.: *America's Lost War. Vietnam: 1945-1975*. Wheeling, IL: Harlan Davidson, 2005.
- Oglesby, Carl: *Ravens in the Storm: A Personal History of the 1960s Antiwar Movement*. New York: Scribner, 2008.
- Olson, Gregory Allen: *Mansfield and Vietnam: A Study in Rhetorical Adaptation*. Michigan: University Press, 1995.
- Olson, James; Roberts, Randy: *Where the Domino Fell: America and Vietnam, 1945 to 1990*. New York: St Martin's, 1991.
- Olson, James S.; Freeman, Samuel: *Historical Dictionary of the 1960s*. Westport, CT: Greenwood Press, 1999.
- Oneil, William L.: *The New Left: A History*. Wheeling, IL: Harlan Davidson, 2001.
- Otto Windt, Jr., Theodore: *Presidents and Protesters: Political Rethoric in the 1960s*. Tuscaloosa, AL: University of Alabama Press, 1990.
- Palermo, Joseph A.: *In His Own Right: The Political Odyssey of Senator Robert F. Kennedy*. New York: Columbia University Press, 2001.
- Pepper, William: *Order to Kill: The Truth Behind the Murder of Martin Luther King*. New York: Carroll and Graf, 1995.
- Polner, Murray; O'Grady, Jim: *Disarmed and Dangerous: The Radical Lives and Times of Daniel and Philip Berrigan*. New York: Basic Books, 1997.
- Porter, Gareth: *Vietnam: A History in Documents*. New York: New American Library, 1981.
- Powers, Thomas: *Vietnam: The War at Home. Vietnam and the American People 1964-1968*. Boston, Massachusetts: G.K. Hall & Co., 1973.
- Prados, John: *Vietnam: The History of an Unwinnable War, 1945-1975*. Lawrence, Kansas: University Press of Kansas, 2009.

- Preston, Andrew: *The War Council: McGeorge Bundy, the NSC, and Vietnam*. Harvard: University Press, 2006.
- Raskin, Jonah: "Looking Backward: Personal Reflections on Language, Gesture and Mythology in the Weather Underground", *Socialism and Democracy*, Vol. 20, N° 2, July 2006: 121-135.
- Raugh Jr, Joseph L.: "The Role of the Leadership Conference on Civil Rights in the Civil Rights Struggle of 1963-1964". En Loevy, *The Civil Rights Act of 1964*.
- Rhodes, Joel P.: *The Voice of Violence: Performative Violence as Protest in the Vietnam Era*. Westport, CT: Praeger, 2001.
- Rising, George: *Clean for Gene: Eugene McCarthy's 1968 Presidential Campaign*. Westport, CT: Praeger, 1997.
- Rorabaugh, W.J.: *Berkeley at War: The 60s*. New York: Oxford University Press, 1990.
- Rose, Kenneth D.: *One Nation Underground: The Fallout Shelter in American Culture*. New York: University Press, 2001.
- Rossinow, Doug: *The Politics of Authenticity: Liberalism, Christianity, and the New Left in America*. New York: Columbia University Press, 1998.
- Rothman, Stanley; Lichter, S. Robert: *Roots of Radicalism: Jews, Christians and the New Left*. New York: Oxford University Press, 1982.
- Rubin, Jerry: *Do It! Escenarios de la revolución*. Barcelona: Blackie Books, 2009.
- Russell, Louise B.: *The Baby Boom Generation and the Economy*. Washington, DC: Brookings Institution, 1982.
- Ryan, Cheyney: "The One Who Burns Herself for Peace", *Hypatia*, Vol. 9, 1994: 21-39.
- Ryan, Maureen: *The Other Side of Grief: The Home Front and the Aftermath in American Narratives of the Vietnam War*. Amherst: University of Massachusetts Press, 2008.
- Sale, Kirpatrick: *SDS*. New York: Vintage Books, 1974.
- Sayre, Nora: *Sixties Going On Seventies*. New Jersey: Rutgers University Press, 1973, 1996.

- Searles, P. David: *The Peace Corps Experience: Challenge & Change, 1969-1975*. Lexington: University Press of Kentucky, 1997.
- Schlesinger, Jr., Arthur M.: *Robert Kennedy and his Times*. New York: Mariner Books, 1978, 2002.
- Schroeder, Eric James: *Vietnam, We've All Been There: Interviews with American Writers*. Westport, CT: Praeger, 1992.
- Schulzinger, Robert D.: *A Time for War: The United States and Vietnam, 1941-1975*. New York: Oxford University Press, 1997.
- Shands, Kerstin W.: *The Repair of the World: The Novels of Marge Piercy*. Westport, CT: Greenwood Press, 1994.
- Small, Melvin; Hoover, William D. (eds.): *Give Peace a Chance: Exploring the Vietnam Antiwar Movement*. Syracuse, NY: Syracuse University Press, 1992.
- Small, Melvin: *Covering Dissent: The Media and the Anti-Vietnam War Movement*. Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1994.
- : *Antiwarriors: The Vietnam War and the Battle for America's Hearts and Minds*. Wilmington, DE: SR Books, 2002.
- Smetak, Jacqueline R.: "The (Hidden) Antiwar Activist in Vietnam War Literature". En Jason, *Fourteen Landing Zones*.
- Task Force on Law and Law Enforcement: *The Response to Counter-Inaugural Protest Activities in Washington, D.C.* San Francisco, California: Prelinger Library, 2006).
- Thakur, Ramesh: *Peacekeeping in Vietnam: Canada, India, Poland and the International Commission*. Edmonton, Alberta: University of Alberta Press, 1984.
- Topmiller, Robert J.: *The Lotus Unleashed: The Buddhist Peace Movement in South Vietnam, 1964-1966*. Lexington: University Press of Kentucky, 2002.
- Tucker, Spencer C. (ed.): *The Encyclopedia of the Vietnam War: A Political, Social, and Military History*. Santa Barbara, CA: ABC-CLIO, LLC, 2011.
- Unger, Irwin: *The Movement: A History of the American New Left, 1959-1972*. New York: Dodd, Mead and Co., 1975.

- Van De Mark, Brian: *Into the Quagmire: Lyndon Johnson and the Escalation of the Vietnam War*. New York: Oxford University Press, 1995.
- Varon, Jeremy: *Bringing the War Home: The Weather Underground, the Red Army Faction, and Revolutionary Violence in the Sixties and Seventies*. Berkeley, CA: University of California Press, 2004.
- Weisbrot, Robert: *Freedom Bound: A History of America's Civil Rights Movement*. New York: W.W. Norton, 1990.
- Wells, Tom: *The War Within. America's Battle over Vietnam*. New York: Henry Holt and Company, Inc., 1994.
- Williams, Raymond: *Culture and Society*. Penguin, 1958, 1963.
- Williams, William Appleman (ed.): *The Shaping of American Diplomacy*. Chicago: Rand McNally, 1956.
- : *The Tragedy of American Diplomacy*. New York: W.W. Norton & Company, Inc., 1959, 1962, 1972.
- Wills, Garry: *Nixon Agonistes. The Crisis of the Self-Made Man*. Boston: Houghton Mifflin Company Boston, 1969, 1970.
- Winkler, Allen M.: *Life Under a Cloud: American Anxiety About the Atom*. New York: Oxford University Press, 1993.
- Woods, Randall B.: *Vietnam and the American Political Tradition: The Politics of Dissent*. New York: Cambridge University Press, 2003.
- Zaroulis, Nancy; Sullivan, Gerald: *Who Spoke Up? American Protest Against the War in Vietnam 1963-1975*. New York: Doubleday & Company Inc., 1984.
- Zimmer, Louise B.: *The Vietnam War Debate: Hans J. Morgenthau and the Attempt to Hold the Drift into Disaster*. Lanham, Maryland: Lexington Books, 2011.

III. PRENSA

- "A Man for This Season". *New York Times*, march 10, 1968.
- "Johnson Sours on U Thant Peace Seeking". *Lewiston Daily Sun*, january 30, 1967.
- "Kennedy Asserts US Cannot Win". *New York Times*, february 9, 1968.

“No”. *Washington Post*, november 18, 1969.

“Vietcong Flags Are Sold in Washington As Groups Arrive for March”.
New York Times, november 26, 1965.

Chomsky, Noam; Lauter, Paul; Howe, Florence: “Reflections on a
Political Trial”. *The New York Review of Books*, august 22, 1968.

Frankel, Max: “Administration Regarded Raids as a Test of Will”. *New
York Times*, february 8, 1965.

Franklin, Ben A.: “Troops Flown in for Capital Rally”. *New York Times*,
october 20, 1967.

Kennedy, Robert: “Statement on Vietnam”. *U.S. News and World Report*,
february 19, 1966.

Kifner, John: “4 Kent State Students Killed by Troops”. *New York Times*,
may 5, 1970.

Reston, James: “Washington: Johnson, the Court and the Peace
Marchers”. *New York Times*, october 18, 1967.

IV. ENLACES ELECTRÓNICOS

Althusser, Louis: “Ideology and Ideological State Apparatuses”.
<<http://www.marxists.org/reference/archive/althusser/1970/ideology.htm>>

Duncan, Donald: “The whole thing was a lie”, *Ramparts Magazine*, february
1966.
<<http://www.unz.org/Pub/Ramparts-1966feb-00012>>

First Annual Peace Corps Report
<http://files.peacecorps.gov/manuals/cbj/annualreport_1962.pdf>

Johnson, Lyndon B.: “Peace Without Conquer”. Address at Johns Hopkins
University, april 8, 1965.
<[http://www.lbjlib.utexas.edu/johnson/archives.hom/speeches.hom/650407
.asp](http://www.lbjlib.utexas.edu/johnson/archives.hom/speeches.hom/650407.asp)>

Johnson, Lyndon B.: Annual Message to the Congress on the State of the
Union, january 10, 1967.
<[http://www.lbjlib.utexas.edu/johnson/archives.hom/speeches.hom/670110
.asp](http://www.lbjlib.utexas.edu/johnson/archives.hom/speeches.hom/670110.asp)>

Johnson, Lyndon B.: Address to the Nation, march 31, 1968.
<[http://www.lbjlib.utexas.edu/johnson/archives.hom/speeches.hom/680331
.asp](http://www.lbjlib.utexas.edu/johnson/archives.hom/speeches.hom/680331.asp)>

Joint Center for Political and Economic Studies: “Blacks & the 2008 Democratic National Convention”.

<http://www.jointcenter.org/publications_recent_publications/political_participation/blacks_and_the_2008_democratic_national_convention>

Kennedy, John: “Message to the Nation’s New Voters”, october. 5, 1960.

<<http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=60424#axzz1rpGp1Gxq>>

King, Martin Luther: “Beyond Vietnam” Address, april 4, 1967.

<http://mlk_hpp01.stanford.edu/index.php/encyclopedia/documentsentry/doc_beyond_vietnam/>

National Advisory Commission on Civil Disorder: Report, 1968.

<<http://www.eisenhowerfoundation.org/docs/kenner.pdf>>

Nixon, Richard: “Silent Majority” Speech, november 3, 1969.

<<http://watergate.info/1969/11/03/nixons-silent-majority-speech.html>>

Obama, Barack: “Presidential Proclamation on the Commemoration of the 50th Anniversary of the Vietnam War”.

<http://www.vietnamwar50th.com/about/presidential_proclamation/>

Obama, Barack: “Speech at Memorial Day”, may 28, 2012.

<<http://www.youtube.com/watch?v=4k3p3IWj08w>>

O’Brien Tim: “How to Tell a True War Story”.

<http://files.meetup.com/423109/How%20to%20Tell%20A%20War%20Story_Tim%20O'Brien.pdf>

Oglesby, Carl: “Let Us Shape the Future” Speech, november 27, 1965.

<http://www.antiauthoritarian.net/sds_wuo/sds_documents/oglesby_future.html>

Potter, Paul: “Naming the System” Speech, april 17, 1965.

<http://www.antiauthoritarian.net/sds_wuo/sds_documents/paul_potter.html>

Public Law 110-181, 110th Congress.

<http://www.gpo.gov/fdsys/PLAW-110publ1181/html/PLAW-110publ181.htm>

Quinnipiac University National Polls: Bombing Hiroshima.

<http://www.quinnipiac.edu/institutes_and_centers/polling_institute/national_release-detail?ReleaseID=1356>

Ribicoff, Abraham: Speech Nominating George McGovern at Democratic National Convention, august 28, 1968.

<<http://www.youtube.com/watch?v=A3v0rctksFU>>

Students for a Democratic Society: Bulletin January 1965, Vol. 3, N° 4.

<<http://archive.lib.msu.edu/AFS/dmc/radicalism/public/all/sdsbulletin/ALZ-3.pdf>>

Students NonViolent Coordinating Committee: “Statement on Vietnam”, january 6, 1966.

<http://www.aavw.org/protest/carmichael_sncc_abstract12.html>

US Department of State: "Aggression from the North", february 27, 1965 (Bulletin, March 22, 1965).

<<http://wiretap.area.com/Gopher/Gov/US-History/Vietnam/white-paper.txt>>

Vietnam Day Committee: "Attention All Military Personnel" Leaflet, october, 1965.

<<http://www.historyisaweapon.com/defcon1/attentionmilitary.html>>

Webb, James: "Women Can't Fight", november, 1979.

<<http://www.washingtonian.com/articles/people/jim-webb-women-cant-fight/>>

Weather Underground Organization: "Declaration of a State of War". First Communique, july 31, 1970.

<<http://www.lib.berkeley.edu/MRC/pacificviet/scheertranscript.html>>

Weather Underground Organization: "Prairie Fire: The Politics of Revolutionary Anti-Imperialism", july, 1974.

<https://docs.google.com/viewer?a=v&q=cache:eYECCWpOQBMJ:www.usasurvival.org/docs/Prairiefire.pdf+&hl=es&gl=es&pid=bl&srcid=ADGEESjTOa=NZsIm0EetbvsZoQ8wepnmwces_BOqKJLQJ5T_XxSVevhhjhvKRO8oQACUG6fJP6moJ4JBifueYg6Pob4HpGzYMP6v3LdVhE0BsaM5xNi4GBtiyU6WLq_VgVMMax4zO6OKF&sig=AHIEtbSLaRi9csWUXHmGqu_5ad1g5B0KRg>